

JOHN BEVERE

¿BUENO
O
ETERNO?

POR QUÉ LO BUENO SIN DIOS
NO ES SUFICIENTE

Table of Contents

Title Page

Lo que dicen los líderes acerca de ¿Bueno o Eterno?

Copyright Page

Dedico este libro a nuestro hijo...

RECONOCIMIENTOS

ACERCA DE ESTE LIBRO

INTRODUCCIÓN

1.¿Qué es bueno?

2.¿CÓMO SUCEDIÓ?

3.EL ESTÁNDAR UNIVERSAL DE LO BUENO

4.LOS CIMIENTOS

5.¿BASTA CON QUERER?

6.NUESTRO GPS INTERNO

7.CELOSO POR NOSOTROS

8.AMISTAD

9.LA VERDAD EVITADA

10.EL COMBUSTIBLE

11.¿BUENO O BENEFICIOSO?

12.Coaching de vida santa

13.Nuestra motivación

14.NUESTROS PARÁMETROS

15.DISCERNIMIENTO

16.EL PANORAMA COMPLETO

DEVOCIONALES Y PREGUNTAS DE DISCUSIÓN

Notas

JOHN BEVERE

¿BUENO
O
ETERNO?

POR QUÉ LO BUENO SIN DIOS
NO ES SUFICIENTE


WHITAKER
HOUSE

Lo que dicen los líderes acerca de ¿Bueno o Eterno?

“¿Bueno o Eterno? es un viaje poderoso a través de las Escrituras, que cambiará y transformará tu perspectiva sobre lo que significa vivir una buena vida”.

—**Mark Batterson**, autor del éxito de ventas del New York Times
El Hacedor de Círculos

“¿Bueno o Eterno? es una lección maravillosa sobre discernimiento que te desafiará a buscar verdaderamente al Señor para encontrar su perfecta voluntad en tu vida”.

—**Joyce Meyer**, maestra de la Biblia y autora de éxitos de ventas

“John Bevere es un respetado maestro, líder y autor, y además de todo eso es un buen amigo y compañero constructor del reino. Su deseo de ver a cada persona vivir no solo una buena vida, sino una vida de Dios, aumentará tu fe, y te retará a caminar con confianza hacia todo lo que Jesús tiene para ti. La enseñanza y las revelaciones personales de John te darán una nueva comprensión de la voluntad de Dios, y sus mejores planes para tu futuro”.

—**Brian Houston**, pastor principal de Hillsong Church

“Cuando leo las historias de personas que hicieron cosas sin precedentes por amor a Dios, me doy cuenta de que anhelo estar entre ellos. ¿Bueno o Eterno? habla a lo que ocurre en la mente y el corazón de quienes realmente aceptan lo mejor de Dios, en vez de conformarse con falsificaciones más fáciles. Si compartes este deseo de conocer y servir a Dios de una forma radical, te animo a que leas

este libro”.

—**John Maxwell**, autor de éxitos de ventas y orador

“El libro de John Bevere, ¿Bueno o Eterno?, te desafiará a no conformarte nunca con menos de lo mejor de Dios para ti. John hace un trabajo brillante al recordarnos que encontraremos a Dios cuando le busquemos”.

—**Jentezen Franklin**, pastor principal de Free Chapel y autor de éxitos de ventas del New York Times *El Ayuno*

“¿Bueno o Eterno? te sacudirá hasta lo más profundo. Si quieres que todo siga como está, este libro no es para ti. Pero si quieres que tu perspectiva quede alterada por completo, devora este mensaje. ¡Transformará tu vida!”.

—**Christine Caine**, fundadora de The A21 Campaign y autora del éxito de ventas *Unstoppable*

“Desafiante. Claro. Necesario. ¿Bueno o Eterno? es un recordatorio esencial de que ser bueno no es el objetivo. Este libro destaca el potencial para que las personas pasen de la vida común y rutinaria de obediencia moral a una vida vivificante que proviene solo de Jesús”.

—**Louie Giglio**, pastor de Passion City Church, Atlanta, Georgia, y fundador de las conferencias *Passion*

“Como una cerilla encendida que resquebraja la oscuridad más negra, John Bevere ilumina el camino hacia la presencia manifiesta de Dios, mientras enciende un deseo insaciable en el lector que solo se satisface en una relación íntima con Él”.

—**Obispo T. D. Jakes**, Director General de TDJ Enterprises y autor de éxitos de ventas del New York Times

“La bondad de Dios nos rodea por completo, pero ¿realmente la entendemos? En *¿Bueno o Eterno?*, John Bevere examina lo que significa ser bueno, y lo que Dios tiene que ver con ello. A medida que leas este importante libro, quedarás intrigado, desafiado y motivado a buscar lo mejor de Dios para ti, y a compartirlo con otros”.

—**Craig Groeschel**, pastor principal de LifeChurch.tv y autor de *Desde Ahora en Adelante: Cinco compromisos para proteger tu matrimonio*

“De nuevo, John Bevere ha lanzado un increíble y transformador llamado a la acción para el Cuerpo de Cristo. En su nuevo libro, *¿Bueno o Eterno?*, muestra a los lectores cómo pueden sacar lo máximo de su relación con Dios y establecer un estándar más alto para todas las áreas de su vida”.

—**Matthew Barnett**, pastor principal de Angelus Temple, Los Ángeles, California, y cofundador de Dream Center

“En *¿Bueno o Eterno?*, John Bevere nos desafía a volver a pensar en nuestro entendimiento de la bondad de Dios, y a reconocer áreas en las que nos hemos conformado con nuestros propios estándares, en lugar de los de Dios. Con una aguda visión bíblica y momentos vulnerables de su propia experiencia, John inspira a los lectores a rehusar la falsa bondad que ofrece el mundo, y a volver a rendir su corazón a la perfecta santidad de nuestro Padre celestial. *¿Bueno o Eterno?* es lectura obligada para cada seguidor de Jesús que se niegue a conformarse con menos de lo mejor de Dios”.

—**Chris Hodges**, pastor principal de Church of the Highlands y
autor de Cuatro Copas, y Fresh Air

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de la Escritura han sido tomadas de La Santa Biblia, Reina Valera Contemporánea ® © Sociedades Bíblicas Unidas, 2009, 2011. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas de la Escritura marcadas (RVR-1960) son tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960, © 1960 por las Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 por las Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas de la Escritura marcadas (NVI) son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas de la Escritura marcadas (NTV) son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © 2008, 2009 Tyndale House Foundation. Usadas con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., Wheaton, Illinois 60189. Todos los derechos reservados. Las citas de la Escritura marcadas (NBD) son tomadas de La Nueva Biblia Al Día © 2006, 2008 por Biblica Inc.® Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas de la Escritura bíblicas marcadas (DHH) son tomadas de La Biblia Dios Habla Hoy®, tercera edición, © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas de la Escrituras marcadas (PDT) son tomadas de La Biblia: La Palabra de Dios para Todos, PDT®, © 2005, 2008, 2012 por el Centro Mundial de Traducción de la Biblia. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas de la Escritura marcadas (TLA) son tomadas de La Biblia, Traducción en Lenguaje Actual, TLA, © 2000 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Las *itálicas* en el texto del libro significan el énfasis del autor.

Las palabras en paréntesis dentro de las citas bíblicas indican clarificación del autor.

Traducción al español por:
Belmonte Traductores
Manuel de Falla, 2
28300 Aranjuez
Madrid, ESPAÑA
www.belmontetraductores.com

Edición: Ofelia Pérez
Diseño de cubierta por: Allan Nygren

¿Bueno o Eterno?
Por qué lo bueno sin Dios no es suficiente

ISBN: 978-1-62911-701-0
E-book ISBN: 978-1-62911-702-7
©2016 por John Bevere

¿Bueno o Eterno? fue publicado originalmente en inglés Good or God? en el año 2015

por Messenger International, Inc., PO Box 888, Palmer Lake, CO
80133. MessengerInternational.org.

Whitaker House
1030 Hunt Valley Circle
New Kensington, PA 15068
www.whitakerhouseespanol.com

Por favor, envíe sugerencias sobre este libro a:
comentarios@whitakerhouse.com.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por algún medio electrónico o mecánico; incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación sin el permiso previo por escrito de la editorial. En caso de tener alguna pregunta, por favor escribanos a permissionseditor@whitakerhouse.com.

This book has been digitally produced in a standard specification in order to ensure its availability.

Dedico este libro a nuestro hijo...

Arden Christopher Bevere

Eres diligente, fuerte, tierno y sabio.

Estoy sorprendido por tu sensibilidad hacia los que sufren.

Hijo, estoy muy orgulloso de ti y te amaré siempre.

RECONOCIMIENTOS

A mi esposa, hijos y nietos: cada uno de ustedes es un regalo de Dios, y le han aportado mucha riqueza a mi vida. Les amaré siempre.

Al equipo, miembros del comité y asociados de Messenger International: gracias por apoyarnos a Lisa y a mí. No podíamos haber pedido a Dios unos amigos más leales y verdaderos en nuestra aventura de alcanzar las naciones del mundo con el evangelio glorioso de Jesucristo.

A Bruce, Jaylynn, Vincent, Allison, Addison y Loran: gracias por su diligencia en pulir este mensaje con sus habilidades de edición. Estoy asombrado de los dones que Dios les ha dado.

A Allan: gracias por el espectacular diseño de portada para este mensaje. Es limpio y elegante.

A Addison, Colleen, Esther, Tom, Matt, Arden, Allan, Jalylynn y David: gracias por leer este mensaje en sus etapas de formación, y dar ideas sabias y profundas sobre las partes difíciles.

A Tom, Esther, Addison, Austin y John: gracias por sus aportaciones de sabiduría en la publicación y mercadeo de este libro.

A Rob y Vanessa: gracias por su incansable labor para que este mensaje llegue a las naciones del mundo.

A nuestro Padre, nuestro Señor Jesucristo y al Espíritu Santo: gracias por salvarnos completamente de nuestros pecados, por adoptarnos como tus hijos, y por dar este mensaje para tu amado pueblo. A ti sea toda la gloria.

ACERCA DE ESTE LIBRO

¿Bueno o Eterno? se puede leer de cubierta a cubierta como cualquier otro libro. He incluido material adicional al final del libro para los que deseen usar ¿Bueno o Eterno? como un estudio interactivo. Puedes hacer este estudio individualmente o en un grupo. Ha sido diseñado para usarse durante el transcurso de seis semanas, pero siéntete libre para adaptarlo a tus necesidades.

Cada semana incluye:

- Preguntas de discusión de grupo o reflexión individual.
- Un devocional semanal para incorporar a tu tiempo personal con Dios.
- Para reflexión: un versículo para meditar durante la semana.
- Para aplicar: una manera sencilla de aplicar a tu vida diaria lo que hayas aprendido.

Los capítulos del libro que se corresponden con cada semana se enumeran encima de las preguntas de discusión de esa semana.

Si estás leyendo este libro como parte de un temario de estudio de ¿Bueno o Eterno?, te recomendamos que veas o escuches la sesión de enseñanza de cada semana, y respondas a las preguntas de discusión al final del libro como grupo. Después, que cada miembro del grupo lea los capítulos del libro y devocionales correspondientes antes de su siguiente reunión. Hay una sesión de temario para cada semana del estudio.

¡Que lo disfrutes!

INTRODUCCIÓN

Recientemente estaba al teléfono con un líder nacional muy respetado. Nos estábamos despidiendo cuando inesperadamente dijo: “John, espera un minuto. Tengo que decirte algo. Has escrito muchos libros en los últimos veinte años, pero hay uno que tienes que escribir. Es un mensaje oportuno y profético para la Iglesia; es un mandato del cielo para ti”.

Cuando terminó de hablar, yo estaba de rodillas impactado por la presencia de Dios. Pocas semanas después de la llamada, surgió dentro de mí una abrumadora pasión por escribir este libro.

Este mensaje se centra sobre una pregunta sencilla: ¿es suficiente lo bueno?

En estos tiempos, los términos bueno y Dios aparentemente son sinónimos. Creemos que lo que generalmente se acepta como bueno debe estar en consonancia con la voluntad de Dios. Generosidad, humildad y justicia son cosas buenas. Egoísmo, arrogancia y crueldad son malas. La distinción parece bastante clara. Pero ¿es eso todo? Si lo bueno es tan obvio, ¿por qué Hebreos 5:14 dice que debemos tener discernimiento para reconocerlo?

El apóstol Pablo escribe: “Y no adopten las costumbres de este mundo, sino transfórmense por medio de la renovación de su mente, para que comprueben cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto” (Romanos 12:2). No podemos discernir lo que es verdaderamente bueno para nuestra vida sin primero haber renovado nuestra mente. Sin la transformación que se produce mediante la renovación de nuestra mente, nos perdemos la asombrosa vida infundida por Dios que tenemos disponible en Cristo.

Antes de la fundación del mundo, Dios diseñó un plan para tu vida, un plan que rebosa con un propósito reconfortante, un gran gozo y una gran satisfacción. Su voluntad y su plan para ti son

perfectos, y completamente buenos. Pero hay un falso bien que puede impedirte aceptar lo mejor de Dios.

Tristemente, muchos de nosotros nos hemos conformado con la imitación. De manera inconsciente (y a veces consciente) hemos rechazado a Dios (lo Eterno) al buscar lo que aparentemente es bueno.

Los líderes de la iglesia primitiva repetidamente nos advirtieron de este engaño (ser engañado es creer que estamos en consonancia con la verdad cuando en verdad no lo estamos). Jesús mismo advirtió que el engaño sería tan astutamente concebido en nuestros tiempos, que incluso los escogidos podrían caer presa de él. ¿Podemos tratar estos avisos a la ligera? ¿Podemos restarles importancia, suponiendo que el engaño no nos afecta, y que podemos discernir de forma instintiva lo que es bueno y malo?

Un falso bien puede impedirte aceptar lo mejor de Dios.

La buena noticia es que Dios no está intentando esconder de nosotros lo mejor que tiene. Él no está en el negocio de bajar el telón para que no veamos. Él promete que quienes buscan, hallarán. Si nos comprometemos a la aventura de buscar la verdad, no seremos engañados por su falsificación. La pregunta es: ¿buscaremos en la Fuente de verdad, o nos conformaremos con un conocimiento superficial de Dios y su buena voluntad? Espero que al leer este libro, consolides tu decisión de no conformarte nunca con menos de lo mejor de Dios para ti.

Hagamos la siguiente oración antes de empezar:

Padre, en el nombre de Jesús, abre mis ojos, oídos y

corazón para ver, oír y percibir tu voluntad para mi vida. Espíritu Santo, mientras leo este mensaje, enséñame, de manera profunda, los caminos de Jesucristo. Te reconozco como mi Maestro. Háblame en cada frase de este libro; que mi vida sea cambiada para siempre. Amén.

¿Qué es bueno?

“No hay nadie que sea bueno, sino sólo Dios”. Marcos 10:18

“Todo en el universo es bueno en la medida en que se conforma a la naturaleza de Dios, y malo si no lo hace”. —A. W. Tozer

Bien y mal. Todos conocemos la diferencia, ¿verdad? ¿Acaso no llegamos a este mundo con un conocimiento inherente de lo que está bien y de lo que está mal?

A menudo he escuchado a personas decir que los seres humanos son inherentemente buenos. ¿Es eso cierto? Sabemos que películas, documentales, y otros programas que animan nuestro corazón son los que subrayan la bondad de la humanidad. No conozco ninguna historia, novela o película que haya obtenido una popularidad masiva, en la que el mal triunfe sobre el bien.

Todos crecimos viendo a los buenos pasando por desafíos difíciles. Las probabilidades en su contra eran altas y se veían ante la inevitable derrota, incluso hasta el último momento. Pero de repente nuestros héroes conseguían la victoria o la justicia. Anticipábamos y aplaudíamos esos finales. Esperamos que el bien ganara siempre porque, a fin de cuentas, Dios está en el lado del bien, ¿verdad?

En años recientes, productores y cadenas de televisión iniciaron una tendencia a presentar programas de reality en los que mostraban renovaciones. Comenzó con programas sobre la reparación de la casa de una familia necesitada. Nos sentábamos pegados al televisor, admirando la emoción y generosidad de filántropos en su ayuda a los pobres y necesitados. Anticipábamos el impacto de los beneficiarios, y después llorábamos en ese momento climático en que esas personas contemplaban su casa renovada. Después llegó otro programa que ayudaba a los “perdedores” a luchar con la obesidad perdiendo grandes cantidades de kilos, mientras otros programas ayudaban con la ropa, el cabello, el maquillaje, y más.

Poco después, los famosos se unieron a la moda. Artistas reconocidos abrían camino a aquellos que de otra forma no habrían podido tener la oportunidad de mostrar sus voces o habilidades para el baile. Animábamos mientras veíamos al candidato desconocido teniendo la oportunidad de convertirse en una estrella sensacional de la noche a la mañana. ¡Qué bondad, qué generosidad, qué buena voluntad!

Cualquier programa que subraye la benevolencia, proteger al inocente, o sacrificar tiempo para ayudar al indefenso crece en popularidad. Incluidos en nuestra lista de estos reality shows estaban los de policías o cazarrecompensas apresando a malvados criminales. Estos también se convirtieron en los programas más vistos.

Como resumen de todo esto, nuestro entretenimiento a menudo está centrado en el bien de la humanidad.

Los fundamentos básicos de las ventas y el mercadeo nos enseñan que un producto tiene que sentirse, verse, resonar, gustar u oler bien para tener éxito en el mercado. Debe elevar los sentidos o las emociones del consumidor a un estado mejor y más feliz. Sabemos que los buenos productos se venderán. Al fin y al cabo, ¿quién querría comprar algo malo? Y solo la gente enrevesada desearía procurar el mal.

Oímos comentarios como “es un buen hombre” o “es una buena mujer”, y normalmente aceptamos esta evaluación al pie de la letra. Los vulnerables rápidamente bajan la guardia, y aceptan cada frase o acción de quienes dicen que es bueno, como seguro y de fiar. Pero ¿son siempre acertadas estas valoraciones?

¿Podríamos caer alguna vez en el engañoso estado de llamar a lo bueno, malo, o a lo malo, bueno? ¿No conocen todos la diferencia? Y ciertamente, nosotros nunca podríamos caer en el engañoso estado de llamar a lo malo, bueno, o a lo bueno, malo. ¿Correcto?

Piensa en esto. Hace muchos siglos, un joven líder se acercó a

Jesucristo. Era un hombre honesto y moralmente puro. Nunca había cometido adulterio, asesinato, no había mentido, robado ni engañado a nadie en un trato comercial. Siempre había respetado a sus padres. Era un ciudadano modelo, y probablemente era alguien admirado por muchos. Honró a Jesús con el saludo de Maestro bueno.

Aquí había un líder hablándole a otro líder; un buen hombre apelando a otro buen hombre. Buscó un terreno común con el notable Maestro a quien nunca había conocido personalmente. Quizás razonaba para sí: “Si consigo engatusar el corazón de este Profeta apelando a su bondad, le convenceré para que le dé una respuesta favorable a mi pregunta”. Sin embargo, antes de que Jesús reconociera su pregunta, primero argumentó: “¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie que sea bueno, sino sólo Dios” (Marcos 10:18).

¿Por qué corregiría Jesús a un hombre que le llamó bueno? ¿Acaso Jesús no era bueno? ¡Claro que lo era! Entonces ¿por qué dijo eso? ¿Podría haber sido que “bueno” era el criterio de juicio erróneo? En otras palabras, ¿es posible que el criterio del hombre de lo que es bueno sea distinto al criterio de Dios?

Si tú o yo nos pusiéramos en el lugar de este hombre, ¿cómo nos habría ido si hubiéramos saludado a Jesús con un Maestro bueno? Yo puedo responder por mí mismo. Tras muchos años como hijo de Dios, de haber leído mi Biblia de rabo a cabo más de una vez, de estudiar las Escrituras durante horas, orar diariamente, e incluso estar en el ministerio a tiempo completo y ser el autor de algunos libros cristianos éxitos de ventas, habría recibido la misma respuesta que recibió el joven rico. Jesús habría dicho: “John, ¿por qué me llamas bueno?”, exactamente de la misma forma. ¿Cómo sé esto? El Espíritu de Dios ha tratado conmigo de forma similar a como Jesús trató con este dirigente.

Noticias devastadoras

Permíteme explicarme. Al final de la década de 1990 volé a

Suecia para una conferencia. Fue un vuelo de una noche que aterrizó en Estocolmo por la mañana temprano. Tras aterrizar, recoger mis maletas y pasar la aduana, me recibió efusivamente mi anfitrión sueco. Antes de salir de la terminal, me informó de lo que llegaría a ser la noticia del año, y probablemente de la década.

Dijo: “John, anoche sucedió algo muy trágico mientras usted volaba hasta aquí, así que probablemente aún no lo sepa. Permítame contárselo”.

“¿Qué ha ocurrido?”, le pregunté, alarmado y curioso a la vez.

Mi anfitrión me informó de un fatal accidente automovilístico que había ocurrido tan solo unas horas antes. Una de las víctimas era probablemente la persona más reconocida y querida del planeta. Todo lo que ella hacía se convertía en noticia. Mi esposa Lisa y yo admirábamos su obra de caridad, y disfrutábamos leyendo artículos acerca de ella en revistas y periódicos. Estoy siendo un tanto vulnerable aquí, pero no solo me gustaban los artículos; también me gustaban las fotografías que dibujaban su vida. Dicho de forma simple, yo era un gran fan. Siempre que se producía una noticia acerca de ella, dejaba lo que estaba haciendo y prestaba atención.

La noticia de la muerte de esta mujer me impactó sobremanera. Era una madre joven con hijos pequeños, además de ser una brillante mujer de estado, inteligente y bella. Estaba usando su influencia mundial para conseguir mucho bien para los huérfanos y las víctimas de minas en países destrozados por la guerra. Eso era suficiente para ganar mi corazón, pero sus atractivas cualidades eran aún mayores. Ella quería a sus seguidores y siempre los tenía en mente, saludándolos con una sonrisa genuina y cálida, o con cualquier otra muestra personal.

Estaba impactado e incrédulo por la noticia de su muerte. ¿Cómo era posible que estuviera muerta? ¿Cómo pudo haber ocurrido eso?

Mi anfitrión me llevó hasta mi hotel. Lo primero que hice cuando entré en mi habitación fue encender el televisor. Las noticias del

accidente estaban en todos los canales. No entendía la mayoría de ellos porque estaban en sueco, así que cambié de canal hasta que encontré CNN y BBC Sky News. Me senté en el borde de mi cama, con las maletas aún sin abrir, en total incredulidad.

Las imágenes mostraban a miles de personas llorando fuera de la residencia de la mujer. Personas de todas las edades se habían reunido, y las cámaras los mostraban poniendo flores en las rejas mientras las lágrimas corrían por sus rostros. Muchos se abrazaban o se unían en grupos para orar. El mundo estaba impactado.

Durante los siguientes cuatro días, esta tragedia salió en las portadas de todos los periódicos del mundo libre. Las noticias del accidente, la investigación, la respuesta de su familia y el funeral acapararon todos los medios. Jefes de estado, líderes mundiales y cientos de famosos asistieron a su funeral, que fue uno de los eventos más vistos en la historia de la televisión.

Aquel primer día en Estocolmo estuve triste durante horas en la habitación de mi hotel; incluso me costaba prepararme para el servicio que tendría por la noche. Mi mente seguía vagando por preguntas que tenía, y luchaba con la ira por los eventos sin sentido que habían llevado a su muerte. Sin embargo, junto a la pena, tenía un pensamiento que trataba de expresarse.

Intentaba sacudírmelo, pero no podía. Finalmente, tras horas de sentir una discordia entre mis emociones y mi espíritu, me puse de rodillas a los pies de mi cama y oré. “Padre, estoy triste por la muerte de esta mujer. Sin embargo, en mi corazón siento que algo no está bien. ¿Qué sucede?”.

Casi de inmediato, oí en el fondo de mi corazón: “Lee Apocalipsis capítulo dieciocho”. No tenía ni idea de lo que decía Apocalipsis 18 porque en ese entonces, me entristece decirlo, era un libro que no había estudiado con mucha profundidad. Abrí mi Biblia y comencé a leer. Mi corazón comenzó a acelerarse cuando llegué al versículo siete:

“¡Páguenle con tantos tormentos y llanto como el esplendor y las riquezas en que ha vivido! Porque en su corazón dice: ‘Estoy en mi trono de reina; no soy viuda, y jamás experimentaré el sufrimiento.’ Por eso, en un mismo día le sobrevendrán estas tres plagas: la muerte, el llanto y el hambre. Y será consumida por el fuego, porque Dios, el Señor, que la juzga, es poderoso.’ Entonces los reyes de la tierra, los que con ella adulteraron y vivieron en deleites, llorarán y harán lamentación...” (Apocalipsis 18:7-9).

Sentí un frenesí de emoción en cuanto leí estos versículos. Había claros paralelismos entre la mujer descrita en el pasaje, y la mujer cuya muerte estaba dominando las noticias. Fue como si me hubieran arrojado en la cara un cubo de agua helada. Me quedé impactado, anonadado y confuso. ¿Cómo podrían estos versículos aplicarse en manera alguna a este personaje famoso tan benévolo?

Es importante destacar que en estos versículos, el apóstol Juan no se estaba refiriendo a ningún individuo. Este pasaje habla de un espíritu generalizado en nuestro mundo caído. Sin embargo, había bastante semejanza con la actual situación, de modo que el Espíritu de Dios usó estos versículos para obrar un cambio en mi manera de entenderlo. ¿Alguna vez te ha pasado que Dios ha usado un relato de la Escritura para hablarte de una experiencia personal? Eso es lo que estaba ocurriendo aquí.

El Espíritu de Dios estaba desafiando cómo medía yo el bien, de una forma similar a la que Jesús usó con el joven rico. Consciente de lo que sentía que Dios me estaba revelando, protesté en voz alta en la habitación de mi hotel. “Señor, ¿cómo es posible que estos versículos tengan algo que ver con ella? Ella hizo montones de obras humanitarias con víctimas de campos de minas y huérfanos y...”.

“Ella alardeaba ante el mundo de su desafío a la autoridad y su adulterio”, argumentó el Señor. “Ella no se sometía a mí”.

Aún en incredulidad, protesté de nuevo: “Pero ¿qué hay de todo el bien que hizo por la humanidad?”.

Entonces oí decir al Espíritu de Dios: “Hijo, Eva no se sintió atraída al lado malo del árbol del conocimiento del bien y del mal. Fue al lado bueno”.

Me quedé paralizado al escuchar estas palabras claramente en mi corazón. Tras unos momentos, abrí mi Biblia en Génesis 3 para confirmar lo que había oído. Así era. Leí:

“La mujer vio que el árbol era bueno para comer, apetecible a los ojos, y codiciable para alcanzar la sabiduría. Tomó entonces uno de sus frutos, y lo comió”
(Génesis 3:6).

Vi las palabras bueno, apetecible y codiciable, y me quedé con la boca abierta. Después oí decir al Espíritu de Dios: “Hay un bien que no es mío. No está sometido a mí”.

“Hay un bien que no es mío. No está sometido a mí”.

Me quedé sentado, y contemplé lo que había oído y leído. La Palabra de Dios me había expuesto y corregido. Mi norma de lo bueno aparentemente era distinta a la norma divina de lo que es bueno.

Dios continuó hablándole a mi corazón. Me mostró cómo la mayoría de las personas “buenas”, y especialmente los cristianos, no se sienten atraídas a lascivas orgías sexuales, música oscura con letra descaradamente rebelde, estrellas del rock que alardean de satanismo en sus conciertos, asesinatos en masa, hurtos mayores, ni

cualquier conducta descaradamente mala. La mayoría son engañados, y se ven atraídos a conductas y cosas que parecen buenas, correctas y sabias, pero son contrarias a la sabiduría de Dios. Se nos dice:

“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (Proverbios 14:12 RVR 1960).

Discutamos primero la última parte de este versículo: “pero su fin es camino de muerte”. Muchos cristianos no prestan atención a estas palabras porque piensan: “Yo soy salvo, me dirijo al cielo, y no veré la muerte”. En su mente, la frase solo se aplica a los no creyentes. Sin embargo, volvamos a pensar en lo que la Palabra de Dios está diciendo aquí.

Veamos las palabras “camino de muerte”. La Escritura habla con frecuencia del camino de vida y del camino de muerte. Dios declara a los suyos (no a los que no le pertenecen): “Y a este pueblo dirás: Así ha dicho Jehová: He aquí pongo delante de vosotros “camino de vida y camino de muerte” (Jeremías 21:8 RVR 1960).

Aquí, camino significa la sabiduría por la que vivimos. Verás esta palabra a menudo en las Escrituras. Jesús lo dice de la siguiente forma: “Porque es ancha la puerta y espacioso el camino que conduce a la destrucción, y muchos entran por ella. Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida” (Mateo 7:13-14 NVI). Pero ¿está Jesús hablando aquí solamente de la eternidad?

Dios puso el árbol de la vida en el centro del jardín del Edén. Representaba el camino de vida de Dios; su sabiduría. El otro árbol central del jardín se llamaba el árbol del conocimiento del bien y del mal. Este árbol representaba el camino de muerte; representaba la sabiduría del hombre apartado de Dios. Tomar de su fruto no solo afectó a Adán y Eva después de su muerte; les afectó de inmediato. Antes de su necio acto, habían estado libres de ataduras, habían sido productivos, saludables y exitosos en todo lo que habían

emprendido. Pero cuando participaron del árbol prohibido, la vida se hizo más difícil. Tuvieron enfermedades, carencia, trabajo duro, y dificultades que nunca antes habían conocido. Habían entrado en el camino de muerte.

Sin embargo, Dios es un Redentor. Él ya había planeado recuperar lo que el hombre había perdido. Hizo un pacto para restaurar el camino de vida. Su sabiduría de nuevo volvería a producir una verdadera felicidad, una vida agradable, paz, abundancia y otros grandes beneficios:

“¡Dichoso el que halla la sabiduría y se encuentra con la inteligencia! ¡Son más provechosas que la plata! ¡Sus frutos son más valiosos que el oro refinado! Son de más valor que las piedras preciosas; lo más deseable no es comparable a ellas. Con la mano derecha ofrece una larga vida, y con la izquierda ofrece riquezas y honra. Sus caminos son un deleite, y en todas sus veredas hay paz. La sabiduría es un árbol de vida para los que echan mano de ella; ¡dichosos los que no la sueltan!” (Proverbios 3:13-18).

La Escritura muestra que la sabiduría de Dios aplicada a nuestras vidas da como resultado una vida fructífera, productividad, éxito, una larga vida, paz mental, y honra. Un árbol es algo de lo que otros participan. Según este versículo, si seguimos el camino de vida (sabiduría), nos convertimos en un árbol de vida: una fuente de alimento para los que participan de lo que nosotros producimos. Lo contrario también es cierto. Si vivimos por la sabiduría del hombre, nos convertimos en un árbol perjudicial, y los que participan de lo que producimos gravitarán hacia tierra difícil, estrés, falta de productividad, enfermedad, egoísmo, y los otros productos derivados de la muerte espiritual.

Regresando a Proverbios 14:12, leemos: “Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte” (RVR

1960). Cuando examinamos la primera parte de este versículo, sabemos que fácilmente puede aplicarse a todas las personas, tanto cristianos como no cristianos. Hay un camino que parece derecho, parece bueno, sabio, beneficioso, estratégico, aceptable, rentable y demás. Sin embargo, la advertencia es clara: lo que parece bueno, de hecho podría ser perjudicial, dañino y no productivo: el camino de muerte.

Lo que parece bueno podría ser perjudicial.

El autor de Hebreos escribe esta aleccionadora exhortación a los creyentes:

“... Acerca de esto tenemos mucho que decir... por cuanto os habéis hecho tardos para oír. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido... pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5:11-12, 14 RVR 1960).

Está claro que el discernimiento es un factor clave para determinar lo que verdaderamente es bueno y lo que verdaderamente es malo. En otras palabras, lo que es verdaderamente bueno no siempre está claro para nuestro pensamiento natural, razonamiento o sentidos.

Quizás te preguntes: “¿No dijo el autor de Hebreos que nuestros sentidos se pueden entrenar para saber la diferencia?”. Lo hizo, pero

¿a qué sentidos se estaba refiriendo? Observarás que al comienzo de estos versículos, el autor dijo que escribía a esos cristianos que eran tardos para oír. ¿A qué oído se estaba refiriendo? ¿Necesitaban audífonos todos aquellos creyentes hebreos? Lo dudo. Se estaba refiriendo a la capacidad de oír en nuestro corazón. Jesús constantemente enseñaba: “El que tenga oídos para oír, que oiga” (Mateo 11:15). Prácticamente todos los que recibieron esta enseñanza tenían oídos físicos, y sin embargo no todos ellos tenían un corazón para discernir a fin de oír la Palabra de Dios, que era lo mejor para sus vidas.

Ahondaremos en el discernimiento espiritual un poco más adelante en este libro. Sin embargo, el punto importante a estas alturas es que el bien y el mal no siempre se pueden diferenciar a nivel de superficie. Antes de mi encuentro con la verdad en esa habitación del hotel en Estocolmo, creía que el bien y el mal estaban justo delante de nosotros, de manera clara y evidente. Sin embargo, considera otro ejemplo: uno de los principales miembros del equipo de Jesús, Pedro, le habló a Jesús de protección y larga vida. Parecía cierto que le estaba dando a su Jefe un buen consejo. Sin embargo, Jesús lo reprendió duramente diciendo que sus intereses claramente no eran de Dios (véase Mateo 16:21-23). Este es solo uno de los muchos ejemplos bíblicos que podría dar para ilustrar cómo el bien y el mal no son claramente evidentes.

El bien y el mal no son claramente evidentes.

Salomón oró: “Dame un corazón comprensivo para que... sepa la diferencia entre el bien y el mal” (1 Reyes 3:9 NTV). Es necesario un corazón iluminado, un corazón entrenado, para identificar lo que Dios llama bueno y malo. Eva era perfecta en todos sus caminos, y en el jardín donde ella residía la presencia de Dios era poderosa y

fuerte. Sin embargo, lo que ella discernía como bueno, agradable y beneficioso era de hecho malo y perjudicial para su vida. Ella fue engañada, y sufrió por ello.

Esto nos lleva al propósito de este libro: iluminar, mediante las Escrituras y la ayuda del Espíritu Santo, la diferencia entre lo que es bueno para tu vida, y lo que finalmente será perjudicial. Si Eva, que era perfecta y vivía en un entorno perfecto, aun así pudo ser engañada, ¿cuánto más fácil es que quienes tenemos mentes imperfectas y vivimos en un mundo corrupto, una sociedad torcida, seamos engañados para creer que lo que es dañino es bueno?

¿CÓMO SUCEDIÓ?

“Así que no se dejen engañar, mis amados hermanos. Todo lo que es bueno y perfecto es un regalo que descende a nosotros de parte de Dios nuestro Padre...” —Santiago 1:16-17 NTV

“[El cristiano] no piensa que Dios nos amará porque somos buenos, sino que Dios nos hará buenos porque nos ama...” —
C.S. Lewis

Ese día en Suecia, me senté impactado en mi habitación del hotel, con mis emociones encendidas. Estaba asombrado por la respuesta divina a mi dolor por la muerte de esa persona famosa, pero a la vez estaba preocupado. Estaba perplejo y lleno de preguntas. Había estado en el ministerio durante muchos años, había escrito libros, y había enseñado a los creyentes en cada continente (salvo la Antártida), pero aún así mi ignorancia con respecto a lo que es verdaderamente bueno acababa de quedar expuesta.

Las preguntas predominantes que cruzaban por mi mente eran: “¿Qué más he estado creyendo que era bueno cuando no era bueno a los ojos de Dios?” e, igualmente importante: “¿Cuáles han sido las consecuencias?”.

Antes de comenzar a tratar estas preguntas, sería bueno volver de nuevo a donde comenzó todo: el jardín del Edén. Este es un paso lógico, porque este es el versículo que el Espíritu de Dios había usado para captar mi atención en esa habitación del hotel. Hay una pregunta incómoda sobre la historia del jardín con la que yo, y muchos otros, hemos luchado durante años: ¿cómo consiguió la serpiente que Eva le diera la espalda a Dios?

Pensemos bien esto. Eva vivía en un entorno perfecto, sin padre, esposo, parientes, jefe o maestro que hubiera abusado jamás de ella. Vivía en una paz y tranquilidad total, y tenía abundancia de todo sin enfermedades ni carencia de recursos. Lo mejor de todo es que ella vivía en armonía con su Creador. La presencia de Dios impregnaba

la atmósfera de la tierra, y frecuentemente Dios caminaba en el jardín con Adán y Eva. Entonces, ¿cómo consiguió la serpiente que esta mujer, así como el hombre, le dieran la espalda a Dios?

Si podemos encontrar respuestas a este misterio, obtendremos una visión muy beneficiosa de cómo el enemigo puede hacer lo mismo con nosotros hoy. Si conocemos sus tácticas, no caeremos tan fácilmente presas del engaño y la desobediencia a nuestro Creador.

Un jardín magnífico

En el principio Dios creó un mundo perfecto, un mundo hermoso, sin fallos, y cargado de recursos y otros deleites para el alma. Dios no creó solo unas cuantas especies de animales, árboles y paisajes. Él diseñó y creó más de un millón de criaturas vivientes, más de doscientas cincuenta mil plantas distintas, más de cien mil especies de árboles, y miríadas de rocas distintas, terrenos y recursos naturales. La tierra fue una obra maestra. Miles de años después, los científicos siguen estudiándola y maravillándose por su complejidad. Aún no han dominado la comprensión de nuestro mundo, y probablemente nunca lo harán.

Dios diseñó y creó todo esto para el objeto de su afecto: la humanidad. Y a pesar de lo asombroso que llegó a ser el planeta, el Creador quiso ir aún más lejos. Él personalmente plantó, no creó, un maravilloso jardín en la tierra.

Me encantan los paisajes y jardines. Bueno, permíteme ser honesto. No me gusta trabajar en ellos, se lo puedes preguntar a Lisa. Ella fruncirá el ceño mientras te cuenta mi menosprecio por la jardinería. Lo que me gusta, no obstante, es sencillamente sentarme o dar una vuelta por un jardín bien cuidado, huertos, viñedos o bosques. Admiro los colores, los olores, la tierra, y las variedades de árboles y plantas.

Recientemente estaba hablando en Konstanz, Alemania, una ciudad llamada así por el lago que tiene a su lado. El lago Konstanz

es el lago más grande de Alemania, porque recibe hielo derretido y aguas de deshielo de los Alpes. Lisa y yo estuvimos allí visitando a unos buenos amigos que también son pastores, Freimut (un buen nombre alemán) y su esposa, Joanna.

Teníamos un par de días libres durante nuestro viaje, y nuestros anfitriones amablemente nos ofrecieron varias actividades divertidas para llenar ese tiempo. Descubrimos que no faltan cosas que hacer en Konstanz. Sin embargo, lo más que yo quería hacer no fue propuesto.

Ubicado dentro del lago Konstanz hay un lugar llamado Flower Island. Su nombre correcto es Mainau, pero Flower Island es más descriptivo porque toda la isla es un jardín. Quería ir a caminar por allí, pero tomaría todo un día verlo bien.

Lisa, Joanna y Freimut inicialmente pensaban que yo estaba bromeando cuando pedí visitar la isla. A fin de cuentas, ¿quién hubiera pensado que un tipo al que le encantan los deportes y las actividades de competencia querría hacer algo tan aburrido como caminar por un gran jardín? Después de mencionarlo un par de veces, sin embargo, nuestros amigos dijeron: “No pensábamos que lo decías en serio, pero ¿realmente quieres ir?”.

“¡Sí!”, dije. Así que planeamos la salida, a pesar del poco entusiasmo en los demás.

Fue un día espectacular. Condujimos por un puente hasta la isla, pagamos la admisión en la puerta principal, y comenzamos nuestro recorrido. En seguida quedé fascinado. Estaba asombrado por la belleza y complejidad de este gran jardín. La buena noticia fue que no era el único. Las bromas y chistes de los otros tres cesaron cuando todos contemplamos esa obra maestra.

Cada sección de este enorme jardín era una fiesta para la vista. Los parterres estaban perfectamente alineados, con caminos en su contorno a través de ellos para poder ver bien cada una de las plantas. Había mapas hechos de flores y enormes estatuas de

animales, niños e incluso casas, hechos todos de diferentes árboles, plantas y flores. Había elementos acuáticos impactantes distribuidos por todo el jardín.

Todos disfrutamos de la belleza y creatividad de un lugar que necesitaría más de medio día para recorrerse. ¡Solo vimos la mitad! Muchas veces esa tarde me pregunté: “Si hombres y mujeres pudieron crear esta magnífica isla, una fiesta de belleza para la vista con abundancia de fragancias para deleite del olfato, ¿cómo debía de ser el jardín de Dios?”. Porque no fue un horticultor experimentado o un arquitecto de paisajes quien diseñó el Edén. Fue el Maestro Creador mismo.

Dios plantó el abundante y exquisito jardín del Edén, puso a Adán en él, y le llevó toda clase de animales. El Maestro quería ver cómo nombraba Adán a cada una de las más de un millón de especies de animales sobre la tierra. ¡Qué inteligencia debía poseer este hombre! Pero Adán no solo tuvo la habilidad de poner nombre a todos esos animales, sino también la capacidad de recordar el nombre de cada uno de ellos, ¡y sin ningún iPad con Google instalado para ayudarse! Adán era brillante.

Sin embargo, Dios no llevó los animales a Adán solo para que les pusiera nombres; también quería ver qué animal escogería Adán para ser una compañía apropiada para él.

El hombre puso nombre a las aves y todos los animales, pero ninguno de ellos era una buena compañía para que le ayudase. Entonces el Señor Dios hizo que el hombre cayera en un sueño profundo, y mientras estaba durmiendo, sacó una de las costillas del hombre y cerró la carne. Formó de la costilla una mujer, y la llevó al hombre. Entonces Adán dijo:

«¡Al fin! -exclamó el hombre-. ¡Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Ella será llamada “mujer” porque fue tomada del hombre» (Génesis 2:23 NTV).

La compañía perfecta para el hombre fue la mujer. Ambos se complementarían y completarían el uno al otro. Juntos recibieron la tarea de guardar y mantener el planeta y, más concretamente, el jardín.

Antes de que Eva fuera tomada de Adán, Dios había dado una orden muy clara: "...Puedes comer libremente del fruto de cualquier árbol del huerto, excepto del árbol del conocimiento del bien y del mal. Si comes de su fruto, sin duda morirás" (Génesis 2:16-17 NTV).

No sabemos cuándo ocurrió el siguiente evento narrado. Podría haber sido tras unas semanas, años, décadas o incluso más. Pero llegó el día en el que el animal más astuto, la serpiente, se dirigió a Eva y cuestionó la orden de Dios.

¿Cómo es que una serpiente podía hablar? Personalmente creo que los animales podían comunicarse con los humanos antes de la caída. Por eso no vemos que Eva se alarme o se retire cuando la serpiente se acercó a ella. Este conocimiento acerca de los animales que hablan debió ser transmitido a través de las generaciones, porque cuando la burra de Balaam habló, tampoco vemos que Balaam se sorprendiera; (véase Números 22:21-35). Sencillamente mantuvo una conversación con su bestia de carga, sin mostrar sorpresa alguna o que le tomase por sorpresa.

¿Cómo lo hizo?

Permíteme volver a describir el propósito de nuestra investigación sobre lo que ocurrió en el Edén. Estamos queriendo saber cómo esta serpiente poseída por el diablo consiguió que Eva diera la espalda a Dios en un entorno perfecto. Examinemos su proceder:

“Así que le dijo a la mujer: «¿Así que Dios les ha dicho a ustedes que no coman de ningún árbol del huerto?»”

(Génesis 3:1).

Con esta pregunta, la serpiente inició el primer paso de su estrategia. Su objetivo era disuadir a Eva acerca de la sabiduría de Dios. Su pregunta tan astutamente planteada sedujo a la mujer para que perdiera momentáneamente de vista los miles de árboles frutales disponibles, y redirigiera su enfoque al único árbol que estaba retenido.

Las palabras exactas de Dios a Adán y Eva habían sido: “Puedes comer libremente del fruto de cualquier árbol del huerto, excepto...”. Su generosidad estaba enfatizada: “Puedes comer de cualquier árbol”. Hay miles de árboles frutales conocidos en el mundo, y creo que todos ellos estaban representados en el jardín. ¿Cuán astuta fue esta serpiente? Eva podía haber comido de miles de árboles, pero tras la torcida pregunta de Satanás, no pudo apartar sus ojos del único que estaba prohibido.

Ocurre lo mismo hoy día. Dios nos ha dado libremente a cada uno muchos regalos, todas las bendiciones que el cielo ofrece (ver Efesios 1:3). ¡Sería necesario otro libro tan solo para describirlas! Se nos dice que todas las cosas son nuestras en Cristo Jesús (ver 1 Corintios 3:21-23). Sin embargo, ¿cuál es la estrategia de nuestro enemigo? No es distinta a la que usó en el jardín. Él intenta tapar la generosidad de Dios para que solo veamos lo que está retenido. ¿Por qué nos frena Dios de algo? Veremos esta importante pregunta unas páginas más adelante, pero para decirlo de forma sencilla, es para nuestro propio bien. Él sabe mejor que nosotros lo que más nos conviene.

Poniéndose del lado de la verdad que conocía, Eva rápidamente respondió a esta serpiente parlante:

“Podemos comer del fruto de los árboles del huerto, pero Dios nos dijo: ‘No coman del fruto del árbol que está en medio del huerto, ni lo toquen. De lo contrario, morirán’”

(Génesis 3:2-3).

Es interesante destacar la imprecisión de la respuesta de Eva. Dios nunca dijo nada acerca de no tocar el fruto del árbol. Esto podría parecer insignificante, pero nos da una pista respecto a por qué la serpiente puso su mira en ella, y no en Adán.

Conocimiento revelado es cuando Dios nos muestra algo.

Eva aún no estaba en la escena cuando se dio la orden original, así que ella no lo había oído de la boca de Dios como Adán. Yo personalmente creo que hubo un día previo en el que ella y Adán habían estado caminando por este gran jardín, y llegaron hasta el árbol del conocimiento del bien y del mal. Adán señaló este árbol y le dijo a Eva lo que Dios había dicho sobre este árbol en concreto. Me refiero a esta clase de interacción como conocimiento comunicado. Por otro lado, para Adán la orden había sido un conocimiento revelado. ¿Cuál es la diferencia? El conocimiento revelado es cuando Dios nos muestra algo directamente.

Conocimiento revelado y comunicado

Un día, Jesús les preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?” (Mateo 16:13). Uno a uno, los discípulos enumeraron todo lo que habían oído de otros: Juan el Bautista que ha resucitado, Elías, Jeremías o algún otro de los profetas, fueron algunas de las respuestas que estos hombres habían oído en la versión de su tiempo de Twitter, Facebook, Instagram y blogs.

Cuando Jesús oyó lo que ellos habían descubierto mediante el conocimiento revelado, les preguntó: “Y ustedes, ¿quién dicen que

soy yo?” (versículo 15).

Los discípulos se quedaron paralizados sin respuesta alguna. Si Jesús no hubiera hecho la primera pregunta, probablemente ellos se habrían visto influenciados por los comentarios de otros, y sus respuestas habrían reflejado un conocimiento comunicado. Pero con sus dos preguntas, la intención de Jesús era deshacerse de este conocimiento de segunda mano para descubrir lo que Dios les había revelado a ellos. Pedro fue el único que tuvo una respuesta, y espetó: “¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!” (versículo 16).

Puedo imaginarme a Jesús sonriendo, poniendo su mano sobre la espalda de Pedro para afirmarle, y anunciando: “no te lo reveló ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos” (versículo 17). Pedro no estaba repitiendo información de lo que había leído en línea, o visto al azar en el artículo de alguna revista. Estaba compartiendo la verdad que Dios le había impartido a él directamente.

Jesús después dijo que este tipo de conocimiento revelado es sobre lo que la iglesia sería edificada y que las fuerzas del infierno no podrían detener a aquellos que lo tuvieran. Por el contrario, las fuerzas del infierno pueden engañar con más facilidad a los que solo poseen un conocimiento comunicado.

Obtenemos conocimiento revelado de muchas formas. Puede ocurrir mientras leemos las Escrituras o un libro motivacional, acallándonos en oración, escuchando hablar a nuestro pastor, recibiendo una visión como le ocurrió a Pedro en la azotea (ver Hechos 10:9-16), o sencillamente teniendo un encuentro con la Palabra de Dios revelada en nuestro corazón por el Espíritu Santo. Es difícil generalizar cómo ocurre. A veces puedes oír un murmullo suave en tu corazón. Otras veces simplemente lo sabes porque la revelación cayó en tu espíritu. Otras veces tu corazón comienza a acelerarse, y sientes la presencia de Dios mientras lees las Escrituras. Como sea que se produzca, el resumen es que sabes que has

escuchado a Dios, y este conocimiento revelado nadie te lo puede quitar.

Por el contrario, el conocimiento comunicado viene meramente oyendo o leyendo algo que otro ha dicho sobre lo que ha oído de Dios. El conocimiento puede que sea preciso, pero si el Espíritu no lo revela en tu corazón, se puede distorsionar con mucha facilidad.

Conocimiento comunicado viene oyendo algo que otro ha dicho.

Por ejemplo, he oído a algunas personas alardear abiertamente de su conocimiento de la Biblia: “Sabes, John, el dinero es la raíz de todos los males”. Lo que estos amigos equivocados han leído, o han oído citar a un ministro, es 1 Timoteo 6:10, que dice: “Pues el amor al dinero es la raíz de toda clase de mal” (NTV).

El dinero es solamente una herramienta. Nada más. Tú puedes usar mal una herramienta, o puedes usarla correctamente. Una pistola es una herramienta. En la mano de un ladrón, una pistola se puede usar mal para cometer un robo. Sin embargo, una pistola en la mano de un policía se puede usar para detener a alguien a fin de que no cometa una violación o asesine a una mujer. Es el mismo arma, y no hay nada inherentemente malo o bueno al respecto. Del mismo modo, el dinero es una herramienta, y no es la raíz de todos los males. El amor al dinero es la raíz de toda clase de mal.

Las personas que hacen comentarios equivocados como este tienen conocimiento comunicado en vez de conocimiento revelado. En mi experiencia, este conocimiento comunicado es a veces más peligroso que la ausencia de conocimiento.

Las palabras que Eva usó para describir el mandato de no tocar el fruto del árbol indican que tenía solamente un conocimiento comunicado. La presencia de Dios estaba en el jardín. Él caminaba

con Adán y Eva, probablemente todos los días (ver Génesis 3:8). Está perfectamente bien que Adán compartiera con su esposa lo que Dios había ordenado, pero lo que probablemente ella no hizo fue buscar a su Creador directamente en cuanto a lo que había dicho.

Debería ser una característica de los que buscan a Dios el indagar más profundamente en el conocimiento y entendimiento de Dios. Escucha lo que el pueblo de Berea hizo cuando Pablo les llevó su mensaje del cielo:

“Los de Berea tenían una mentalidad más abierta que los de Tesalónica y escucharon con entusiasmo el mensaje de Pablo. Día tras día examinaban las Escrituras para ver si Pablo y Silas enseñaban la verdad” (Hechos 17:11 NTV).

¡Los de Berea estaban en el partido! Escucharon a Pablo atentamente, después examinaron las Escrituras por sí mismos. Me encantan las palabras mentalidad más abierta. Sus mentes estaban abiertas a la voz del Espíritu. Los canales entre sus espíritus y mentes estaban despejados, abiertos para recibir el conocimiento revelado.

A diferencia de muchos cristianos de hoy, los de Berea no obtenían todo su contentamiento solo de los podcasts, posts en los blogs o discusiones en Twitter o Facebook. Del mismo modo, cuando Jesús hablaba de su identidad con los discípulos, no estaba interesado en lo que la gente decía en las redes sociales de su tiempo. Él quería saber: “Chicos, ¿qué les ha revelado Dios?”.

Quizás fue en uno de sus viajes en grupo cuando Pedro oyó a alguien decir: “Jesús debe ser el Cristo”. En ese momento, la conciencia explotó en su mente y corazón, motivada por la presencia del Espíritu Santo. “¡Eso es! Él es el Hijo de Dios. Él es el Cristo. ¡Vaya! Hasta ahora no podía haberlo sabido, ¡pero ahora sé que Él es el Cristo!”. Así es como frecuentemente experimentamos a Dios revelando su verdad a nuestro corazón.

O quizás sucedió de otra forma en el caso de Pedro. La revelación quizás llegó a su corazón una noche mientras intentaba dormirse, o durante el día mientras caminaba de una ciudad a otra, o en un momento en que estaba viendo a Jesús hablar a otros miembros del equipo en el campo. Quizás en uno de esos momentos, sin que Pedro se diera cuenta, Dios le recordó uno de los pasajes del Antiguo Testamento como Isaías 9:6,7, que presagiaba la venida de Cristo.

O quizás se le “encendió” espiritualmente la bombilla mientras Jesús sanaba a alguien. De repente, el discípulo se acordó de uno de sus rabinos de la infancia leyendo una profecía del Antiguo Testamento sobre la llegada del Mesías: “Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8:17, confirmando Isaías 53:4).

Hay muchas formas en que la revelación de la verdadera identidad de Jesús podía haber llegado a Pedro; lo importante es que Dios mismo se lo reveló.

Creo que es seguro decir que esto no es lo que ocurrió con Eva. Ella no tuvo conocimiento revelado; en cambio, se conformó con conocimiento comunicado. Quizás Adán le envió a ella un mensaje directo por Twitter: “Oye, cariño, te vi mirando al árbol del conocimiento del bien y del mal. ¡No lo toques! Dios dice que moriremos si comemos de su fruto”.

Paso 2

Ahora que la serpiente tenía la atención de Eva exclusivamente enfocada en el único árbol prohibido, pudo iniciar el paso dos de su persuasivo plan. Este paso sería la contradicción directa de lo que Dios ya había dicho. Sin embargo, estaría astutamente envuelta en lo que parecía ser un buen razonamiento, junto a la promesa de un beneficio. Satanás replicó:

“Entonces la serpiente le dijo a la mujer: «No morirán. Dios bien sabe que el día que ustedes coman de él, se les abrirán los ojos, y serán como Dios, conocedores del bien y del mal»” (Génesis 3:4-5).

Considera las palabras de la serpiente: “Dios bien sabe”. Implican que se está guardando algo, y no cualquier cosa, sino algo que mejoraría la vida de Adán y Eva. ¡Este algo les llevaría a un nivel más alto! Como estaba el bien en ese árbol, la serpiente cuidadosamente calculó su lógica para que pareciera fundamentada. Y funcionó.

“La mujer vio que el árbol era bueno para comer, apetecible a los ojos, y codiciable para alcanzar la sabiduría. Tomó entonces uno de sus frutos, y lo comió” (Génesis 3:6).

Eva vio que el árbol era bueno, era apetecible y que le haría sabia. Todas estas son cosas deseables y beneficiosas.

Mientras Eva estaba mirando al árbol, sus pensamientos comenzaron a recorrer un nuevo camino: “Espera un minuto. Hay algo bueno y beneficioso en ese árbol, y Dios lo está prohibiendo. Mi esposo y yo podríamos tener una vida mejor. Podríamos ser más sabios y más felices, pero ese árbol está retenido. Creía que nuestro Creador era bueno y misericordioso, pero en realidad es engañoso. Nos está escondiendo algo bueno”.

Con cada segundo que estos pensamientos calaban en su mente, crecía el deseo de Eva de comer el fruto. Su deseo se justificaba según seguía creyendo durante más tiempo que había algo bueno para ella en ese árbol.

La táctica final de la serpiente fue pervertir el carácter de Dios ante los ojos de Eva. Si tenía éxito, podría hacer que ella le diera la

espalda a Dios. ¿Por qué? Porque el gobierno de Dios está establecido y sostenido por su carácter.

El rey David escribió: “Tu trono se basa en la justicia y el derecho” (Salmos 89:14). Como rey, David sabía que esas características son el fundamento de un líder duradero. Si un rey es veraz, justo y sabio, su reino no terminará. Si en vez de ello un rey es engañoso e injusto, su reino no durará.

El carácter de Dios es perfecto, pero la serpiente estaba decidida a convencer a Eva de lo contrario. Intentó torcer la evidencia. La apariencia del árbol prohibido era buena y apetecible. Parecía que haría sabio a cualquiera, pero las apariencias pueden ser engañosas. Por eso se nos dice: “Así que no miramos las dificultades que ahora vemos; en cambio, fijamos nuestra vista en cosas que no pueden verse” (2 Corintios 4:18 NTV). Lo que no se puede ver es la Palabra de Dios. Su Palabra es justa y precisa.

No te dejes engañar

El enemigo fue capaz de conseguir que Eva le diera la espalda a su Creador al minar su perspectiva del carácter de Dios. A menudo yo he tenido que luchar contra pensamientos similares en el fragor de una batalla, cuando no estoy viendo una oración contestada lo rápido que esperaba. En esas situaciones me recuerdo a mí mismo la fidelidad de Dios. Me entreno a través de la realidad: “Dios no es el problema, Él no me está reteniendo nada, y es un Padre bueno y misericordioso”.

La serpiente consiguió que Eva creyera que había algo bueno para ella que Dios estaba reteniendo. Si esto tuvo éxito en un entorno perfecto, con una mujer que nunca había recibido abuso alguno, ni ofensa, ni se habían aprovechado de ella, ¿cuánto más fácil es la tarea del enemigo hoy en un mundo caído lleno de ofensas, corrupción, perversión y engaño? Por esta razón el apóstol Santiago nos advierte fuertemente:

“Queridos hermanos míos, no se equivoquen” (Santiago 1:16).

Como me gusta decir, hay solo un problema con el engaño: ¡es engañoso! El que es engañado cree de todo corazón que está en lo correcto, que es certero, y que está del lado de la verdad. Pero en realidad está equivocado, es impreciso y no está en el lado de la verdad. ¡Qué miedo!

Eva fue engañada, y por consiguiente cayó en la transgresión. Santiago no quiere que caigamos en la misma trampa. Así que examinemos toda la frase:

“Queridos hermanos míos, no se equivoquen. Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación” (Santiago 1:16-17).

Santiago no dice que la mayoría de los dones vienen de Dios. Eso es lo que opinan muchos. No, se nos dice explícitamente que toda buena dádiva y don perfecto provienen de Dios. Podríamos escribir fácilmente: “No hay nada bueno para ti fuera de la voluntad de Dios”. No tomes esta siguiente frase a la ligera o de forma superficial, porque hay en ella mucha profundidad. No importa lo bueno que parezca algo, lo feliz que te haga, lo divertido que sea, lo rico y exitoso que te pueda hacer, lo profundamente espiritual que parezca, lo sensato que parezca, lo popular o aceptado que sea, y la lista continúa. Si algo es contrario a la sabiduría (o Palabra) de Dios, finalmente será perjudicial y llevará pesar a tu vida.

No hay nada bueno para ti fuera de la voluntad de Dios.

Eva creyó por completo que estaba tomando una sabia decisión, una buena decisión, algo que haría que su vida y la de su marido fueran mejores. Pero no fue así. Y si tú crees que miles de años después tu sabiduría sobre lo que parece bueno es mejor que la de Dios, estás tan engañado como Eva, y caerás en un gran pesar.

Sé que quizás pienses que estoy siendo un poco negativo o cerrado de mente aquí, pero no es esa mi intención. Simplemente te estoy amonestando. Este libro está lleno de enseñanzas sobre cómo reconocer lo que es verdaderamente bueno para tu vida, ministerio, empresa, relaciones, y otras cosas. Sin embargo, para presentar completamente el mensaje de Jesucristo, tengo que amonestar y enseñar. Pablo confirma esto cuando escribe:

“Nosotros anunciamos a Cristo, y amonestamos y enseñamos a todo el mundo en toda sabiduría, a fin de presentar perfecta en Cristo Jesús a toda la humanidad”
(Colosenses 1:28).

Tú y yo no podemos llegar a la madurez sin tener amonestaciones y enseñanzas. Yo lo veo así. Siempre que compras un nuevo aparato electrónico, herramienta o electrodoméstico, en la primera o segunda página del manual de instrucciones verás las palabras: “Advertencia: Léalo antes de usarlo”. El fabricante después escribe varias advertencias sobre lo que se debe hacer, o más frecuentemente lo que no se debe hacer, con el producto. Estas advertencias se dan para informarte de cómo no causar ningún daño ni a ti ni al producto que acabas de comprar. Ese artículo te dará años de gran servicio si no violas las advertencias. Pero si el fabricante no proveyera esas advertencias, tú podrías hacer, sin intención alguna, algo que dañase o echara a perder el producto. Después escribirías un correo electrónico muy desagradable a la empresa, y les reprenderías por

no advertirte adecuadamente.

Pablo nos dice que debemos prestar atención a las amonestaciones del Nuevo Testamento. Si las escuchamos bien, tendremos años de una vida exitosa en armonía con nuestro Creador. Sin embargo, si ignoramos o violamos las amonestaciones, nosotros también sufriremos de forma similar a la de Adán y Eva. Después escribiremos posts en un blog, cartas y correos, sobre lo injusta que es la vida por las pruebas y dolores que nos han sobrevenido. Sin embargo, Dios dice claramente:

“Estudia constantemente este libro de instrucción. Medita en él de día y de noche para asegurarte de obedecer todo lo que allí está escrito. Solamente entonces prosperarás y te irá bien en todo lo que hagas” (Josué 1:8 NTV).

Dios garantiza una vida exitosa y próspera si obedecemos cuidadosamente lo que está escrito en su libro de instrucciones. Sin embargo, este libro no solo contiene enseñanzas de motivación y consuelo. También tiene amonestaciones.

Desgraciadamente, en nuestros días ministros y maestros a menudo evitan estas amonestaciones importantes. Estas partes de la Escritura puede que parezcan negativas, y no queremos mensajes de desánimo desde el púlpito porque eso daría un enfoque poco atractivo, y boicotearía la asistencia de las personas a esa iglesia o conferencia. Por consiguiente, hay muchos destrozos entre los creyentes, que se podrían haber evitado si las personas hubieran recibido tanto enseñanza como amonestación.

Te insto a que te resuelvas ahora: no hay nada bueno para ti fuera de la sabiduría o la Palabra de Dios; absolutamente nada. Si crees esto, avancemos en nuestra búsqueda de la diferencia entre lo bueno y lo eterno.

EL ESTÁNDAR UNIVERSAL DE LO BUENO

“Toda palabra de Dios demuestra ser verdadera”. —Proverbios
30:5 NTV

“Cuando mejor nos oponemos al error es cuando promovemos
un conocimiento sólido de la palabra de verdad...” —Matthew
Henry

En este libro trataré tres aspectos del concepto de bueno. El primero se centra en nuestra relación íntima con Dios; el segundo, en nuestro carácter y conducta; y el tercero, en nuestros planes y estrategias. Estos están íntimamente conectados, ya que el primero es nuestro fundamento, el segundo es lo que mantiene nuestra vida unida como un todo, y el tercero representa la edificación de nuestra vida. Si los dos primeros son fuertes, nuestro trabajo se maximizará y durará. Pero si alguno de estos está defectuoso, el trabajo de nuestra vida se verá obstaculizado y será fugaz.

Recuerdo como si fuera ayer cuando construimos nuestra primera casa. Todo el proceso de principio a fin nos cautivó tanto a Lisa como a mí. Una vez que comenzó la construcción, conducíamos hasta allí todos los días para ver el progreso.

La parte de los cimientos no fue muy interesante, así que fue lo que menos tiempo pasamos examinando. Pero más o menos al mismo tiempo, algunos amigos estaban construyendo también su primera casa, aunque era mucho más bonita. Pocos años después de mudarse, comenzaron a surgir grandes grietas en las paredes de su casa desde el piso hasta el techo. Una noche estábamos cenando allí con ellos y, al darnos cuenta de ese problema, les preguntamos qué era lo que sucedía. Con obvio disgusto nos contaron que los cimientos de la casa estaban defectuosos. Su constructor había escatimado en ellos, y sus intentos por conseguir alguna indemnización no habían dado fruto. Corregir el problema resultó ser un proceso extremadamente caro y de mucho tiempo. Su

experiencia me hizo ver la importancia de unos buenos cimientos. Aunque poner los cimientos no fue la parte más emocionante de ver del proceso de la construcción de nuestra casa, era lo más esencial para construir una casa que durase.

Cuando terminaron de instalar los cimientos de nuestra casa, el siguiente paso fue comenzar con la estructura. Esta etapa de la construcción hacía que nuestros viajes hasta allí fueran más interesantes. Nuestras visitas eran más largas, ya que ahora podíamos caminar por la casa. Nos emocionaba ver cómo las habitaciones iban tomando forma, e íbamos teniendo un cuadro más realista de cómo sería la casa verdaderamente, una vez terminada.

La etapa final fue pura emoción, y pasamos más tiempo inspeccionando nuestra casa durante esta fase que en las anteriores. Cuando se terminó el proceso de estructura y mampostería, observamos la instalación de ribetes, molduras de techo, gabinetes, piso, mostradores de cocina, y finalmente las luces. Esa era nuestra primera casa, y podíamos arreglarla y decorarla como quisiéramos. Cada día nos parecía la mañana del día de Navidad. Todo estaba tomando forma.

Este es mi punto: si las dos primeras fases de la construcción de nuestro hogar, los fundamentos y la estructura, no hubieran sido buenas, el resto se habría visto afectado, o bien de inmediato o, como en el caso de nuestros amigos, con el transcurso del tiempo.

Del mismo modo, el aspecto final del mensaje de este libro, que se trata de los planes y estrategias de nuestra vida, será el más agradable de discutir. Habla de las decisiones que tomamos en la empresa, el ministerio o en las aventuras de nuestra vida.

Hay decisiones que tenemos que tomar en estas áreas que parecen buenas. Sin embargo, muy a menudo no es lo mejor que Dios tiene. Si los escogemos, estos caminos nos robarán nuestro máximo potencial. Es una verdad inmutable: “El Señor no negará ningún bien a quienes hacen lo que es correcto” (Salmos 84:11 NTV). Él quiere lo bueno para ti, y lo bueno que Él tiene es siempre magnífico.

Lo bueno que Él tiene es siempre magnífico.

Discutiremos esto un poco más adelante, pero así como nuestro constructor se concentró cuidadosamente en los primeros pasos de la construcción, en este libro debemos primero establecer bien el fundamento, y levantar bien la estructura.

Definición de bueno

Veamos la palabra bueno. La palabra hebrea para bueno es tob. Algunas definiciones encontradas en The Complete Word Study Dictionary son: “ser feliz, aceptable, hacer bien, correcto”. La New International Encyclopedia of Bible Words profundiza un poco más al decir:

“Esta sencilla palabra significa “bueno” en el sentido más amplio posible. Incluye lo bonito, lo atractivo, lo útil, lo beneficioso, lo deseable, lo moralmente correcto. El concepto que une todos estos usos de “bueno” es evaluación. Para determinar lo bueno, uno debe comparar cosas, calidades y acciones con otras cosas, calidades y acciones...El relato de la Creación introduce tob bíblicamente, cuando Dios ve la obra de cada día y dice que es bueno. Dios también evalúa. Es, de hecho, porque Dios compartió su imagen y semejanza con la humanidad que los seres humanos tenemos la capacidad de hacer juicios válidos. Pero el pecado ha distorsionado las percepciones de la humanidad. Por eso, solamente Dios es capaz de evaluar perfectamente. Los escritores del Antiguo Testamento estaban convencidos de que Dios no solo era el dador y la medida de lo bueno, sino

que también solo Él sabe lo que es verdaderamente beneficioso para nosotros, y lo que es moralmente correcto. Solamente porque Dios ha compartido su evaluación de lo que es bueno en su Palabra, los que confiamos en Él somos capaces de afirmar con confianza que cierta cosa, calidad o curso de acción es beneficioso”.¹

La palabra clave es evaluación. Adán y Eva escogieron evaluar lo bueno y aceptable sin el consejo de Dios. Hicieron una valoración según un conjunto de normas distintas: las suyas. Esta ha sido la raíz de la hostilidad del hombre con el Creador desde entonces. Ha adoptado varias formas, pero siempre se reduce a un único motivo subyacente: “Yo sé qué es lo correcto para mi vida, y no necesito que nadie me diga lo contrario”. Sin embargo, Dios declara: “Hay caminos que el hombre considera buenos, pero que al final resultan caminos de muerte” (Proverbios 16:25).

En el primer capítulo cité estas mismas palabras, pero el versículo era Proverbios 14:12. Esta frase no se repite por casualidad. Siempre que se repite una frase en las Escrituras, es a modo de énfasis. Siempre debemos recordar que algunos asuntos tienen más peso que otros para Dios (ver Mateo 23:23). Cuando se produce la repetición de una frase, tenemos que prestar aún más atención. En este caso, es una advertencia más seria.

Dios sabe lo fácil que resulta distorsionar la línea entre lo bueno y lo malo. Si eso ocurrió en el jardín, es mucho más fácil que pueda ocurrir hoy. Dios advierte que habrá caminos, patrones de conducta, procesos de pensamiento, creencias, costumbres o incluso tradiciones, que parecen aceptables según nuestra evaluación. Pero finalmente resultarán incorrectos en la construcción de nuestra vida, y con el tiempo nos pasarán factura. El resultado puede tardar meses o años en aparecer, o a veces ni siquiera aparece hasta el día del juicio. Pablo dice: “Recuerda que los pecados de algunos individuos son evidentes, y los llevan a un juicio inevitable; pero los pecados de otros se revelarán después” (1 Timoteo 5:24 NTV). No sé a ti, pero

a mí la segunda parte de este versículo me hace temblar. No que me haga tener miedo de Dios, sino más bien me aterra alejarme de Él.

El resumen es: ¿realmente creo que la sabiduría de Dios es perfecta y confío en que Él tiene lo mejor para mi vida? Todo ser humano debe afianzar en su corazón la respuesta a esta pregunta. Y esta convicción interna no puede variar de un asunto a otro. O la sabiduría de Dios es perfecta en todos los casos, o falla y es mejor que tomemos nuestras propias decisiones independientemente de Él.

Por lo tanto, ¿cuál es el estándar de bueno en el que debemos confiar? ¿Qué lleva al camino de la vida? El apóstol Pablo nos dice:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto” (2 Timoteo 3:16 NTV).

¿Qué lleva al camino de la vida?

Examinemos algunos elementos clave de la declaración de Pablo.

Toda la Escritura. No parte. No solo lo que nos gusta o con lo que estamos de acuerdo. No solo los versículos que encajan en nuestra manera de pensar o de creer. Es toda la Escritura. Sé honesto contigo mismo: ¿consideras que la sabiduría de Dios es correcta en algunas áreas, y pasada de moda o irrelevante en otras?

Eva sabía que Dios era el Creador, y disfrutaba de las riquezas de su bondad junto con la maravilla de su presencia. Tenía un entorno bonito, paz, armonía, bienestar, y abundancia de comida deliciosa de un montón de árboles. Pero cuando se convenció de que un área de la sabiduría de Dios no era correcta, entró en el camino de muerte.

Si Eva pudo ser persuadida en un entorno sin defectos, ¿cuál es nuestra protección en medio de la corrupción? No es otra que la Escritura.

La Escritura es útil para enseñarnos lo que es verdadero y correcto. Algo puede tener apariencia de bondad, y sin embargo ser todo lo contrario. Hay conceptos, suposiciones, opiniones, cualidades, formas de razonar y patrones de pensamiento que parecen buenos y correctos, pero que no lo son. Debido a estos peligros ocultos, Dios nos ha dado un manual de instrucciones para la vida, a fin de que no nos desviemos inconscientemente de la verdad y caigamos en los caminos de muerte. Es la Biblia.

Tú y yo debemos preguntarnos (y respondernos honestamente): ¿Leo regularmente mi Biblia? ¿La estudio? ¿Paso tiempo buscando la sabiduría de Dios para mi vida? ¿O al igual que Eva presumo de conocer su Palabra? ¿Acaso soy yo, que vivo en un planeta corrupto y también lucho con el tentador, mejor que Eva a la hora de entender la verdad y no desviarme de ella?

Toda la Escritura es inspirada por Dios. No hay excepción o cláusulas ocultas en esta frase; es una perspectiva del tipo todo o nada. Si toda la Escritura no es inspirada, entonces tenemos un manual defectuoso.

La certeza de la Escritura

Repasemos algunos de los detalles relativos a la Biblia. Está compuesta por sesenta y seis libros, escritos en varios idiomas durante un período aproximado de unos 1.500 años, por más de cuarenta hombres en tres continentes (África, Asia y Europa). Estos escritores humanos venían de trasfondos, ocupaciones y perspectivas muy diferentes. Eran pescadores, pastores, militares, reyes, un copero real, un médico, un recaudador de impuestos, un hacedor de tiendas, y otros. Algunos escribieron desde la prisión mientras que otros escribieron sus palabras en un palacio.

Aunque los escritos de estos hombres cubren muchos temas, la unidad encontrada a lo largo y ancho de los distintos libros es impactante, pero definitivamente no fortuita. Su tema central es este: el dilema del pecado de la humanidad, la consiguiente separación de su Creador, su ineptitud para restaurar la relación con Dios, y la respuesta divina de un Mesías, el Señor Jesucristo. Este contenido está entremezclado coherentemente desde Génesis hasta Apocalipsis.

El hecho de que los escritores de la Biblia no se reunieran (no pudieron) para planificar lo que escribirían, ¡es impresionante! Ninguna persona o comité supervisó y estableció la dirección del proceso. Dios mismo lo hizo. Como las Escrituras se escribieron durante un período tan largo de tiempo, la mayoría de los escritores no se conocieron personalmente ni vivieron en la misma era. Se añadieron libros a la colección ya existente, pues se escribieron en un período de más de 1.500 años (Detente un momento y piensa en hace más de 1.500 años. Eso va más atrás de incluso el imperio británico. ¡Impactante!).

Ahora, generaciones después, es abrumador pensar que la Biblia que leemos vino como un solo libro escrito por hombres que no tenían un conocimiento explícito de la estructura general. Sus papeles individuales se podrían comparar al de distintas personas de diferentes generaciones y culturas escribiendo capítulos de una novela, sin que ninguno de ellos tuviera un bosquejo general o incluso una trama por la cual regirse. La asombrosa coherencia de este libro demuestra su origen divino. Como una sinfonía, cada parte individual de la Biblia contribuye a la armonía general que es orquestada por un solo Dios.

Solamente este conocimiento es evidencia abrumadora de la inspiración divina de la Escritura. Pero llevémoslo un paso más adelante discutiendo la precisión de estos distintos escritores.

Se escribieron profecías que predecían la llegada del Mesías en varios libros del Antiguo Testamento durante cientos de años, en

algunos casos incluso mil años antes del nacimiento de Jesús. La mayoría de los eruditos de la Biblia está de acuerdo en que hay más de trescientas de estas profecías en el Antiguo Testamento. Cuando Jesús vino a este mundo, le dijo a su Padre: “Aquí estoy, oh Dios; he venido a hacer tu voluntad como está escrito acerca de mí en las Escrituras” (Hebreos 10:7 NTV). Y a la gente Jesús declaró: “¡Pero las Escrituras me señalan a mí!” (Juan 5:39 NTV).

El cumplimiento de Jesús de todos estos escritos proféticos es una evidencia abrumadora de la inspiración divina de las Escrituras. Una refutación muy común a esta conclusión es que se pueden encontrar otras figuras históricas que encajarían en las profecías del Mesías. Eso es cierto; algunos individuos podrían cumplir una, dos o incluso unas cuantas profecías. Sin embargo, encontrar una persona que las cumpla todas es prácticamente imposible.

Permíteme ilustrarlo. Las siguientes páginas serán más técnicas y científicas en naturaleza, pero te aseguro que esta información es importante y agradable de examinar.

La precisión de las Escrituras

A mitad de la década de 1900, un profesor de ciencias llamado Peter Stoner publicó un libro titulado *La Ciencia Habla*. En esta obra hablaba de las profecías de Cristo a la luz de la ciencia de la probabilidad. Respecto a su hallazgo, H. Harold Hartzler, PhD, escribió en el prólogo a *La Ciencia Habla*:

“El manuscrito de La Ciencia Habla ha sido revisado cuidadosamente por un comité de miembros de la Afiliación Científica Americana y por el Consejo Ejecutivo de la misma agrupación, quienes declaran que lo encuentran generalmente aceptable y exacto en lo que respecta al material científico que contiene. El análisis matemático que incluye está basado sobre principios de probabilidades

perfectamente sanos, y el Profesor Stoner los aplica de un modo correcto y convincente”.²

Stoner no realizó este estudio solo, sino que sacó conclusiones de más de seiscientos estudiantes de ciencias de doce clases distintas. Él sopesó cuidadosamente sus hallazgos, y luego editó partes para que sus datos fueran más conservadores. Su evaluación inicial incluyó las siguientes ocho profecías acerca de Jesucristo:

1. Cristo debía nacer en Belén (profetizado en Miqueas 5:2; cumplido en Mateo 2:1-7; Juan 7:42; Lucas 2:4-7).
2. Cristo tenía que ser precedido por un mensajero (profetizado en Isaías 40:3 y Malaquías 3:1; cumplido en Mateo 3:1-3; 11:10; Juan 1:23; Lucas 1:13-17).
3. Cristo tenía que entrar en Jerusalén en un burro (profetizado en Zacarías 9:9; cumplido en Lucas 19:28-37; Mateo 21:1-11).
4. Cristo debía ser traicionado por un amigo (profetizado en Salmos 41:9 y 55:12-14; cumplido en Mateo 10:4; 26:47-50; Juan 13:21-27).
5. Cristo debía ser vendido por treinta monedas de plata (profetizado en Zacarías 11:12; cumplido en Mateo 26:15; 27:3).
6. El dinero por el que Cristo fuera vendido debía ser arrojado “al tesoro” en la casa de Dios (profetizado en Zacarías 11:13; cumplido en Mateo 27:5-7).
7. Cristo debía guardar silencio ante sus acusadores (profetizado en Isaías 53:7; cumplido en Mateo 27:12; Marcos 14:60-61; 15:3-5).
8. Cristo debía ser ejecutado mediante crucifixión como un ladrón (profetizado en Salmos 22:16; Zacarías 12:10 e Isaías 53:5, 12; cumplido en Juan 20:25; Mateo 27:38; Marcos 15:24-27).

Antes de continuar, permíteme dar una sencilla ilustración de la ciencia de la probabilidad. Imagínate que tomamos nueve pelotas de tenis amarillas y una pelota de tenis blanca, las ponemos en un cubo con capacidad de veinte litros, y las mezclamos. Después cubrimos los ojos de una persona, y le pedimos que saque una bola del cubo. Las probabilidades de que elija la bola blanca serían de una entre diez. Esto es simple probabilidad.

Siguiendo esto, Peter Stoner dijo lo siguiente respecto a las ocho profecías enumeradas en la página anterior:

“... Encontramos que la probabilidad de que alguien que haya vivido, hasta nuestros días, hubiese cumplido las ocho profecías, es de 1 en [100.000.000.000.000.000]”.³

Esta estadística es impactante, pero a menos que seas matemático o científico, es difícil comprenderlo. Stoner lo ilustra con un astuto ejemplo, el cual voy a parafrasear. Si fuera posible que nosotros obtuviésemos 100.000.000.000.000.000 de dólares de plata, tendríamos un problema: cómo los almacenaríamos. No hay nave o edificio lo suficientemente grande en el mundo entero. El volumen sería tan enorme, que las monedas cubrirían todo el estado de Texas con unos 65 centímetros de espesor. Esa es una cantidad gigantesca de monedas.

Supongamos que pudiéramos conseguir esa cantidad de monedas. Marquemos ahora una de esas monedas de plata, después removemos la cantidad total, y la redistribuimos por todo el estado de Texas. Ahora vendamos los ojos a un hombre, le ponemos en un helicóptero, y hacemos que vuele por todo el estado de Texas, esperando a que él dé la orden de descender. Una vez en el suelo, puede salir del helicóptero, aún con los ojos vendados, y escoger una moneda. Las probabilidades de que escoja la moneda marcada en todo el estado de Texas son las mismas probabilidades de que algún hombre, desde los tiempos de los profetas hasta los tiempos

modernos, cumpliera las ocho profecías mesiánicas.

Stoner escribió:

“Esto quiere decir que el cumplimiento de solamente estas ocho profecías, prueba que Dios inspiró a los escritores de esas profecías para que escribieran con una precisión tal, que les falta únicamente una probabilidad en [100.000.000.000.000.000] para ser absoluta”.⁴

Es asombroso reflexionar en estas probabilidades. Sin embargo, Stoner no se detiene con las ocho profecías iniciales. Pasa a considerar ocho profecías más del Antiguo Testamento (dieciséis en total) que pronostican la vida de Jesús. Él afirma:

“La probabilidad de que las dieciséis sean cumplidas en una sola persona es de...1 en 1045”.⁵

¿Cuál es este número? Sería un 1 con 45 ceros después. O:

1.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.000.00

Stoner ilustra esta probabilidad, y de nuevo yo la parafrasearé. Si tuviéramos ese número de monedas de plata de un dólar, la tierra sería demasiado pequeña para contenerlas. Tendríamos que combinarlas en una bola sólida. Esta bola o esfera tendría un diámetro sesenta veces superior al de la distancia que hay desde la tierra al sol, ¡que es de 8.800 millones de kilómetros!

Permíteme ayudarte a entender lo grande que sería esta esfera. Vuelo con frecuencia a otros países para enseñar la Palabra de Dios. Sorprendentemente, ahora podemos volar sin escalas al otro lado de nuestro planeta en tan solo veinticuatro horas. ¡A los apóstoles les hubiera encantado vivir en nuestros días! Sin embargo, si quisiéramos volar alrededor de nuestra esfera de dólares de plata en

un avión, no podríamos hacerlo, porque ninguna persona en nuestra era ha vivido tanto tiempo. ¡Se necesitarían más de cuatrocientos años para volar sin escala alrededor de este globo de monedas de plata! Si comenzásemos nuestro viaje el día en que los colonos llegaron a Plymouth, Massachusetts, en 1620 D.C., aún no habríamos terminado de recorrer el círculo de este globo de monedas de plata.

Debemos también tener en mente que este no es como el ejemplo anterior: monedas de plata cubriendo el estado de Texas con una profundidad de 65 centímetros. No, todo este globo estaría compuesto por estas monedas de plata.

Imagínate marcar una de esas monedas de plata, revolverla dentro de este gigantesco globo, y después vender los ojos a un hombre y decirle que escoja una moneda. ¿Esperarías que fuera la moneda marcada? Ahora tienes una idea de las probabilidades de que una persona cumpliera las dieciséis profecías escritas acerca de Jesús cientos de años antes de su nacimiento.

¡Pero hay más! De nuevo, Stoner no se detuvo en las dieciséis profecías cumplidas, sino que siguió hasta cuarenta y ocho profecías. Es realmente más difícil intentar comprender lo que escribió después:

“Con el fin de extender esta consideración más allá de los límites de la comprensión humana, consideremos cuarenta y ocho profecías, similares en las probabilidades de cumplimiento humanas a las ocho que tratamos primeramente...Empleando el mismo principio de probabilidades que hemos empleado hasta aquí, descubrimos que la probabilidad de que una sola persona hubiese cumplido las cuarenta y ocho profecías es de 1 en 10157”.⁶

Ese es el número 1 con 157 ceros detrás. Sería una pérdida de

espacio que yo escribiera ese número. Stoner de nuevo nos ayudó a comprender tal número con otra ilustración. Esta vez, la moneda de dólar de plata es en sí misma demasiado grande. Tenemos que buscar un objeto más pequeño.

El electrón es el objeto más pequeño que conocemos. Los electrones son tan pequeños que si los pusiéramos en fila en una línea de 1 pulgada [2,54 cm], tardaríamos más de diecinueve millones de años en contarlos a un ritmo de 250 por minuto. Eso es muy diminuto. No olvides que es una sola línea de una pulgada de longitud. No quiero agobiarte con lo que se tardaría en contar una pulgada cuadrada, y ciertamente no quisiera pensar en una pulgada cúbica de electrones. Es inconcebiblemente más tiempo.

Con esto en mente, preguntemos lo grande que sería una bola compuesta por 10.157 electrones. Para hacerlo simple, sería una bola con un radio mayor que la distancia hasta el punto más lejano que la humanidad ha visto en el espacio exterior, que es de trece mil millones de años luz de distancia (Un año luz es la distancia que recorre la luz en un año a una velocidad de 300.000 km por segundo, no por hora.). Si tuviéramos una bola de electrones cuyo radio fuera de trece mil millones de años luz, aún no tendríamos 10.157 electrones. De hecho, estaríamos aún muy lejos de ello.

La probabilidad de que un hombre con los ojos vendados, dejado en esta bola de electrones, seleccione el electrón marcado es la misma probabilidad de que un hombre en la historia pudiera haber cumplido solamente cuarenta y ocho profecías sobre Cristo, escritas por los distintos escritores del Antiguo Testamento.

¿Te gustaría que ampliara nuestra discusión hasta las más de trescientas profecías que hay en total? Probablemente estés pensando: “¡No, por favor!”. Espero que estés pensando eso, porque es prácticamente imposible ilustrarlo de una forma que nuestra mente finita pueda entenderlo.

Así que permíteme resumir. Tenemos más de trescientas profecías escritas por distintos hombres, en diferentes idiomas, de varios

países, escritas en un espacio de tiempo de cientos de años, ¡y todas cumplidas en un Hombre! ¿Cómo podría negar alguien que el verdadero Autor de la Escritura sea Dios mismo? ¿Cobran ahora estas palabras de sus labios un mayor significado?

“Toda palabra de Dios demuestra ser verdadera”
(Proverbios 30:5 NTV).

Él es quien declara: “Yo estoy vigilando, y ciertamente llevaré a cabo todos mis planes” (Jeremías 1:12 NTV). Por esta misma razón, “... sin dejar de cumplir ninguna de las promesas que le hizo a Moisés” (1 Reyes 8:56).

La Palabra de Dios es más confiable que el sol que sale cada mañana, lo cual Jesús afirma diciendo: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mateo 24:35). Nuestro Creador nos ha dejado sus huellas innegables para que sepamos que Él es Dios, y que su voluntad está revelada en las Escrituras.

La Palabra de Dios es más confiable que el sol que sale cada mañana.

Mucha atención

Para reiterar las palabras de Pablo en 2 Timoteo 3:16: “Toda la Escritura es inspirada por Dios... y nos enseña a hacer lo correcto [bueno]”(NTV). Esta no es una idea compleja; de hecho, es bastante simple. La Escritura es la Palabra de Dios, y podemos confiar en ella como el estándar universal para evaluar y determinar lo que es verdaderamente bueno. Si crees que tu propia sabiduría, o la de un amigo, la de un experto, o la de la sociedad es más beneficiosa que la sabiduría de Dios, por favor vuelve a

considerarlo. Porque la Escritura declara:

“Dios mira desde los cielos a toda la raza humana; observa para ver si hay alguien realmente sabio, si alguien busca a Dios. Pero no, todos se desviaron; todos se corrompieron. No hay ni uno que haga lo bueno, ¡ni uno solo!” (Salmos 53:2-3 NTV).

Como ya hemos tratado en este capítulo, Dios ha provisto evidencias innegables de la validez de las Escrituras. En estos versículos, el salmista enfatiza que cualquier sabiduría contraria a la Palabra de Dios, incluso aunque parezca buena, de hecho es corrupta y perjudicial para nuestro bienestar.

Examinemos las palabras que rodean la declaración de Pablo a Timoteo:

“Pero tú debes permanecer fiel a las cosas que se te han enseñado. Sabes que son verdad... Desde la niñez, se te han enseñado las sagradas Escrituras... Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto. Dios la usa para preparar y capacitar a su pueblo” (2 Timoteo 3:14-17 NTV).

Debemos permanecer fieles a las cosas que se nos han enseñado. Pablo no se está refiriendo a las opiniones de los hombres, a la psicología, sociología o cualquier otra sabiduría elaborada por el sistema de este mundo; se está refiriendo a las Escrituras. El Apóstol urge a su hijo espiritual a permanecer fiel a ellas. Subraya la importancia de mantenerlas en primera línea de su corazón. Viviríamos en un mundo muy distinto si Adán y Eva hubieran hecho

esto.

Considera este hipotético caso. Tienes que hacer un viaje que requiere que pases caminando por un campo minado enorme. No solo hay minas enterradas, sino también hay hoyos de arenas movedizas, trampas mortales, plantas venenosas y sumideros.

Antes de comenzar, te han entregado un mapa que revela el lugar exacto de cada mina y sumidero, así como pistas a tener en cuenta para evitar trampas, arenas movedizas y plantas venenosas. ¿Cómo manejarías ese mapa? ¿Lo meterías en la mochila junto a tus barritas energéticas y tu botella de agua, pero debido a los desafíos de tu viaje serías negligente a la hora de leerlo? ¿Lo consultarías solamente cuando se presentase la oportunidad de hacerlo? ¿Lo verías como una lectura informal? ¿Lo leerías al principio y luego lo guardarías, confiando en que podrías recordar toda la información? ¿Alguna de estas acciones describe tu conducta? Si es así, probablemente saldrías de ese campo gravemente herido o en una bolsa de plástico.

Permíteme decir lo obvio. Una persona sabia leería con mucha atención el mapa, lo estudiaría, meditaría en su información, y luego lo guardaría de tal forma que fuera fácil acceder a él. Frecuentemente lo consultaría en su viaje, escogiendo cuidadosamente su ruta según lo aprendido. Si tú tuvieras que hacer ese viaje, ¿no harías lo mismo?

La verdad es que todos tenemos un viaje así cada día, y nuestro mapa es la Biblia. Con esta verdad en mente, escucha el consejo de Dios en la Escritura. Enumeraré unos cuantos versículos clave. Por favor, no los leas rápidamente, sino lee atentamente cada palabra. Su propósito es el de animarnos y advertirnos cómo manejar el “mapa de las Escrituras” durante nuestro viaje por el campo mortal minado de este mundo. Al leerlos, observa en concreto las palabras cuidadoso o atención.

“Tengan, pues, cuidado de hacer lo que el Señor su Dios les ha mandado; no se desvíen ni a la derecha ni a la izquierda” (Deuteronomio 5:32 NVI).

Debemos hacer no parte, sino todo lo que el Señor nos ha mandado. Tenemos que prestar atención y seguir cada detalle de sus instrucciones. Él nos ama profundamente y no quiere que seamos heridos de gravedad ni que muramos en nuestro viaje. De nuevo:

“Escucha con atención... y asegúrate de obedecer. Entonces todo te saldrá bien” (Deuteronomio 6:3 NTV).

Cuando escuchamos y también obedecemos con atención, todo nos sale bien. ¡Dios mismo garantiza esa promesa! Vemos las mismas instrucciones en Deuteronomio 8:1; 12:28, 32; y 28:13. Si los lees, descubrirás que si prestamos atención a los mandamientos de Dios, disfrutaremos de vidas plenas, nuestro trabajo será mucho más eficaz, y en la sociedad siempre estaremos arriba, nunca debajo o detrás. ¿Estás entendiendo lo importante que es leer, escuchar y obedecer cuidadosamente sus palabras?

Podrías replicar: “Pero, John, estas instrucciones se dieron bajo la ley; son requisitos del Antiguo Testamento. Ahora estamos bajo el nuevo pacto de la gracia. ¿No nos liberó Jesús de esta tediosa esclavitud?”. Jesús nos liberó de la ley, pero no de la continua advertencia de prestar mucha atención a la Palabra de Dios; sigue siendo crucial para nosotros. Escucha estas instrucciones del Nuevo Testamento:

“Moisés dijo: ‘El Señor, Dios de ustedes, les levantará un Profeta [Jesús] como yo de entre su propio pueblo. Escuchen con atención todo lo que él les diga’” (Hechos 3:22 NTV).

De nuevo se nos dice que escuchemos con atención todo lo que Jesús nos dice, no algunas cosas. Lee al apóstol Santiago:

“Pero si miras atentamente en la ley perfecta que te hace libre y la pones en práctica y no olvidas lo que escuchaste, entonces Dios te bendecirá por tu obediencia” (Santiago 1:25 NTV).

Además se nos enseña:

“Mediante el poder del Espíritu Santo, quien vive en nosotros, guarda con sumo cuidado la preciosa verdad que se te confió” (2 Timoteo 1:14 NTV).

“Así que debemos prestar mucha atención a las verdades que hemos oído, no sea que nos desviemos de ellas” (Hebreos 2:1 NTV).

Desviarnos en la vida, por lo general, no se produce mediante una decisión consciente, sino más bien ocurre sin darnos cuenta. Cuando yo era niño y pescaba en el lago, a veces mi impaciencia por comenzar me hacía no anclar la barca antes de empezar a pescar. Me ensimismaba pescando, y al levantar la cabeza treinta minutos después me daba cuenta de que no podía ver bien dónde estaba la orilla. Me había alejado sin darme cuenta.

Lo que no mantenemos en foco eventualmente se desvanece.

Nosotros nos desviamos de la verdad cuando no prestamos cuidadosa atención. Ocurre cuando no hemos leído, escuchado, meditado y obedecido las Escrituras. Lo que no mantenemos en foco eventualmente se desvanece. Después nos alejamos con facilidad, y la voluntad de Dios queda reemplazada por la influencia de personas a nuestro alrededor, y las voces de la sociedad. Después aceptamos lo que nos parece bien según nuestra incorrecta evaluación propia.

En el capítulo previo establecimos una verdad importante: no hay nada bueno para nosotros fuera de la voluntad de Dios. ¿Estás de acuerdo en que la voluntad de Dios está revelada en las Escrituras? Si es así, es la hora de construir nuestros cimientos.

LOS CIMIENTOS

“...Pero los justos tienen un cimiento eterno”. —Proverbios
10:25 NTV

“Si crees en lo que te gusta del evangelio y rechazas lo que no te gusta, no crees en el evangelio, sino en ti mismo”. —San Agustín de Hipona

Permíteme volver a mencionar las tres facetas del mensaje de este libro: la primera habla a nuestros cimientos, la segunda trata de lo que mantiene unida nuestra vida, y la tercera representa la edificación de nuestra vida. Estos aspectos serán el enfoque de nuestra discusión durante el resto del libro.

Los cimientos son una parte críticamente importante para una correcta relación con Dios. Si eres creyente desde hace mucho tiempo, te sugiero mucho que no omitas la breve discusión que sigue. Te será muy útil no solo para apuntalar tu trabajo preliminar, sino también para ayudar a aquellos a los que diriges o influencias para que tengan una relación con nuestro Creador.

Se nos dice:

“Como está escrito: «¡No hay ni uno solo que sea justo! No hay quien entienda...Todos se desviaron, a una se han corrompido. No hay quien haga lo bueno, ¡no hay ni siquiera uno!»” (Romanos 3:10-12).

“No hay quien haga lo bueno, ¡no hay ni siquiera uno!”. Aparte de Jesucristo, no hay ningún ser humano que haya vivido hasta ahora o que vaya a vivir jamás, que sin fallar ni una sola vez hiciera o haga lo bueno según la evaluación de Dios. La razón de esto: cada ser humano ha nacido siendo esclavo. Sí, tú naciste siendo esclavo, y yo también. “¿Esclavo de qué?”, preguntarás. Del pecado. Pablo

escribe a los que han sido liberados: "...ustedes eran esclavos del pecado" (Romanos 6:17).

Adán y Eva murieron en el momento en que desobedecieron a Dios. Dios advirtió de este desenlace antes de que ellos comieran del fruto prohibido. Sin embargo, pasaron años hasta que experimentaron la muerte física.

Esto hace suscitar la pregunta: ¿cómo murieron Adán y Eva el día que comieron del fruto? La muerte se produjo en su naturaleza más honda: su espíritu. Quedaron separados de Dios, el dador de la vida, y ahora tenían atributos inherentes contrarios a los de Dios. Por consiguiente, sus descendientes nacerían con estas mismas cualidades innatas, las cuales se transmitieron de generación en generación hasta hoy. Génesis 5:3 confirma esta realidad: "Adán tuvo un hijo semejante a él en todo, al que llamó Set. También tuvo más hijos y más hijas. Adán tenía ciento treinta años cuando nació Set" (TLA).

La humanidad ahora era incapaz de conocer o practicar verdaderamente lo bueno; su brújula moral interna había quedado alterada. Por consiguiente, solo la influencia de Dios en la tierra dirigiría a los seres humanos hacia lo que es verdaderamente bueno y correcto, porque el hombre ahora había quedado gobernado por el pecado. Sin una guía divina, el bien y el mal estaban distorsionados. El nuevo señor y principal agente de influencia de la humanidad ahora era el que había poseído a la serpiente: Satanás, el rey de la desobediencia.

Dios le había dado la tierra a la humanidad. Los había puesto a cargo de ella, pero ellos habían entregado su autoridad a Satanás. Miles de años después, el diablo llevó a Jesús a un monte alto, le señaló el mundo, y dijo osadamente: "Yo te daré poder sobre todos estos reinos y sobre sus riquezas, porque a mí han sido entregados, y yo puedo dárselos a quien yo quiera" (Lucas 4:6). Satanás podía decir eso porque se le había entregado la autoridad en el jardín.

Dios no podía venir a la tierra en forma de deidad para

rescatarnos porque la tierra se le había dado a los seres humanos. La humanidad había renunciado a la autoridad; solo un ser humano podía recuperarla. Dios tuvo un plan mucho antes de la transgresión de Adán, cuando anticipó la decisión de Adán antes de que existiera el tiempo. Él planeó venir como Hombre, y comprar de nuevo la libertad de la humanidad, de la esclavitud. Dios envió a su Hijo Jesucristo, nacido de una mujer, lo cual le hacía ser cien por ciento hombre; pero concebido por el Espíritu Santo de Dios, lo cual le hacía cien por ciento Dios. Por lo tanto, Jesús estaba libre de la maldición de la esclavitud bajo la cual nacimos tú y yo.

Jesús vivió una vida perfecta en la tierra. Nunca cometió ningún acto de desobediencia. Como el único ser humano inocente que había vivido jamás, entregó su vida por la libertad de la humanidad. En la cruz, Él tomó el juicio de todo hombre y mujer que había vivido, que estaba viviendo o que viviría en el futuro. Vertió su sangre real como pago para liberarnos de la esclavitud.

Murió y fue enterrado. Como había vivido una vida perfecta ante Dios, el Espíritu de Dios le levantó de los muertos tres días después. Ahora está sentado a la diestra del Dios Todopoderoso, el cual ha hecho este decreto:

“Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo’. Porque con el corazón se cree para alcanzar la justicia, pero con la boca se confiesa para alcanzar la salvación”
(Romanos 10:9-10).

En el momento en que recibimos a Jesucristo como nuestro Señor, se produce un asombroso milagro. Nuestra naturaleza de pecado y de muerte muere instantáneamente, y nace una persona totalmente nueva, creada a la misma imagen de Jesús. Este nacimiento tiene que ver con nuestro espíritu (nuestro verdadero ser), no con nuestro cuerpo físico. Nuestro cuerpo físico sigue

estando corrupto, y un día morirá. La nueva vida viene enteramente mediante el regalo de la gracia de Dios, y no está apegado de forma alguna a ninguna conducta buena o merecida por obra alguna que hayamos hecho. Punto.

Es importante destacar que los versículos de Romanos citados arriba dicen que debes confesar al Señor Jesús, no al Salvador Jesús. En esto reside un fallo fundamental prevaleciente en la iglesia occidental. La palabra señor es la palabra griega kurios, que significa “amo, dueño, supremo en autoridad”.

Confesar a Jesús meramente como Salvador no produce libertad o nueva vida. Sé que esta es una declaración fuerte que va en contra de la tendencia de nuestra aceptada apelación a los perdidos, pero es veraz a la Escritura.

La palabra salvador se encuentra 36 veces en la Biblia. La palabra señor se produce más de 7.800 veces. ¿Dónde crees que Dios está poniendo el énfasis? Señor declara la posición que Dios ocupa en nuestra vida, mientras que Salvador describe la obra que Él ha hecho por nosotros. No podemos participar del beneficio de su obra a menos que nos situemos bajo su posición como Señor y Rey.

Señor declara la posición que Dios ocupa en nuestra vida.

Nacimos esclavos. Dicho de forma simple, el pecado era nuestro amo. Sin embargo, hemos sido creados con un libre albedrío. Por lo tanto, debemos tomar una decisión y declaración firmes de que estamos cambiando de dueño. La salvación ha sido dada para todos los seres humanos, pero como individuos, tenemos que escoger aceptarla bajo los términos de Dios.

El campamento para prisioneros en la isla
Usaré una historia ficticia para explicar esta verdad.

En cierta isla, toda tu familia está en el campamento para prisioneros de un señor muy malvado. Esta tierra se la había entregado originalmente a tu abuelo, un rey muy bueno de un país lejano. Sin embargo, tu abuelo cometió un grave error; no la protegió. Este malvado señor y su banda de rebeldes llegaron a hurtadillas y se adueñaron de la isla, haciendo esclavos a tu abuelo y a todos sus descendientes. El malvado señor y su séquito después construyeron campamentos para prisioneros, y pusieron a toda tu familia entre rejas.

La forma de vida en la isla, la cual progresivamente adoptó la naturaleza del malvado señor y sus compinches, decayó hasta la total corrupción y el desenfreno. Por consiguiente, el buen rey condenó la isla. Sin embargo, debido al amor que el rey siente hacia tu familia, antes de aniquilar la isla, vino y luchó contra el ejército del malvado señor, y lo derrotó.

El rey después abrió todas las puertas de cada una de las cárceles y declaró: “Todos los prisioneros ahora quedan en libertad. Cualquiera de ustedes puede salir del campamento para prisioneros si renuncia al gobierno del malvado señor y me jura lealtad a mí”.

Debido a la bondad del rey, la libertad tan ansiada por tu familia ha llegado. Sin embargo, el buen rey no te obligará a seguirle. Cada prisionero tiene que dar el paso. (Si el rey lo hubiera exigido, en lugar de darle a cada persona la libertad de escoger, simplemente sería otra forma de tiranía.) Si decides aceptar la libertad, entonces la decisión exige que salgas de tu celda, que sigas al rey hasta su barco, navegues de vuelta a su país, te conviertas en uno de sus súbditos, y vivas según las leyes de su gran país. La oportunidad está delante de ti, pero debes aceptar sus términos.

El buen rey es visto como el salvador de tu familia. Sin embargo, para beneficiarse de su obra salvadora, cada miembro de la familia tiene que acceder a someterse totalmente a él, lo cual incluye

someterse a las leyes de su reino. Ni uno solo de los prisioneros de tu familia puede tan solo aceptar la salvación del rey de la isla sin someterse a su señorío.

Si escoges no seguir al buen monarca, sencillamente te quedarás donde estás. Sin embargo, los barcos de guerra del rey están atracados en la orilla, listos para bombardear y aniquilar la isla ya condenada cuando él se vaya. Aquellos de tu familia que decidan no aceptar el señorío del buen rey sufrirán la misma suerte que el malvado señor y su pandilla, aunque el rey luchó para liberarlos a todos ustedes, y abrió las puertas de las celdas de par en par.

Escúchame, querido lector. Dios nunca creó el infierno para ti, ni para ningún otro ser humano. Lo creó para Satanás y sus tropas angélicas. Jesús dirá el día del juicio a los que no se entregaron a su soberanía:

“¡Apártense de mí, malditos! ¡Vayan al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles!” (Mateo 25:41).

El infierno es un lugar muy real. Jesús habló más frecuentemente de él que del cielo. Él no vio el hecho de mencionar su descripción, tanto el tormento que conlleva como el hecho de que nunca se acaba, como una falta de compasión. Es el hogar eterno de los muertos que rechazan su reinado de amor.

Según Jesús, este lugar de castigo y extrema angustia no estaba preparado para los seres humanos, pero tristemente, por su desobediencia, nuestro padre Adán nos incluyó en el juicio condenatorio. Ahora el destino de Satanás es nuestro destino, a menos que cambiemos de señor. Aunque Jesús rescató a toda la humanidad de la ira de Dios, muchos serán juzgados con Satanás, porque aún poseerán su naturaleza. En esencia, ellos escogieron quedarse en la isla.

Quizás preguntes: “¿Por qué no pudo Dios ser misericordioso, y

permitir que las personas entren en su reino tal y como son?”. Los que no se han entregado a la propiedad de Jesús siguen poseyendo una naturaleza espiritual corrupta y malvada. Cuando dejen esta tierra, esa naturaleza será suya para siempre. Si fueran aceptados en el reino eterno de Dios, contaminarían y dañarían a muchas personas inocentes.

Por esta misma razón es que Dios apartó a Adán y Eva del árbol de la vida en el jardín:

“Luego el Señor Dios dijo: «Miren, los seres humanos se han vuelto como nosotros, con conocimiento del bien y del mal. ¿Y qué ocurrirá si toman el fruto del árbol de la vida y lo comen? ¡Entonces vivirán para siempre!». Así que el Señor Dios los expulsó del jardín de Edén...” (Génesis 3:22-23 NTV)

El amor de Dios nos protegió de mantener para siempre una naturaleza muerta.

Señorío

Debido a que la iglesia occidental ha enfatizado la obra que hizo Jesús por nosotros como Salvador en vez de su posición como Señor, la falta de sumisión a su posición de autoridad crea un fallo importante en nuestros cimientos. Escucha las palabras de Pablo:

“Por lo tanto, de la manera que recibieron a Cristo Jesús como Señor, ahora deben seguir sus pasos. Arráiguense profundamente en él y edifiquen toda la vida sobre él” (Colosenses 2:6-7 NTV).

Pablo no dice: “De la manera que aceptaron a Cristo Jesús como su Salvador”. Nuestras vidas deben estar sometidas y edificadas

sobre su posición de señorío, no sobre su obra como Salvador. Otra forma de decir esto es que nos sometemos a Él como nuestro único Rey supremo, y entonces nos beneficiamos de su salvación. Esto se lleva a cabo de forma práctica mediante nuestra firme adherencia a su Palabra, sabiduría, consejo, directrices, corrección e instrucción, veamos o no la razón de ello. Ya no nos alimentamos del árbol de nuestra propia evaluación de lo que es correcto o incorrecto. Vivimos en Él; su vida se convierte en la nuestra.

Piensa en esto. Durante las tres décadas de mi matrimonio con Lisa, he recibido el beneficio de vivir con una gran chef. Lisa es magnífica creando comidas gourmet. Ha habido amigos que le han pedido a Lisa si podía enseñar a sus esposas a hacer la salsa pesto, los aliños de ensaladas y otras sabrosas delicias.

A veces he aludido a Lisa como mi “pequeña chef gourmet”. Quizás le he llamado así una decena de veces durante nuestro matrimonio, pero más adecuadamente, en los últimos treinta años me he referido a ella miles de veces como mi esposa. ¿Por qué? Porque eso declara la posición que ella ocupa en mi vida. El otro título tiene que ver con un beneficio que he recibido por el hecho de ser mi esposa.

El simple hecho de que Lisa cocine para mí no significa que yo le pertenezca. Cuando estaba soltero, en uno de mis cumpleaños ella me hizo un plato maravilloso. Eso no nos dio una relación duradera. Fue el pacto que hice de olvidar a todas las demás chicas, y darle mi corazón solamente a ella como esposo lo que cimentó nuestra relación matrimonial.

Nuestra relación con Jesús es similar a esto. Para recibir su obra de salvación, debemos someternos a su señorío, posesión y reino. Entregamos nuestras vidas por completo porque confiamos en su perfecto liderazgo, carácter y amor, y en que Él sabe qué es lo mejor para nosotros. Aunque Él desea intensamente nuestra libertad y nos ama perfectamente, Él es el Rey de todos los reyes y Señor de todos los señores, y no vendrá a nuestra vida para ser lo segundo después

de algo ni de nadie.

Él sabe qué es lo mejor para nosotros.

Incontables veces en las iglesias en América y otros países occidentales he visto a ministros ofrecer la salvación a personas, sin mencionar el señorío. “Lo único que tiene que hacer es confesar a Jesús como Salvador y será hijo de Dios”, han dicho los ministros. O: “¿Por qué no acepta a Jesús como su Salvador hoy?”, o “Hagamos esta oración todos: Jesús, ven a mi corazón y sálvame hoy. Gracias por hacerme un hijo de Dios. Amén”. Todos sus llamados a unirse a la familia de Dios se ofrecen sin una sola palabra acerca de olvidarse del sistema del mundo y de nuestros propios caminos de independencia, para seguirlo a Él.

Este mensaje parece bueno, y se relaciona con versículos aislados en el Nuevo Testamento. Sin embargo, ¿está en consonancia con la instrucción general del Nuevo Testamento? ¿Es sabiduría de Dios? ¿O hemos abreviado y editado el verdadero mensaje de salvación para crear uno que suene bien y apele a los deseos de las personas? ¿Nos estamos alimentando del árbol de nuestra propia evaluación?

Niégate a ti mismo

Veamos el mensaje del Señor. Jesús dejó claro a las multitudes que:

“Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá, y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Marcos 8:34-35).

Debemos negarnos a nosotros mismos si queremos seguirle. Punto. ¿Qué significa esto? Dicho de forma sencilla, no puedes servir a dos señores, porque solo puedes ser leal a uno si ambos te piden una acción o respuesta distinta. Cuando nuestra carne, que aún no está redimida, desea una cosa, y la Palabra de Dios nos dirige por un camino distinto, si aún no hemos escogido seguir a Jesús como nuestro Señor supremo, entonces podemos escoger fácilmente nuestro camino independiente mientras aún le miramos y confesamos como nuestro Salvador. ¿Es posible que seamos mal dirigidos y que aceptemos esta creencia?

Quizás por eso Jesús dijo: “Así que, ¿por qué siguen llamándome ‘¡Señor, Señor!’ cuando no hacen lo que digo?” (Lucas 6:46 NTV). En otras palabras, Señor se convierte en un título vacío y sin sentido. Si realmente no lo sentimos cuando decimos “Señor”, Jesús preferiría que le llamásemos “gran Maestro”. Por lo menos nos podríamos beneficiar de sus enseñanzas, y no ser engañados pensando que le pertenecemos cuando en verdad no es así.

Según Marcos 8:34-35 y muchos otros versículos del Nuevo Testamento, la negación de nuestro ego no es opcional respecto a seguirle “para dejar la isla” de este mundo condenado. Es obligatorio para poder ser salvado de la ira venidera. He descubierto que este concepto es difícil de entender para los occidentales. Creo que la razón de ello es que somos un pueblo que intenta entender los principios del reino con una mentalidad democrática. La democracia ha funcionado en los Estados Unidos y otros países occidentales, pero si intentamos relacionarnos con Dios con una mentalidad democrática, no conectaremos. Él es un rey, un Rey de verdad, no un monarca representante, como ocurre en Inglaterra.

La democracia se define como “el gobierno por el pueblo; una forma de gobierno en la que el poder supremo está concedido al pueblo y ejercitado directamente por ellos o por sus agentes electos”. Esta es la mentalidad con la que crecemos en los Estados Unidos y otros países occidentales. Está programada en nuestro

pensamiento y razonamiento más íntimos. Por consiguiente, si no nos gusta algo, creemos que podemos desafiarlo o cambiarlo porque tenemos derechos personales “inalienables”, y libertad de expresión para exponer nuestros puntos de vista.

Permíteme volver a enfatizarlo. Esta forma de gobierno ha tenido éxito en los Estados Unidos porque es un sistema diseñado por personas mortales que viven en una sociedad pluralista. Pero estas ideas no funcionan en el reino de Dios. Puede que a nosotros los occidentales nos duela, pero Dios es un dictador; por fortuna, uno benevolente, pero Él tiene la última palabra en todos los aspectos de la vida. Si queremos llevar nuestra mentalidad democrática a nuestro caminar con Dios, no nos quedará otra cosa que una relación de fantasía.

La vida es distinta bajo un verdadero Monarca. Señor y rey son sinónimos en el aspecto de llevar el significado de supremo en autoridad. Si vamos a seguir a Dios de verdad, sencillamente no podemos usar el razonamiento democrático en nuestra manera de responder a su liderazgo. No es distinto de cuando Eva y Adán escogieron el árbol del conocimiento del bien y del mal. Nosotros los seres humanos seguimos estando en el asiento del conductor, y decidimos lo que creemos que es mejor para nuestra vida.

Toma tu cruz

Después Jesús declaró que deberíamos tomar nuestra cruz. ¿Qué implica esto? No puede significar negarnos, porque ¿con qué fin se repetiría Jesús innecesariamente? Encontramos la clave en la carta de Pablo a los Gálatas, donde dice:

“Pero con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Pablo no estaba hablando de una crucifixión física, porque él mismo no habría estado vivo para escribir esta carta. Se está refiriendo a su decisión de seguir al Maestro años atrás. Pablo había tomado su cruz. El secreto de lo que esto había supuesto se encuentra en sus palabras “y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”. Esta debería ser la declaración de cada verdadero hijo de Dios. Ya no somos independientes, alimentándonos del árbol de nuestra evaluación de lo que es bueno y malo. No; ahora vivimos en Él, nuestra vida se deriva de Él. Dependemos de la provisión de la cruz: libertad de la esclavitud para que ahora podamos vivir una vida obediente empoderada por Dios.

La cruz ofrece una forma de vida completamente nueva. Como declara Pablo en una carta distinta: “para que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (Romanos 6:4). Esta vida nueva nos da la capacidad de alejarnos de lo que previamente no podíamos. La tiranía del pecado sobre nosotros ha sido rota, pero debemos escoger vivirlo. Elegimos entregarnos por completo a su voluntad.

Pablo continúa desarrollando esto de forma práctica: “Y los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). Y de nuevo: “Pero lejos esté de mí el jactarme, a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14). La cruz nos empodera para andar libres de la carne pecaminosa y las fuertes influencias del sistema del mundo.

La cruz nos empodera para andar libres de la carne pecaminosa.

Cuando era joven, antes de conocer a Jesús, había patrones de conducta en mi vida que no podía dejar. Me dolía mi recurrente

conducta dañina, orgullosa y lujuriosa, pero cuanto más intentaba liberarme, más frustración tenía. Estaba irremediablemente atado y sujeto al dominio del pecado. Sin embargo, cuando fui crucificado con Cristo pude comenzar a vivir libre.

“Sabemos que nuestro antiguo ser pecaminoso fue crucificado con Cristo para que el pecado perdiera su poder en nuestra vida. Ya no somos esclavos del pecado. Pues, cuando morimos con Cristo, fuimos liberados del poder del pecado” (Romanos 6:6-7 NTV).

¡Espero que no estés leyendo esto rápidamente! Bebe las palabras en profundidad, porque son muy reales y tienen el poder para liberarte. La verdad aumenta incluso en emoción. Aceptar la cruz hace más que solo liberarnos del pecado; nos permite vivir en obediencia a Él. Se nos dice: “¡El mensaje de la cruz es una ridiculez para los que van rumbo a la destrucción! Pero nosotros, que vamos en camino a la salvación, sabemos que es el poder mismo de Dios” (1 Corintios 1:18 NTV). Lo que antes era imposible hacer en nuestra propia capacidad, ahora podemos hacerlo: andar en sus caminos. Ahora podemos imitar a Dios. Podemos ahora seguir a Jesús.

Para resumirlo, es imposible seguir a Jesús sin negar nuestro yo (olvidar nuestros propios caminos y aceptar su autoridad suprema) y tomar la cruz (incorporar su poder para alejarnos del pecado y el sistema del mundo). La vida que ahora vivimos es por fe en la capacidad de Él actuando en y a través de nosotros. Nos alimentamos de Él. ¡Qué glorioso paquete de salvación nos ha dado Dios!

La vida que vivimos es por fe en la capacidad de Él en y a través de nosotros.

Una advertencia solemne

Jesús advirtió que después de su partida se proclamaría, y ampliamente se aceptaría un evangelio que ofrecería salvación sin señorío. Los apóstoles fueron más específicos, y dijeron que ocurriría cerca del tiempo del regreso de Jesús, es decir, en nuestros días. Este mensaje tan extendido y herético reduciría la idea de Señor a meramente un título, en vez de una posición que Jesús ocupa en las vidas de las personas. Las personas le llamarán Señor, pero no se negarán a sí mismos, ni tomarán su cruz ni le seguirán. Lee con atención las palabras de Jesús:

“No todo el que me dice: “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Jesús identificó personas que le llamarían Señor; no Mahoma, Joseph Smith, Buda, Krishna, Confucio, ni cualquier otro falso profeta de nuestra era. No, esas personas llamarían Señor a Jesucristo y lo dirían con pasión.

¿Por qué usó Jesús la palabra Señor dos veces en este versículo? Entendemos que cuando se repite una palabra o frase en la Escritura no es accidental. El escritor está comunicando énfasis. Sin embargo, en casos como este, la duplicación no es solo para dar énfasis, sino también para mostrar una emoción intensa. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento, cuando llegó al rey David la noticia de la ejecución de su hijo a manos del ejército de Joab, su respuesta fue intensamente emocional: “mientras el rey se cubría el rostro y clamaba: «¡Hijo mío, Absalón! ¡Hijo mío, hijo mío!»” (2 Samuel 19:4). No creo que David en verdad dijera “hijo mío” dos veces. Más bien, el escritor repitió las palabras dos veces para que el lector entendiera la gran carga de tristeza que tenía el clamor de David.

El mismo patrón aparece en el libro de Apocalipsis: “Miré entonces, y oí que un águila revoloteaba en medio del cielo y a

grandes voces gritaba: «¡Ay, ay, ay! ¡Pobres de los habitantes de la tierra!» (Apocalipsis 8:13). Otra traducción dice que el ángel estaba “gritando fuerte”. De nuevo, el escritor repite la palabra “¡ay!” para enfatizar una gran intensidad de emoción.

Del mismo modo, el Maestro está comunicando los fuertes sentimientos de esas personas hacia Él. No están meramente de acuerdo con la enseñanza de que Jesucristo es el Hijo de Dios; son apasionados y emocionales en su creencia. Estamos hablando de personas que están emocionadas por ser cristianos; probablemente son aquellas que se emocionan cuando hablan de su fe, y lloran durante el servicio de adoración.

No solo sienten profundamente la causa de Cristo, sino que también están involucradas en su servicio:

“Cuando llegue el día en que Dios juzgará a todo el mundo, muchos me dirán: ‘Señor y dueño nuestro, nosotros anunciamos de parte tuya el mensaje a otros. Y también usamos tu nombre para echar fuera demonios y para hacer milagros’” (Mateo 7:22 TLA).

Uso aquí la Biblia Traducción en Lenguaje Actual porque da a entender mejor la idea de que esas personas no eran personas distantes. Estaban directamente involucradas o apoyaban la obra de sus iglesias. También hablaban abiertamente de su creencia en el evangelio: “anunciamos de parte tuya el mensaje”. Eran parte del proceso de cambio de vida de las personas para bien.

Esta versión de la Biblia parafraseada, así como la mayoría de las versiones, usa la palabra muchos. La palabra griega es *polus*, definida como “gran número, cantidad, montón”.⁷ A menudo se usa la palabra en el sentido de “en su mayoría”. En cualquier caso, Jesús no se está refiriendo aquí a un pequeño grupo de personas, sino a un gran grupo; de hecho, es muy probable que se refiera a una mayoría del número total.

Por lo tanto, resumamos: Jesús está hablando de personas que creen en las enseñanzas de los evangelios. Le llaman Señor, están emocionalmente cargados, proclaman el mensaje, y están activos en el servicio cristiano. Fácilmente les identificaríamos como verdaderos cristianos. Entonces, ¿cuál es el factor de separación? ¿En qué se diferencian de los auténticos creyentes? Jesús nos dice:

“Pero yo les diré claramente: “Nunca los conocí. ¡Apártense de mí, obreros de la maldad!” (Mateo 7:23).

La frase clave es “obrereros de la maldad”, que es la palabra griega anomia. El diccionario Greek-English Lexicon of the New Testament de Thayer lo define como la condición de estar sin ley, debido a la ignorancia de la misma o por violarla. La Encyclopedia of Bible Words vierte más luz al decir que anomia puede reflejar “acciones que están... en violación activa de los principios morales o bien innatos o divinos”. Dicho de forma simple, alguien que no tiene ley no se adhiere a la autoridad de la Palabra de Dios.

Estos hombres y mujeres no tropiezan periódicamente; más bien, habitualmente ignoran, menosprecian o desobedecen la Palabra de Dios. Si verdaderamente fueran salvos por gracia, no solo desecharían la idea de pecar, sino también escogerían alejarse del pecado repetitivo. Crucificarían su carne con sus pasiones y deseos, y buscarían el carácter justo y de dar fruto.

Es interesante notar que Jesús algún día les dirá: “Nunca los conocí”. La palabra conocí es la palabra griega ginosko, que significa “conocer íntimamente”. Estas personas nunca tuvieron una verdadera relación con Jesús. Aunque le llaman Señor y Amo, es solo un título, porque no hacen lo que Él dijo. La evidencia de que alguien verdaderamente tiene una relación con Él es que guarda su Palabra:

“Con esto podemos saber que lo conocemos: si obedecemos sus mandamientos. El que dice: «Yo lo conozco», y no obedece sus mandamientos, es un mentiroso, y no hay verdad en él” (1 Juan 2:3-4).

Esta es también la implicación de Santiago cuando escribe: “¿Cómo me mostrarás tu fe si no haces buenas acciones? Yo les mostraré mi fe con mis buenas acciones” (Santiago 2:18 NTV). Y estas frases también se alinean perfectamente con la forma en que Jesús comenzó todo este discurso: “puedes identificar a la gente por sus acciones” (Mateo 7:20 NTV). Las acciones de las que habla Jesús no son el servicio cristiano, hablar el mensaje o asistir a la iglesia, porque los que son rechazados del cielo tendrán estas cualidades.

Tim Keller se refería a estas palabras de Jesús cuando dijo:

“Ahora bien, esto está diciendo algo muy incisivo. Estas personas tienen una fe intelectualmente estimulante, y tienen una fe emocionalmente gratificante, y tienen una fe socialmente redentora. Todos queremos eso. Queremos estar intelectualmente estimulados, queremos estar emocionalmente involucrados, y queremos ser socialmente útiles. Es posible querer estimulación intelectual, querer gratificación emocional y querer utilidad social, y no querer a Dios... porque si realmente tienes a Dios en tu vida, tienes que dejar a un lado tu propia voluntad, y eso nos muestra la diferencia entre alguien que está intentando usar a Dios e intentando servir a Dios”.⁸

Usar a Dios es buscarle por lo que podemos sacar de Él, aunque sea solo para llegar al cielo. Servir a Dios es estar totalmente motivados por nuestro amor a Él, y si le amamos, guardaremos sus palabras.

En la actualidad, la mayoría consideraría a una persona que llama Señor a Jesús, que cree en sus enseñanzas, que está emocionalmente involucrado, y que está activo en el servicio cristiano, como un hijo de Dios. Sin embargo, hemos visto claramente en las palabras de Jesús que estas cualidades no son los factores decisivos a la hora de identificar a un verdadero creyente.

Permíteme decirlo así. No cabe duda de que encontrarás estas cualidades en un verdadero creyente; de hecho, una persona no puede ser un verdadero creyente sin ellas. Sin embargo, poseer estas cualidades no significa que alguien sea un hijo de Dios genuino. El factor determinante es este: ¿se ha negado a sí mismo, ha tomado su cruz y está siguiendo a Dios? En definitiva, ¿obedece las palabras de Dios?

Esta discusión fue el tema de conclusión de Jesús en su famoso Sermón del Monte. Para ponerle tapa a sus impactantes palabras, Él terminó con:

“Por tanto, todo el que me oye estas palabras y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca. Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa; con todo, la casa no se derrumbó porque estaba cimentada sobre la roca. Pero todo el que me oye estas palabras y no las pone en práctica es como un hombre insensato que construyó su casa sobre la arena. Cayeron las lluvias, crecieron los ríos, y soplaron los vientos y azotaron aquella casa, y ésta se derrumbó, y grande fue su ruina” (Mateo 7:24-27 NVI).

Esta parábola se relaciona con su advertencia sobre los muchos a los que se les impedirá la entrada al cielo, porque los conecta directamente diciendo “por tanto”.

Si examinas los dos grupos de personas identificados en esta parábola, todo se reduce a una pequeña diferencia. Ambos oyen las

palabras de Dios, pero el primer grupo “las hace”. El segundo grupo “no las hace”. Ambas casas están hechas del mismo material: las mismas enseñanzas. Ambas parecen idénticas en la adoración y el servicio. La diferencia clave está en los cimientos. Una casa estaba fundada sobre el señorío de Jesucristo. La otra permaneció anclada a una evaluación de lo que estaba decidido que era bueno y malo, el mismo “árbol” de filosofía al que acudieron Adán y Eva.

¿Creemos que sabemos más acerca de cómo vivir?

Es asunto serio pensar que la misma estupidez se repita, desde el jardín hasta el día de hoy. Adopta una forma distinta, pero es la misma raíz. Repito, todo se reduce a esto: ¿creemos que sabemos más acerca de cómo vivir, o creemos que Dios sabe lo que es mejor?

¿BASTA CON QUERER?

“Ahora deberían terminar lo que comenzaron. Que el anhelo que mostraron al principio corresponda ahora con lo que den”. —2

Corintios 8:11 NTV

“La regla de oro para entender espiritualmente no es el intelecto, sino la obediencia...” —Oswald Chambers

Piensa en esto: un joven ha comenzado su noviazgo con una joven. Ella es atractiva, sana, organizada, cocinera gourmet, genial con los niños, y lo mejor de todo es que tiene una personalidad agradable. Él está enamorado, y decide que ella es la mujer con la que le gustaría pasar el resto de su vida. Crea un momento especial, inclina una de sus rodillas al suelo, abre una cajita para mostrar un deslumbrante anillo de diamantes, y le propone matrimonio.

Para deleite del hombre, la joven irrumpe en una gran sonrisa, deja salir un grito de gozo, rompe a llorar, y después que logra recuperar un poco la compostura, responde emocionada: “¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡No me lo puedo creer! Estoy impactada y abrumada. ¡Este es el día más feliz de mi vida! ¡Te quiero mucho! Sí, ¡me casaré contigo!”.

Ambos se funden en un abrazo de pura dicha. Con las emociones aún brotando, ella le mira a los ojos y promete con pasión: “Tendremos una gran vida. Seré la mejor esposa, crearé un hogar hermoso, lo mantendré impoluto, haré comidas deliciosas para ti y los niños, me mantendré saludable, vestiré a la moda, y haré que el amor sea hermoso para ti cada vez que lo desees”.

El joven piensa: “¡Caramba! ¡Estoy asombrado! Debo ser el hombre más afortunado de la tierra”.

Entonces ella hace una declaración más que capta su atención: “Claro que también hay otros chicos que aún me gustan, así que quizás me cite con ellos periódicamente”.

Asombrado, el joven tartamudea: “¡Eso no va a funcionar!”.

“¿Por qué no, cariño?”.

Él está estupefacto. El momento especial se ha arruinado. El éxtasis se ha ido. Su mente galopa de prisa. “¿Me estará gastando una broma? Pero ¿por qué bromear con algo así, especialmente después de haberle pedido matrimonio?”

Tras un incómodo silencio que parece durar una eternidad, ella intenta recuperar el buen humor ofreciendo con entusiasmo un compromiso. “De acuerdo, ¿qué tal si paso un solo día al año con mis amigos? Me entregaré a ti los otros 364 días del año. Tan solo dame un día con ellos”.

El joven no puede creer lo que está oyendo. Ahora es obvio que ella no está bromeando, sino que lo dice en serio. Así que responde de nuevo: “No, eso tampoco funcionará”.

Ella está perpleja, pero como le ama tanto, le ofrece un trato incluso mejor. “De acuerdo, ¿qué tal cuatro horas al año? Solo dame cuatro horas al año para pasar con mis otros amigos”.

“¡No!”, dice el joven, esta vez incluso con más firmeza.

De nuevo, ella responde: “¿Qué tal veinte minutos al año? Tan solo un buen abrazo en la cama con otro amigo!”.

“¡No!”.

Con la esperanza de llegar a una resolución, ella ruega: “Cariño, te amo; de hecho, estoy loca por ti. Te amo más que a cualquier otro hombre, pero tengo esta necesidad. Tengo que estar con otros hombres. Sencillamente no puedo ser una mujer de un solo hombre. Sinceramente quiero ser fiel, y sé que lo correcto es abandonar todas las demás relaciones, pero seamos honestos. Hay muchos chicos buenos, y me gusta su atención. ¿Por qué tendría que abandonar eso? ¿Por qué no puedo tener ambas cosas?”.

El joven está tan decepcionado que esta vez no responde; tan solo deja caer la cabeza. Tras unos momentos incómodos más, ella dice

suavemente: “Tengo que ser honesta; creo que me estás pidiendo mucho. Quiero disfrutar de una vida plena”.

El joven ha escuchado suficiente. “Esto es ridículo. Olvida lo de casarnos. De hecho, no quiero seguir mi noviazgo contigo”.

Ambos se van por caminos opuestos.

Pensemos bien en esto. Este joven tiene a una mujer preciosa con una buena personalidad. Ella es fantástica en todos los aspectos de la vida doméstica, le ama, está dispuesta a servir, y quiere darle lo mejor de ella. Está emocionada con el hecho de casarse con él. Hasta aquí, todo va perfecto. ¡Lo único que él tiene que hacer es darle veinte minutos al año con otro chico! ¿Por qué no acepta los términos que ella le propone?

Por supuesto que la respuesta es obvia: ella no le está dando todo su corazón y su vida. Ella sabe que sería lo correcto hacer eso, y en algunos niveles lo desea; pero la realidad es que también está apegada a otros chicos. Una cosa es querer algo y otra cosa es realmente hacerlo.

Ningún hombre en su sano juicio se casaría jamás con una chica así. ¿Por qué entonces creeríamos que Jesús volverá a buscar una novia que se comporte de la misma forma? Veamos de nuevo sus palabras:

“Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá, y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará” (Marcos 8:34-35).

Observa que tan solo querer salvar nuestra vida nos costará todo. Jesús no dijo: “Todo el que quiera perder su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”. Tan solo querer perder tu vida no es suficiente. No es distinto a la chica de la historia de la proposición matrimonial.

Para entrar en una relación de pacto con la Persona más maravillosa del universo, tienes que entregarte totalmente a Él, lo cual sin duda incluye todos los aspectos del liderazgo de Dios. Es interesante que la Biblia compara nuestra relación con Dios con la relación de una mujer con su esposo. Pablo escribe:

“Como dicen las Escrituras: «El hombre deja a su padre y a su madre, y se une a su esposa, y los dos se convierten en uno solo». Eso es un gran misterio, pero ilustra la manera en que Cristo y la iglesia son uno” (Efesios 5:31-32 NTV).

Aunque Pablo usó esto para instruir a un esposo y su mujer en su relación matrimonial, también dejó claro que está escrito verdaderamente para ilustrar nuestra relación con Jesús. Ningún hombre se casaría con una mujer que solamente quisiera entregarse a él por completo, pero en realidad no lo hiciera. ¿Crees que podemos hacer lo mismo con Jesús? Quizás por eso Santiago escribe:

“¡Adúlteros! ¿No se dan cuenta de que la amistad con el mundo los convierte en enemigos de Dios? Lo repito: si alguien quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios” (Santiago 4:4 NTV).

Otra vez estaba enfatizando con firmeza este punto, porque lo dice dos veces. Este no es un asunto trivial; es una parte esencial de una verdadera relación con Dios.

Un adúltero es alguien que tiene un pacto con una persona y, sin embargo, violando el pacto busca una relación con otro. Esta persona no está dedicada al acuerdo vinculante de la relación.

El pacto que hacemos para seguir a Jesús es negar nuestro yo, y alejarnos del sistema del mundo que nos rodea. No podemos hacer

nada menos que darle toda nuestra lealtad y obediencia. Esto significa que aceptamos su voluntad y sus deseos antes que los nuestros. A cambio de darle nuestra vida, obtenemos su vida. Esto es como un matrimonio saludable entre un hombre y una mujer.

Sigo queriendo mi vida

Hay muchos que con gusto recibirían los beneficios de la salvación si pudieran quedarse también con su propia vida. Es interesante que la mayoría se da cuenta de que hay una parte de renuncia que debe preceder a seguir a Dios, y aún no están listos para pagar el precio. Están siendo honestos con Dios, y con ellos mismos.

Una vez tuve un vecino (al que llamaré Kevin) que era una de estas personas. Era un campeón mundial de lucha libre, una de sus superestrellas. Él y su familia vivían a tres puertas de nosotros. Cuando se mudaron al vecindario, su esposa le advirtió que se mantuviese alejado de nosotros. “Ellos son unos fanáticos de Jesús”, dijo ella.

Un par de meses después, mientras sufría un intenso ataque de pánico, la esposa se derrumbó, llorando, en brazos de Lisa. Este incidente abrió la puerta para que Lisa compartiera con ella sobre Jesús, y la esposa del luchador fue gloriosamente salvada. Poco después, los dos hijos de la pareja también entregaron sus vidas a Jesús.

Nuestras familias siguieron conociéndose más, y Kevin y yo nos hicimos buenos amigos. Pasábamos mucho tiempo juntos. Salíamos frecuentemente y a menudo jugábamos al baloncesto, hacíamos hockey en la calle, y jugábamos al golf con nuestros hijos.

Una noche, Dios me mostró algunas cosas que ocurrirían pronto en la vida de Kevin. Era tarde, como las 10:00 de la noche, pero me sentí movido a hablar con él. Cuando abrió la puerta, le dije las tres cosas que sucederían en su vida en nueve meses.

Así fue, las tres sucedieron. Yo pensé: “Estoy seguro de que ahora Kevin le entregará su vida a Jesucristo”. Pero aún no había cambio.

Unos meses después, Dios me mostró otro acontecimiento que sucedería en la vida de Kevin. De nuevo se lo conté. Esta vez ahondé un poco más. “Kevin, has visto cómo Dios predijo tres cosas que ahora se han producido en tu vida. Puedes ver que Dios se está acercando a ti. ¿Por qué no le das tu vida a Jesús?”.

Kevin medía más de 2 metros, pesaba 120 kilos, y tenía solo un 4 por ciento de grasa corporal. A la vista, era intimidante. Me miró hacia abajo y me dijo: “Porque sé que hay que pagar un precio. Sé que tienes que darle tu vida a Jesús y someterte a Él, y no estoy dispuesto a abandonar mi estilo de vida”.

Después dijo: “John, hay un luchador muy conocido en nuestra organización. Él dice que es cristiano nacido de nuevo, y ha hablado de Dios en el mismo programa de televisión en el que te han entrevistado a ti. Sin embargo, sé que está consumiendo drogas, y sexualmente tiene mucha libertad. Vamos, hombre, ¿en qué se diferencia él de mí? Yo me niego a ser un hipócrita como él. Prefiero disfrutar mi vida a la luz de la fama y las cosas buenas que acompañan, que ponerme una máscara”.

Quedé devastado por las palabras de Kevin; sin embargo, su historia no es única. Hay incontables personas que asisten a la iglesia, llaman a Jesús su Salvador, y declaran ser hijos de Dios, pero no han entregado sus vidas a su señorío. ¿Son verdaderamente salvos?

¿Es posible en nuestros círculos cristianos dar a luz convertidos que no sean hijos de Dios? Jesús les dijo a los líderes de su tiempo: “Pues cruzan tierra y mar para ganar un solo seguidor, ¡y luego lo convierten en un hijo del infierno dos veces peor que ustedes mismos!” (Mateo 23:15, NTV). No estoy diciendo que nuestros líderes en la iglesia occidental sean hijos del infierno. Sin embargo, lo que estoy preguntando es: ¿qué tipo de convertidos estamos produciendo?

¿Es posible dar a luz convertidos que no sean hijos de Dios?

La consecuencia de no hacer un llamado a los que se convierten a perder su vida, es tener convertidos que han encontrado un estilo de vida mejorado y la promesa de la vida eterna. Una vez recitada la conocida “oración de salvación”, se calma la conciencia del nuevo convertido. En teoría, él o ella ya no está distante de Dios. Tales convertidos pertenecen a una comunidad de creyentes, y comparten un vínculo común. Ahora en el lado de lo aparentemente bueno, se preocupan e incluso a veces participan en el cuidado de las víctimas de la injusticia social, los pobres y los necesitados. Añadamos esto a los beneficios de oír enseñanzas motivacionales y la promesa del cielo, y tenemos un paquete muy atractivo del que la mayoría de la gente querría ser parte.

Pero ¿son estos convertidos verdaderamente salvos o están engañados, haciendo así más difícil que oigan la verdad? ¿Podría este mensaje ser lo que produce los seguidores mal dirigidos que menciona Mateo 7:23 que oirán a Jesús decir: “Nunca los conocí. ¡Apártense de mí!”?

¿Es nuestro mensaje el mismo que el de Él?

¿Es esa la forma en que Jesús se acerca a los perdidos? Regresemos a la historia del joven líder acaudalado que a menudo se conoce como el joven rico.

Hace unos años, estaba dando una conferencia a unos doscientos pastores que dirigen las iglesias más grandes de los Estados Unidos. Le pedí esto a ese grupo: “Imagínense la manera del joven rico de acercarse a Jesús. ¿Pueden verle bajándose de su carro Rolls-Royce, llevando una capa Armani, con un espléndido reloj Rolex en su

muñeca? Varios asistentes personales le siguen mientras se acerca a Jesús. Con un tono ligeramente arrogante, frío y reservado, le pregunta: ‘Maestro bueno, ¿qué debo hacer para ser salvo?’. ¿Creen que así es como pudo ser la escena en su tiempo?”, pregunté a los pastores. Tristemente, la mayoría de ellos levantaron su mano al estar de acuerdo.

“¡Así no es como la Escritura dice que ocurrió!”, dije. Después leí lo que realmente está escrito:

“Jesús salía ya para seguir su camino, cuando un hombre llegó corriendo, se arrodilló delante de él, y le preguntó: ‘Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?’” (Marcos 10:17).

Delante de las multitudes de personas, este hombre llegó corriendo en busca de Jesús, se arrodilló delante de Él, y le rogó saber qué debía hacer para ser salvo. No había arrogancia en este hombre.

Pensé que lo mejor sería ilustrar cómo sucedió eso. Le pedí a uno de los líderes de la audiencia que se pusiera de pie en el lado opuesto a mí de la gran plataforma. Entonces yo corrí hasta él a toda velocidad, y cuando estaba solo a unos metros, me tiré de rodillas deslizándome, me así de su chaqueta, y le rogué en voz alta y apasionadamente: “¿Qué debo hacer para ser salvo? ¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?”.

Hasta la fecha, ni en mi vida personal ni en mi ministerio, nunca ha acudido nadie a mí, ni rico ni pobre, se ha puesto de rodillas y ha clamado: “¿Qué debo hacer para nacer de nuevo?”. Sin lugar a dudas, el joven rico ¡era tanto apasionado como sincero!

Así que Jesús le dijo: “¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie que sea bueno, sino sólo Dios” (Marcos 10:18).

Como dije antes, el hombre esperaba obtener una respuesta

favorable honrando a Jesús con el título: “Maestro bueno”. Sin embargo, Jesús no permitió que este halago cegara su discernimiento. La salvación no iba a ser “rebajada” a la evaluación del joven rico de lo bueno y lo malo.

Por otro lado, este hombre tenía una buena medida de integridad. No llamó a Jesús Señor o Rey. Sabía que para llamar a Jesús Señor, ¡él tendría que hacer exactamente lo que Jesús le pidiera que hiciera! ¿Cuántos hoy poseen este mismo carácter? Quizás llaman a Jesús Señor y confiesan creer en la Biblia; sin embargo, evaluarán las decisiones de la vida mediante su propio conocimiento de lo que está bien y mal, en vez de seguir al detalle lo que el Señor pide de ellos en las Escrituras. Sonríen y dicen amén a la enseñanza bíblica, pero si no encaja en sus propósitos, lo bloquean convenientemente como si no fuera válido para su vida. Oyen, pero no aplican a su vida lo que dice el Espíritu. Muchas veces sienten que el mensaje es apropiado para otros a los que consideran “peores” que ellos.

Escucha lo que Jesús le dijo a este hombre que deseaba apasionadamente la vida eterna:

“Ya conoces los mandamientos: ‘No mates. No cometas adulterio. No robes. No des falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre.’ Aquel hombre le respondió: ‘Maestro, todo esto lo he cumplido desde mi juventud’”
(Marcos 10:19-20).

Jesús cita los últimos seis de los Diez Mandamientos, todos los que tienen que ver con las relaciones humanas. El hombre rico respondió con entusiasmo que había guardado todos ellos durante toda su vida. Creo que eso era cierto. Según esas normas, podemos ver que era un hombre bueno, honesto y recto. Se estaba apoyando en estos buenos rasgos del carácter, en espera de que le resultara suficiente para ganarse el favor de Dios.

Sin embargo, Jesús a propósito omitió los cuatro primeros

mandamientos. Estos tratan de la relación de un hombre con Dios, donde el primero de ellos es no tener otros dioses o ídolos delante del Dios Altísimo. En otras palabras, nada en nuestra vida debería anteponerse a nuestro afecto y amor, compromiso y sumisión a Dios. Este joven no había cumplido estos mandamientos, ni en ese momento estaba dispuesto a hacerlo. Jesús estaba a punto de sacar a la luz algo en su vida que finalmente le impediría terminar bien.

“Jesús lo miró y, con mucho amor, le dijo: ‘Una cosa te falta: anda y vende todo lo que tienes, y dáselo a los pobres. Así tendrás un tesoro en el cielo. Después de eso, ven y sígueme’” (Marcos 10:21).

Observa: ¡Jesús le trató con mucho amor! Pero ¿cómo le mostró su amor al joven rico? Advirtió a este buscador. Jesús sabía que inevitablemente llegaría un día en que el dinero de este hombre le desviaría de la obediencia a la autoridad de Jesús (señorío). Jesús estaba más interesado en que él se mantuviera en el camino, y no que solamente comenzase bien.

Para este hombre, el obstáculo fue su dinero. Para otros podría ser una novia o novio, deportes, compras, empresa, filosofía, educación, adicción alimentaria, o preferencia sexual. De hecho, la piedra de tropiezo puede ser cualquier cosa a la que entreguemos nuestros afectos y fortaleza más de lo que lo hacemos con Jesús.

¿Amó Jesús al joven rico ampliando el mensaje para acomodarlo así a su otro amor? ¿Maquilló la verdad para no ofenderle? ¿Por qué no le mandó simplemente a hacer la oración de fe, en espera de que así olvidase su amor por el dinero más adelante? A fin de cuentas, era un buen candidato que mostraba un gran interés en ser salvo. Lo único que Jesús tenía que hacer era acercar la red, y hubiera tenido un prominente cristiano acaudalado y servicial.

Pero Jesús verdaderamente amó a este hombre. Le dijo la verdad, una palabra muy fuerte, y corrió el riesgo de perder a este hombre

poderoso y emocionado. Jesús lo miró a los ojos, y le dijo que le faltaba algo, y no era pasión, sino la disposición del corazón y la mente para obedecer al Rey de reyes a pesar del costo.

Creo que este hombre meramente consideraba a Jesús su Salvador, en cuyo caso la obediencia era opcional. Si según su propia estimación el consejo de Jesús era bueno, le prestaría atención. Sin embargo, si llegaba a la conclusión de que el consejo de Jesús no era bueno, se alejaría.

¿Te imaginas decirle a alguien que busca con fervor, que le falta algo, y que eso le impedirá entrar en la vida eterna? Sin embargo, si verdaderamente amas a alguien, debes ser veraz, aunque sepas que eso supondrá rechazo.

Muchos cristianos y ministros adulan por temor a ser rechazados por sus oyentes. Desean aceptación. Honestamente, yo solía ser así. A todo el que conocía le caía bien porque siempre les decía lo que querían oír. Odiaba la confrontación y el rechazo, y quería que todos fueran felices. Entonces Dios expuso mis motivos inseguros y egoístas. Él reveló el enfoque de mi amor. Era yo mismo, no la gente a la que hablaba.

Es mucho mejor decir la verdad que comprometerla.

Es mucho mejor decir la verdad que comprometerla, y hacer que alguien se crea una mentira. Es mucho mejor que ellos oigan la verdad ahora, a que ellos crean que pueden mantener otros ídolos en su vida; y después un día, cuando sea demasiado tarde, oír con asombro al Maestro decir: “Apártense; nunca los conocí, ¡aquellos que estaban engañados!”.

Ahora observa la respuesta del apasionado hombre al mensaje de Jesús para él:

“Cuando aquel hombre [el joven rico] oyó eso, se afligió y se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Jesús miró a su alrededor, y les dijo a sus discípulos: ¡Qué difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios!” (Marcos 10:22-23).

¡Este hombre que tenía tantas ganas se alejó lleno de tristeza!

“Oh, Jesús, ¿cómo pudiste hacer eso? El hombre llegó emocionado, y después de oírte hablar, ¡se fue triste! ¿No sabes que deberías dar un mensaje positivo a los que buscan? Tus conversaciones o discursos deberían levantar a la gente y hacerles sentir bien, no entristecerles. Pastor Jesús, la asistencia de tu iglesia menguará si sigues tratando así a los hombres y las mujeres que buscan, especialmente a los acaudalados e influyentes. Ve tras él y suaviza el mensaje; ¡seguro que aceptará la verdad después de un tiempo!”.

¡Esto es lo que quizás oiría Jesús hoy de su equipo de liderazgo o miembros del comité en la iglesia occidental! Llamarían a Jesús para darle una reprimenda, y le pedirían que dimitiera.

¡Cómo se atreve a ofender a este posible enorme dador que con un trazo de su pluma podría firmar un cheque que cubriría todas las campañas de la iglesia de todo un año! Él podría ser quien pagara los varios millones de dólares de deuda por el edificio. El pastor Jesús no entiende las dinámicas de construir un ministerio grande y eficaz. Debería suavizar sus charlas y enseñar mensajes motivacionales, dar mensajes que aumenten la autoestima.

¿Suena esto parecido a lo que podría ocurrir en la iglesia occidental? Hemos caído en la trampa de hacer casi cualquier cosa por conseguir un convertido, y crear un seguimiento. Usamos técnicas de acomodación para aumentar la asistencia de la iglesia, conseguir seguidores en Twitter, aumentar nuestra base de seguidores en Facebook, o conseguir que la gente lea nuestros blogs. Esto no es nada menos que comunicarle a Dios que nuestra

sabiduría es mayor que la suya. De nuevo, es escoger lo bueno antes que a Dios.

Es cierto: son necesarias las invitaciones para que la gente escoja a Cristo, pero deben estar basadas en la verdad. Debemos darnos cuenta de que Dios nunca nos llamó a ampliar el mensaje del Nuevo Testamento, haciendo que sea más fácil el ser salvos para las personas que siguen queriendo vivir de forma independiente en los caminos de Dios. La salvación no está en el árbol del conocimiento de lo que evaluamos como bueno y malo. Solo se encuentra en el árbol de la vida, según su Palabra. Se deben olvidar otros amores e ídolos, igual que la chica que dice sí a una proposición de matrimonio debe despedirse de todas las demás relaciones con otros hombres. Hay que recibir a Jesús como Señor, no solo como Salvador. ¡Este es el árbol de vida!

Hay que recibir a Jesús como Señor, no solo como Salvador.

Ahora observa lo que hizo Jesús cuando este joven rico se alejó:

“Jesús miró a su alrededor, y les dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil es para los ricos entrar en el reino de Dios!» Los discípulos se asombraron de sus palabras, pero Jesús volvió a decirles: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios!»” (Marcos 10:23-24).

Un día estaba yo meditando en este evento, y el Espíritu Santo dirigió mi atención a un punto importante. Visualicé a este hombre rico, respetado en su comunidad, alejándose lentamente de Jesús con tristeza, con su cabeza agachada y una mirada de abatimiento en su rostro. Me di cuenta de que el Maestro no fue corriendo tras él, le

tomó de los hombros y dijo: “Espera un momento, amigo. Permíteme recordarte la sabiduría de Salomón. Él escribió en Proverbios 19:17: ‘Si ayudas al pobre, le prestas al Señor, ¡y él te lo pagará!’ (NTV). Te dije que vendieras lo que tienes y se lo dieras a los pobres; pero recuerda, según Proverbios, todo lo que des a los pobres el Señor te lo devolverá. No solo te lo devolverá, sino que te dará cien veces más de lo que diste”.

Este joven rico probablemente era un buen empresario. Así que si Jesús se hubiera acercado de esa forma, probablemente él se habría animado y respondido: “¿De verdad?”.

Entonces Jesús podría haber dicho: “¡Sí! ¿Puedes ver ahora que estoy intentando posicionarte para una gran bendición, una cosecha financiera? Serás el hombre más rico de la nación, no solo de esta comunidad”. En ese punto, es muy probable que el hombre hubiera aceptado seguir a Jesús.

Es cierto que la Palabra de Dios nos dice que cuando damos nos será dado, así como una semilla devuelve mucho más al granjero de lo que tenía cuando comenzó. Esta verdad fue confirmada inmediatamente después de que el hombre se fue, cuando Pedro, medio protestando, medio preguntando, espetó:

“Como sabes, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido”. Jesús respondió: “De cierto les digo: No hay nadie que por causa de mí y del evangelio haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos, o tierras, que ahora en este tiempo no reciba, aunque con persecuciones, cien veces más casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, y en el tiempo venidero la vida eterna” (Marcos 10:28-30).

En este punto Jesús miró a los que habían dejado todo para seguirle y dijo: “Ustedes recibirán cien veces más de lo que hayan dejado ahora en esta vida, casas y tierras, con persecución, y en el

tiempo venidero la vida eterna”.

¿Por qué no le dijo Jesús estas palabras, o las palabras de Salomón de los Proverbios, al joven rico que quería fervientemente la vida eterna? ¿Por qué parecía que retenía esta información? La respuesta es simple: Jesús nunca usó las bendiciones, alegrías, recompensas o beneficios de su reino para seducir a la gente a que le siguiera. Cuando llamó a Pedro, Santiago, Juan y los otros, fue con un sencillo: “Sígueme”. No fue: “Sígueme y te daré bendiciones, paz, prosperidad, una vida mejor y mucho más”. No fue: “Sígueme por lo que puedo hacer por ti”. Fue: “Sígueme por lo que soy. Soy Jesucristo, tu Creador, el Amo y Rey del universo”.

¡Solo pide la disposición y el compromiso de obedecerle!

Si el dinero hubiera sido el motivo para que Pedro, Santiago, Juan y Andrés siguieran a Jesús, nunca habrían dejado su empresa. El día que dejaron su empresa había sido uno de los días más rentables de su profesión de pesca. Gracias a Jesús, ¡habían traído dos barcas llenas de peces! No eran conscientes de la promesa de tener “cien veces más”. Esta era la primera vez que lo escuchaban. Lo que sí sabían era que Jesús tenía las palabras de vida, así que lo dejaron todo. El dinero no fue el factor decisivo.

Dios nunca ha demandado que una persona sea perfecta para seguir a Jesús. ¡Solo pide la disposición y el compromiso de obedecerle! Este joven rico probablemente poseía características mucho mejores que las de Pedro. Sin embargo, Pedro estuvo dispuesto a hacer lo que el Señor le pidiese hacer. Esto sigue siendo a lo que Jesús se refiere cuando nos llama a dejarlo todo por seguirlo a Él.

Mi plan contra el de Él

Cuando recibí a Jesucristo como mi Señor en 1979, Dios de inmediato comenzó a tratar conmigo acerca del ministerio. Yo estaba haciendo mis estudios de ingeniería mecánica en Purdue University donde estaba en la lista de honor de la universidad, había comenzado en el equipo universitario de tenis, y tenía planes de ir a Harvard para hacer una maestría. Mis planes personales eran casarme con una gran chica, y finalmente pasar a ventas o a gestión empresarial. No quería nada relacionado con el ministerio. Todos los ministros que había conocido eran hombres que yo pensaba que no podían hacer mucho más en la vida. Vivían en casas pequeñas, y sus hijos eran raros. Yo había crecido en una ciudad de 3.000 habitantes, y este era el modelo limitado que yo tenía del ministerio. Nunca había conocido ni pasado tiempo con un buen ministro, que desde entonces he sabido que hay muchos.

Pero entonces el Espíritu de Dios vino sobre mí durante un servicio en la iglesia y dijo: “John, te he llamado al ministerio. ¿Qué vas a hacer al respecto?”.

Yo pensé: “Mi familia me repudiará; todos ellos son católicos. Terminaré como los demás ministros viviendo en pobreza y suciedad”. Pero obedecer a Dios era crucial para mí, así que incliné mi cabeza y oré: “Sí, Señor. ¡Te obedeceré y predicaré cualquiera que sea el costo! Iré donde tú me digas, y diré lo que tú me digas”.

La realidad de esa decisión no ha sido nada de lo que yo suponía, pero Dios no me mostró eso en aquel instante. Él solo quería saber si yo dejaría todo para seguirle.

Si estudias los ministerios de Pedro, Pablo y los otros discípulos en el libro de los Hechos y las Epístolas, ¡verás que sus mensajes se alineaban exactamente con lo que Jesús predicó a este joven rico! Hoy nos hemos desviado de este camino. Es la raíz principal de la condición espiritual decadente de los Estados Unidos. Es la razón por la que muchos piensan que pertenecen a Jesús cuando en realidad no es así. Tenemos que regresar al señorío de Jesús para

tener un cimiento sano. Aún seguimos comiendo del árbol equivocado. Lo que pasamos como bueno nos roba lo mejor para nuestra vida.

Lo que pasamos como bueno nos roba lo mejor.

Nos perdemos muchas de las grandes bendiciones que Dios quiere para nosotros porque hemos sustituido el preciso mensaje bíblico por un mensaje vendible. Seamos sinceros: si este joven rico acudiera a muchas de nuestras principales iglesias hoy, hubiera sido “salvo”, y al poco tiempo se le hubiera considerado un miembro valorado. Quizás se le hubiera pedido que formara parte del comité de la iglesia.

Con mucha frecuencia, la Iglesia hoy ha ofrecido un buen mensaje de salvación aparte del señorío. A fin de no engañar a las personas, por el bien de muchos que quizás algún día terminen oyendo “apártense de mí”, por la fortaleza de la Iglesia, y a fin de caminar verdaderamente en las bendiciones de Dios, olvidemos nuestro inadecuado y “buen” mensaje del evangelio, y regresemos al árbol de la vida: el mensaje bíblico de la salvación.

NUESTRO GPS INTERNO

“Así que sigo adelante, hacia la meta, para llevarme el premio que Dios nos llama a recibir...” —Filipenses 3:14 TLA

“Enamorarse de Dios es el romance más grande; buscarle es la mayor aventura; encontrarle, el mayor logro humano”. —San Agustín de Hipona

Nuestro cimiento es el señorío de Jesucristo. Todos los aspectos de nuestra vida deberían construirse sobre esta base firme. Si es así, durarán. Si no, finalmente se deteriorarán o morirán.

La siguiente etapa de la construcción de una casa es la estructura, y cada aspecto de esta fase se construye sobre el cimiento. Esta parte del proceso de construcción mantiene unidas todas las cosas. Pisos, paredes, techos, gabinetes, molduras, baños, luces, ventanas, bañeras, y todos los demás materiales de terminaciones necesitan una estructura fuerte para permanecer. Con unos cimientos sólidos y una estructura fuerte podemos construir una casa exitosa y que perdure: la vida.

Tu GPS interno

Para presentar este segundo aspecto de una emocionante vida de fe, cambiaremos de la ilustración de una casa a una analogía distinta.

Comencemos con una pregunta. ¿Cuál es tu objetivo final? En otras palabras, ¿qué deseo pesa más que todos los demás deseos? ¿Puedes ser honesto? Si es así, no terminarás en un lugar en el que no quieras encontrarte.

Míralo del siguiente modo. Si el GPS de tu teléfono está programado para ir al aeropuerto, pero realmente tú quieres ir al centro comercial, soplarás de frustración cuando tu GPS anuncie: “Ha llegado a su destino” cuando te acercas a la terminal del aeropuerto, y veas los carteles de las líneas aéreas en vez de la

sección de tiendas.

Con incredulidad, protestarás: “¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo he terminado aquí?”. Es muy sencillo. Tu GPS te llevó al lugar para el que estaba programado.

El apóstol Pablo contó la “programación de su GPS”: “¡prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios” (Filipenses 3:14). Él sabía lo que buscaba, y su GPS estaba configurado. Aunque encontró resistencia, barricadas o fuerte adversidad, él prosiguió hacia todo y no se desvió hacia un punto alternativo.

¿Cuál es la configuración de tu GPS interno? ¿Es tener muchos amigos? ¿Es ser popular? ¿Es disfrutar de cierto estilo de vida? ¿Es ser el mejor en tu campo de trabajo? ¿Es la salud y la felicidad?

¿Cuál es tu destino supremo?

Quizás respondas: “Me gustaría todo esto”. La mayoría de nosotros queremos esas cosas, pero ¿cuál es ese único deseo que pesa más que los demás? Es importante hacer esta distinción porque finalmente determinará tu destino. La carretera hacia distintos finales puede que sea la misma a veces, pero inevitablemente llegará un punto en tu viaje en el que los caminos se separarán, y tendrás que escoger uno o el otro.

Así pues, ¿cuál es tu destino supremo? Si tu objetivo final es ser moralmente puro, ético, una buena persona, saludable y económicamente seguro, entonces quizás termines en el mismo lugar en el que se encontró el joven rico: poseyendo todos estos rasgos, pero aún sin tener lo más importante.

Si tu máximo deseo es tener muchos amigos, entonces quizás te encuentres en el lugar de Aarón, el hermano de Moisés: en la base

de una montaña con mucha actividad social, incluso siendo el centro de atención y facilitando tu comunidad, pero a la vez alejándote del corazón de Dios. El becerro de oro que construyas quizás calme a tus amigos y conocidos, pero tristemente descubrirás que al final les condujo, tanto a ellos como a ti, lejos de lo que era mejor.

Si tu pasión es ser un orador, artista o líder muy reconocido, o simplemente tener cierto número de seguidores en Twitter o Facebook, quizás consigas este estatus incluso en la comunidad cristiana, pero terminarás como un hombre llamado Uzías de Israel, que era la persona más conocida en la nación, pero que murió en soledad (ver 2 Crónicas 26).

Quizás la configuración de tu GPS sea más noble y benévola. Quizás tu enfoque esté en dar con generosidad a los pobres y necesitados. Esta meta es atractiva para muchos en nuestro tiempo, y debería serlo. Las personas se emocionan cuando informamos de los esfuerzos que Messenger International hace para ayudar a los pobres, necesitados y víctimas de la injusticia social. Sin embargo, Pablo escribe a la iglesia corintia que él podía dar todo lo que poseía a los pobres, y aún así seguir sintiendo que le faltaba algo (ver 1 Corintios 13:3).

Puedes esforzarte por ser el dador más generoso de tu comunidad, una meta honorable. Sin embargo, un hombre llamado Ananías, y su esposa, Safira, eran miembros con buena reputación en la iglesia de Jerusalén. Cierta día, dieron una gran cantidad de los beneficios de la venta de un valioso terreno. Deseaban demostrar su compromiso para edificar la casa de Dios. Anticipaban halagos, pero en su lugar cayeron en juicio (ver Hechos 5). Su final fue trágico.

Hubo un tiempo en que yo me consideraba noble y bueno. Cada día durante un período de dieciocho meses, me levantaba a las 5:00 de la mañana y oraba hasta las 7:00. Una buena parte de ese tiempo se consumía clamando por peticiones como: “Señor, úsame para llevar a multitudes a la salvación, para declarar la Palabra de Dios poderosamente, para llevar a las naciones a tu reino, para sanar a los

enfermos y liberar a los cautivos”. Pedía estas cosas insistentemente y de forma apasionada, mañana tras mañana.

Pasaron los meses, y un día Dios habló a mi corazón: “Hijo, tus oraciones están desenfocadas”.

¡Me quedé atónito! ¿Qué podía ser mejor, más noble y más agradable para mi Creador que lo que yo estaba pidiendo? Me preguntaba si había entendido mal lo que había recibido en mi corazón. ¿Cómo podían todos esos maravillosos objetivos espirituales estar desenfocados?

De inmediato, de nuevo oí al Espíritu de Dios. “Judas dejó todo lo que tenía para seguirme. Era uno de los doce de la élite. Predicó el reino de Dios. Sanó a los enfermos, dio a los pobres y liberó a los cautivos. Judas está en el infierno”.

Temblé, impactado y perplejo. Me di cuenta de que Judas había conseguido todo lo que yo estaba pidiendo, pero se perdió para siempre. Quizás si hubiera examinado su GPS interno con más cuidado, su final no habría sido tan desastroso.

Me di cuenta de que podía inconscientemente estar en la misma categoría que Judas. Pregunté sinceramente: “¿Cómo puedo saber cuál es mi objetivo de enfoque?”.

Otro joven rico

Esta vez Dios me mostró otro joven rico, no el que fue a Jesús corriendo, sino el que fue criado como príncipe de Egipto, que en ese entonces era la nación más poderosa de la tierra. Su nombre era Moisés.

Piensa en la vida de Moisés. Fue educado sin faltarle el dinero, la comida, ropa, las posesiones materiales ni la educación. Su posición era muy deseada, porque tenía lo mejor de todo. Nadie en el mundo poseía nada que él no pudiera tener. Moisés vestía ropa de los mejores diseñadores, podía comprar cuando quisiera sin límite, y

probablemente tuvo todos los “juguetes” disponibles en ese entonces. Tenía el carro que hoy sería un Maserati, Lamborghini o Ferrari, además de todos los modelos de Harley-Davidson. Y si no quería conducir él, había constantemente un conductor de limusina a su disposición.

Moisés nunca tuvo que estregar un retrete, lavar una bañera, cortar el césped, limpiar un automóvil, ordenar una habitación, fregar los platos, lavar su ropa ni realizar ninguna otra tarea doméstica, porque tenía sirvientes y asistentes para todos esos trabajos.

Él tenía cocineros reales que improvisaban todo lo que anhelara su paladar. Los mejores alimentos de la tierra eran suyos para que los disfrutara.

Su trabajo era divertido. Si quería, podía dirigir tropas, diseñar edificios, o preparar grandes fiestas. Si quería jugar, disfrutaba de un día de competencia, y una noche con la diversión más fina. Podía llenar sus días como quisiera.

También era el soltero más cotizado de la tierra. Podía tener citas y casarse con cualquier chica en la que se fijase, e incluso pedir conocer a mujeres de otras naciones. De hecho, si Moisés lo deseaba, podía formar un harén de esposas y concubinas.

Si Moisés quería ser generoso, podía hacer grandes regalos. Podía llamar a los agentes del servicio secreto, policía o soldados para proteger a sus amigos. Podía ayudar a los pobres o menospreciarlos. Podía influir en el entretenimiento de su país pidiendo a los mejores artistas y actores para que le entretuviesen. Nada se le negaba, salvo el trono del rey. Para la mayoría, su vida hubiera parecido una utopía muy codiciable, y sin embargo él no estaba satisfecho. Leemos:

“Fue por la fe que Moisés, cuando ya fue adulto, rehusó llamarse hijo de la hija del faraón. Prefirió ser maltratado

con el pueblo de Dios a disfrutar de los placeres momentáneos del pecado” (Hebreos 11:24-25 NTV).

Moisés escogió alejarse de lo que le podía ofrecer la nación más acaudalada de la tierra. ¿Por qué despreciaría un estilo de vida semejante? ¿No podía encontrar contentamiento sirviendo a Dios sin dejar de vivir en el palacio del faraón? No. El GPS interno de Moisés dictaba que su verdadero deseo no se podía obtener donde estaba actualmente, porque el escritor de Hebreos narra acerca de él:

“Consideró que era mejor sufrir por causa de Cristo que poseer los tesoros de Egipto, pues tenía la mirada puesta en la gran recompensa que recibiría” (Hebreos 11:26 NTV).

¿Qué gran recompensa? Cuando planteo esta pregunta a las audiencias, la mayoría responden que era la tierra prometida. Pero si eso fuera así, entonces debemos preguntar: ¿qué tiene que ofrecer una tierra donde fluye leche y miel que no tuviera la tierra fértil de Egipto? En aquella época, Egipto era rica en recursos naturales y agricultura. ¿Era la Tierra Prometida mucho mejor que esta? ¿Podría Moisés construir una casa mejor en esa nueva tierra que el palacio donde ya residía? Creo que podemos responder con confianza “no” a estas preguntas.

Entonces ¿cuál era la recompensa que buscaba Moisés? No lo sabía con seguridad el día que se fue de la casa real, pero sabía que había más; mucho más, de hecho. Iba de camino, y más adelante descubriría exactamente lo que estaba buscando.

Míralo de este modo. A ti te encanta la temperatura cálida y la playa, y no te gustan la nieve y el frío. Estamos a mitad de invierno y estás actualmente viviendo en Vermont. Hace 20 grados bajo cero, y anhelas lo que te encanta. Así que comienzas a conducir por la autopista 95, con dirección al calor. No sabes exactamente a dónde te diriges, pero sabes que es mucho mejor que congelarse en la

nieve. A mitad del viaje, en una gasolinera, observas un folleto con una fotografía de Palm Beach, Florida. Sonríes y te dices: “¡Esto es!”. De inmediato, programas la dirección del folleto en tu GPS, y ahora te diriges a la playa específica de tus sueños.

Esto es similar a lo que ocurrió con Moisés. Dejó el palacio sabiendo que había más, pero no encontró su recompensa hasta cuarenta años después en lo recóndito del desierto, en una zarza donde se encontró con Dios y experimentó su presencia. Cuando esto ocurrió, el GPS interno de Moisés quedó firmemente programado. La presencia de Dios era su recompensa, y la prueba de ello llegaría después, tras haber sacado de Egipto a Israel.

Rechazar la oferta de Dios

Para Moisés eran tiempos difíciles y llenos de estrés. El árido desierto que él y el pueblo de Israel cruzaron estaba lleno de grandes desafíos que a menudo solo se podían aliviar por medio de la intervención divina, la cual frecuentemente parecía retrasarse. Para empeorar aún más las cosas, su índice de aprobación nacional estaba en lo más bajo. En medio de estos tiempos turbulentos, Dios le habló a Moisés:

“Váyanse, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto. Suban a la tierra que juré dar a Abraham, Isaac y Jacob. A ellos les dije: ‘Daré esta tierra a sus descendientes’. Enviaré un ángel delante de ti para expulsar a los cananeos, los amorreos, los hititas, los ferezeos, los heveos y los jebuseos. Suban a la tierra donde fluyen la leche y la miel. Sin embargo, yo no los acompañaré” (Éxodo 33:1-3 NTV).

Piensa en las circunstancias que Moisés y el pueblo experimentaban cada día. No tenían condiciones variantes, no había hermosos valles, arroyos, bosques, árboles frutales, manantiales de agua fresca, tierra fértil o pastos para alimentar a sus ganados. Había

pasado bastante tiempo desde la última vez que vieron un mercado, compras o ropa nueva. Su dieta no cambiaba: un extraño pan que aparecía en el suelo seis días a la semana, y periódicamente alguna codorniz para que tuvieran carne. Para entenderlo, intenta comer el mismo pan, nada más, durante unos cuantos meses. Entonces lo entenderás.

La vida ha sido difícil. La esclavitud en Egipto fue terrible, pero vagar por el desierto no parece mucho mejor. Sin embargo, las personas tienen una esperanza: su propia tierra, la tierra prometida, Canaán. Dios les había dicho durante años que era una tierra rica y fértil, una en la que fluía la abundancia. Lo único que habían conocido había sido entregar sus mejores esfuerzos para construir ciudades para los egipcios, y recibir las indeseables sobras. En seguida tendrán la capacidad de construir hermosas casas, aldeas y ciudades propias, una nueva cultura única para su herencia, proveyendo una herencia que merecería la pena transmitir a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Ahora Dios había mandado a su líder, Moisés, que les llevara a esa Tierra Prometida. Él declaró que tendrían un ángel poderoso para guiarlos y protegerlos. Este ángel guerrero expulsaría a todos sus enemigos. Sin embargo, había una trampa: Dios mismo no iría.

¿Te imaginas oír esas palabras? Lo que tus antepasados y tú habían esperado durante siglos, ahora Dios mismo lo estaba ofreciendo. Cuatrocientos treinta años de no tener hogar, de lucha, supervivencia y carencia ahora podían llegar a su fin con esta oferta. Seguro que Moisés aceptaría, se acercaría a la montaña, y anunciaría las magníficas noticias a la asamblea nacional. El pueblo finalmente lo coronaría como un gran líder, y su índice de aprobación subiría hasta una altura máxima. Todos celebrarían, y comenzarían su viaje a su tan anhelada promesa.

Así es exactamente como se habrían desarrollado los acontecimientos si el bien “aceptable” hubiera sido la meta que se tenía en mente. Sin embargo, escucha la respuesta de Moisés a la

oferta de Dios:

“Si tú no vas a venir conmigo, no nos saques de aquí”
(Éxodo 33:15).

A modo de recordatorio, ¿dónde era aquí? Era el lugar de carencia, adversidad, estrés y dificultades: el desierto. Moisés dio una respuesta desconcertante, incluso asombrosa para la persona promedio. En esencia declaró: “Si tengo que escoger entre tu presencia y tu bendición, me quedo con tu presencia, aunque sea en un lugar de carencia y dificultades, antes que con tu bendición en un gran entorno”.

¿Estaba loco Moisés? ¿Acaso el sol del desierto había trastocado su sentido del juicio? No. Su GPS interno estaba programado en lo que era mejor. Le estaba dirigiendo para tomar la mejor decisión incluso cuando Dios le estaba ofreciendo una buena opción, una que el sentido común y las circunstancias incómodas hubieran dictado que aceptara.

El objetivo que Moisés tenía en mente, su recompensa, era conocer a Dios íntimamente. No se puede conocer verdaderamente a alguien a menos que se pase tiempo en su presencia. Se puede conocer acerca de alguien en ausencia de su presencia, pero si no pasas tiempo en la presencia de una persona, no puedes conocer a la persona verdaderamente, de forma íntima. Esta era la mayor recompensa de Moisés. Para él nada era más valioso y nada podría desviarle, ni siquiera una buena oferta hecha por Dios mismo. ¿Te imaginas el agrado que eso le produjo a Dios?

Quizás preguntes: “¿Por qué se agradecería Dios de que hubiera rechazado su oferta?”. Responderé a esta pregunta con una ilustración de mi propia vida.

Lisa y yo estábamos de viaje, y teníamos unos días libres juntos. Había un maravilloso campo de golf cerca. Me encanta jugar al golf,

y experimentar buenos campos. Algunos amigos me habían invitado a jugar en ese campo, pero solo tenía unos pocos días libres con Lisa.

Mi maravillosa esposa me dijo sinceramente: “John, ve a jugar”.

Yo respondí: “No, cariño, prefiero pasar el tiempo contigo”.

Esos pocos días terminaron siendo maravillosos. El deleite de Lisa por el hecho de que yo la escogiera en lugar del golf lo hizo, porque ella sabe cuánto me gusta jugar y pasar tiempo con los amigos. Lisa hizo la oferta, fue sincera, y no habría cambiado de opinión si yo hubiera aceptado. Sin embargo, en lo profundo de su corazón, esperaba que yo la escogiera a ella antes que el golf.

Este es el mismo principio revelado con Moisés. Dios le hizo una oferta, una que estaba dispuesto a respaldar. Él enviaría un ángel que se encargaría de llevar a Moisés y al pueblo hasta la Tierra Prometida. Sin embargo, el viaje se hubiera hecho sin la presencia de Dios. Creo que Dios hizo esta oferta sinceramente con el deseo no pronunciado de que Moisés le escogiera a Él, en lugar del alivio inmediato del desierto y la vida más fácil en una tierra rica y hermosa.

Moisés declaró dos cosas al declinar la oferta de Dios. En primer lugar y por encima de todo, ese tiempo en la presencia de Dios era más valioso que el tiempo disfrutando sus bendiciones sin su presencia. Segundo, que Moisés creía en la intachable integridad de Dios. Aunque entrar en la Tierra Prometida quedara en espera, Moisés sabía que Dios finalmente llevaría a Israel hasta allí. Él sabía que Dios cumpliría su Palabra. Si el GPS interno de Moisés no hubiera estado bien programado, dadas las circunstancias, ciertamente habría tomado una decisión distinta.

Programar el GPS

¿Qué fue lo que movió en un principio a Moisés a configurar su GPS interno de tal forma cuando los demás israelitas tenían

motivaciones tan distintas? Una breve mirada a las decisiones previas y los patrones de conducta revela la respuesta.

Una pregunta que hago periódicamente a la audiencia es: “¿Cuál era el destino al que Moisés se dirigía cuando sacó a Israel de Egipto?”.

Cada vez, la mayoría responde: “La Tierra Prometida”.

¿Es correcta esta respuesta? Una y otra vez cuando Moisés fue ante el faraón, transmitió estas palabras de Dios al rey de Egipto: “Deja ir a mi pueblo para que me adore en el desierto” (Éxodo 7:16 NTV; ver también Éxodo 5:1; 8:1, 20; 9:1, 13; 10:3). Siete veces, cuando le dijo al faraón dónde iba Israel, Moisés apareó la adoración y el desierto. La Tierra Prometida no se menciona ni una sola vez.

El objetivo de Moisés era guiar al pueblo a encontrarse con Dios, y adorarlo en el desierto de Sinaí. ¿Por qué querría sacarles de Egipto directamente a la Tierra Prometida antes de guiarles primero al Prometedor? Esto habría promovido las promesas más que la presencia de Dios, y habría provocado una configuración incorrecta del GPS.

Tristemente, ministros y maestros de nuestro tiempo han promovido la opción de las promesas. Recuerdo en las décadas de 1980 y 1990 oír mucho más acerca de lo que Jesús haría por nosotros que de lo que Él es. Este tipo de enseñanza produjo discípulos que configuraron su GPS interno en las bendiciones de Dios por encima de su presencia. Esto no se diferencia en nada de una mujer que se casa con un hombre por su riqueza. Quizás le ame, pero lo hace con la motivación incorrecta.

Encuentro un asombroso contraste entre Israel y Moisés. Si piensas en la vida de Israel en Egipto, estaban sufriendo un abuso atroz, por decirlo suavemente. Vivían en pocilgas, comían alimentos rancios y llevaban ropa andrajosa. Empleaban toda su vida en construir la herencia de otro. Tenían cicatrices en la espalda por los latigazos de los capataces, y sus hijos eran asesinados por el ejército

del faraón.

Israel fue librado milagrosamente de la esclavitud de Egipto, pero solo después de un corto tiempo de expedición por el desierto, se quejaron repetidamente y manifestaron su deseo de regresar a Egipto. Hicieron comentarios como: “¿Acaso no sería mejor que regresáramos a Egipto?” (Números 14:3) y “¿Es mejor que sirvamos a los egipcios” (Éxodo 14:12).

Ahora consideremos el cómodo y abundante estilo de vida de Moisés, el cual describí anteriormente. Él también dejó Egipto y de forma similar sufrió todas las mismas duras condiciones del desierto, y sin embargo nunca se quejó ni habló de regresar a Egipto. ¿Por qué? La respuesta es simple. Moisés tuvo un encuentro con la presencia de Dios en la zarza ardiente. Tuvo el privilegio de oír la Palabra de Dios directamente del Creador. Israel tuvo una oportunidad similar, pero se alejó de ella. Permíteme explicarlo.

“Los he traído hasta mí”

Una vez fuera de Egipto, Moisés llevó a la nación al monte Sinaí, el mismo lugar donde él se había encontrado con Dios en la zarza. Cuando llegaron, Dios le mandó a Moisés que le dijera al pueblo:

“Ustedes han visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo los he tomado a ustedes y los he traído hasta mí sobre alas de águila” (Éxodo 19:4).

Mira sus palabras “traído hasta mí”. Piensa en estas palabras. Es impactante cuando piensas en su verdadero sentido. Dios, el Creador del universo, dejó claro que su principal propósito al sacar a Israel de la esclavitud de Egipto fue traerlos a todos a sí mismo. Él estaba buscando una relación íntima y personal con ellos.

Debemos recordar que Dios es relacional, y que tiene un corazón de Padre; siempre ha sido así y siempre lo será. Él anhelaba conocer

a sus hijos como un padre o una madre anhela desarrollar una relación con un hijo recién nacido.

Dios se había revelado a Moisés en la zarza. Le dio a Moisés el privilegio de experimentar su presencia. Esa sola experiencia creó tal apetito en Moisés, que nunca tuvo ningún otro interés en regresar a Egipto, a pesar del buen estilo de vida que había tenido allí. Este encuentro le marcó de una forma significativa, y configuró firmemente su GPS interno.

Moisés quería que Israel experimentase lo que él había experimentado, pero lo asombroso es que Dios también deseaba eso. Como Él ya había pasado tiempo con Moisés en la zarza, Moisés pudo presentar a Dios al pueblo, y al pueblo a Dios.

Piénsalo de esta forma. Hay tres personas llamadas Juan, Abigail y Susana. Si Juan y Abigail se han conocido, y Juan y Susana ya se conocen, Juan es el que presentará a Abigail a Susana. Moisés se había reunido y había pasado tiempo con Dios. También había pasado tiempo con Israel. Por lo tanto, él debía ser quien facilitara la reunión de Dios y el pueblo. Dios le dijo a Moisés que preparase la presentación con este mensaje:

“‘Ustedes serán mi tesoro especial... mi reino de sacerdotes, mi nación santa’. Este es el mensaje que debes transmitir a los hijos de Israel” (Éxodo 19:5-6 NTV).

Ellos eran todos especiales para Dios, y Dios deseaba que todos ellos fueran sacerdotes, personas que pudieran acercarse a Él directamente para hablar por ellos mismos, o a favor de otros. En esencia, Dios les estaba ofreciendo una amistad. ¡Qué privilegio! Entonces Dios dijo:

“Desciende y prepara al pueblo para mi llegada. Conságralos hoy y mañana, y haz que laven sus ropas.

Asegúrate de que estén preparados para el tercer día, porque ese día el Señor descenderá sobre el monte Sinaí a la vista de todo el pueblo” (Éxodo 19:10-11 NTV).

Dios descendió den la montaña al tercer día, pero la respuesta del pueblo fue descorazonadora. Ellos se apartaron de Él en vez de acercarse a Él. Clamaron a Moisés: “¡Háblanos tú y te escucharemos, pero que no nos hable Dios directamente, porque moriremos!” (Éxodo 20:19 NTV).

El pueblo de Israel no pudo aguantar la presencia de Dios porque aún tenía a Egipto en su corazón. Aún amaba sus propios intereses más que los de Él. Conocerlo de forma íntima no era una prioridad. Su presencia manifiesta meramente sacó a la luz la configuración de su GPS interno, y ellos no estaban dispuestos a cambiarla.

Leamos de nuevo las instrucciones de Dios, que incluían un mandato de lavar sus ropas. ¿Cuál era el sentido de esto? ¿Acaso era Dios obsesivo con respecto a la higiene? Para encontrar la respuesta, debemos recordar que a menudo en el Antiguo Testamento, las acciones externas conllevaban una realidad espiritual. La suciedad de Egipto aún estaba pegada de la ropa del pueblo. Tenían que deshacerse de ella si el pueblo quería entrar en la santa presencia de Dios.

Egipto era simbólico del sistema del mundo caído. Las personas de este mundo viven para la indulgencia de la carne, la gratificación de los ojos, y para el estatus, la reputación y la prominencia: “la vanagloria de la vida” (ver 1 Juan 2:16). Conocer a Dios no es el enfoque. Más bien, “¿cómo me puedo beneficiar?” es el énfasis.

Dios no busca cazafortunas

A menudo cuando viajo, observo a algún hombre mayor acaudalado con una mujer de aspecto llamativo y de quince a veinticinco años menor que él. La mayoría de las veces el hombre no está en forma, y se le podría confundir con el padre de ella. ¿Por

qué ella está viviendo con él o está casada con él?

Solo en casos excepcionales, los dos están genuinamente enamorados. Sin embargo, la mayoría de las veces este no es el caso, sino que la mujer es lo que se conoce como una “cazafortunas”. Este es un término derogatorio o jerga usado para una mujer joven que no está interesada en un hombre por quien él es, sino más bien por el estilo de vida que le puede proporcionar. Ella quiere tener acceso a su riqueza e influencia. Sin embargo, esto no es solo el interés de una parte, ya que el principal interés del hombre no es la mujer, sino lo que ella puede hacer por su egocéntrica personalidad. Él quiere proyectar una imagen de una persona aún joven y en forma y, por supuesto, disfrutando de buen sexo.

Dicho de forma sencilla, ambos buscan egoístamente lo que el otro puede aportarles, en vez de cuidar genuinamente de la otra persona. En cierto nivel, cada uno sabe lo que el otro está haciendo, pero lo tolera a fin de continuar satisfaciendo su propia lujuria y orgullo. El factor motivador no es una relación duradera, sino la gratificación egoísta.

Recientemente, mi esposa y yo estábamos en una tienda de muebles y accesorios del hogar. Aparte de la vendedora, la única otra pareja en la tienda era un hombre mayor y una mujer joven. Al principio pensé que eran padre e hija, pero al escuchar su conversación con la vendedora, descubrí que no era así. Eran una pareja que compraba para la casa que acababan de adquirir.

Estuvimos en la tienda con ellos unos veinte minutos, lo cual me permitió observarles con tranquilidad. Captó mi atención su tirante y superficial interacción. Era obvio que tenían poco en común, y que poseían intereses totalmente distintos. La ausencia de amor y gozo en sus vidas saltaba claramente a la vista. Ella apenas podía mirarle a los ojos, y tenía un rostro sombrío. Ella vestía una ropa muy ceñida y mucho maquillaje. Él se movía de forma jovial y a la última moda, y actuaba como un gran apostador. Dejaba claro por su

manera de hablar a la vendedora que el dinero no era problema para él.

Ver a esta pareja me hizo darme cuenta de lo especial que es mi relación con Lisa. Yo cuido mucho de ella, y mi cariño no está basado en su aspecto físico, aunque es hermosa. Lisa se interesa profundamente por mí. Somos los mejores amigos, y nos encanta pasar tiempo juntos. Me dio lástima esa pareja en la tienda por la obvia falta de amor en su relación. No cuento esto para juzgarles, pues espero que aumente su amor del uno por el otro, y disfruten de la compañía mutua. Sin embargo, normalmente no suele ser el caso porque la relación está basada en un fundamento erróneo.

El pueblo de Israel llevaba este tipo de suciedad relacional de Egipto, y Dios no quería algo superficial. Él desea relaciones auténticas, no de cazafortunas. La motivación del mundo, que aún se aferraba a los corazones de los israelitas, no es capaz de producir relaciones genuinas, ya que los motivos son egocéntricos. Israel solo podía conocer a Dios si se limpiaba de esta suciedad.

Sin embargo, Israel no pudo deshacerse de sus deseos como lo hizo Moisés, cuya pasión era la de una relación genuina con Dios. Israel quería los beneficios de Dios. Era así de sencillo.

¿Qué ocurre hoy?

Ahora estamos en tiempos del Nuevo Testamento, y ¿ha cambiado algo? ¿Puede alguien llevar la suciedad del mundo en su corazón, y seguir teniendo una relación genuina con Dios? ¿Erradica la gracia de Jesucristo la necesidad de limpiarnos de la suciedad del mundo? Varios versículos raramente utilizados en nuestros días hablan específicamente de esto:

“Como dijo Dios: «Viviré en ellos y caminaré entre ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo tanto, salgan de entre los incrédulos y apártense de ellos, dice el

Señor. No toquen sus cosas inmundas, y yo los recibiré a ustedes. Y yo seré su Padre, y ustedes serán mis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso”.

“Queridos amigos, dado que tenemos estas promesas, limpiémonos de todo lo que pueda contaminar nuestro cuerpo o espíritu. Y procuremos alcanzar una completa santidad porque tememos a Dios” (2 Corintios 6:16-18; 7:1 NTV).

Hay mucho que desempacar en estos pocos versículos. Primero, observa las palabras “como dijo Dios”. ¿Cuándo dijo Dios por primera vez estas palabras, y cuál fue su contexto? Pablo está citando la frase de Dios a Moisés en el monte de su presencia:

“Entonces viviré en medio de los israelitas y seré su Dios, y ellos sabrán que yo soy el Señor su Dios. Yo soy quien los sacó de la tierra de Egipto para vivir entre ellos” (Éxodo 29:45-46 NTV).

Dios repitió lo que había dicho en Éxodo 19: su deseo de una relación auténtica. Esto era lo que quería, pero Israel no reaccionó recíprocamente. Solo ciertos individuos, como Moisés, David, Daniel, Isaías y unos cuantos más, pudieron tener una relación íntima con Dios porque escogieron deshacerse de los motivos del mundo de autogratificación. Ahora Pablo usa estas mismas palabras para dirigirse a nosotros, los que hemos sido lavados por la sangre de Jesucristo, y salvados por la gracia de Dios.

De nuevo se nos dice: “Viviré en ellos y caminaré entre ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo No toquen sus cosas inmundas, y yo los recibiré a ustedes”. Las palabras no son distintas de las que Dios le dijo a Israel, pero ahora Él se las está diciendo a un pueblo nuevo: nosotros. Su deseo de intimidad no ha cambiado, pero no

puede suceder si aún tenemos la suciedad del mundo en nuestra ropa. Él nos da la bienvenida a una relación de cercanía, pero no es incondicional. De nuevo da a conocer su desdén de una relación de cazafortunas.

Dios no está ciego a nuestros motivos internos. Él nos dice que nos limpiemos de toda suciedad, no solo de la carne, sino incluso del corazón y del espíritu. Él sabe si tenemos o no la suciedad de Egipto en nuestra ropa (vivir para la autogratificación) o si, como Moisés, buscamos los deseos de Él por encima de los nuestros. Así que al igual que Moisés le mandó a Israel limpiar su ropa a fin de reunirse con Dios y tener una relación íntima con Él, el apóstol Pablo nos dice a nosotros: “limpiémonos de todo lo que pueda contaminar nuestro cuerpo o espíritu. Y procuremos alcanzar una completa santidad porque tememos a Dios”. Limpiarnos de la suciedad del sistema del mundo asegura que nuestro GPS interno no se vea comprometido, y escoja lo bueno por encima de lo mejor.

Para mantener más beneficiosa la configuración del GPS, hacia una relación cercana con Dios, parece que la palabra santidad es el factor clave. En los siguientes capítulos desarrollaremos esta emocionante realidad.

CELOSO POR NOSOTROS

“«¿Con quién me compararán? ¿Quién es igual a mí?», pregunta el Santo. Levanten la mirada a los cielos. ¿Quién creó todas las estrellas... y llama a cada una por su nombre. A causa de su gran poder y su incomparable fuerza, no se pierde ni una de ellas”. —

Isaías 40:25, 26 NTV

“Tu Señor es muy celoso de tu amor, oh creyente. ¿Te escogió él a ti? Él no puede soportar que tú escojas a otro.” —Charles

Spurgeon

No hay nada más satisfactorio y beneficioso que estar en la presencia de Dios. Medita en ello un instante: no es estar solamente en compañía de un destacado atleta, un científico de renombre, un artista famoso, un famoso muy popular o un poderoso líder mundial, sino del Creador de todo lo visible y lo invisible. Él es quien imaginó y creó un universo tan vasto que la mente humana no puede comprender su inmensidad, y a la vez tan detallado que los diminutos y complejos átomos son tan pequeños que, como mencionamos en un capítulo anterior, necesitaríamos miles de millones de ellos para formar una línea de 2,5 centímetros. Incluso después de amplia investigación, los científicos aún no llegan a comprenderlos del todo.

No hay absolutamente ninguna sabiduría, conocimiento o entendimiento de provecho de ningún tipo fuera de Dios. No hay nada que Él tenga que aprender, porque verdaderamente Él lo conoce todo, incluso el fin desde el principio. Los poderosos seres angelicales están ante Él continuamente, cubriendo su rostro y clamando llenos de asombro y reverencia ante la progresiva revelación de quién es Él. No es de extrañar que los hombres y las mujeres más sabios de la tierra de generaciones pasadas hayan buscado el privilegio de disfrutar de su compañía.

Es asombroso que cualquier ser humano pueda estar en presencia

de un Ser así. Lo que es más sorprendente aún es que Él desee nuestra presencia incluso más de lo que nosotros deseamos la suya. El apóstol Santiago dice:

“No crean que la Escritura dice en vano: «Ardientemente nos desea el Espíritu que él ha hecho habitar en nosotros»”
(Santiago 4:5).

Desear significa tener un anhelo intenso de algo. Cuando pienso en que esta magnífica Persona me desea, estoy muy de acuerdo con lo que dijo David: “¡Qué preciosos son tus pensamientos acerca de mí, oh Dios. ¡No se pueden enumerar! Ni siquiera puedo contarlos; ¡suman más que los granos de la arena!” (Salmo 139:17-18 NTV). David estaba hablando de los pensamientos de Dios acerca de ti y de mí como individuos, no de todo su pueblo como colectivo. ¡Sus pensamientos acerca de ti suman más que los granos de la arena de este planeta! Piensa en toda la arena de cada playa, desierto, campo de golf y parque infantil. Es mucha arena, y muchos pensamientos.

Permíteme poner esto en perspectiva. Estoy profundamente enamorado de mi esposa. Llevamos casados más de treinta años. He tenido muchos buenos pensamientos acerca de ella; incontables, de hecho. Sin embargo, si pudiera contar cada pensamiento que he tenido en estas tres décadas pasadas, no llenaría de arena ni tan siquiera una caja de zapatos, ya que los científicos calculan que hay una media de 1.800 millones de granos de arena ¡en 0,03 metros cúbicos de playa!

Pensemos un poco más en esto. ¿Alguna vez te has encontrado con una persona que exagera? Quizás es un pescador. Ya sabes cómo es. Hace esta declaración: “¡Pesqué un pez así de grande!”, mientras estira sus brazos para ilustrar el tamaño de su pesca. Sin embargo, si hubieras visto el pez, sabrías que era significativamente más pequeño.

¿O qué hay del tipo que saca estadísticas de la nada, adornando

una cifra para establecer un punto? Anuncia con valentía: “Al noventa y nueve por ciento de los hombres no les gustan las películas para mujeres”. Él nunca ha visto ningún sondeo o estadística oficial, pero exagera para justificar su desdén por las películas de este género.

¿O qué hay de la persona que dice: “Estoy orando por ti”, y si se dijera la verdad, quizás ha orado una vez, y no con todo su empeño? Imagino que todo el mundo exagera de vez en cuando, pero seamos sinceros: una exageración es una mentira. Pero esta es una verdad increíble: ¡Dios no puede mentir! (ver Números 23:19 y Tito 1:2). Si Él mintiera, tendría que someterse al “padre de mentiras”, que es Satanás, y eso nunca ocurrirá.

Si Dios dice que sus pensamientos acerca de ti suman más que todos los granos de arena de este planeta, puedes estar seguro de que es así.

¿Puedes entender lo mucho que Él piensa en ti? Considera tus propios pensamientos. ¿Piensas en exceso en alguien con quien no deseas estar, ni acercarte? ¡Dios tampoco! El Espíritu de Dios que mora en nosotros desea, anhela nuestra compañía intensamente. Dicho de forma simple, Dios quiere conocerte íntimamente, como un amigo muy cercano.

Los celos de Dios

Veamos de nuevo las palabras de Santiago: “¿O creen que la Escritura dice en vano que Dios ama celosamente al espíritu que hizo morar en nosotros?” (NVI). La palabra clave es celosamente. ¿Cuál es la implicación aquí? Permíteme ilustrarlo. ¿Tendría mi esposa intimidad conmigo, compartiría los secretos, anhelos y deseos de su corazón, si yo buscara una relación con otra mujer? ¡De ningún modo! Si vemos este versículo en contexto, las palabras justamente antes de este frase dicen:

“¡Ay, gente adúltera! ¿No saben que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?” (Santiago 4:4).

El punto esencial de esto es: ¿Estás buscando una amistad con el mundo? Si es así, ¡eres un adúltero!

Santiago estaba escribiendo solamente a cristianos, porque quince veces en el libro dice “hermanos”. Su frase está claramente dedicada a quienes tienen una relación con Dios, quienes han recibido a Cristo Jesús en su vida. Esta es la verdad: cometemos adulterio contra Dios cuando coqueteamos con el mundo.

Cometemos adulterio contra Dios cuando coqueteamos con el mundo.

Siguiendo con mi ilustración, si yo buscara una relación con otra mujer, no solo Lisa no querría compartir su intimidad conmigo, sino que también estaría enojada y celosa, y con razón. Yo hice el compromiso de ser suyo y solamente suyo. Yo habría roto mi promesa y además habría mentido.

Santiago prolonga su frase con: “¿O creen que la Escritura dice?”. De hecho, estaba haciendo referencia a muchas escrituras, no solamente a una. Dios repetidamente declara de sí mismo:

“... porque yo soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso” (Éxodo 20:5).

“... porque el Señor, cuyo nombre es Celoso, es Dios celoso de su relación contigo” (Éxodo 34:14 NTV).

“El Señor su Dios es un fuego devorador; él es Dios celoso” (Deuteronomio 4:24 NTV).

Hay muchos otros versículos que hacen referencia a los celos de Dios. En resumen, todos ellos tratan de nuestra relación con Él.

Antes de seguir avanzando, permíteme aclarar algo: Dios no está diciendo que esté celoso de ti; más bien, está celoso por ti. Hay una gran diferencia. Él desea tu éxito, quiere que te vaya muy bien, se deleita en el hecho de que tengas abundancia, y su voluntad es que tú seas productivo (ver Josué 1:8; Proverbios 4:8, NTV; Mateo 25:29; y Juan 15:8). Sus celos se refieren únicamente a su deseo de estar cerca de ti. Él no está dispuesto a compartirte con ningún otro amante, el cual es principalmente el mundo. Santiago simplemente estaba recordando a los creyentes cómo Dios ve la infidelidad. Si cometemos adulterio contra Él, su enojo arderá de celos. Este no es un asunto trivial.

Pero el enojo no es el único sentimiento causado por la infidelidad en una relación de pacto. Con mucha frecuencia he oído a un cónyuge afligido compartiendo conmigo el impacto, la decepción, el asombro, la tristeza y el enojo que surgen dentro de ellos. Han sido abandonados y traicionados por aquel a quien le entregaron su vida, y el espectro de sentimientos les golpea en los lugares más profundos de su alma. He escuchado a una esposa en gran confusión clamando: “¿Por qué me hizo esto mi esposo cuando yo he dado a luz a sus hijos, y le he entregado los mejores años de mi vida?”.

¿Puedes imaginar cómo se siente Dios? ¿Te imaginas las emociones que surgen en su alma cuando somos infieles? Pablo escribe: “pues los celo, con el celo de Dios mismo” (2 Corintios 11:2 NTV).

Pablo, hablando en representación de Dios, medita en los sentimientos de Dios por nosotros cuando buscamos a alguien o algo en vez de a Él. Jeremías hace lo mismo: “Mi dolor no tiene remedio;

mi corazón está destrozado” (Jeremías 8:18 NTV). Debemos recordar que somos creados a su imagen. Así que como nosotros sentimos, ¡así siente Dios!

Dios está celoso porque ha dado su vida por nosotros. Ha sacrificado todo para conseguir que fuera posible una relación duradera. Su corazón y su alma están profundamente enojados y dolidos cuando le somos infieles. Escucha sus palabras:

“... mi pueblo se ha olvidado de mí. ¡Cómo maquinan y tramazan para ganarte a tus amantes! ¡Hasta una prostituta veterana podría aprender de ti!... Aun así dices: ‘No he hecho nada malo’” (Jeremías 2:32-33, 35 NTV).

La mayoría de las veces no somos conscientes de haber cometido adulterio contra Él, y mucho menos de la gravedad de nuestra infidelidad. Se necesita la verdad para abrir nuestros ojos. Nuestro corazón se vuelve cada vez más insensible a su corazón roto y a su alma afligida. Dios pregunta: “¿Se avergüenzan de sus actos repugnantes? De ninguna manera, ¡ni siquiera saben lo que es sonrojarse!” (Jeremías 6:15 NTV). Así como Jeremías y otros tuvieron que señalar la infidelidad de Israel, Pablo y Santiago hicieron lo mismo en el Nuevo Testamento.

El mundo

Para seguir desarrollando la frase crucial de Santiago, las palabras griegas para amigo y amistad son *filos* y *filia* respectivamente. Unas cuantas de las palabras usadas para definir *filos* son entrañable, amigable o “asociar”; y *filia* se define como “un amigo” o “ser amigo”. De *filia*, W. E. Vines dice en su diccionario exhaustivo: “Conlleva la ‘idea de amar así como de ser amado’”. Piensa en esto a la luz de las palabras de Jesús:

“Si pertenecieran al mundo, el mundo los amaría como a uno de los suyos, pero ustedes ya no forman parte del mundo. Yo los elegí para que salieran del mundo, por eso el mundo los odia” (Juan 15:19 NTV).

Tú ya no perteneces al mundo, aunque antes sí. Ahora le perteneces a Dios. La antigua persona que vivía en tu cuerpo murió en el momento en que te entregaste a Jesús. Entonces surgió una nueva creación. Fuiste renacido como alguien que está en una relación de pacto con Dios.

Jesús dijo que una verdadera marca de alguien que pertenece a Dios es que el mundo te odia. Honestamente pregúntate: “¿Me odia el mundo?”. ¿Odia el mundo a los cristianos que conoces? Si lo somos, entonces ¿cómo podemos vivir, operar y ser fructíferos en el mundo? ¿Cómo podemos alcanzar al mundo? ¿No influenciaríamos con más eficacia a los perdidos si el mundo nos amara? Estas preguntas difíciles se deben tratar, y las trataremos en unos capítulos más adelante.

El apóstol Juan cubre el otro lado de la frase de Jesús. Valientemente nos manda: “No amen al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15).

Jesús, Santiago y Juan usaron todos ellos un lenguaje muy fuerte con respecto a una persona en relación con Dios que está en conexión con el mundo, y viceversa. Unieron los conceptos de amistad, amor al mundo y el amor del mundo hacia nosotros con ideas como adulterio, odio, enemistad, y que el amor de Dios no está en nosotros. Antes de seguir comentando estas frases tan directas y lo que implica la amistad con el mundo, primero deberíamos establecer qué es el mundo.

La palabra griega para mundo es cosmos. Se define como “el mundo presente, el actual orden de las cosas, opuesto al reino de Cristo; y así, siempre con la idea de transitoriedad, futilidad y...

deseos irregulares”.⁹ Discutamos cada uno de estos términos.

Transitorio, la palabra raíz de transitoriedad, se define como “no duradero, largo o permanente”. Si diéramos un paso atrás y viéramos nuestra sociedad con el paso del tiempo, veríamos que está constantemente cambiando. El cambio, en su mayoría, es bueno; significa progreso, desarrollo y crecimiento. Sin embargo, el cambio moral muy a menudo se desvía de lo que es auténticamente bueno para Dios.

En nuestra sociedad, lo moralmente aceptable y corriente hoy a menudo no era común y corriente, y se veía como moral y socialmente malo ayer. Para ilustrarlo, veamos una moda obvia. Toma la típica película catalogada para mayores de 12. Las masas hacen fila en la taquilla para las últimas novedades. Sin embargo, la mayoría de las veces los éxitos de ventas estarán llenos de una inmoralidad descarada. Reflejarán fornicación, homosexualidad o adulterio como algo deseable. A menudo incluirán indecencia, robos, asesinatos e incluso brujería. Y no son los personajes “malos” de la historia los que llevan a cabo estos patrones de conducta, sino los héroes y sus compañeros. A menudo el diálogo está lleno de un vendaval de blasfemia y obscenidad, incluyendo usar el nombre de Dios en vano.

Hemos llegado a aceptarlo, incluso a esperarlo, en muchas películas. Sin embargo, si esa misma película se proyectara en los cines en la década de 1950, ¡la audiencia general se hubiera quedado en shock! Los estadounidenses se hubieran escandalizado con el lenguaje infame, los desnudos y las muestras de inmoralidad descarada. El clamor nacional hubiera sido: “¿Por qué esta película quiere que veamos como aceptable a dos personas que viven juntas sin estar casadas, incluso mostrándolas en la cama juntos? ¿Por qué lo pintan como un estilo de vida normal? ¡Increíble! ¡Vergonzoso! ¡Escandaloso!”. Entonces el público en general hubiera boicoteado la película.

Entonces ¿qué ha pasado? ¿Ha introducido Dios un nuevo

estándar de lo que es normal, aceptable y bueno? ¿Se han cambiado los límites? ¿Hemos madurado más? ¿Éramos demasiado rígidos en los años cincuenta? ¿Es esto progresar?

Si miramos las estadísticas de la actual vida real, descubrimos que el cambio tan drástico en las películas es solamente un reflejo de las cambiantes normas morales de la sociedad. Un estudio reciente mostró que el número de mujeres jóvenes que viven con sus novios se ha triplicado desde 1982.¹⁰ US News World Report informó que entre los años 2006 y 2010, casi la mitad de las mujeres (48 por ciento) entre las edades de quince y cuarenta y ocho años vivían con una pareja antes de casarse, un salto de un 11 por ciento desde 2002, y un salto del 41 por ciento desde 1995.¹¹ Podría continuar aportando tales estadísticas sobre nuestra cultura transitoria, pero ese no es mi propósito aquí.

El mundo también fomenta la futilidad. Hay desarrollos y cambios que ocurren en nuestra sociedad que son valiosos. Los avances que hemos experimentado en ciencia, tecnología, comunicaciones, medicina y muchas más áreas aportan utilidad a la humanidad, aumentando nuestra capacidad de ser productivos. Esto está en línea con el primer mandamiento de Dios: “¡Reprodúzcanse, multiplíquense!” (Génesis 1:22).

Sin embargo, ¿añaden valor nuestros cambios morales? ¿O están basados en avaricia, lujuria o estatus? ¿Hemos mejorado la crianza de un niño sometiéndolo a que sea educado por dos mujeres o dos hombres que profesan ser matrimonio? ¿Es este arreglo mejor para el niño que una mamá que sustenta y un papá masculino, o este cambio se ha hecho para satisfacer deseos irregulares (la última característica de nuestra definición de cosmos)?

¿Produce seguridad en un niño el hecho de que un hombre y una mujer vivan juntos, a diferencia de comprometerse en matrimonio, o este arreglo es para satisfacer los deseos egoístas de los padres y su falta de compromiso? Torcer la verdad y usar técnicas engañosas para aumentar las ventas, ¿beneficia al cliente o satisface el egoísmo

del vendedor? La marihuana legalizada para fines recreativos, ¿mejora la actividad neuronal del cerebro? ¿No nos dicen comúnmente los estudios científicos publicados que consumir esta droga acaba con las células del cerebro? ¿Algunos de estos deseos irregulares comunes nos acerca más a nuestro Creador?

La Escritura nos dice que el curso del mundo está establecido por espíritus sin ley que actúan sutilmente mediante los ciudadanos de nuestra generación (ver Efesios 2:2). Dicho de forma coloquial, cosmos es la cultura que está creada por mentes oscurecidas. El apóstol Juan no deja lugar para preguntas cuando escribe: “Sabemos que somos hijos de Dios y que el mundo que nos rodea está controlado por el maligno” (1 Juan 5:19 NTV). Se aleja progresivamente cada vez más del corazón y la autoridad de Dios. En su mayor parte, su apariencia no es abiertamente contraria o malvada; más bien, sus cambios están enmascarados como progreso o bien. Pero la triste verdad es que el mundo seduce a sus habitantes, y los aleja del corazón de su Creador.

La New International Encyclopedia of Bible Words profundiza aún más nuestra definición. Dice: “La mundanalidad no es una cuestión de participar en esas prácticas que algunos cuestionan. Es adoptar sin pensarlo las perspectivas, valores y actitudes de nuestra cultura, sin someterlas al juicio de la Palabra de Dios”.¹² Dicho de forma sencilla, con mundanalidad, nosotros somos la fuente para fijar el estándar de lo que se considera bueno y malo. Las perspectivas, valores y actitudes que fijan el estándar están arraigados en la indulgencia de la carne, la gratificación de los ojos y un anhelo de estatus, reputación y prominencia:

“No amen a este mundo ni las cosas que les ofrece, porque cuando aman al mundo no tienen el amor del Padre en ustedes. Pues el mundo solo ofrece un intenso deseo por el placer físico, un deseo insaciable por todo lo que vemos, y el orgullo de nuestros logros y posesiones. Nada de eso

proviene del Padre, sino que viene del mundo” (1 Juan 2:15-16 NTV).

Observa las palabras “el mundo solo ofrece”. Esto resume cómo detectar la influencia del mundo; o para estar en consonancia con las palabras de Santiago, cómo distinguir a los adúlteros que salen en tu busca.

Por favor, escúchame, querido seguidor de Cristo: el mundo te está buscando. La invitación del mundo a tener una relación con frecuencia está acompañada de un discurso seductor, lógica, halagos, oportunidades, poder, influencia y, siempre, promesas de beneficio personal y/o placer. No es distinto del modo de acercamiento seductor de la serpiente cuando encaró a Eva. No es distinto de una mujer adúltera que ha puesto sus ojos en el hombre que desea. Hace parecer que se trata de él, cuando en realidad se trata de la red de ella. Esa red atrapa secretamente a la víctima que ella ha seleccionado para así poder llevar a cabo su deseo con él.

La red del mundo atrapa encubiertamente a sus víctimas, los que profesan cristianismo, para poder así cumplir su deseo de seducir a creyentes a fin de apartarlos de la presencia, la vida y las bendiciones de Dios. El escritor de Proverbios declaró osadamente que la cama del mundo es el pozo de muerte y su camino es el sendero al infierno. Advierte que muchos hombres y mujeres fuertes han sucumbido a su poder seductor (ver Proverbios 7:21-27).

Lo que el mundo no es

Cuando se trata de definir el mundo, se hace mucho énfasis en la forma en lugar del motivo. Mi corazón se duele cuando oigo el proceso mental de creyentes sinceros que fueron educados o están actualmente atrapados en el legalismo. Se habla a menudo del legalismo, y el término con frecuencia se usa muy a la ligera, así que antes de continuar, vamos a definirlo. El diccionario define legalismo como “adherencia estricta... a la ley o una prescripción,

especialmente a la letra en lugar del espíritu”. Se define también como “juzgar la conducta en términos de adherencia a leyes precisas”.

Muchos de nosotros hemos oído historias horribles que acompañan a esta forma sin vida de cristianismo. Pastores golpean la Biblia en sus púlpitos, declarando regulaciones y reglas a cumplir y obedecer estrictamente. Etiquetan a las mujeres como mundanas si llevan pantalones, trajes de moda, joyas, maquillaje, piercings o pantalones cortos, cabello a la moda o teñido. Los hombres no escapan tampoco a sus sermones sentenciosos: se escudriñan las modas actuales, junto con los piercings y la longitud del cabello.

No se detiene ahí. Se administra condenación si se ve a alguien en una fiesta con pecadores. Los que van al cine y otros eventos de entretenimiento son criticados. Se frunce el ceño si se tienen amigos fuera de los círculos aceptables, y cualquier intento por alcanzar a los perdidos de una forma creativa a menudo se considera recaer. Incluidas en la lista de cosas que no se deben hacer están bailar, asistir a ciertas funciones sociales, toda forma de música secular, el uso de televisión, las mejoras de ambiente, como luces o máquinas de humo en la iglesia... y esta es solo una corta lista de las estipulaciones necesarias para “seguir a Jesús y mantenerse libres del mundo”.

Tan solo he enumerado algunos de los blancos de críticas obvios de los legalistas; no obstante, hay más formas sutiles de legalismo que son igualmente peligrosas. Estos son criterios impuestos, y a menudo autoimpuestos, a los que la gente se adhiere para ganarse la salvación, crecer espiritualmente, o juzgar las apariencias externas de otros. Un ejemplo de esto sería orar varias horas, ayunar o leer porciones de la Biblia prescritas diariamente. Por supuesto que todas estas prácticas son inherentemente ventajosas, pero no se deberían hacer con la intención de ganarse ninguna forma de superioridad espiritual.

Podría ser que nos cueste aceptar el perdón, así que sucumbimos

a la urgencia de castigarnos de algún modo para compensar el mal que hemos hecho. Esto aparta el enfoque de la sangre de Jesús, y lo pone de nuevo en nuestras obras.

El legalismo podría manifestarse al creer que tenemos un mejor acceso a Dios porque servimos diligentemente en el ministerio o en la iglesia. O creemos que nuestras oraciones son oídas más rápidamente porque no hemos cometido ningún pecado significativo últimamente. La mentalidad no expresada es que podemos llenar nuestra cuenta bancaria espiritual con buen comportamiento, obras o acciones. El legalismo no permite que una persona descanse o disfrute de la vida debido a la demandante presión de estar constantemente ocupada “sirviendo a Dios”, ya sea en la administración de la iglesia, haciendo voluntariado o dando recursos a los pobres. El amor no es la motivación; lo es el intentar ganarse el favor de Dios.

Un ejemplo clásico de este tipo de legalismo es el fariseo que juzgó al pecador destacado de la ciudad comparando su propio estilo de vida con el del recaudador de impuestos (equivalente a un miembro de la mafia actual). El fariseo dio gracias superficialmente a Dios por su propia buena conducta: no pecaba, no engañaba a la gente como hacía el mafioso, no cometía adulterio, ayunaba y oraba regularmente, y daba generosamente a la sinagoga. Irónicamente, en el mismo instante en que el líder espiritual estaba alardeando de su conducta y señalando los defectos del líder de la mafia, el pecador destacado estaba en la parte de atrás de la sinagoga pidiendo a Dios misericordia. Jesús dijo que fue ese segundo hombre el que fue justificado, y no el líder “perfecto” que cumplía las reglas.

Este tipo de legalismo está muy arraigado en el espíritu del mundo, ya que se enfoca en el estatus, el orgullo o la autogratificación que se produce al seguir las regulaciones que otros o uno mismo estipulan. Se aleja de la dependencia en la capacidad de Dios en nuestra vida, ya que cambia el enfoque hacia nosotros mismos. También nos roba el gozo que acompaña a la presencia de Dios.

Un amigo mío empresario es muy eficaz llegando a la gente. Creció en el legalismo, pero ha sido liberado. Una vez me dijo: “John, yo pensaba que todo lo que era divertido o producía risa o gozo era de este mundo, y se veía como algo estrictamente fuera de los límites”. Su pastor y sus líderes se enfocaban en la apariencia externa de una persona, y no en la disposición interna de su corazón. Su iglesia tenía muy poca influencia en nadie fuera de su grupo. Tristemente, los líderes de esta iglesia no oyeron realmente las palabras de Pablo: “Pues el reino de Dios no se trata de lo que comemos o bebemos, sino de llevar una vida de bondad, paz y alegría en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17 NTV).

Hay un gozo grande y duradero cuando estamos en el Espíritu. El gozo es atractivo para los perdidos, ya que el mundo no lo posee. Jesús era atractivo para todos los que eran sinceros, incluso para los pecadores más notorios de la sociedad. Cualquiera que intente ganarse la salvación o crecer en Cristo mediante enseñanzas o creencias legalistas, no posee verdadera alegría. Vive en un mundo muy pequeño porque los que no piensan exactamente como él o ella son apartados.

Habría sido bueno si los líderes de este empresario hubieran meditado más en las palabras de Pablo en otra carta:

“Ustedes han muerto con Cristo, y él los ha rescatado de los poderes espirituales de este mundo. Entonces, ¿por qué siguen cumpliendo las reglas del mundo, tales como: «¡No toques esto! ¡No pruebes eso! ¡No te acerques a aquello!»? Esas reglas son simples enseñanzas humanas acerca de cosas que se deterioran con el uso. Podrán parecer sabias porque exigen una gran devoción, una religiosa abnegación y una severa disciplina corporal; pero a una persona no le ofrecen ninguna ayuda para vencer sus malos deseos” (Colosenses 2:20-23 NTV).

Es interesante que Pablo atribuyó reglas legalistas de devoción, abnegación y severa disciplina corporal a los poderes de este mundo. No que la promiscuidad, inmoralidad sexual, asesinato, robo, borracheras y demás no sean cosas pecaminosas. Es solo una forma distinta de mundanalidad. Los que están atados por el legalismo, a menudo no se dan cuenta de que el mundo del que predicán apartarse con tanta fuerza es el mismo sistema que les tiene esclavizados.

La clave para la declaración de Pablo se encuentra en las palabras “vencer sus malos deseos”. El legalismo no limpia el corazón de una persona, y el corazón es el objetivo del mundo, el cual las fuerzas de este mundo quieren infectar. Por eso se nos dice: “Sobre todas las cosas cuida tu corazón, porque este determina el rumbo de tu vida” (Proverbios 4:23 NTV).

Jesús dice: “El hombre bueno saca cosas buenas del buen tesoro de su corazón; el hombre malo saca cosas malas de su mal tesoro” (Mateo 12:35). Todo se trata de lo que interiormente almacenamos y vemos como valioso. Limpiar el corazón y la vida externa cae por su propio peso, alineándose perfectamente con lo que Dios considera bueno.

El agarre del mundo no es externo, sino interno.

A modo de resumen, el agarre del mundo no es externo, sino interno. Se reduce a los deseos, intenciones y motivos del corazón y de la mente. Este es el verdadero campo de batalla; es aquí donde se extiende la red. Es aquí donde comienza la amistad o el adulterio con el mundo, y finalmente se consuma. Y puede suceder tan fácilmente con una persona que raras veces asiste a la iglesia, como con otra que nunca falta a una reunión y está muy involucrada en el ministerio.

Con una mejor comprensión de lo que el mundo es y no es, centremos ahora nuestra atención en la amistad. ¿Cómo entablamos una relación de amistad con el mundo? ¿Cómo cometemos adulterio con él? Este será nuestro enfoque en el siguiente capítulo.

AMISTAD

“...nuestra amistad con Dios quedó restablecida por la muerte de su Hijo...” —Romanos 5:10 NTV

“Todo aquello a lo que se aferre y en lo que confíe tu corazón, eso es realmente tu Dios”. —Martín Lutero

Amisgos. Todos los tenemos y los disfrutamos. Cuando era niño, dos de mis amigos más íntimos eran Danny y Glenn. Pasaba la mayor parte de mi tiempo libre con ellos. Jugábamos deportes, montábamos en bicicleta, explorábamos, inventábamos juegos, íbamos a la ciudad, o simplemente nos sentábamos y hablábamos. Nuestras charlas eran sobre lo que era importante para nosotros: otros amigos, chicas, los estudios, eventos sociales, deportes, planes de carreras, y muchos otros temas. Nuestra amistad era, en su mayor parte, saludable. Nos animábamos a ser mejores, más fuertes y sabios, y a alcanzar nuestro potencial. Nos protegíamos, nos hacíamos favores, y nos ayudábamos en las situaciones difíciles. Dicho de forma simple, ellos eran mis personas favoritas con quienes estar.

¿Y tú? Piensa en tus amigos del pasado. Pregúntate: ¿cuáles son los elementos clave de una amistad? Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que el tiempo que pasan juntos, relacionarse y entenderse el uno al otro, y compartir intereses comunes son cosas que destacan. Amor, respeto, confianza, humor y atracción mutua son también vitales. Hay algunos elementos más, dependiendo de la persona. Sin embargo, para todos nosotros el aspecto más importante es que disfrutamos estando juntos.

La Escritura habla positivamente de las amistades. Uno de mis versículos favoritos es: “El perfume y el incienso alegran el corazón, y el dulce consejo de un amigo es mejor que la confianza propia” (Proverbios 27:9 NTV). No fuimos creados para volar solos; la compañía nos vigoriza. Fue el elemento principal que faltaba en la

creación original de Dios. Él dijo: “No está bien que el hombre esté solo” (Génesis 2:18). Fuimos creados a imagen de Él, lo cual incluye desear y disfrutar la amistad.

No fuimos creados para volar solos; la compañía nos vigoriza.

Pero está el otro lado. Jesús, Santiago y Juan hablan desfavorablemente de una amistad en particular. Escucha de nuevo las palabras del apóstol: “¡Adúlteros! ¿No se dan cuenta de que la amistad con el mundo los convierte en enemigos de Dios? Lo repito: si alguien quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios” (Santiago 4:4 NTV). Su tono no es tan solo desfavorable, ¡sino directo, abierto y fuerte! Por lo tanto, preguntemos: ¿cuáles son los indicadores de que estamos entablando una relación con el mundo?

El clásico amorío

En el capítulo anterior aprendimos que la palabra filia se define como “ser amigo” o “tener amistad”, y conlleva la idea de “amar, así como ser amado”. La Encyclopedia of Bible Words dice además: “En el mundo griego, la idea de amistad estaba muy desarrollada. Fila... se usaba en el sentido más amplio de ‘conocidos’, así como en el sentido más íntimo de un vínculo personal y profundo de verdadero afecto”. En esencia, esta palabra que usa Santiago se aplica a un amplio espectro de amistad. Todos sabemos que hay niveles de relaciones, y la amistad de la que habla Santiago muestra todo el espectro. Por lo tanto, el espectro completo de amistad está directamente conectado con la infidelidad.

Cometer adulterio contra Dios no es muy distinto a la típica situación de la infidelidad de un hombre casado, así que repasemos los pasos de un típico amorío. En la mayoría de los casos, el marido

y su amante no terminan en la cama juntos en el primer encuentro. Hay un cortejo de por medio; puede ser intencional o no intencional.

Comienza simplemente con verse los dos, y comenzar a familiarizarse. Puede producirse a través de las redes sociales o en persona. Se inicia una chispa mediante la familiarización. A menudo, no tener una plena intimidad con su esposa promueve el interés del hombre. En casos menos frecuentes está motivado únicamente por su deseo de más conexión física y emocional. Las interacciones iniciales no parecen ser perjudiciales, pero con cada contacto, el interés de ambas partes aumenta. Finalmente se intercambian los números de teléfono, y las direcciones de correo electrónico.

La atracción continúa intensificándose a medida que el hombre interacciona con la mujer mediante mensajes, correos electrónicos, llamadas de teléfono o simplemente “encontrándose fortuitamente” con ella. Esto profundiza su nivel de conversación. Se anhelan el uno al otro, pero ninguno lo admite. La atracción no comunicada se añade a la emoción del desarrollo de la relación. Ya han sobrepasado por mucho el nivel apropiado de amistad.

Finalmente, se hacen planes para llevar la amistad un paso más adelante: ir a tomar café, comer o encontrarse en un lugar apartado. Es por lo general, en este momento, cuando los sentimientos de uno por el otro salen a la luz.

Ella está ahora constantemente en la mente de él, y él anhela estar con ella. Él sueña y se imagina cómo se pueden escapar sin que su esposa y sus amigos lo sepan. Su corazón ya no anhela a su esposa, sino a esta mujer. En compañía de su esposa, él de hecho está ausente, porque sus pensamientos y su imaginación están con su amante. Es solo cuestión de tiempo para que terminen juntos en la cama.

¿Dónde comenzó todo? Comenzó con pensamientos y conversaciones inapropiadas en la etapa de familiarización. ¿En qué momento se convirtió en adulterio? ¿Fue cuando él la tocó por primera vez? ¿Con su primer beso? ¿O se produjo cuando se

desnudaron y tuvieron sexo?

De hecho, ocurrió antes de cualquiera de estas cosas. Jesús vertió luz sobre esto cuando dice enfáticamente: “Pero yo digo que el que mira con pasión sexual a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en el corazón” (Mateo 5:28 NTV). El corazón es donde vivimos; las acciones externas simplemente siguen. El adulterio comenzó cuando los afectos del hombre cambiaron hacia la mujer, en algún momento de la etapa de familiarización.

Amistad con el mundo

La palabra nos tienta a alejarnos de nuestro “primer amor” de una forma similar. Comienza incitando nuestro interés. La “tarjeta de presentación” puede ser humor, placer, comodidad, emoción, intriga, éxito, o cualquier cosa que sea atrayente. No es distinto del ejemplo que acabo de dar, ya que aquí también la etapa de familiarización puede producirse mediante las redes sociales o en persona. A menudo ocurre debido a una falta de satisfacción en nuestra relación con Dios. Hemos perdido la emoción de su amistad. Nuestro tiempo de comunión con Él es seco y soso. Nuestra necesidad de compañía nos lleva a buscar en otro sitio.

La atracción del mundo crece con el tiempo invertido. En poco tiempo, nuestros pensamientos y emociones están atrapados. Si examinamos las palabras de Pablo a dos iglesias distintas, descubriremos una advertencia que, si se presta atención, nos protegerá de caer en el adulterio con el mundo:

“Puesto que ustedes ya han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Pongan la mira en las cosas del cielo, y no en las de la tierra” (Colosenses 3:1-2).

¿Has leído sus palabras con detenimiento? Si no, vuelve a leerlas

y presta mucha atención a las dos palabras en cursiva: busquen y pongan. Nuestra mente está puesta en aquello que buscamos. Antes de que siga comentando, examinemos con detenimiento las palabras de Pablo a los Romanos. De nuevo, mira la palabra fijan:

“Porque los que siguen los pasos de la carne fijan su atención en lo que es de la carne, pero los que son del Espíritu, la fijan [su atención] en lo que es del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Las intenciones de la carne llevan a la enemistad contra Dios” (Romanos 8:5-7).

Como punto de interés, observa la palabra enemistad. Es la misma palabra griega usada en Santiago 4:4: echthra. Strong’s la define como “hostilidad... una razón para la oposición”. De nuevo, Pablo habla al creyente que está conectando con el mundo.

Nuestra mente está puesta en aquello que buscamos.

No es solo mi amor por Lisa lo que me impide cometer adulterio contra ella. Es también no querer enfrentarme a su ira. Me convertiría en el blanco de su hostilidad. No quiero que la persona que amo sea hostil, se enoje y se decepcione conmigo. Sin embargo, eso no sería nada comparado con lo que Pablo y Santiago están diciendo, porque ningún cristiano en su sano juicio querría verse ante la hostilidad de Dios. (Recuerda que Santiago y Pablo están hablando a creyentes.)

Jonás se vio ante la hostilidad de Dios, y terminó en el vómito de un gran pez. Sansón también la experimentó, y cayó esclavo y perdió sus ojos. Elí también la sufrió, y murió el mismo día que sus

hijos fueron arrebatados de la tierra. Hay otros ejemplos como el de Saúl, Balaam, Joab, Alejandro el calderero y muchos más. Hacer enojar a Dios no es una buena idea.

Si deseas más ejemplos, en el Nuevo Testamento piensa en los comentarios de Jesús a las iglesias en el libro de Apocalipsis. Estas eran iglesias reales con creyentes nacidos de nuevo. A una iglesia que comprometió su relación, Él la amenazó con quitar su candelero, su luz (ver Apocalipsis 2:5). Otra iglesia recibió el aviso de que Dios “pelearía contra ellos” (ver Apocalipsis 2:16). Otra iglesia fue amenazada por Dios con “caer en cama” y “sufrir en gran manera” (ver Apocalipsis 2:22). Otra fue advertida: “vendré sobre ti como un ladrón” (ver Apocalipsis 3:3), y a otra se le dijo que Él los “vomitaría” de su boca (ver Apocalipsis 3:16). En resumen, ¿no es algo bueno experimentar la hostilidad de Dios!

En Romanos 8:5, observa la frase “fijan su atención”. La palabra clave es fijan. Pensemos en esta palabra. Imagina que es invierno y el termostato de tu hogar está fijado a 21°C. La temperatura exterior es de -20°C. Con las prisas, un miembro de tu familia se va, y no se asegura de cerrar bien la puerta de la casa. Él o ella se va, y solo unos minutos después el viento sopla contra la puerta y la abre de par en par. Tú estás en otro lugar de la casa, y en seguida sientes que la temperatura de tu casa ha disminuido drásticamente. Comienzas a buscar una explicación, y ves que la puerta está abierta de par en par y que está entrando un aire helado. Inmediatamente cierras la puerta, pero a estas alturas la temperatura de tu casa está por debajo de los 15°C. ¿Qué sucede entonces? Cuando la temperatura baja, el termostato manda la señal a la caldera para que se encienda hasta que restaure tu hogar a la temperatura fijada. Sin ningún esfuerzo consciente por tu parte, la temperatura regresa a los 21°C.

Regresemos a nuestro ejemplo del hombre que comete adulterio. Años antes, cuando cortejaba a su esposa, sus afectos y deseos estaban fijados en ella. Soñaba con estar con ella, con tener intimidad con ella, y finalmente en cómo le pediría que se casara con

él. Ella estaba en su mente cuando se despertaba, cuando estaba trabajando, cuando estaba atascado en el tráfico, y especialmente cuando estaba en la cama por las noches. Dicho de forma simple, cuando no tenía que usar su mente para un propósito específico, sus pensamientos volvían a donde estaban fijados: en ella.

Sus amigos le veían periódicamente desviándose de sus conversaciones. Incluso decían: “Oye, amigo, ¿en qué piensas? Vuelve aquí”.

Avergonzado, él respondía informalmente: “Perdón, chicos, tengo muchas cosas en la mente”. Evitaba la verdad para no sufrir la burla de sus amigos al admitir que estaba pensando en ella. Sus pensamientos estaban fijados.

Pero años después, tras el noviazgo, tras la boda, después de que nacieran unos cuantos hijos, se encuentra a sí mismo en una aventura amorosa con otra mujer. Se ha desarrollado el mismo patrón. Su amante estaba constantemente en su mente. Cuando no era necesario pensar, sus pensamientos regresaban a su configuración por defecto. Incluso cuando estaba en compañía de su esposa, sus afectos estaban con su amante. La buscaba y anhelaba porque su mente estaba fijada en ella. Así como un termostato restaura automáticamente la temperatura de una casa hasta donde está fijado, así la mente regresará a donde está fijada.

¿Cómo se relaciona esto con el creyente? Al principio de ser salvos, estamos abrumados con el amor. Pensamos en Jesús cuando nos despertamos, en el desayuno, en el auto, en el trabajo, durante la comida, después del trabajo, cuando estamos solos, y especialmente cuando estamos acostados por la noche. Anhelamos nuestros tiempos de comunión con su Espíritu. Anticipamos con emoción asistir al siguiente servicio, poder compartir de Jesús con otros, o hablar con otros cristianos sobre los caminos de Dios. Dicho de forma sencilla, Él consume nuestros pensamientos. Nuestros afectos están fijados en Dios.

El tiempo pasa. Solíamos tener ganas de ir a un servicio,

experimentar su presencia, adorarle y escuchar su Palabra. Ahora estamos físicamente ahí, pero realmente no estamos presentes. Nuestros pensamientos rápidamente cambian a nuestro equipo favorito, las compras, una cita que anhelamos, el trato de la empresa que pende de un hilo, la fiesta a la que nos han invitado, y otras cosas. ¿Qué ha ocurrido? ¿Nuestros pensamientos realmente han cambiado, o nuestra mente va donde está fijada, a lo que estamos buscando de forma tan apasionada? ¿Hemos adquirido otros amantes, sin saberlo?

Mi historia

Permíteme compartir mi historia. Estudié en Purdue University, y durante mi segundo año, dos de mis compañeros de la fraternidad vinieron a mi habitación, y me compartieron las cuatro leyes espirituales de Cruzada Estudiantil. Mis ojos espirituales se abrieron, y entregué mi vida a Jesús. En poco tiempo estaba ardiendo de pasión por Dios. Él era muy real, y yo estaba profundamente enamorado de Jesús y profundamente agradecido por la libertad que Él me había dado. Hablaba de Él con todo el que me escuchaba, ¡e incluso con los que no me escuchaban! Mis compañeros de la fraternidad intentaron oponerse (querían expulsarme de la fraternidad) porque hablaba de Jesús con las personas en todas nuestras fiestas.

Había chicas afiliadas a nuestra fraternidad a las que llamábamos “hermanitas”. Dos de ellas eran hermanas de sangre, y entre las dos se habían acostado casi con la mitad de los sesenta chicos de nuestra fraternidad. Si alguno de los hermanos quería sexo, sabía que esas chicas eran la opción rápida y fácil.

Dos de nosotros llevamos a Jesús a una de esas chicas, y en veinticuatro horas ella llevó a su hermana al Señor. Sin que nosotros dijéramos nada de su conducta promiscua, ellas de inmediato dejaron de tener sexo con los hermanos de la fraternidad. En lugar de ello, comenzaron a dar testimonio a los chicos con los que se

habían acostado. Los hermanos de la fraternidad se enojaron. Me veían como cabecilla, porque ahora yo dirigía un estudio bíblico para todo el campus allí mismo, en la casa de nuestra fraternidad.

Finalmente, el vicepresidente vino a mi habitación y me dijo: “John, te vamos a expulsar”. Después dijo, y estas fueron sus palabras textuales: “¿Por qué no puedes ser como el resto de los cristianos de esta fraternidad?”. Él estaba hablando de los otros chicos que asistían a la iglesia los domingos, pero estaban fornicando con sus novias, emborrachándose en nuestras fiestas, y participando de otras actividades lascivas como era la norma en nuestra casa.

Fue un tiempo difícil, pero aunque el segundo a bordo de nuestra fraternidad había prometido expulsarme, nunca lo hizo. Es muy interesante que no pudo conseguir los votos necesarios para expulsarme. Habíamos guiado a muchos a Cristo, y ellos estaban conmigo.

Varios meses después de conocer a Jesús y enamorarme de Él, llegó la temporada de fútbol. Ahora era un junior, y como en años anteriores, tenía entradas de temporada para nuestros juegos. Durante los dos años previos, no me había perdido ni un solo partido, pero ahora estaba tan emocionado con Jesús que utilizaba el tiempo de los partidos de fútbol para estudiar mi Biblia. La casa de la fraternidad estaba tranquila porque todos los chicos estaban en el partido. Era una oportunidad para algunos buenos momentos de oración y comunión con Dios. Nadie me había dicho: “No deberías ir a los partidos de fútbol”, y nunca pensé que ir a un partido estuviera mal. De hecho, al año siguiente fui a muchos partidos. No fui en mi año junior porque era una oportunidad de estar con Dios. Quería apasionadamente conocerle. Mi mente estaba fijada en las cosas de arriba.

Cuando me gradué de Purdue con un título en ingeniería mecánica, muchos de los hermanos de mi fraternidad y otros estudiantes habían conocido al Señor, incluyendo la que sería mi esposa, Lisa, que en ese tiempo era considerada como la chica más

salvaje del campus. Mi apasionado amor por Jesús era contagioso, y la gente o me amaba o me odiaba. No había terreno intermedio: si conocías a John Bevere, enseguida veías dónde tenía su mente y su corazón porque había una pasión que salía de mí. Yo no era distinto a alguien que es un gran seguidor de un equipo de fútbol, o un tipo que está locamente enamorado de una chica.

Me mudé a Dallas, Texas. Seis meses después, Lisa también se mudó a Dallas, y nos casamos poco después. Yo trabajaba para Rockwell International como ingeniero. De nuevo me encontré con tipos a los que no les gustaba mi pasión por Jesús. Pensaban que era demasiado extrovertido, y no podían entender por qué no participaba de sus chistes lascivos, discusiones fuera de tono y sus aventuras de horas felices después del trabajo. Pero al estar en un entorno profesional, mis puntos de vista y mi conducta se toleraban más que en la fraternidad.

Veintidós meses después me pidieron que formara parte del personal de nuestra iglesia. Era una de las iglesias más grandes y conocidas de los Estados Unidos, y tenía una influencia nacional. La iglesia tenía más de cuatrocientos empleados para llevar a cabo sus esfuerzos ministeriales, y que me pidieran entrar al equipo era casi surrealista para mí. ¡Me pareció lo siguiente mejor después de ir al cielo! Pensé que se había acabado mi persecución porque ahora trabajaba con cristianos. Ya no tendría que soportar más las intensas batallas que luché previamente en mi fraternidad y en Rockwell International.

En ese tiempo, los Dallas Cowboys eran uno de los mejores equipos de la liga nacional de fútbol. Realmente yo no era un gran seguidor de ellos porque me había criado en Michigan, pero escuchaba hablar a los chicos del equipo de trabajo acerca de los Cowboys cada lunes. Se reunían con su café y hablaban con mucha pasión de las estadísticas del partido del día anterior, las grandes jugadas, y la victoria o derrota.

Por curiosidad, comencé a ver a los Cowboys en televisión.

Comencé viendo un cuarto o dos de un partido. Me gustaba ver a los Cowboys porque eran emocionantes. Había otro beneficio: me daba la oportunidad de discutir inteligentemente los partidos con los chicos en la oficina de la iglesia.

Todo comenzó como algo aparentemente inocente y no perjudicial. Pero con el tiempo, mi interés por los Cowboys fue creciendo, y comencé a ver los partidos enteros. Vi que comenzaba a hablarle al televisor con gran pasión, animando y a veces gritando a los jugadores. Finalmente, llegué al punto de no perderme un partido, ni tan siquiera una parte de ellos. Incluso fuera de temporada, mis compañeros de trabajo y yo seguíamos hablando de los fichajes y de lo buenos que serían los Cowboys al año siguiente. Pensaba en el equipo a menudo, incluso cuando no estaba hablando de estadísticas con los muchachos. ¡Ahora era un seguidor hasta la médula!

Cuando llegó la siguiente temporada, me consumía la emoción. Cada domingo después del servicio, corría a casa, y encendía el televisor incluso antes de quitarme la ropa de la iglesia. A veces me quedaba ahí sentado, pegado al televisor aunque tenía una ropa incómoda (traje y corbata), y necesitaba ir al baño. No quería perderme ni una sola jugada.

En el descanso iba a mi cuarto y me cambiaba. Si Lisa necesitaba ayuda con algo, olvídale. “Cariño, están jugando los Cowboys”. Comíamos en el descanso o, incluso mejor, después del partido, pero nunca mientras estaban jugando.

Ahora conocía a todas las estrellas. Los observaba con detenimiento, y constantemente pensaba en cómo los Cowboys podían mejorar. Yo era el que dirigía las conversaciones en el trabajo. Alardeaba del desempeño de los distintos jugadores el día del partido. Las conversaciones no eran solo los lunes, sino también toda la semana. Había algunas personas en mi iglesia que tenían entradas de temporada, y yo saltaba cada vez que me invitaban a ver un partido.

Avancemos a la siguiente temporada, un año después. Un poco antes yo había pedido en oración algo que pensaba que era bastante simple, y aparentemente insignificante. Sin embargo, no me daba cuenta de que cambiaría mi vida. Mi oración fue: “Señor, te pido que purifiques mi corazón. Quiero ser santo, apartado para ti, así que si hay algo en mi vida que no te agrada, sácalo a la luz y quítalo”. No tenía ni idea de la profundidad de esa oración, y de lo que se descubriría.

La temporada de fútbol estaba a punto de terminar, y los playoffs se acercaban. Era el día de un partido crucial. Los Cowboys jugaban contra los Eagles de Filadelfia. El ganador del partido iría a los playoffs y el perdedor quedaría eliminado. Yo estaba pegado al televisor, no sentado en el sofá, sino de pie. El partido estaba a punto de terminar, y no me podía sentar. Era el último cuarto, y solamente quedaban ocho minutos de partido. Los Cowboys perdían por cuatro puntos, y su defensa principal tenía al equipo corriendo por el campo. Ahora yo estaba dando paseos entre jugada y jugada, gritando de frustración por las malas jugadas o reaccionando con una alegría exuberante por las grandes jugadas. El suspenso era emocionante.

De repente, sin aviso previo, el Espíritu de Dios me alentó a orar. Una repentina urgencia me sobrecogió: “¡Ora, ora, ora!”. Era una carga, un sentimiento fuerte y pesado en lo más profundo de mi corazón. Había llegado a reconocer que esa urgencia sucede cuando el Espíritu de Dios desea que te apartes a orar.

Lisa no estaba cerca, así que le dije al Señor en voz alta: “Señor, solo quedan ocho minutos para que acabe el partido. Oraré cuando termine”. La urgencia continuaba; no se iba.

Pasaron unos pocos minutos. Aún buscando alivio, exclamé: “Señor, oraré durante cinco horas cuando termine este partido. ¡Solo quedan seis minutos!”.

El equipo estaba atacando por el campo. Yo sabía que serían capaces de remontar, y ganar ese partido tan importante. Sin

embargo, la urgencia de orar no se apartaba de mí. De hecho, era más fuerte. Estaba frustrado. No quería irme del partido. Dije en voz alta: “Señor, oraré el resto del día, ¡incluso durante la noche si así lo deseas!”.

Vi el resto del partido. Los Cowboys ganaron, y el estadio estaba desbordado de emoción. Me uní al júbilo de la multitud. Sin embargo, le había hecho una promesa a Dios. Inmediatamente apagué el televisor. Subí directamente a mi oficina, cerré la puerta, y me puse de rodillas para orar. Pero esa urgencia de orar ya no estaba presente. Ya no tenía carga. No tenía ni el más ligero sentimiento. No había nada.

Intenté recuperarlo. Intenté orar, y mis palabras eran vacías y frías. No tardé mucho en darme cuenta de lo que había ocurrido. Yo había escogido el partido de los Dallas Cowboys antes que la petición de Dios. Puse mi rostro en el piso y gemí: “Dios, si alguien me preguntara: ‘¿Qué es más importante en tu vida, Dios o los Dallas Cowboys?’ sin duda alguna respondería: ‘¡Dios, por supuesto!’”. Acabo de demostrar qué era más importante. Tú me necesitaste, pero decidí ver el partido antes que a ti. ¡Por favor, perdóname!”.

De inmediato oí en mi corazón: “Hijo, no quiero tu sacrificio de cinco horas de oración. Deseo obediencia”.

Lealtad dividida

Me inundó la tristeza por ser infiel a Aquel que había dado su vida por mí. Todo fue por algo de este mundo: lo que alimenta los corazones, almas y pensamientos de quienes no tienen otra fuente de vida. Mis afectos estaban puestos claramente en un equipo de fútbol.

A la luz de esto, vuelve a leer cuidadosamente las palabras de Santiago:

“¡Adúlteros! ¿No se dan cuenta de que la amistad con el mundo los convierte en enemigos de Dios? Lo repito: si alguien quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios. ¿Acaso piensan que las Escrituras no significan nada? Ellas dicen que Dios desea fervientemente que el espíritu que puso dentro de nosotros le sea fiel... Acérquense a Dios, y Dios se acercará a ustedes. Lávense las manos, pecadores; purifiquen su corazón, porque su lealtad está dividida entre Dios y el mundo” (Santiago 4:4-5, 8 NTV).

Mi lealtad estaba dividida. La lealtad se identifica por las decisiones que tomamos, no solamente por las palabras que decimos. Hay muchos hombres y mujeres que afirman ser leales, pero sus acciones demuestran lo contrario. ¿Podría ser ese el motivo por el cual Dios dice en su Palabra: “Muchos se dicen ser amigos fieles, ¿pero quién podrá encontrar uno realmente digno de confianza?” (Proverbios 20:6 NTV)

En ese entonces yo hubiera afirmado con convicción: “Jesús es lo más importante en mi vida, más que cualquier cosa o que cualquier persona”. Sin embargo, mi decisión demostró que no era cierto. Las acciones son un nivel más alto de comunicación que nuestras palabras.

La lealtad se identifica por las decisiones que tomamos.

El apóstol Juan da la versión del Nuevo Testamento de Proverbios 20:6: “que nuestro amor no quede solo en palabras; mostremos la verdad por medio de nuestras acciones” (1 Juan 3:18 NTV). La verdad es que los Dallas Cowboys habían ocupado el lugar de mi primer amor. Yo había provocado a celos al Espíritu que vivía en mí. Aunque había leído el aviso en las Escrituras, estaba ciego a las

palabras. Dios fue misericordioso y me mostró mi error.

Juan también escribe:

“Queridos hijos, aléjense de todo lo que pueda ocupar el lugar de Dios en el corazón” (1 Juan 5:21 NTV).

No es Santiago quien nos advierte, sino Juan el amado. Deberíamos destacar que estas son las últimas palabras que escribió en su larga carta. En aquella época los apóstoles no podían llamar, enviar mensajes, usar Facebook o mandar una carta de un día para otro a quienes amaban. Una carta no era común, y se necesitaba mucho esfuerzo para poder enviarla. Por lo tanto, si estuvieras escribiendo una carta inspirada por el Espíritu Santo, es muy probable que el Espíritu dejara para el final la información más importante.

Uniéndose a Santiago y a Juan, Pablo también escribe un aviso para que no permitamos que el mundo ocupe el lugar de nuestra lealtad a Jesús. Él dice:

“Ustedes no pueden beber de la copa en la Cena del Señor y, al mismo tiempo, beber de la copa que se usa en las ceremonias donde se honra a los demonios. Tampoco pueden participar en la Cena del Señor y, al mismo tiempo, participar en las fiestas para los demonios. ¿O es que quieren que Dios se enoje? ¡Nosotros no somos más fuertes que Dios! Busquemos el bien de los demás. Algunos de ustedes dicen: «Yo soy libre de hacer lo que quiera.» ¡Claro que sí! Pero no todo lo que uno quiere, conviene; ni todo fortalece la vida cristiana. Por eso, tenemos que pensar en el bien de los demás, y no sólo en nosotros mismos” (1 Corintios 10:21-24 TLA).

Me quedo asombrado con estos versículos. Son muy apropiados para los tiempos que corren. También me gusta cómo lo dice la Nueva Traducción Viviente: “¿Acaso nos atreveremos a despertar los celos del Señor? ¿Piensan que somos más fuertes que él? Ustedes dicen: «Se me permite hacer cualquier cosa», pero no todo les conviene. Dicen: «Se me permite hacer cualquier cosa», pero no todo trae beneficio” (versículos 22-23). De nuevo, oímos de los celos de Dios por nosotros.

¿Se acabó el fútbol?

Ahora podría surgir la pregunta: ¿Debería no ver los deportes profesionales? ¿Debería no participar de nada que el mundo consume? Si es así, ¿cómo puedo vivir y operar en este mundo?

Permíteme escribir la respuesta de la siguiente forma. Como hombre casado, ¿tengo que retirarme de cualquier contacto con alguna mujer que no sea mi esposa? La respuesta es no. Yo estoy rodeado de mujeres continuamente. Me siento en aviones junto a ellas; ahora mismo, mientras escribo este libro, hay una mujer sentada a mi lado en mi vuelo. Trabajo con mujeres. Interactúo con mujeres en muchos otros lugares y circunstancias.

Como hombre casado, intento ser amigable con las mujeres, en particular porque muchas de ellas en estos tiempos han sido muy maltratadas por los hombres. Demasiadas mujeres han sido reducidas a pedazos de carne para satisfacer la lujuria de un hombre, o a menudo no se les ha considerado iguales a los hombres. Eso me enfurece, porque sé que Dios creó a su imagen tanto a los hombres como a las mujeres. Ha dado dones tanto a hombres como a mujeres. Ha dado la mente de Cristo a sus hombres y mujeres de pacto igualmente. Él no es parcial para poner a un hombre por encima de una mujer, entonces ¿por qué nos hemos comportado nosotros así en la iglesia?

Sin embargo, tengo cuidado de no abrir mi corazón y mis afectos de una forma romántica o inapropiada con otra mujer. Tengo un

pacto con Lisa. Cuando me casé con ella, les dije adiós a todas las demás mujeres del planeta, románticamente hablando. Así que tengo una manera apropiada de relacionarme con todas las demás mujeres.

Comparemos esto con la amistad con el mundo. Todavía me gusta ver el fútbol, aunque es difícil mantener mi interés durante un partido completo. La pasión no es la misma que era cuando mi mente estaba puesta en los Cowboys. Mis afectos residen en cumplir los deseos de nuestro Señor. Amar y cuidar de mi familia, trabajar para ayudar a otros, trabajar por nuestro ministerio, y prestar atención a la sabiduría y el consejo de Dios son las cosas que tienen toda mi atención y afecto.

¿Ha habido otras ocasiones en que otras cosas se han salido de su lugar correcto en mi vida? ¡Sí, claro! Y como se lo he pedido, el Espíritu Santo me ha ayudado a reconocer esas cosas. Golf, comida, películas, e incluso el trabajo del ministerio son algunas de las cosas que he tenido que tratar, e incluso eliminar por un tiempo para volver a poner mis afectos en el lugar correcto.

Cuando mi amor por el golf se salió de proporción, el Espíritu Santo me impulsó un día a regalar todos mis palos de golf a otro pastor. ¿Por qué me pidió eso el Espíritu? De forma sencilla, porque el golf no estaba fuera del lugar correcto en la vida del pastor, ¡pero sí en la mía!

Tras un año y medio de no jugar, el Señor puso en el corazón de un golfista profesional regalarme todos sus artículos de golf, que costaban miles de dólares. Me quedé perplejo. Este golfista profesional, un hombre de oración, me dijo: “John, sé que tengo que hacer esto”.

Pocos meses después, un pastor que ayudó a construir la que ahora es la iglesia más grande del mundo en Corea del Sur, me dijo que Dios había puesto en su corazón regalarme un conjunto de palos. En ese momento, ¡yo estaba realmente confundido! Le pregunté al Señor: “¿Qué debo hacer con este conjunto de palos?”.

“Ve a jugar al golf”, oí en mi corazón.

“Pero me dijiste que me deshiciera de todos mis palos hace un año y medio”.

Oí a Dios decir: “El golf ya no está fuera de su lugar. Ahora es un recreo y un disfrute para ti”.

Desde entonces he jugado al golf. Dios ha usado este juego de una forma maravillosa para darme descanso y refrigerio, y como una forma para mí de conectar con mis hijos, otros líderes de la iglesia y compañeros ministeriales. De hecho, en los tres años antes de escribir este libro, donaron más de tres millones de dólares para los viajes misioneros que hemos hecho en Messenger International a través de jugar al golf con amigos y colaboradores, y nuestros torneos de golf Messenger Cup. Si hubiera dejado el golf durante el resto de mi vida, eso no habría sucedido.

No deberíamos tener miedo nunca cuando el Señor nos pida obediencia. De hecho, es fácil obedecer cuando su petición está en consonancia con nuestra pasión; de lo contrario, es una carga.

Tristeza que proviene de Dios

Santiago bosqueja claramente lo que provoca los celos en el Espíritu de Dios: la amistad con el mundo. He cubierto un aspecto de lo que conlleva la amistad, y hay otros. En el siguiente capítulo hablaré de la raíz que la causa, pero en este momento es importante tratar cómo responder si nuestros afectos están mal dirigidos. Examinemos el consejo de Santiago a creyentes que han caído en una relación indebida con el mundo:

“Lávense las manos, pecadores; purifiquen su corazón, porque su lealtad está dividida entre Dios y el mundo. ...Derramen lágrimas por lo que han hecho. Que haya lamento y profundo dolor” (Santiago 4:8, 9 NTV).

Cuando Dios me reveló lo que había hecho al escoger a los Cowboys antes que la oración, experimenté tristeza y profundo dolor. Me di cuenta de que había lastimado con una “relación” inapropiada a Aquel que dio su vida por mí.

Recientemente hablé con un hombre que había cometido adulterio contra su esposa, y había sido restaurado. Me compartió que había pecado durante un período de seis meses, y mientras me lo contaba, lloraba profundamente. Es un hombre fuerte, un exjugador de fútbol universitario, un exitoso empresario y, definitivamente, no es un hombre que llora fácilmente. Yo estaba sorprendido mientras veía llorar a este “hombre hecho y derecho”. No lloraba por no sentirse perdonado por Dios o su esposa. De hecho, su matrimonio ahora era más fuerte que nunca antes. Lloraba por el hecho de que le había hecho eso a la persona a la que ama profundamente; se lamentaba por haberle producido tanto dolor a ella. Era admirable ver la profundidad de su emoción y cuidado por ella.

La conducta de este hombre mostraba una verdad. Es la misma conducta que debería tener un verdadero creyente por entablar una relación inapropiada con el mundo. Como escribe Santiago: “Que haya lamento y profundo dolor”.

Este hombre no le atribuyó culpa alguna a su esposa, y lo sentía de corazón. Fue refrescante ver su genuina humildad. He hablado con otros que han cometido adulterio contra sus esposas, y sus respuestas fueron distintas. De algún modo en su “confesión” o “testimonio” finalmente mezclaban la falta de afecto o las faltas de su esposa como parte de la razón del adulterio.

La Escritura habla de tristeza que proviene de Dios y tristeza que proviene del mundo (ver 2 Corintios 7:10). El rey David fue ejemplo de la tristeza que proviene de Dios; tuvo una profunda tristeza por haber herido a Aquel que amaba, al cometer adulterio y asesinato. Él clamó: “Contra ti y solo contra ti he pecado; he hecho lo que es malo ante tus ojos” (Salmos 51:4 NTV). Clamó y lloró con su rostro

en tierra durante días, y no le importó lo que quienes le servían pensarán de cómo lo estaba expresando. No estaba intentando mantener la cara; estaba quebrantado. Y después fue restaurado.

El rey Saúl fue distinto. Él también dañó el corazón de Dios al escoger alimentarse con lo que el mundo se alimenta, gratificación y orgullo, en lugar de obedecer la Palabra de Dios. Él también sintió lo que había hecho, pero su tristeza incluyó el hecho de que fue sorprendido, fue avergonzado públicamente delante de quienes le debían respeto, y se vio ante posibles consecuencias para su reinado. La tristeza de Saúl provino del mundo. No salió limpio de aquello, como le pasó a David o al exjugador de fútbol. Saúl estaba engañado y sucio en su pensamiento. Estuvo alterado por un tiempo, pero al final se manifestaron sus verdaderos motivos: orgullo y autogratificación. Su mentalidad nunca cambió verdaderamente.

El apóstol Pablo declaró: “Pues la clase de tristeza que Dios desea que suframos nos aleja del pecado” (2 Corintios 7:10 NTV). Esta tristeza es dada por Dios; está arraigada en nuestro amor por Él. Si amamos lo que Él puede hacer por nosotros más de lo que le amamos a Él, entonces nuestra conducta no será distinta a la de Saúl.

En los dos siguientes capítulos veremos cómo la amistad con el mundo afecta nuestra experiencia de relación con Dios. Descubriremos cómo nos ha costado muchísimo sustituir a Dios por lo bueno, tanto a nivel personal como a nivel corporativo en la iglesia. Pero antes de dar la vuelta a la página, sería bueno dedicar un tiempo a orar, y pedirle a Dios que te ayude a identificar cualquier relación inapropiada con el mundo en tu vida.

Padre, en el nombre de Jesús, te pido que me escudriñes y me conozcas, que examines mis caminos y mis intenciones. Si hay algo en mi vida que está reemplazando mis afectos y mi amor por ti, por favor sácalo a la luz por tu Espíritu. No quiero que quede nada encubierto. Que verdaderamente me

convierta en tu amante y lo sea para siempre; alguien que ha aceptado la abnegación con el propósito de seguir y servir a mi Señor Jesucristo. Te pido esto en el nombre de Jesús. Amén.

LA VERDAD EVITADA

“Esfuércense por vivir en paz con todos y procuren llevar una vida santa, porque los que no son santos no verán al Señor”. —

Hebreos 12:14 NTV

“Qué poco sabe la gente que piensa que la santidad es algo aburrido. Cuando uno encuentra lo verdadero... es irresistible”.

—C. S. Lewis

Santidad. Menciona la palabra y observa cómo la gente retrocede y cambia rápidamente de tema. Para muchos tiene una connotación mala porque no es algo “divertido”, y podría estropear la vida. Muy frecuentemente se ve como sinónimo de ganarse la salvación por obras, o parece ser un aspecto del legalismo. Si la santidad se menciona, a menudo oirás la refutación: “Yo soy libre y vivo en la gracia de Dios. No intentes ponerme bajo la ley”.

Sin embargo, la santidad del Nuevo Testamento no está ni remotamente conectada a las obras de la ley o el legalismo. En realidad es una manera magnífica de vida que es deseable a muchos niveles. En nuestra época, sin lugar a dudas, se ha malentendido grandemente.

¿Por qué no hablamos de ello?

¿Por qué querría un hijo de Dios evitar hablar de la santidad cuando se nos dice enfáticamente: “Procuren... santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14). ¿Has visto lo directa que es esta frase? ¡Falta de santidad igual a no ver al Señor! Eso merece toda mi atención; ¿y la tuya?

Piensa ahora en el presidente de los Estados Unidos. Como soy un ciudadano de esta nación y él es nuestro líder nacional, tengo una “relación” con él. Estoy bajo su autoridad de gobierno, y me veo afectado por sus decisiones, como lo están los 320 millones más de

estadounidenses. Pero aunque tengo esta relación con el presidente, hasta la fecha no he tenido el privilegio de tener una audiencia personal con él. De hecho, en mis cincuenta y tantos años como estadounidense, nunca he visto a ninguno de nuestros presidentes en persona.

Por otro lado, hay otros estadounidenses que ven al presidente de forma regular; son sus amigos o trabajan muy de cerca con él. En cualquier caso, ellos conocen al hombre de la Casa Blanca mucho mejor que yo.

De forma similar, hay millones de cristianos que están bajo el gobierno de Jesucristo. Él es su Rey proclamado. Él los protege, provee y ama, y responde a sus peticiones. Sin embargo, la pregunta es: ¿lo ven a Él? En otras palabras: ¿experimentan su presencia? Según las Escrituras, todos deberíamos experimentarla. El libro de Hebreos dice: “Lo que sí vemos es a Jesús” (2:9 NTV). Pablo desarrolla este privilegio:

“Así que, todos nosotros, a quienes nos ha sido quitado el velo, podemos ver y reflejar la gloria del Señor” (2 Corintios 3:18 NTV).

“La gloria del Señor” es una frase a menudo mal entendida, y por lo general no la usamos hoy. Es más probable que digamos “la grandeza del Señor”. En nuestra jerga, Pablo está diciendo: “Todos nosotros a quienes se nos ha retirado ese velo podemos ver la grandeza del Señor”.

Jesús también identifica a los que verán o experimentarán su presencia. Sus palabras exactas en la última cena fueron: “Dentro de poco, el mundo no me verá más, pero ustedes sí me verán. Dado que yo vivo, ustedes también vivirán” (Juan 14:19 NTV).

Hay dos hechos claros aquí. Primero, un aspecto muy real del cristianismo es verlo a Él. Segundo, somos capaces de contemplarlo

de una forma que el mundo no puede.

¿Por qué es importante ver a Dios? Primero, como con el presidente, si no le vemos, no podemos conocerle. Solo podemos saber acerca de Él.

Hay una segunda razón que es igualmente importante. Sin contemplarle, no podemos ser cambiados o transformados a su semejanza. En el mismo versículo citado antes, Pablo menciona de los que ven al Señor: “nos hace más y más parecidos a él a medida que somos transformados a su gloriosa imagen” (2 Corintios 3:18 NTV). La transformación es crucial en la vida de un creyente.

La transformación es crucial en la vida de un creyente.

¿Te has encontrado alguna vez a alguien que profesa conocer a Jesucristo desde hace mucho tiempo, pero vive como si nunca le hubiese conocido? ¿A qué se debe esto? Esta persona simplemente no está experimentando el proceso de transformación. No está siendo cambiada a imagen de Él.

Pablo profetizó que nuestro días serían difíciles. Es interesante que escribiera que estos tiempos difíciles no se producirán por la persecución de nuestra fe, como en su época, sino por profesar ser cristianos que no guardan las palabras de Jesús. Se comportarán como los que no tienen relación alguna con Dios. Se amarán a sí mismos y a su dinero, desobedecerán a sus padres, hablarán de forma desagradable, rehusarán perdonar, buscarán la fama y la reputación, traicionarán a sus amigos, amarán los placeres más que a Dios, y la lista continúa. Pablo dijo claramente: “Actuarán como religiosos pero rechazarán el único poder capaz de hacerlos obedientes a Dios” (2 Timoteo 3:5 NTV). El poder que rechazarán es la capacidad de la gracia para transformarnos, una realidad

fundamental del verdadero cristianismo. La NVI dice: “su conducta desmentirá el poder de la piedad”.

Esos que profesarán ser cristianos están engañados, porque “siempre están aprendiendo y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad” (2 Timoteo 3:7). Como dije antes, hay un gran problema con el engaño: ¡es engañoso! Podemos creer rotundamente que estamos bien con Dios cuando en realidad no lo estamos. Muchos de estos “creyentes” asisten a iglesias, conferencias, noches de adoración, escuelas bíblicas y grupos de conexión. Les encanta aprender, pero no cambian nunca ni su carácter ni su conducta.

El resumen

Este es el resumen: solo los que caminan en santidad pueden ver a Dios: pueden entrar a su presencia. Jesús no pudo dejarlo más claro cuando dijo: “Dentro de poco, el mundo no me verá más; pero ustedes me verán; y porque yo vivo, ustedes también vivirán... El que tiene mis mandamientos, y los obedece, ése es el que me ama; y el que me ama y yo lo amaré, y me manifestaré a él” (Juan 14:19, 21).

Solo los que caminan en santidad pueden ver a Dios.

La palabra manifestaré se define como “dejar claro o evidente para el ojo o el entendimiento; mostrarse claramente”. El diccionario The Complete Word Study Dictionary define esta palabra, *emphanizo*, como “hacer aparente, causar que se vea, aparecer”. Es incluso más específico al decir: “De una persona... en el sentido de que alguien se deje conocer y entender íntimamente”.

Jesús dijo que solamente quienes obedecen sus mandamientos son

aquellos a los que Él se hará visible. Ellos serán los que lo verán, los que entrarán a su presencia y, por lo tanto, lo conocerán íntimamente. Este privilegio no se promete a todos los creyentes, sino solo a los que buscan obedecer su Palabra, aquellos que procuran la santidad.

En la década de 1980 me pidieron que hospedara al pastor principal de la iglesia más grande del mundo. Su nombre es Dr. David Yonggi Cho, y es de Seúl, Corea del Sur. En ese entonces había 750.000 personas en su iglesia. Una de mis responsabilidades al albergarlo en nuestra iglesia en los Estados Unidos era llevarle desde el hotel a una reunión. Yo tenía pocos años en el Señor, así que fue abrumador tener ese privilegio.

El Dr. Cho viajaba aproximadamente con unos quince empresarios de su iglesia. El empresario principal se acercó a mí el día de la reunión y dijo: “Sr. Bevere, usted es quien llevará al Dr. Cho a la reunión esta noche, ¿cierto?”.

“Sí, señor”.

Con una mirada solemne, dijo: “Sr. Bevere, tengo asuntos importantes que discutir con usted. Primero y más importante, no le hable al Dr. Cho durante el viaje hasta la reunión. A él no le gusta hablar antes de ministrar”. Esta no fue la única instrucción, pero era la principal de la lista.

Llegué al hotel esa noche, y esperé en el vehículo hasta que los hombres que viajaban con el Dr. Cho abrieron la puerta del automóvil. El Dr. Cho se sentó en el asiento delantero junto a mí, y la presencia de Dios llenó el auto. Fue asombroso. La majestad y el amor de Dios eran muy reales y aparentes.

Mientras conducía, caían lágrimas por mi rostro, aunque yo no suelo llorar mucho. A mitad de camino hasta el auditorio, nos detuvimos en un semáforo, y no pude soportarlo más. Hice lo que el asistente principal me había dicho que no hiciera. Reverentemente le dije a mi pasajero: “Dr. Cho, la presencia de Dios está en este auto”.

Él me miró y dijo: “Sí, lo sé”.

Pasé mucho tiempo con este hombre durante su visita. Jugamos juntos al golf. Le llevé a otras funciones, comí con él, y le llevé y le traje del aeropuerto. En cada situación, ya fuera en público o no, el Dr. Cho era amigable, reverente, sincero y humilde en su actitud y sus acciones. Me preguntaba cuántas horas pasaría él cada día con el Señor. Era obvio por qué la presencia de Dios era tan fuerte en su vida. Él procuraba en verdad adherirse a las palabras de Jesús.

A menudo he experimentado la presencia del Señor de formas similares en servicios, durante la oración, mientras leía la Palabra de Dios, o durante las tareas del día. Entiendo por qué Moisés lo dejó todo por esta magnífica presencia. Ha habido etapas en mi vida cuando su presencia ha sido distante, a veces debido a que yo no he guardado sus palabras. Otras veces yo estaba en el fragor de las pruebas. Entiendo que lo último es inevitable, pero lo primero es prevenible.

Manifestar no solo significa “ver”, sino también conlleva todo lo que significa estar con Él. Manifestar significa llevar de la esfera de lo invisible a la esfera de lo visible, de lo que no se oye a lo que se oye, y de lo desconocido a lo conocido. Es cuando Dios se da a conocer a nuestra mente y nuestros sentidos. Él da entendimiento, conocimiento y visión íntimos de sí mismo y de sus caminos. El escritor de Hebreos describió estos privilegiados como los que “experimentaron las cosas buenas del cielo y fueron partícipes del Espíritu Santo” (6:4 NTV). Aunque su presencia manifiesta es accesible a cada hijo de Dios, solo los que obedecen sus palabras (caminan en verdadera santidad) experimentan este privilegio.

Manifestar significa llevar de lo invisible a lo visible.

Pablo cita las palabras audibles de Dios a Moisés. Esta frase es una verdad inmutable que se extiende no solo a través del antiguo pacto, sino también del nuevo. Está dirigido hacia los que ya son de Él:

“Por lo tanto, salgan de entre los incrédulos y apártense de ellos, dice el Señor. No toquen sus cosas inmundas, y yo los recibiré a ustedes” (2 Corintios 6:17 NTV).

Está claro; que Dios nos dé la bienvenida a su presencia es condicional, no automático. Tenemos que cumplir su petición antes de que nos concedan una audiencia con Él. La frase de Pablo está perfectamente en consonancia con las palabras de Jesús. La versión de la Biblia Palabra de Dios para Todos escribe así este mismo versículo:

“Salgan de entre esa gente y sepárense de ellos. No toquen nada impuro y yo los aceptaré” (2 Corintios 6:17 PDT).

Pablo después da nuestra respuesta adecuada a la promesa condicional de Dios:

“... limpiémonos de todo lo que pueda contaminar nuestro cuerpo o espíritu. Y procuremos alcanzar una completa santidad porque tememos a Dios” (2 Corintios 7:1 NTV).

Una vez más, descubrimos que el propósito de procurar una auténtica santidad es el honor de ser bienvenido a la presencia manifiesta de Dios.

¿Atmósfera o presencia?

Después de ver en el Nuevo Testamento todas estas citas de los apóstoles, Jesús, y el Padre, debemos preguntar: ¿por qué no se discute, enseña y proclama con más frecuencia este aspecto importante del cristianismo del Nuevo Testamento? ¿Podría ser que el enemigo ha concebido un astuto plan para animarnos a recibir una salvación vacía de genuina santidad, que nos impediría contemplarlo a Él, y por lo tanto haría imposible que fuésemos transformados? Esta astuta estrategia del enemigo se ha producido no solo a nivel personal, sino también a nivel colectivo. Respecto a nuestras reuniones, ¿podría ser que hemos sustituido la presencia de Dios por la atmósfera?

Uno de los grandes avances que ha hecho la iglesia en los últimos veinte años es crear mejores atmósferas en nuestros servicios de alabanza. Hace años, cuando uno entraba en la típica iglesia, a menudo lo hacía en un edificio de calidad inferior, con una decoración pasada de moda, y un servicio aburrido. Nuestra música era repulsiva, los mensajes eran estrafalarios e irrelevantes, y nuestra ropa, por decirlo suave, muy caduca. Permitíamos prácticamente cualquier cosa al tocar la música o el mensaje a la congregación, mientras se hiciera “en el nombre del Señor”. Para ser franco, la sociedad nos veía como auténticos ineptos. Había algunas raras excepciones, pero esta era la norma hace un par de décadas.

Debido a un sabio liderazgo, hemos cambiado este paradigma. Ahora tenemos una música notable, verdaderamente inspirada y relevante. Hemos diseñado edificios que son cómodos, teniendo en consideración el sonido y las luces. Nuestras reuniones son concisas y relevantes, y hemos creado áreas de niños divertidas y atractivas, y auditorios para jóvenes. Muchos vestíbulos en las iglesias ahora tienen cafetería, zonas bien arregladas para que la gente se relacione, y librerías bien surtidas. Realizamos nuestras reuniones de tal forma que ya han dejado de ser desagradables para los perdidos. Dicho de forma simple, hemos creado grandes atmósferas en nuestras reuniones, y creo que Dios está agradado con esta excelencia.

Pero ¿hemos hecho de las apariencias nuestra meta final? Las atmósferas son buenas para crear una introducción a lo que es verdaderamente importante: la presencia de Dios. Las atmósferas las hacen los hombres. Hollywood, Las Vegas, Disney, Broadway y otros en la industria del entretenimiento son maestros evocando emociones. ¿Nos hemos amoldado a sus métodos? ¿Estamos satisfechos con solo estimular los sentimientos de las personas que asisten a nuestras reuniones? ¿Está la verdadera presencia de Dios llenando nuestros santuarios, o simplemente estamos haciendo en el ámbito del cristianismo aquello para lo que otros son buenos en los demás sitios?

Esta es la realidad: para ser cambiados, ¡necesitamos la presencia de Él!

Para ser cambiados, ¡necesitamos la presencia de Él!

¿Podría ser ese el motivo por el que tenemos a personas que se emocionan con el cristianismo, aman la adoración y siguen aprendiendo, pero no están siendo transformadas? Si es así, las consecuencias son costosas. Estas personas no serán conformadas a la imagen de Jesús. Hace años tolerábamos malas atmósferas, pero recuerdo a menudo estar en reuniones llenas de la maravillosa presencia de Dios. No siempre podía articular cómo ocurría, pero yo era realmente cambiado.

Así que la pregunta es: ¿por qué no podemos tener atmósfera y presencia? ¡No tenemos que escoger entre ambas! Sin embargo, para tener la presencia de Dios debemos procurar la santidad.

En otro frente, el astuto plan del enemigo de diseñar un cristianismo desprovisto de santidad ha hecho que el evangelio de Jesucristo parezca ser una religión sin poder para muchos que están

perdidos, haciendo así que seguir a Jesús sea algo poco atractivo, cuando en realidad es la vida más fascinante que se podría hallar.

¿Qué es santidad?

Entonces ¿qué es la verdadera santidad? La palabra griega es *hagios*. El diccionario Thayer's Greek-English Lexicon of the New Testament da una definición: “apartado para Dios, ser, como era en un principio, exclusivamente suyo”. A la luz de este significado, permíteme citar de nuevo las palabras de Dios: “Por lo tanto, salgan de entre los incrédulos y apártense de ellos, dice el Señor. No toquen sus cosas inmundas, y yo los recibiré a ustedes” (2 Corintios 6:17 NTV).

Cuando Lisa y yo nos casamos, ella pasó a ser exclusivamente mía, y yo exclusivamente suyo. Ella se comprometió conmigo, a vivir para mí, y yo para ella. Antes de conocer a Lisa y casarme después con ella, yo no contaba para nada en sus deseos; simplemente no la conocía. A Lisa no le gustan los muebles oscuros, ni ver deportes profesionales ni ciertos tipos de películas, escuchar jazz o la música de las big bands, comer aliños Thousand Island ni el queso azul, y un montón de cosas más. A mí me gustaba, hacía, escuchaba o comía casi todo lo de esa lista. Sin embargo, cuando nos casamos comencé a evitar esas cosas, porque sabía que a ella no le gustaban. Había muchas otras cosas que podíamos disfrutar juntos.

Más que esto, yo me alejé de todo contacto indebido con otras mujeres. Antes de casarnos tenía muchas amigas, y era normal para mí entretener, salir e incluso tener citas con esas chicas. Pero el día que dije “Sí, quiero” a Lisa fue el día en que mis relaciones con esas otras mujeres cambiaron para siempre.

Para resumirlo, estaba apasionadamente enamorado de Lisa; ahora era un placer vivir para sus deseos y no solo para los míos.

He observado a esposos que tienen muy poco en cuenta los

deseos de sus esposas; piensan de forma egoísta. Técnicamente están casados, pero estos esposos y esposas no están experimentando una intimidad cercana. Cuando entramos en la relación de pacto del matrimonio, firmamos para servir a nuestros cónyuges durante el resto de nuestra vida. Ya no queda sitio para el egoísmo en un buen matrimonio.

Antes de entrar en una relación de pacto con Jesús, éramos de este mundo y nos encantaba. Era perfectamente normal para nosotros vivir motivados por lo que satisfacía a nuestra carne y estimulaba nuestros ojos. Procurábamos el estatus, la reputación, y todo lo que aportase algo a nuestro orgullo y egoísmo.

Ahora que hemos conocido a Jesús y hemos establecido una relación con Él, debemos preguntarnos con sinceridad: ¿estamos viviendo para nosotros o para Él? Podemos estar técnicamente “relacionados” con Jesús, pero no experimentar intimidad con Él (al no tener su presencia manifiesta), al igual que el esposo que vive egoístamente en su matrimonio.

Pablo escribe: “los que reciben la nueva vida de Cristo ya no vivan más para sí mismos. Más bien, vivirán para Cristo” (2 Corintios 5:15 NTV). Esta es la única forma de experimentar una relación saludable (o matrimonio) con Él.

Si repasamos la conducta que Santiago identifica como cometer adulterio con el mundo, encontramos que está confrontando a creyentes que han vuelto a vivir egoístamente.

“... pero si tienen envidias amargas y ambiciones egoístas en el corazón, no encubran la verdad con jactancias y mentiras. Pues la envidia y el egoísmo no forman parte de la sabiduría que proviene de Dios. Dichas cosas son terrenales, puramente humanas y demoníacas. Pues, donde hay envidias y ambiciones egoístas, también habrá desorden y toda clase de maldad”.

“... ¿Qué es lo que causa las disputas y las peleas entre ustedes? ¿Acaso no surgen de los malos deseos que combaten en su interior? Desean lo que no tienen, entonces traman y hasta matan para conseguirlo. Envidian lo que otros tienen, pero no pueden obtenerlo, por eso luchan y les hacen la guerra para quitárselo. Sin embargo, no tienen lo que desean porque no se lo piden a Dios. Aun cuando se lo piden, tampoco lo reciben porque lo piden con malas intenciones: desean solamente lo que les dará placer. ¡Adúlteros! ¿No se dan cuenta de que la amistad con el mundo los convierte en enemigos de Dios? Lo repito: si alguien quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios” (Santiago 3:14-16, 4:1-4 NTV).

¿Observas que la palabra egoísmo se usa frecuentemente en estos versículos? Santiago lo hace porque hay dos tipos de patrones de conducta: dar y tomar. Nada más. Tomar es egoísta, mundano e infiel a Dios. Al creyente que está motivado a vivir de esta forma se le identifica como adúltero. Los mandamientos de Jesús no son la principal prioridad en este caso, sino que la prioridad es lo que yo quiero.

El mundo está impulsado por el egoísmo, y también lo está el creyente que no es santo. Él o ella no está plenamente consagrado a Dios, sino que es egocéntrico en su conducta. Por lo tanto, él o ella es seducido por lo que gratifica a la carne y a los ojos, o da estatus y reputación.

La motivación detrás del pecado es el egoísmo. El hombre que roba lo hace para sí mismo. El hombre que miente lo hace para protegerse o beneficiarse. El hombre que comete adulterio contra su esposa no piensa en su esposa y sus hijos, sino en su propia pasión. El hombre que asesina lo hace para sí mismo. El hombre que desobedece a las autoridades lo hace porque cree que sabe más, y quiere algo mejor para sí mismo. El hombre que procura la

popularidad y la fama lo hace para aplacar su inseguridad y orgullo. En el incidente en el que estaba viendo el partido de fútbol, y rehusé obedecer la palabra de Dios y apagar el televisor y orar, lo hice por mí mismo.

Una nueva naturaleza

Los ciudadanos de este mundo están atados a tal comportamiento porque están gobernados por los apetitos y deseos carnales (egoístas). El creyente ha sido liberado de esta esclavitud (ver Romanos 6:11-14). ¡El Hijo en verdad nos ha liberado!

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios recibió la orden de no cometer pecados, pero no pudieron obedecer porque su naturaleza era pecaminosa (egoísta). El Antiguo Testamento demuestra claramente que el hombre nunca puede vivir bien ante los ojos de Dios, en sus propias fuerzas. La gente está atada a sus apetitos y deseos carnales, contrarios al deseo de Dios.

Como nuevas criaturas, ahora tenemos una nueva naturaleza. Estamos vivos por dentro, hemos sido recreados a la imagen de Jesús con la capacidad interior para vivir la vida verdaderamente buena. Veamos las palabras de Pablo:

“Con la autoridad del Señor digo lo siguiente: ya no vivan como los que no conocen a Dios, porque ellos están irremediablemente confundidos. Tienen la mente llena de oscuridad; vagan lejos de la vida que Dios ofrece, porque cerraron la mente y endurecieron el corazón hacia él. Han perdido la vergüenza. Viven para los placeres sensuales y practican con gusto toda clase de impureza” (Efesios 4:17-19 NTV).

El incrédulo está esclavizado a los apetitos de su carne. Su espíritu está muerto, sin vida. No tiene la capacidad interior de vivir bien

delante de Dios. Me quedo desconcertado cuando a los cristianos les asombra la conducta de los incrédulos. No se dan cuenta de que una persona no regenerada solo hace lo que es normal según su naturaleza. Peca. Es egoísta. Si tiene mucha fuerza de voluntad, puede ponerse una buena careta, e incluso parecer que no es egoísta. Pero no te equivoques con esto, porque sigue atado a su naturaleza caída.

Pablo continúa y distingue a un verdadero creyente:

“Ya que han oído sobre Jesús y han conocido la verdad que procede de él, desháganse de su vieja naturaleza pecaminosa y de su antigua manera de vivir, que está corrompida por la sensualidad y el engaño. En cambio, dejen que el Espíritu les renueve los pensamientos y las actitudes. Pónganse la nueva naturaleza, creada para ser a la semejanza de Dios, quien es verdaderamente justo y santo” (Efesios 4:21-24 NTV).

A diferencia de la persona que no es salva, el creyente ha recibido una nueva naturaleza interior. Se nos manda a someternos a ella, vivir una vida santa. El cristiano tiene una decisión que tomar que la persona incrédula no posee. Un cristiano puede someterse a la poderosa naturaleza interior de la nueva creación, o continuar sometiéndose a los deseos de la carne. La decisión es nuestra.

Posición contra conducta

En este punto, es importante que haya claridad. Hay dos aspectos importantes de la santidad, y el Nuevo Testamento habla de ambos. La confusión siempre se produce por agrupar ambos.

El primero implica nuestra posición en Cristo. Pablo escribe: “Incluso antes de haber hecho el mundo, Dios nos amó y nos eligió en Cristo para que seamos santos e intachables a sus ojos” (Efesios

1:4 NTV). Esta santidad se debe solamente a lo que Jesús hizo por nosotros, y habla de nuestro lugar en Cristo. Nunca podríamos haber ganado esta posición por nuestra conducta; es su regalo para nosotros.

Cuando Lisa se convirtió en mi esposa, no fue algo que ella se ganó, sino más bien una posición que recibió porque yo le entregué mi corazón. En nuestro pacto, ella hizo lo mismo por mí. Punto.

El segundo aspecto de la santidad es la conducta resultante de tener esta posición. Una vez que Lisa se convirtió en mi esposa, su conducta reflejaba su lealtad a mí. Ya no coqueteaba ni buscaba relaciones con otros hombres. Sus acciones correspondían con su firme relación como esposa mía que era. Y por supuesto, yo como su esposo hacía lo mismo.

Este aspecto de nuestra relación con Dios es lo que estoy describiendo aquí. Pedro afirma esto:

“Por lo tanto, vivan como hijos obedientes de Dios. No vuelvan atrás, a su vieja manera de vivir, con el fin de satisfacer sus propios deseos. Antes lo hacían por ignorancia, pero ahora sean santos en todo lo que hagan, tal como Dios, quien los eligió, es santo. Pues las Escrituras dicen: «Sean santos, porque yo soy santo». Recuerden que el Padre celestial, a quien ustedes oran, no tiene favoritos. Él los juzgará o los recompensará según lo que hagan. Así que tienen que vivir con un reverente temor de él durante su estadía aquí como «residentes temporales»” (1 Pedro 1:14-17 NTV).

Está claro que Pedro está hablando a los hijos de Dios, no a los incrédulos. Se nos dice que Dios nos juzgará o recompensará según lo que hacemos, lo cual se refiere a nuestras acciones, no a nuestra posición en Cristo. La sangre de Jesús perdona nuestros pecados,

pero hay cierto juicio que ocurrirá con los hijos de Dios con respecto a lo que hagamos. Pablo afirma esto en 2 Corintios 5:9-11. Vivir a propósito en desobediencia no es un asunto insignificante. Si verdaderamente somos de Él, deberíamos querer apasionadamente no herir su corazón al vivir en pecado.

Al igual que hicieron Santiago y Pablo, Pedro afirma que nuestra vieja manera de vivir estaba motivada por deseos egoístas, y nos urge a ser santos en todo lo que hagamos. Déjame reiterarlo: está hablando sobre nuestra conducta y estilo de vida, no de nuestra posición en Cristo. En el mismo pasaje, otra traducción dice: “vivan de una manera completamente santa” (versículo 15, DHH). No hay áreas grises ni confusión en cuanto a qué se está refiriendo Pedro. En acuerdo con Pablo, Pedro simplemente anuncia que si hemos sido salvos por gracia, somos capaces mediante el regalo de nuestra nueva naturaleza de vivir de forma distinta al mundo; de vivir una vida santa.

Recuerda Hebreos 12:14, que nos insta a procurar la santidad. Recientemente descubrí un sermón de Charles Spurgeon sobre este versículo, que captó mi atención. Este extracto te demostrará por qué:

“Algunos antinomianos ha realizado un intento desesperado por deshacerse de la orden [de procurar la santidad] que el Espíritu Santo quiere reforzar aquí. Han dicho que esta es la santidad imputada de Cristo. ¿No saben ellos, cuando así lo afirman, que mediante una perversión abierta, proclaman algo que es falso?... Debemos seguir la santidad, esta debe ser la santidad práctica; lo contrario a la impureza, como está escrito: “Pues Dios no nos ha llamado a vivir en la inmundicia, sino a vivir en santidad”... Este es otro tipo de santidad. Es, de hecho... una santidad práctica, vital, que es el significado de esta advertencia. Es amoldarse a la voluntad de Dios, y obedecer el mandato del Señor”.¹³

¡Vaya! Claramente, la Iglesia no está experimentando una idea debilitada de santidad por primera vez, porque Spurgeon enseñó esto en el 1800. Pero cuando nuestro entendimiento está basado en la verdad de la Escritura, podemos ver que la santidad tiene que ver con lo que somos en Cristo, y también con cómo vivir por Él.

Este es el punto importante: ni nuestra posición en Cristo ni nuestra conducta se deben a lo que hemos ganado o producido por nuestros propios méritos o fuerzas. Ambos son productos de lo que se nos ha dado gratuitamente. Sin embargo, con respecto a nuestro estilo de vida, tenemos que cooperar o ceder a nuestra nueva naturaleza para producir una buena conducta.

Otra definición de santidad

Como hemos visto ahora, santidad significa algo más que solamente ser de Él. Habla de una conducta que es moralmente aceptable para Dios. Esto nos lleva a otra definición de santidad. La palabra griega *hagios* también describe una conducta “pura, sin pecado, recta”. Este significado de la palabra asusta a algunas personas, pero no debería. Puedo explicar a lo que me refiero contando una historia embarazosa que sucedió en mi infancia.

En nuestra familia yo era el único varón de seis hijos, así que mis trabajos siempre eran tareas fuera de la casa: lavar el automóvil, podar la grama, recoger las hojas, palear la nieve, etc. Como a mis amigos y a mí nos encantaban los deportes, nuestro patrón normal era hacer de prisa las tareas para tener tiempo para jugar un partido.

Era primavera, y la grama estaba creciendo de nuevo después de un largo invierno. Mis amigos y yo habíamos concertado un partido después de la escuela. Yo había dejado crecer la grama demasiado. Mi papá me dijo la noche anterior que tenía que podar la grama antes de ir a jugar con mis amigos, y la tarea había que hacerla antes de que él llegara a casa del trabajo.

Salí corriendo de la escuela, me cambié de ropa, y saqué del garaje la podadora de grama por primera vez esa primavera. Sabía que tenía que podar el césped de prisa, ya que mis amigos pronto estarían listos para jugar. Tiré de la cuerda de arranque de la máquina más de una vez. El motor no giraba ni se encendía. Pulsé el botón del aire un par de veces para conseguir meter más gasolina en el carburador. Seguí tirando de la cuerda una y otra vez, y obtuve el mismo resultado: nada.

Pensé: “Probablemente he ahogado el carburador y tengo que esperar unos minutos a que se seque”.

Esperé, y mientras tanto comprobé el aceite. Después volví a revisar todos los interruptores para asegurarme de que todo estaba en posición de encendido. Todo parecía estar bien; solo tenía que esperar unos pocos minutos. Lo hice, y volví a intentarlo de nuevo, pero el motor seguía sin querer arrancar.

Ahora estaba frustrado, así que revisé la bujía para ver si estaba sucia, pero se veía bien. “¿Qué ocurre?”, pensé. Con cada minuto que pasaba, me frustraba más. Si la máquina no arrancaba, no podría podar la grama, no podría complacer a mi papá, y no podría ir a jugar con mis amigos.

“¿Qué puedo hacer?”, pensé. “Si llevo la máquina a la tienda, se hará de noche antes de que esté arreglada y me perderé el partido. Quizás puedo pedir prestada la máquina de alguien, pero eso me llevará mucho tiempo”. Teníamos un par de tijeras de mano, pero me llevaría hasta la noche podar la grama así; e incluso aunque lo hiciera, no quedaría nivelada, y el jardín se vería horrible. Esa era una idea imposible.

Estaba enojado con esa chatarra. “Me va a costar perderme la diversión”, pensé. La máquina estaba rota, y yo lo sabía. Estaba ante una situación imposible. No había forma de podar el césped, y reunirme con mis amigos a tiempo.

Entonces mi amigo que iba a jugar conmigo llegó a casa y dijo:

“¿Listo, John?”.

“No. Mi padre me dijo que tenía que podar el césped antes de ir, y la máquina no arranca”, dije yo. “No hay tiempo para arreglarla, tomar una prestada, o cortar la hierba a mano. No voy a poder jugar hoy”.

Mi amigo, que era un poco más sabio que yo, dijo: “Déjame ver”.

“¡Sí, claro, adelante!”. Yo estaba desesperado.

Lo primero que hizo fue abrir el depósito de la gasolina. Miró en su interior, comenzó a reírse, y dijo: “Aquí está el problema, John. No tienes gasolina en el tanque”.

Yo me sentí avergonzado, pero también aliviado.

“Cabeza hueca”, pensé yo, “¡eso es lo primero que debía haber revisado!”. En seguida llené el depósito, y la máquina arrancó al momento. Corté rápidamente la hierba, y nos fuimos a jugar con nuestros amigos.

¿Qué tiene que ver esto con la santidad? Cuando vemos las palabras puro, sin pecado y recto como las definiciones de santidad, nos frustramos y pensamos: no es posible. Eso es porque intentamos imaginarnos vivir así en nuestra propia fuerza. Es como intentar cortar todo el jardín de hierba con las tijeras, a tiempo para el partido: ¡totalmente imposible! Se hará de noche antes de haber terminado con una parte del jardín.

Pero tenemos una nueva naturaleza, la cual se puede comparar a tener una podadora de grama. Sin embargo, sin gasolina en el depósito estamos tan perdidos como lo estaríamos si no tuviéramos la máquina. Necesitamos gasolina en el depósito para que funcione.

En el capítulo siguiente descubriremos qué es lo que propulsa nuestra nueva naturaleza; qué nos da la capacidad de caminar en pureza delante de Dios.

EL COMBUSTIBLE

“... también queremos contarles acerca de la gracia que Dios ha derramado sobre las iglesias de Macedonia...y de que lo han hecho en la medida de sus posibilidades, e incluso más allá de éstas...” —2 Corintios 8:1, 3

“Sean perfectos no es... un mandato para hacer lo imposible. [Dios] nos convertirá en criaturas que puedan obedecer ese mandato”. —C. S. Lewis

Procurar la santidad no es un fin en sí mismo; es la puerta de entrada a la presencia de Jesús. El Maestro lo deja claro: “Los que aceptan mis mandamientos y los obedecen son los que me aman. Y, porque me aman a mí, mi Padre los amará a ellos. Y yo los amaré y me daré a conocer a cada uno de ellos” (Juan 14:21 NTV). Llegamos a conocer íntimamente al Señor cuando obedecemos sus palabras.

El escritor de Hebreos afirma esto: “Procuren... santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14). Es sencillo: no hay santidad, no se ve a Jesús, ¡no se entra en su presencia!

La santidad se trata de ser exclusivamente suyos, apartados para Él. También significa ser “puros, sin pecado, rectos”. Ambas definiciones van de la mano. Pertenecerle es vivir para Él, agradarle en nuestra conducta. Colosenses 1:10 dice que Él desea que “la forma en que vivan siempre honrará y agradará al Señor” (NTV). A fin de cuentas, Él regresará a buscar una iglesia gloriosa, “gloriosa, santa e intachable, sin mancha ni arruga ni nada semejante” (Efesios 5:27).

Procurar la santidad es la puerta de entrada a la presencia de Jesús.

Es interesante que esta es la única descripción de aquellos a los que Él regresará a buscar. Piensa en ello: la Escritura no identifica a su novia como poderosa, relevante, organizada, impulsada por un liderazgo, bien conectada, que sabe adorar o es gozosa. Todos esos rasgos son muy buenos, pero la característica predominante que Él quiere en su novia es que sea “santa e intachable”.

Otro hecho interesante es que la santidad es la cualidad predominante que describe a Dios mismo. El profeta Isaías y el apóstol Juan escribieron acerca de ver el trono de Dios. Ambos hombres no pudieron evitar ver a los poderosos ángeles que les rodeaban desde la eternidad y que clamaban “Santo, santo, santo” (ver Isaías 6:3 y Apocalipsis 4:8). No gritan “fiel” o “amoroso” o “bueno” o “generoso”. Él tiene todas estas maravillosas características, pero la santidad triunfa sobre todas las demás.

Dos opciones

El mandato de ser puro, intachable y recto provoca la antigua pregunta: “Pero ¿cómo podemos vivir así?”. Lo intentamos y fallamos estrepitosamente en nuestras propias fuerzas. Quisimos obedecer la ley de Dios que hay en nuestra conciencia (ver Romanos 2:14-15), pero fallamos repetidamente.

Pero entonces llegó la gracia. No podíamos ganarla con el buen comportamiento, y aún no podemos. No la merecíamos, y aún no la merecemos. El regalo de Dios nos perdona por completo y seguirá haciéndolo cuando nosotros no alcanzamos. ¡Hemos sido salvados de nuestros pecados!

Aunque tenemos este maravilloso conocimiento, seguimos frustrados por nuestra ineptitud para cumplir sus instrucciones. ¿Por qué se produce esta lucha? Hemos nacido de nuevo con una nueva naturaleza. Por lo tanto, ¿por qué seguimos fallando?

En este momento pensamos que quizás tengamos una opción, una

que nos dé una salida. Podemos enseñar que la santidad se refiere solo a nuestra posición en Cristo, y desechar del todo los versículos que nos llaman a tener una conducta santa, atenuando así cualquier convicción. Podemos excusar nuestra falta de transformación porque, a fin de cuentas, solo somos humanos, y seguiremos cometiendo errores. Nuestro enfoque estará únicamente en una doctrina de gracia abreviada que cubre todos los pecados pasados, presentes y futuros. Si enseñamos y creemos solamente esto, albergamos una falsa seguridad, porque hemos silenciado nuestras conciencias. Sin embargo, si escuchamos más atentamente a nuestro corazón, le oiremos clamar: “¡Tiene que haber algo más!”.

Tristemente, muchos de nosotros nos hemos conformado con esta opción y, al hacerlo, desechamos un montón de versículos del Nuevo Testamento que nos hacen un llamado a un estilo de vida santo. Podría enumerar muchas páginas de la Escritura acerca de este tema, pero permíteme comenzar solo con un pasaje:

“Mis queridos hijos, les escribo estas cosas, para que no pequen... Podemos estar seguros de que conocemos a Dios si obedecemos sus mandamientos. Si alguien afirma: «Yo conozco a Dios», pero no obedece los mandamientos de Dios, es un mentiroso y no vive en la verdad; pero los que obedecen la palabra de Dios demuestran verdaderamente cuánto lo aman. Así es como sabemos que vivimos en él. Los que dicen que viven en Dios deben vivir como Jesús vivió”
(1 Juan 2:1, 3-6 NTV).

Juan no escribió: “No se preocupen si pecan porque, a fin de cuentas, somos humanos”. No, sino que escribe abiertamente “para que no pequen”. Este debería ser nuestro objetivo. Si no lo conseguimos, tenemos la sangre de Jesús que nos limpia. Nuestra meta, sin embargo, es vivir como Jesús vivió. Y según la Escritura, no es una meta imposible. Por lo tanto, la opción de pasar por alto

los pecados repetitivos debido a la “naturaleza humana” no está en consonancia con las palabras de Juan, ni con muchos otros versículos del Nuevo Testamento.

¿Hay algo que falta aquí? ¿No previó Dios nuestro dilema y trazó ya un plan? De hecho, ¡sí lo hizo! Es la opción de la que menos se habla, pero se alinea perfectamente con el consejo global del Nuevo Testamento. Es el aspecto de la gracia del que muchos no son conscientes. Es el combustible que impulsa nuestra nueva naturaleza. Para decirlo de forma simple, la gracia nos empodera para vivir la buena vida.

La gracia nos empodera para vivir la buena vida.

La desconocida verdad de la gracia

En 2009 se llevó a cabo una encuesta a miles de cristianos en todos los Estados Unidos. Los encuestados eran cristianos que creían en la Biblia, y nacidos de nuevo de varias iglesias. La pregunta que se hacía en la encuesta era: “Da tres o más definiciones o descripciones de la gracia de Dios”. La gran mayoría de las respuestas fueron salvación, un regalo inmerecido y perdón de pecados.

Es bueno saber que los cristianos de los Estados Unidos entienden que somos salvos solo por gracia. La salvación no viene por rociar con agua, por pertenecer a una iglesia, cumplir con las leyes religiosas, hacer buenas obras que pesen más que las malas, y cosas por el estilo. La mayoría de los creyentes evangélicos estadounidenses están bien establecidos en estas verdades fundamentales sobre la gracia de Dios porque se han enfatizado mucho desde nuestros púlpitos, y creo que a Dios le agrada esto.

Sin embargo, la tragedia es que solo el 2 por ciento de los miles de

encuestados dijeran que la gracia es el empoderamiento de Dios.¹⁴ No obstante, así es exactamente como Dios ha definido y descrito su gracia. Él dice:

“Mi gracia es todo lo que necesitas; mi poder actúa mejor en la debilidad” (2 Corintios 12:9 NTV).

Dios se refiere a su gracia como su empoderamiento. La palabra debilidad significa “incapacidad”. Dios está diciendo: “Mi gracia es mi empoderamiento, y se optimiza en situaciones que están fuera de tu capacidad”.

El apóstol Pedro define la gracia de Dios del mismo modo. Él escribe: “Que la gracia y la paz les sea multiplicada... Todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder [gracia]...” (2 Pedro 1:2-3). De nuevo la gracia se entiende como “su divino poder”. Pedro dice que cada recurso o capacidad necesaria para vivir una vida buena y santa está disponible mediante el empoderamiento de la gracia.

Pero el hecho de que la encuesta revelara que solo el 2 por ciento de los cristianos estadounidenses conocen esta verdad es un gran problema. Permíteme explicarlo. Para recibir de Dios, debemos creer. Por eso a los versículos del Nuevo Testamento se les llama “la palabra de fe” (ver Romanos 10:8). Dicho de forma sencilla: si no creemos, no recibimos.

Este es un ejemplo sencillo de eso. Jesús murió por los pecados de todo el mundo. Sin embargo, solo los que creen son quienes son salvos. Así, aquí está el gran problema: no podemos creer lo que no sabemos. Si el 98 por ciento de los cristianos no sabe que la gracia de Dios es el empoderamiento, entonces el 98 por ciento está intentando vivir en su propia capacidad. Esto conduce a la frustración y la derrota. Su nueva naturaleza no está capacitada; en otras palabras, ¡no hay gasolina en sus depósitos!

Llevemos esto un paso más adelante acudiendo al griego. La palabra que se usa con más frecuencia para gracia en el Nuevo Testamento es charis. Esta palabra se define en Strong's Exhaustiva Concordance como “regalo, beneficio, favor, gracia y liberalidad”.

Si tomas esta definición inicial y la pareas con versículos escogidos de los libros de Romanos, Gálatas y Efesios, descubrirás la definición de gracia con la cual la mayoría de estadounidenses están familiarizados. Sin embargo, Strong's continúa con su definición: “la influencia divina sobre el corazón, y su reflejo en la vida”. Vemos que hay un reflejo externo de lo que ha ocurrido en el corazón, lo cual habla del empoderamiento de la gracia.

En el libro de Hechos, Bernabé llegó a la iglesia de Antioquía, y cuando llegó “vio las evidencias de la gracia de Dios” (Hechos 11:23 NVI). Él no escuchó acerca de la gracia, sino que vio las evidencias de la misma. La conducta externa de las personas verificó el empoderamiento de la gracia en sus corazones.

Por eso el apóstol Santiago escribe: “Muéstrame tu fe [gracia] sin obras, y yo te mostraré mi fe [gracia] por mis obras” (Santiago 2:18). Inserté la palabra gracia junto a fe porque es por fe (creyendo la Palabra de Dios) como accedemos a la gracia de Dios: “tenemos también, por la fe, acceso a esta gracia” (Romanos 5:2). Sin fe, sin creer, no hay empoderamiento (gracia). Santiago dice enfáticamente: “Déjame ver la evidencia del empoderamiento”. Es el verdadero indicador de que hemos recibido la gracia al creer.

Sin fe, sin creer, no hay empoderamiento (gracia).

La gracia es un regalo. Con lo que hemos aprendido, ampliemos aún más esta comprensión. La salvación es un regalo de gracia. El perdón es un regalo de gracia. La sanidad es un regalo de gracia. La

provisión es un regalo de gracia. Recibir la naturaleza de Dios es un regalo de gracia. El empoderamiento es un regalo de gracia. Todas estas son manifestaciones de su favor sobre nuestras vidas, cada una inmerecida.

Con respecto al empoderamiento, la gracia nos da la capacidad de ir más allá de nuestra capacidad natural. Nosotros no teníamos la capacidad de librarnos del infierno; la gracia lo hizo. No podríamos vivir en libertad, pero la gracia nos permite hacerlo. No podríamos cambiar nuestra naturaleza; la gracia lo hizo. No tenemos la capacidad de vivir de forma santa, pero la gracia nos capacita. ¡No es de extrañar que la llamemos asombrosa!

Una pregunta que nos hace pensar

Recientemente, en oración, el Señor me preguntó: “Hijo, ¿cómo presenté la gracia en mi libro, el Nuevo Testamento?”.

Como autor que ha escrito más de una decena de libros, la pregunta tenía un importante significado para mí. Permíteme explicarlo. Siempre que utilizo un término nuevo en un libro, uno con el que la mayoría de personas no estarán familiarizadas, quiero dar la principal definición cuando lo introduzco. Después en el libro puedo dar definiciones secundarias. Así, cuando se introduce un término nuevo en el libro de un autor con experiencia, supongo que está basado en la definición principal.

Mi respuesta a la pregunta del Señor fue: “No lo sé”.

Así que sin dudarlo, rápidamente fui a la concordancia de mi Biblia, y encontré cómo introdujo Dios el concepto de la gracia en el Nuevo Testamento. Esto es lo que descubrí: “Ciertamente de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia” (Juan 1:16).

Observa que Juan escribió “gracia sobre gracia”. Tengo un amigo que vive en Atenas, Grecia. Es un hombre que ha nacido allí, y no solo habla griego como su idioma principal, sino que también ha estudiado griego antiguo. Es una de las personas a las que acudo

cuando se trata del idioma griego. Compartió conmigo que el apóstol en realidad estaba comunicando que Dios nos ha dado “la abundancia de gracia más rica”. En otras palabras, el apóstol Juan estaba diciendo que el rebosar, o abundancia, de lo que hace la gracia por nosotros ¡es que nos da la plenitud de Jesucristo! ¿Has oído eso? ¡La plenitud del Cristo mismo! Eso dice mucho, ¡especialmente con respecto a naturaleza, capacidad y poder!

Subrayemos la magnitud de esta frase mediante un par de ejemplos. Supongamos que me acerco a un jugador de baloncesto del instituto. No es de los mejores de su equipo. De hecho, se sienta en el banquillo hasta que quedan dos minutos de partido, y el equipo va ganando o perdiendo por veinte puntos.

Yo le llamo aparte y le digo: “Ahora tenemos los medios científicos para poner dentro de ti la plenitud de LeBron James”, quien es, por supuesto, uno de los mejores jugadores de todos los tiempos en este juego.

¿Cuál crees que sería su respuesta? Él diría: “¡Sí, claro! ¿Qué es exactamente lo que tengo que hacer?”.

Una vez hecho esto, lo has adivinado, no solo empezaría a jugar en su equipo del instituto, sino que su equipo ganaría el campeonato estatal. Conseguiría una beca completa en una universidad, y finalmente sería el primer elegido en las selecciones de la NBA.

O supongamos que me acerco a un empresario en apuros y le digo: “Tenemos nuevos medios científicos para poder poner dentro de usted la plenitud combinada de Donald Trump, Steve Jobs y Bill Gates”.

¿Cuál crees que sería su respuesta? “Lo quiero. ¡Hagámoslo!”, gritaría emocionado. ¿Qué haría después de recibir las plenas capacidades de esos hombres? Comenzaría a pensar en formas de invertir en las que nunca antes había pensado, y llegaría a ser alguien muy exitoso.

La gracia no nos ha dado la plenitud de LeBron James, Steve

Jobs, Donald Trump, Bill Gates, o Albert Einstein, Johann Sebastian Bach, Roger Federer, o ningún otro gran hombre o mujer de la historia. No, ¡nos da la plenitud de Jesucristo mismo! ¿Entiendes la magnitud de esto?

Así que quizás sea una sorpresa, pero en el Nuevo Testamento, ¡Dios no presentó la gracia como un regalo, la salvación o el perdón de pecados! Permíteme ser claro. Siempre estaré agradecido por estos maravillosos beneficios, pero estos llegaron después en el Nuevo Testamento. Dios presentó la gracia como la impartición de la plenitud de Jesucristo. ¡Eso habla de poseer su naturaleza y poder! Por eso Juan declara abiertamente: “pues como él [Jesús] es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17).

Dios presentó la gracia como la impartición de la plenitud de Jesucristo.

¿Alguna vez has oído decir a un ministro: “Realmente no somos distintos de los pecadores, tan solo hemos sido perdonados” o “Tan solo somos indignos gusanos” o “Somos humanos con una naturaleza de pecado y estamos atados a ella”? ¡Cómo puede alguien que lee la Biblia decir estas cosas! Incluso el mundo natural nos enseña mejor.

¿Alguna vez has oído de un león que dé a luz a una ardilla? ¿Alguna vez has oído de un caballo de carreras pura sangre que dé a luz a un gusano? Pues la Escritura dice que somos hueso de sus huesos y carne de su carne (ver Efesios 5:30). Se nos dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios” (1 Juan 3:2). No después, cuando lleguemos al cielo, sino ahora somos los hijos y las hijas de Dios. ¿Cómo podría Dios dar a luz a un indigno gusano? Hemos nacido de Dios, tenemos su simiente en nosotros, tenemos su naturaleza divina. ¡Como Él es, así somos nosotros en este mundo!

No en la vida próxima, ¡sino en este mundo!

Leamos de nuevo las palabras de Pedro:

“Que Dios les dé cada vez más gracia... Mediante su divino poder, Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para llevar una vida de rectitud” (2 Pedro 1:2, 3 NTV).

Cuando se trata de empoderamiento, el regalo de la gracia no es un evento de una vez, que ocurre solo en el momento de la salvación. Es algo que necesitamos continuamente; necesitamos “cada vez más gracia”. Por eso se nos dice: “Por tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para... hallar gracia para cuando necesitemos ayuda” (Hebreos 4:16). ¡Es el combustible que necesitamos en nuestro depósito!

Ahora escucha lo que dice Santiago a los creyentes después de exponer su estilo de vida egocéntrico y adúltero:

“¡Adúlteros! ¿No se dan cuenta de que la amistad con el mundo los convierte en enemigos de Dios?... Y él da gracia con generosidad... pero da gracia a los humildes” (Santiago 4:4, 6 NTV).

Vuelve a leer estas palabras con detenimiento: “Y él da gracia con generosidad”. La Biblia Nueva Versión Internacional lo dice así: “Pero él nos da mayor ayuda con su gracia”. Este empoderamiento inmerecido nos da la habilidad que no teníamos previamente: la capacidad de vivir una vida santa.

Esta gracia, extendida a los que se humillan creyendo en su Palabra, infunde la fortaleza de su naturaleza divina en nuestro ser. Los orgullosos se enfocan en su propia capacidad; los humildes dependen del empoderamiento de Dios. El hermano mayor de David, Eliab, era un hombre orgulloso que no dependía del

empoderamiento de Dios, sino que se enfrentó a Goliath con su propia fuerza (ver 1 Samuel 16-17). David era un hombre humilde que se enfrentó al gigante en las fuerzas de Dios. Sabemos cuál fue el resultado en ambos casos.

Jesús ejemplificó este aspecto de depender de la gracia de Dios. En el huerto de Getsemaní, estaba en medio de una lucha gigantesca. Su carne quería salir de lo que su Padre le había encomendado, pero se humilló a sí mismo en oración mientras sus discípulos dormían. Clamó pidiendo el combustible para soportar su batalla más grande contra el egoísmo. Fue un tiempo de necesidad, y salió valientemente para obtener la gracia empoderadora de su Padre para salir triunfante de la lucha. Los discípulos fallaron, pero no sin primero haber sido advertidos por Jesús: “Porque el espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil” (Mateo 26:41 NTV).

En mi historia de tener que cortar el césped antes de jugar el partido, yo no compré ni merecí ni la podadora de grama ni la gasolina. Ambas cosas fueron regalos de mi padre. La máquina podría representar nuestra nueva naturaleza, la cual se nos da solo una vez. Tenerla me dio el potencial de poder cortar la hierba. Pero sin gasolina, era tan inútil como cuando no tenía la máquina. La gasolina representa el empoderamiento de la gracia. La gasolina no es algo que se recibe una sola vez, ya que necesitaba más cada vez que cortaba la hierba.

La gracia nos dio la naturaleza de Él cuando fuimos salvos, pero necesitamos más y más gracia para empoderar nuestra naturaleza, y así poder vivir como Jesús vivió.

Lo que debemos y no debemos hacer

Volvamos a leer las palabras de Pablo a los Efesios. Tendrán un nuevo significado después de lo que hemos discutido ya.

“Con la autoridad del Señor digo lo siguiente: ya no vivan

como los que no conocen a Dios, porque ellos están irremediablemente confundidos... Han perdido la vergüenza. Viven para los placeres sensuales y practican con gusto toda clase de impureza... Pónganse la nueva naturaleza, creada para ser a la semejanza de Dios, quien es verdaderamente justo y santo” (Efesios 4:17, 19, 24 NTV).

Debería haber una notable diferencia entre los perdidos y los creyentes, no solo en lo que creemos, sino también en la forma en que vivimos. Esto se debe a que tenemos una nueva naturaleza. Pero tenemos que ponérsela. En otras palabras, tenemos que humillarnos creyendo en el empoderamiento de la gracia y cediendo a ella. Míralo de este modo. Mi papá pudo darme la podadora de grama, pero no serviría de nada si yo no le pusiera gasolina, la arrancase y la usase. Esto es ponernos nuestra nueva naturaleza. ¡La usamos!

Pablo continúa describiendo qué es esto en la práctica:

“Así que dejen de decir mentiras. Digamos siempre la verdad a todos porque nosotros somos miembros de un mismo cuerpo. Además, «no pequen al dejar que el enojo los controle». No permitan que el sol se ponga mientras siguen enojados, porque el enojo da lugar al diablo. Si eres ladrón, deja de robar. En cambio, usa tus manos en un buen trabajo digno y luego comparte generosamente con los que tienen necesidad. No empleen un lenguaje grosero ni ofensivo” (Efesios 4:25-29 NTV).

He oído decir: “El Antiguo Testamento está lleno de cosas que se deben y que no se deben hacer, pero el Nuevo Testamento es todo acerca de la gracia”. Incluso se enseña ahora en conferencias e iglesias que la gracia de Dios nos libera de los mandamientos, y muchos lo creen firmemente. Sin embargo, Jesús dijo que solo los

que oyen y obedecen sus mandamientos experimentarán su presencia manifiesta. Estos maestros piensan que están liberando a sus audiencias, cuando en realidad están desviando a las personas de lo que nos lleva a la presencia de Dios. Es descorazonador.

Es un hecho: Jesús nos da mandamientos. Nos ordena: “Por tanto, vayan y hagan discípulos en todas las naciones... Enséñenles a cumplir todas las cosas que les he mandado” (Mateo 28:19-20). No “todas las cosas que les he sugerido”.

En estos tiempos, a muchos les gustan las palabras de Jesús que hablan de soberanía, pero se toman a la ligera las palabras que piden una conducta santa. Dios verdaderamente es soberano, pero sin una conciencia de la libertad de elección de la humanidad, podemos llegar a ver como meras sugerencias sus palabras que nos mandan a tener una buena conducta.

Mandamientos

Los apóstoles nos dieron los mandamientos de Jesús. Permíteme repetir las palabras de Juan: “Podemos estar seguros de que conocemos a Dios si obedecemos sus mandamientos” (1 Juan 2:3 NTV). Después sigue diciendo: “Amar a Dios significa obedecer sus mandamientos” (1 Juan 5:3 NTV).

Pablo escribe: “Ustedes ya conocen las instrucciones que les dimos de parte del Señor Jesús” (1 Tesalonicenses 4:2). Sus palabras inmediatamente después son: “La voluntad de Dios es que sean santos” (1 Tesalonicenses 4:3 NTV). Se espera que obedezcamos los mandamientos de Jesús para vivir una vida santa.

Pedro deja totalmente claro el mandamiento de vivir en santidad. Identifica la trágica realidad de que la gente se apartará de la fe en los postreros días. Escribe que lo que harán es “rechazar el mandato que se les dio de vivir una vida santa” (2 Pedro 2:21 NTV). No solo se nos dan mandamientos en el Nuevo Testamento, sino que específicamente caen bajo la etiqueta de “el mandato... de vivir una

vida santa”.

Si examinamos las palabras del apóstol Pablo en Efesios 4:25-29, vemos mandatos directos de vivir una vida santa:

- No decir mentiras.
- No pecar al dejar que la ira te controle.
- No robar.
- No usar un lenguaje obsceno.

¿Podemos decir sinceramente que no se nos manda a no hacer ciertas cosas en el Nuevo Testamento? Estas cosas a mí me suenan, sin lugar a dudas, como cosas que no debemos hacer. ¿Y a ti?

Míralo de esta forma. Cuando yo era un niño, mi papá me dijo: “Hijo, no corras a la carretera para recuperar el balón sin mirar primero a ambos lados”. Eso era un “no debes hacer algo”, pero no estaba queriendo ser duro o negativo. Simplemente me estaba dando ese mandato para que no muriera pronto, y pudiera vivir una vida larga.

Dios simplemente nos está diciendo lo que no debemos hacer para que podamos vivir una vida plena, productiva y larga. Y lo que es mejor, tenemos la naturaleza divina y el combustible de gracia para cumplir los mandatos.

Deja de decir mentiras

Hablemos ahora de cada una de estas conductas de no debemos que acabo de enumerar.

En mis viajes, he oído y sido testigo de las consecuencias de muchos relatos desgarradores de falta de honestidad entre los cristianos. Recientemente llevé a quince empresarios a Machu Pichu para hacer una excursión caminando cuatro días por el camino Inca. Fue un tiempo maravilloso de vistas y trabajo ministerial y, por decirlo suave, un entrenamiento muy desafiante.

Al andar unas cuantas horas con cada hombre, oí historias recurrentes de sus experiencias con otros empresarios cristianos que mintieron para hacer una venta o un trato. Promesas vacías y compromisos no cumplidos parecían algo común, en vez de la excepción, al tratar con un hermano en la fe. Me contaron que había cristianos que usaban materiales no aptos, quebrantaban los códigos, violaban las reglas, ofrecían servicios que no estaban dando, no respetaban las garantías, y muchas cosas más.

Uno de los hombres me relató una historia acerca de un colega constructor. Los dos hombres estaban construyendo en el mismo desarrollo. Este “hermano” cavaba hoyos en las parcelas de otros propietarios, incluidos los del hombre que caminaba conmigo, para verter en ellos los materiales de desecho. Después los cubría de tierra en vez de pagar para que los materiales se llevaran al lugar destinado para ellos. Oí historias peores en ese viaje, pero este en particular resaltaba porque el “hermano” era el líder de alabanza de una iglesia evangélica en la comunidad.

Mentir no ocurre solo en el comercio, sino también en el gobierno, la educación, el ministerio y la medicina, y entre miembros de la familia y amigos. Mentimos para sobrevivir, proteger nuestra reputación, impulsarnos hasta posiciones deseadas, o acelerar un fin deseado. Mentir es atractivo; puede acelerar el proceso de algo que deberíamos esperar que Dios proveyera.

¿Cuántas veces decimos a personas que estamos orando por ellas cuando no es cierto? Prometemos algo a nuestros hijos y no lo cumplimos. Cancelamos encuentros después de haber dado nuestra palabra. Exageramos para hacernos entender. Estas cosas son mentiras, e inevitablemente su resultado es que hacemos daño a las personas.

Déjame volver a enfatizar este punto tan importante: el beneficio de cumplir los mandamientos de Jesús es la promesa de su presencia. El salmista confirmó esta verdad diciendo: “¿Quién puede entrar a tu [Dios] presencia en tu monte santo?” (Salmos 15:1

NTV). Después dio la respuesta: los que “mantienen su palabra aunque salgan perjudicados” (versículo 4). La versión Traducción en Lenguaje Actual dice: “quien cumple lo que promete aunque salga perdiendo”.

El beneficio de cumplir los mandamientos es la promesa de su presencia.

Si pasamos por alto el mandato de Pablo a los efesios de no mentir, podemos acudir al mandato de Santiago, cuando escribe: “no encubran la verdad con jactancias y mentiras” (Santiago 3:14 NTV). Y Pablo dio un mandato similar a los colosenses: “No se mientan unos a otros” (Colosenses 3:9 NTV). ¡Imagínate esto! Pablo, aquel a quien Dios usó para llevar la revelación de gracia más abundante, nos dio un mandato de no deben. Si aislamos muchas frases en el Nuevo Testamento, tanto de Pablo como de otros apóstoles, podríamos acusarles de ser anti gracia, cuando de hecho no lo son.

Si toda nuestra discusión está centrada solo en que la gracia nos cubre, sin enseñar a los creyentes la conducta empoderadora que acompaña a la gracia, en este caso para no mentir, inevitablemente tendremos una iglesia que justifica su conducta para conseguir un fin deseado. ¿Acaso una enseñanza y creencia desequilibradas sobre la gracia sin enfatizar la santidad nos prepara para esto? ¿Nos enseña a ignorar nuestra conciencia?

No dejes que la ira te controle

Lo siguiente en la lista: no peques al dejar que la ira te controle. He visto los rostros de mujeres y hombres que viven con un cónyuge airado. He oído los relatos del temor que llena un hogar cuando estos que se llaman creyentes estallan en arrebatos de ira.

¿Qué hay de los hijos que viven con padres cuya ira se ha vuelto abusiva y destructiva? Los daños materiales e incluso el daño físico es el resultado de estos estallidos. Las víctimas viven en terror al siguiente estallido. La ira destruye la atmósfera del hogar, el cual deja de ser un refugio. En la iglesia los domingos, parece que a esta familia le va todo bien, pero es todo fachada. Tristemente, hemos escogido tomar a la ligera, o ignorar este mandamiento.

Esta orden no está aislada. En las epístolas hay más mandatos para dejar la ira. Pablo escribe, más directamente: “Líbrense de toda amargura, furia, enojo, palabras ásperas” (Efesios 4:31 NTV). Santiago nos manda: “todos ustedes deben ser... lentos para enojarse. El enojo humano no produce la rectitud que Dios desea” (Santiago 1:19-20 NTV). Pablo de nuevo manda a los colosenses: “pero ahora es el momento de eliminar el enojo, la furia” (Colosenses 3:8 NTV).

Permíteme preguntar una vez más: ¿suena todo esto a mandatos de no hacer ciertas cosas de labios de hombres que recibieron la revelación de la gracia de Dios? ¿Nos hemos perdido algo entonces?

No robes

Dejen de robar. ¿Cuántas veces tomamos prestado dinero y no lo devolvemos? ¿Cuántas veces nos metemos en una enorme deuda? Creemos que la bendición de Dios finalmente se manifestará, así que seguimos ignorando la sabiduría, y la deuda aumenta más. Finalmente nos declaramos en bancarrota, un término aceptado que nos libera de admitir que no hemos pagado lo que les debíamos a otros.

¿Cuántas veces usamos los recursos de nuestro trabajo para uso personal? Eso se llama malversar. Diremos confiadamente: “Soy cristiano salvado por la gracia de Dios”. Pero no estamos obedeciendo los mandamientos de Jesús dados a través de sus apóstoles.

Un pastor con el que trabajé asistía a cada reunión, veía milagros, y alardeaba ante mí de lo fácil que era para él orar durante un largo ayuno. Pero durante todo ese tiempo estaba malversando miles de dólares de la iglesia. Finalmente fue sorprendido. Esta es solo una historia de cristianos que roban, y de algún modo lo justifican.

¿Cuántos hemos mentido en nuestra devolución de impuestos, al no reflejar alguno de nuestros ingresos? En este caso, también se ignora otro de los mandatos de Pablo: “paguen sus impuestos” (Romanos 13:6 NTV). Justificamos nuestro robo por el “mal trabajo” que están haciendo nuestros líderes civiles. Pero ¿cuándo aprenderemos que dos errores nunca solucionan nada?

No uses un lenguaje obsceno o abusivo

Varias traducciones lo dicen de este modo: “Eviten toda conversación obscena” (Efesios 4:29 NVI). Muchas veces he ministrado a personas de las que otros creyentes han abusado verbalmente. Han quedado destrozados por palabras hirientes y dañinas. Su alma estaba herida, y eso tarda tiempo en curar.

Muchas veces he oído conversaciones vanas entre creyentes, incluso historias y chistes fuera de tono en las oficinas ministeriales. El uso de ordinaries desde el púlpito ya no es algo raro.

Recientemente me senté a cenar con una pareja joven que dirige una iglesia estupenda. Admiran y respetan a cierto ministerio global. Les dieron la oportunidad de cenar con uno de los renombrados líderes de esta organización. Durante el transcurso de la cena, él uso una dura ordinariiez varias veces. La pareja estaba asombrada aún meses después.

Hemos malvendido la gracia

¿Qué ha ocurrido? ¿Nos hemos enfriado tanto que hemos desechado por completo el buen comportamiento? ¿Hemos sacrificado nuestro testimonio para ser más relevantes? Estoy cien

por ciento a favor de ser relevante, progresista y avanzado en nuestro pensamiento, pero no a expensas de comprometer la Palabra de Dios.

Debemos hacernos esta pregunta: los apóstoles vieron que era necesario dar mandatos que nos lleven a la conducta santa, entonces ¿por qué no los estamos expresando? ¿Sabemos nosotros más que ellos? ¿Sabemos más que Jesús?

¿Podría ser que el enemigo nos ha seducido como lo hizo con Eva? Esta vez es un poco distinto. Eva era muy consciente del mandato de no comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. El enemigo tenía que arriesgarse a ser descubierto al contradecir directamente la Palabra de Dios. Eso era una tarea delicada para él.

Nosotros se lo hemos puesto muy fácil al diablo. Sencillamente hemos dejado fuera convenientemente algunas de las palabras de Dios. ¿Recuerdas cómo ordenó Dios: “Puedes comer de todo árbol del huerto, pero no debes comer del árbol del conocimiento del bien y del mal”? (Génesis 2:16-17). Por el contrario, algunos hoy dirían: “Puedes comer de todo árbol del huerto”. Punto. Fin de la historia. Dejan fuera el mandamiento de “no deben comer”, el no deben, relacionado con conductas que no son de justos.

En esencia, hemos malvendido la gracia de Dios. Hemos declarado correctamente que salva, perdona, y que es un regalo de su amor. Sin embargo, no hemos declarado que ha cambiado nuestra naturaleza, y nos ha empoderado para no vivir como solíamos hacerlo. Hemos evitado decir a las personas que ahora tienen el empoderamiento para dejar a un lado las malas conductas. El resultado de este silencio es que los creyentes son ignorantes de la santidad, y se pierden la presencia de Dios.

Nuestras acciones importan

Recientemente, estaba en medio de mi lectura bíblica de la

mañana. En ese momento estaba leyendo de los Salmos y de Hebreos. Había terminado mi porción de Salmos y estaba acudiendo a Hebreos cuando sentí fuertemente que el Espíritu Santo me decía: “No, no leas Hebreos. Lee Apocalipsis”.

Había comenzado a leer Apocalipsis hacía unas cuantas semanas, también dirigido por el impulso del Espíritu Santo. Leí los dos primeros capítulos, pero me entristece decir que perdí el interés. Al día siguiente regresé a mi programa de lectura. Ahora, dos semanas después, regresé al lugar donde me había quedado en el capítulo tres. Estaba a punto de caerme al suelo por las palabras de Jesús a la iglesia de Sardis:

“Yo sé todo lo que haces y que tienes la fama de estar vivo, pero estás muerto” (Apocalipsis 3:1 NTV).

Primero, observa que Jesús dice “Yo sé todo lo que haces”, no “lo que crees”. No dice: “Yo conozco tus intenciones”. En otra traducción dice: “Yo conozco tus obras”. Está claro que se está refiriendo no a la justicia posicional de la iglesia, sino a su santidad externa: sus obras, conducta, decisiones diarias, y demás.

Identifica a esta iglesia como una que tiene la reputación de estar viva. ¿Qué daría esta impresión? ¿Podría ser que está creciendo y es popular, las reuniones son emocionantes, y la atmósfera es vibrante? Recuerda: sin darnos cuenta, podemos sustituir la presencia por la atmósfera. Si vas a un concierto de música pop, hay multitudes, un entusiasmo contagioso y una gran anticipación de una noche fabulosa, pero ¿están estos espectáculos en consonancia con el corazón de Dios?

Una pregunta importante para descifrar si una congregación está viva o muerta es esta: ¿estamos obedeciendo las palabras de Jesús, o estamos desarrollando una comunidad muy unida que de hecho se está apartando de sus mandatos? Otra pregunta que deberíamos hacer es: ¿estamos proclamando la verdad que trata la condición del

corazón, que tiene como resultado una conducta cambiada, o mensajes que acarician nuestras emociones y estimulan nuestros intelectos?

Después de esta declaración de apertura, Jesús sigue diciendo:

“¡Despierta! Fortalece lo poco que te queda, porque hasta lo que queda está a punto de morir. Veo que tus acciones no cumplen con los requisitos de mi Dios” (Apocalipsis 3:2 NTV).

De nuevo, Jesús identifica las acciones de ellos, no sus creencias. Como dije antes, hay cosas que se deben, y no se deben hacer en el Nuevo Testamento; estos mandatos tratan nuestras acciones. Según Jesús, esta iglesia no está siguiendo y aceptando un estilo de vida de santidad. Después dice:

“Vuelve a lo que escuchaste y creíste al principio, y retenlo con firmeza. Arrepiéntete y regresa a mí. Si no despiertas, vendré a ti de repente, cuando menos lo esperes, como lo hace un ladrón” (Apocalipsis 3:3 NTV).

Recuerda que Jesús está hablando a la iglesia, no a la ciudad, de Sardis. Pero si sus palabras fueran solo para esta histórica iglesia, no estarían en las Escrituras. El hecho de que estén significa que tienen una aplicación profética hoy. Y son válidas para los creyentes, tal y como lo fueron cuando se dijeron por primera vez. Estas palabras son para nosotros, porque la Palabra de Dios es viva. Así que a partir de ahora haré referencia a la declaración de Jesús en este contexto.

Jesús nos manda a regresar a lo que creíamos en el principio. En otras palabras, nos hemos desviado de vivir santamente. Hemos desarrollado una doctrina de gracia que nos permite vivir de una

forma no diferente a los no creyentes de nuestra comunidad. Es una enseñanza aparentemente buena, pero ¿es Palabra de Dios?

Jesús le dice a la Iglesia que se arrepienta, y regrese a sus palabras. Hay maestros modernos que declaran que una vez que somos cristianos, ya no tenemos que arrepentirnos porque todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros son automáticamente perdonados. Si este es el caso, ¿por qué nos dice Jesús, a su Iglesia, que nos arrepintamos y regresemos a Él?

Si miras las enseñanzas desequilibradas sobre la “gracia” que están atrayendo actualmente a multitudes, muchas de ellas se propagan mediante líderes que crecieron oyendo mensajes legalistas, mensajes torcidos sobre la santidad. Sí, la santidad ha sido mal representada en muchos círculos, pero eso no cambia el hecho de que es fundamental para el cristianismo. A lo largo de la historia de la Iglesia, el llamado a una vida santa ha sido una parte esencial de nuestra misión colectiva, y nuestras tareas individuales. Debemos regresar a nuestros cimientos: lo que “oímos y creímos al principio”.

Jesús continúa:

“Sin embargo, hay algunos en la iglesia de Sardis que no se han manchado la ropa con maldad. Ellos caminarán conmigo vestidos de blanco, porque son dignos”
(Apocalipsis 3:4 NTV).

Observa las palabras “manchado la ropa”. Recuerda las palabras de Pablo que nos preparan para la presencia de Dios: “limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, y perfeccionémonos en la santidad y en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1). Jesús está corrigiendo el curso de la Iglesia con un llamado a regresar a una vida santa, y a no manchar la ropa de la carne y el espíritu con un estilo de vida no santo. Esto nos mantiene en un estado de estar preparados tanto para su presencia como para su regreso, porque después dice: “Benditos son todos los que me esperan y tienen su

ropa lista” (Apocalipsis 16:15 NTV). Concluye con:

“Todos los que salgan vencedores serán vestidos de blanco. Nunca borraré sus nombres del libro de la vida, sino que anunciaré delante de mi Padre y de sus ángeles que ellos me pertenecen. Todo el que tenga oídos para oír debe escuchar al Espíritu y entender lo que él dice a las iglesias” (Apocalipsis 3:5-6 NTV).

Que borren tu nombre del libro de la vida es un asunto bastante serio. Sin embargo, estas palabras vienen directas de la boca de nuestro Salvador. Es importante que escuchemos y prestemos mucha atención a lo que dice el Espíritu de Dios a través de la Palabra escrita de Dios, y que no pasemos por alto esas frases que quizás no se ajustan a lo que creíamos previamente o a lo que por lo general se enseña.

Dios nos ha hecho justos; nunca podremos hacer nada para ganarnos esta posición en Cristo. Sin embargo, un estilo de vida que corresponda con una conducta santa es obviamente muy importante a sus ojos.

Pablo escribe: “Pues la gracia de Dios ya ha sido revelada, la cual trae salvación a todas las personas. Y se nos instruye a que nos apartemos de la vida mundana y de los placeres pecaminosos. En este mundo maligno, debemos vivir con sabiduría, justicia y devoción a Dios” (Tito 2:11,12 NTV). Este es un mandato muy claro. ¿Por qué, pues, no estamos pregonando esta verdad desde nuestras plataformas?

No dejemos nunca de enseñar que no podemos ganarnos el favor, el perdón o la salvación de Dios. Sigamos gritando esa buena nueva. Sin embargo, dejemos de malvender su gracia. ¡Proclamemos esta verdad de manera completa!

¿BUENO O BENEFICIOSO?

“Ustedes dicen: «Se me permite hacer cualquier cosa», pero no todo les conviene”. —1 Corintios 10:23 NTV

“La santificación completa no es solo esencial como la condición para entrar al cielo, sino... también es necesaria para obtener los mejores resultados de la vida cristiana en la tierra”. —Dougan Clark

Como ministro que frecuentemente habla y comparte, es especialmente refrescante oír mensajes de otros hombres y mujeres de Dios. Hace poco disfrutaba de una de estas ocasiones. El pastor que estaba hablando es muy respetado en nuestra nación, dirige una iglesia grande, y es conocido por su visión acerca del desarrollo de la iglesia local. Su mensaje era interesante, alentador y revelador. Miles escuchaban con mucha atención en el auditorio.

En un momento hizo un comentario que parecía bueno, sabio y humilde, pero no me cayó bien. Dijo: “Lo que voy a decir ahora quizás suene un poco negativo. Por lo general no hablo así, porque no llevo a las personas a convicción con mis mensajes. Yo le dejo toda la convicción al Espíritu Santo”.

Intenté sacudirme la inquietud en mi espíritu, pero no podía. En el pasado había oído a otros líderes decir palabras similares. La lógica parecía sensata; entonces, ¿por qué estaba preocupado? Entonces pensé en las palabras del apóstol Pablo a un joven aprendiz llamado Timoteo. Después del servicio busqué el versículo:

“Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta...” (2 Timoteo 4:2).

Permíteme compartir primero el contexto de este versículo. En el tiempo que Pablo escribió esta carta, Timoteo estaba pastoreando la

iglesia grande en Éfeso. Este capítulo del Nuevo Testamento contiene las últimas palabras escritas de Pablo, no solo a su joven aprendiz, sino también para todos nosotros. Imagino que él tenía un sentido de finalidad, y escogió su tema y sus palabras con mucho cuidado.

No quería tan solo un conocimiento superfluo de lo que quiso decir Pablo con “redarguye, reprende, exhorta”, así que comencé mi búsqueda. Primero fui a la versión en inglés Amplified Bible buscando aclararlo, pero antes de llegar al versículo citado arriba, el versículo anterior captó mi atención:

“Te ENCARGO delante de Dios y del Señor Jesucristo, quien juzgará a los vivos y a los muertos” (2 Timoteo 4:1).

La palabra encargar está traducida en letras mayúsculas; no he cometido un error. Esto se hizo así para darle énfasis. Contacté a mi amigo Rick Renner, un erudito desde hace mucho tiempo del lenguaje griego, y le pregunté el significado exacto de esto. Su respuesta:

La palabra griega “ENCARGO” es *diamarturomai*, una palabra que se usaba cuando los oficiales tomaban bajo juramento un cargo público. La persona que les tomaba el juramento del cargo ponía a todos los dioses por testigos para que vieran y escucharan, poniendo una gran seriedad sobre quien hacía el juramento, y después el que tomaba el juramento del cargo le “encargaba” que hiciera su trabajo con responsabilidad y recordara que los dioses estaban mirando. En el contexto a Timoteo, Pablo estaba diciendo (paráfrasis): “Pongo a Dios por testigo para que vea mientras recibes las palabras que estoy a punto de hablarte...”. Era una palabra muy, muy solemne que le decía a Timoteo que sería mejor que se tomara en serio lo que estaba a punto de oír, porque

Dios mismo estaba observando y escuchando, y por eso el resto del versículo habla de juicio... Pablo quería que Timoteo entendiera la seriedad de lo que estaba a punto de decir, y lo que estaba a punto de escuchar. Esta palabra “encargo” es una palabra que ponía una gran responsabilidad sobre el receptor.

Pablo fue muy fuerte con este joven pastor (y con nosotros), asegurándose de que su orden no se interpretara como algo opcional. Como dijo Rick, Pablo hizo este encargo en presencia de Dios y de Cristo Jesús. En otras palabras, Dios juzgaría a Timoteo, y a cualquier otro ministro, si no prestaba atención a este mandato. Este es el mandato:

“Predica la palabra de Dios. Mantente preparado, sea o no el tiempo oportuno. Corrige, reprende y anima a tu gente con paciencia y buena enseñanza” (2 Timoteo 4:2 NTV).

Un ministro del evangelio debe “mostrar a la gente de qué forma sus vidas están mal”. ¡Eso distingue!

Lo primero que pensé acerca del mensaje que había oído fue: “No me extraña que la frase del pastor no me sonara bien”. Parecía buena, pero de hecho no era la verdad. Ya fuera consciente o inconscientemente, él había escogido algo que parecía bueno, antes que a Dios. Este líder puso la responsabilidad sobre el Espíritu Santo, pero Pablo claramente dice que la responsabilidad realmente es nuestra.

Recientemente, un pastor muy conocido y su esposa estaban siendo entrevistados en un programa de noticias internacional. El entrevistador sacó el tema de la inmoralidad sexual, y la respuesta de ellos fue: “No es nuestra tarea decirle a nadie cómo debería vivir”.

Sé que esta pareja ama a las personas. Quieren ver a los perdidos

oír el evangelio, y llegar a conocer a Jesús. Su visión es grande; sería fabuloso si todos los ministros tuvieran la apasionada determinación que tienen ellos. Sin embargo, ¿alteramos nuestro encargo directo de Dios de “mostrar a la gente de qué forma sus vidas están mal”, y lo reemplazamos por nuestra buena filosofía de “no decirle a la gente cómo debería vivir”?

¿Fue esta la táctica de los apóstoles? En una ocasión, Pablo declaró su estrategia a un rey inconverso:

“Por lo tanto, rey Agripa, obedecí esa visión del cielo. Primero les prediqué a los de Damasco, luego en Jerusalén y por toda Judea, y también a los gentiles: que todos tienen que arrepentirse de sus pecados y volver a Dios, y demostrar que han cambiado, por medio de las cosas buenas que hacen” (Hechos 26:19-20 NTV).

Decir a los no creyentes que tienen que arrepentirse de sus pecados, y después de su conversión demostrar que han cambiado, es tratar directamente el asunto de cómo deben vivir. Tristemente, las filosofías evangelísticas de Pablo y de la pareja que estaba siendo entrevistada son completamente opuestas. Una es de Dios; la otra es buena.

Pablo demostró su decisión a adherirse a la estrategia divina cuando surgió la oportunidad de hablar a otro líder notable y no creyente, y a su esposa. Examina su táctica a través de los temas que trató:

“Unos días después, Félix regresó con su esposa, Drusila, quien era judía. Mandó llamar a Pablo, y lo escucharon mientras les habló acerca de la fe en Cristo Jesús. Al razonar Pablo con ellos acerca de la justicia, el control propio y el día de juicio que vendrá, Félix se llenó de

miedo. «Vete por ahora -le dijo-. Cuando sea más conveniente, volveré a llamarte»” (Hechos 24:24-25 NTV).

Félix mandó buscar a Pablo porque él y su esposa estaban interesados en escuchar el mensaje de Pablo acerca de la vida eterna. Dos de los temas principales que trató con esta pareja no creyente fueron la disciplina moral y el juicio venidero. Las palabras de Pablo fueron tan fuertes, que hicieron que ellos se incomodaran mucho. ¿Cómo se acomoda esto a nuestra táctica moderna de ministrar a los perdidos? Hay algunos líderes de iglesias cuyo principal objetivo es conseguir que los que han visitado su iglesia lo vuelvan a hacer el siguiente domingo. Claro que conseguir que la gente regrese a la iglesia al siguiente domingo es bueno, pero no es el principal objetivo. El objetivo de Pablo no era crear en las personas un deseo de regresar a otro servicio, sino proclamar fielmente la verdad.

Recientemente, asistí a una reunión de un joven pastor muy popular. Estaba realizando un tour proclamando su mensaje del amor de Dios. Más de mil personas habían llenado el auditorio para escucharle. La atmósfera era electrizante; la gente estaba entusiasmada por escuchar las palabras de este joven líder. Antes de su mensaje, la audiencia fue informada dos veces, por el mánager del líder y por el líder mismo, de que solo escucharíamos “buenas noticias” y que no diría nada “negativo” esa noche. “Buenas noticias” se presentaba como lo contrario a algo “negativo”. Sin embargo, hay veces en que las buenas noticias inicialmente parecen negativas, en especial si producen una corrección de curso en nuestra vida. Pero si esa corrección de curso nos salva del camino de muerte, entonces ¿cómo deberíamos considerarlo?

Una vez en la plataforma, este pastor conectó con la audiencia usando un humor astuto durante los primeros veinte minutos. Después compartió acerca del amor apasionado de Dios por nosotros. Fue un mensaje alentador y reconfortante. Después ofreció la oportunidad de salvación sin llamar a los congregados a

corregir el curso de su vida: olvidar su amor por el mundo o desobedecer a Dios. No se dijo nada del arrepentimiento de pecados, una enseñanza fundamental que tiene que acompañar a la salvación (ver Hebreos 6:1). Muchos respondieron a su oferta esa noche.

¿Estaba en consonancia el mensaje de este pastor con el mensaje de Pablo al rey Agripa, o a Félix y Drusila? ¿Estaba en consonancia su mensaje con las palabras de Pedro, que firmemente les dijo a quienes querían la salvación: “Ahora pues, arrepíentanse de sus pecados y vuelvan a Dios para que sus pecados sean borrados”? (Hechos 3:19 NTV). ¿Se fueron de ese lugar los impíos siendo salvos?

Extremos opuestos

Preguntemos de nuevo: ¿por qué es tan fácil mover el péndulo al lado totalmente opuesto, tan lejos del legalismo que menospreciamos, hasta el punto de que ahora omitimos los elementos claves del evangelio?

Muchos de los líderes actuales fueron criados por lo que ahora se consideran unos padres de la iglesia rígidos. En el siglo XX, esos padres no tuvieron miedo de confrontar y exponer el pecado; nos llamaron a una vida santa. En esos años no había tantas megaiglesias como hay en la actualidad. Los mensajes firmes y condenatorios de la Escritura a menudo hacían huir de las iglesias a los inconversos que no eran sinceros.

En algún momento más adelante, a modo de movimiento estratégico, algunos líderes decidieron que se podían levantar grandes audiencias acudiendo a mensajes positivos y edificantes. Restamos importancia a la convicción, la reprensión y la corrección, buscando en la Biblia mensajes alentadores. Dejamos de decirles a las personas de qué forma sus vidas no están en obediencia a la Palabra de Dios. Esta se ha convertido en nuestra estrategia en el siglo XXI. Sin embargo, lee la continuación del mandato de Pablo a

Timoteo:

“Predica la palabra de Dios. Mantente preparado, sea o no el tiempo oportuno. Corrige, reprende y anima a tu gente con paciencia y buena enseñanza” (2 Timoteo 4:2 NTV).

Aquí tenemos lo que significan estas tres importantes palabras griegas en este versículo: elegcho, epitimao y parakaleo. La definición que da Strong's de elegcho es “convencer, decir una falta, reprender, reprobar”. El diccionario The Complete Word Study Dictionary es más específico en su definición: “En el Nuevo Testamento, convencer, demostrar que alguien está equivocado y avergonzarle así”. ¡Eso es fuerte!

La segunda palabra, epitimao, se define como “(de forma directa) encargar, reprender”. ¡Eso es directo! La tercera palabra, parakaleo, se define como “consolar, animar”. Este es el aspecto de edificar; sin duda es necesario.

Enfocándose en las dos primeras palabras, Pablo ordenó a los ministros que predicaran mensajes que condenaran, reprendieran, reprobaran, señalaran las faltas, y demostraran que alguien estaba equivocado. Al oír estas palabras definidas, tenemos que cuestionar el paradigma del liderazgo actual en la iglesia occidental. ¿Es la estrategia de hoy la sabiduría de Dios, o la sabiduría de lo bueno? Al viajar constantemente a conferencias e iglesias durante más de veinticinco años, puedo decir sinceramente que nos hemos desviado hacia lo bueno.

Podría compartir innumerables historias de este tipo, pero permíteme contar solo una más. Me pidieron hablar en una iglesia muy grande en la parte noroeste de los Estados Unidos. Admiro a su líder y su trabajo, y deseaba el momento de estar con él, con su esposa, con su equipo de líderes y con la iglesia.

Pocas semanas antes del evento, recibí un correo electrónico del

pastor que decía: “John, estamos anticipando tu llegada, y que hables a la vida de nuestra iglesia. Mientras preparas tus mensajes, sería bueno para mí compartir contigo nuestra cultura. Somos una iglesia positiva; nuestra congregación no está acostumbrada a escuchar mensajes negativos. Así que cuando te dirijas a nuestra congregación, por favor, mantén tus mensajes en torno a un tema positivo y alentador”.

¿Es la estrategia de hoy la sabiduría de Dios, o la sabiduría de lo bueno?

La pregunta vuelve a surgir: ¿cómo encaja esta “sabiduría” en lo que Pablo encargó hacer a Timoteo? Para compararlo, enumeraré en el lenguaje original los “positivos”, y lo que hoy hemos llegado a considerar “negativos”.

Positivo: 1) parakaleo: consolar, animar

Negativo: 1) elegcho: condenar, decir una falta, reprender, reprobar; demostrar que alguien está equivocado.

2) epitimao: (directamente) encargar, reprender

Hay tres mandatos de Pablo. Dos de los tres se consideran “negativos”, y solo uno es “positivo”. Permíteme decirlo de otra forma: el 67 por ciento son “correctivos”, y el 33 por ciento son “de afirmación”. No estoy queriendo decir que el 67 por ciento de nuestros mensajes debieran ser correctivos. Sin embargo, lo que deberíamos preguntarnos es: ¿estamos desbalanceados? Si nuestro objetivo es un cien por ciento de enseñanza alentadora y edificante en nuestras iglesias, entonces ¿podríamos tener ahora un grupo de personas cada vez más positivas que crean que están en el objetivo correcto de Dios, cuando en realidad se están desviando cada vez más de su carácter y presencia?

La esencia del mandato

El escritor de Hebreos nos informa:

“Ninguna disciplina resulta agradable a la hora de recibirla. Al contrario, ¡es dolorosa! Pero después, produce la apacible cosecha de una vida recta para los que han sido entrenados por ella” (Hebreos 12:11 NTV).

Hay dos puntos importantes aquí. Primero, la disciplina ¡es dolorosa! El aliento no es doloroso; la reprensión, corrección y exponer una falta sí lo son. Segundo, la disciplina de la que habla el escritor de Hebreos es la de entrenar para una vida recta.

La pregunta que deberíamos hacer ahora es: ¿cómo nos entrena Dios? Si regresamos a lo que Pablo le escribió a Timoteo, todo tiene sentido:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra... Te encargo delante de Dios y del Señor Jesucristo, quien juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Timoteo 3:16-17; 4:1-2).

De nuevo, ¿observaste las palabras enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia? ¿Observaste también que la Escritura nos prepara para toda buena obra, y que Pablo después ordenó a Timoteo y a nosotros que prediques la palabra (Escritura)? Poniéndolo todo junto, esto es básicamente lo que se estaba

ordenando:

Timoteo, y cualquier otro ministro del evangelio, este es un hecho: la disciplina divina es dolorosa, pero nos entrena para vivir una vida santa. Dios nos disciplina (entrena) mediante la Escritura hablada inspirada, que también equipa adecuadamente al hombre o la mujer que tiene que hablar por Dios. Por lo tanto, predica la Palabra, las Escrituras. Porque tú, como mensajero de Dios, tienes que enseñar a la gente en qué forma su vida está equivocada. Esto se logra usando adecuadamente las Escrituras para administrar amorosamente la reprensión, la convicción de pecado, la corrección, la disciplina en obediencia y el ánimo. Este es el proceso divino para entrenar a los oyentes para que vivan vidas santas (paráfrasis).

Me doy cuenta de que esto es tan diametralmente opuesto a la cultura de la iglesia de nuestro siglo XXI que para muchos pueda parecer impactante. Pero ¿queremos una iglesia fuerte o una iglesia mal dirigida? ¿Queremos cultivar personas saludables o engañadas? Estas instrucciones se dan para que no nos alejemos inconscientemente del corazón de Dios. Si queremos caminar de forma segura con Jesús, debemos estar cimentados en la Escritura. Es imposible reconciliar nuestra cultura actual con las directrices del Nuevo Testamento. ¡Hagamos el cambio, y observemos cómo emerge una iglesia saludable!

¿Deseable o beneficioso?

Pablo, por inspiración del Espíritu Santo, previo ministros y otros que no prestan atención a este mandato, y anticipó la caída resultante:

“Llegará el tiempo en que la gente no escuchará más la sólida y sana enseñanza. Seguirán sus propios deseos y buscarán maestros que les digan lo que sus oídos se mueren por oír” (2 Timoteo 4:3 NTV).

¡Bienvenidos a ese tiempo! Preguntemos: ¿qué es más deseable: un mensaje de aliento, feliz, positivo, ligero? ¿O un mensaje de advertencia, reprensión, corrección, decir las faltas y convicción?

A todos, yo incluido, nos gustaría que nos hablaran con un contenido que refleje el primer tipo de mensaje. Yo soy una persona positiva, así que tiendo a gravitar de forma natural hacia el mensaje optimista. Si se da la opción de escoger, cualquier ser humano normal haría lo mismo.

Si hay dos iglesias cercanas la una de la otra, y sabes que en una de ellas podrías oír palabras que irían directas hacia tu conducta pecaminosa, y en la otra solo oyeras una palabra optimista y alentadora, escogerías la última. Esto es lo que Pablo dijo que sucedería al final, que la gente escogería lo bueno en lugar de lo eterno. La pregunta correcta no es qué es más deseable, sino ¿qué es más beneficioso?

Seamos sinceros. La mayoría de las personas no quieren oír acerca de esta crítica elección entre mensajes. Pero piensa en este ejemplo. A un hombre llamado Steve le han diagnosticado cáncer. El tumor está en su estado inicial, y extraerlo quirúrgicamente podría fácilmente acabar con su amenaza. El médico dice: “Podemos extraerlo con una operación sencilla”.

Steve entonces va y pide una segunda opinión. Este segundo médico no presta atención a la investigación quirúrgica, o la enseñanza que recibió cuando era estudiante de medicina. Tan solo le gusta ser médico y ayudar a la gente a su manera. Le dice a Steve que no se preocupe. Todo está bien y tiene una gran vida por delante. Este médico dice de manera entusiasta: “Steve, su salud está en buenas manos”.

Steve sale aliviado de la consulta del segundo médico. Piensa: “¡Qué doctor tan amable! Habló bien de mí. Me siento muy animado”. Ahora está un poco más decepcionado con el primer médico por ser tan negativo, y pedirle que se sometiera a esa

operación que sería un poco incómoda, dolorosa y cara. Le hizo ver a Steve que su estado de salud era grave. Su forma fue directa, y no le alentó mucho.

Gracias a la segunda opinión, Steve cree que no tiene nada por lo que deba preocuparse. Sin embargo, dos años después Steve está muy enfermo y a pocas semanas de su muerte, porque el pequeño tumor creció hasta alcanzar un tamaño que pone en riesgo su vida. Invadió muchos órganos vitales de su cuerpo. Ningún tratamiento podrá ayudar ahora a Steve.

Dos años antes, fue más fácil escuchar al médico positivo, pero ¿qué era más necesario entonces, la verdad o los halagos, la medida correctiva o la charla positiva? A Steve le dijeron que estaba sano, cuando en verdad no lo estaba. Es demasiado tarde para echar el tiempo atrás. Él desearía haber escuchado la verdad.

¿Podría ser este el lugar donde nos encontramos ahora espiritualmente en la iglesia occidental, tanto a nivel de líderes como de miembros de iglesia?

Hubo un tiempo en la historia de Israel en que los líderes religiosos adoptaron un ministerio exclusivamente positivo. Evitaban la confrontación, y solamente hablaban de manera alentadora. Dios declaró la forma en que Él veía sus mensajes: “Ofrecen curas superficiales para la herida mortal de mi pueblo. Dan garantías de paz cuando no hay paz” (Jeremías 8:11 NTV). Es interesante que el mensaje que hablaban no era esencialmente distinto al que le dio a Steve el segundo médico.

“¡No me gustan sus mensajes!”

No recibir la corrección de la verdad es un problema muy antiguo. En un período de tiempo distinto, un rey de Israel planeó un esfuerzo. Llamó a cientos de consejeros espirituales, y les preguntó si sus planes tendrían éxito. Estos consejeros tuvieron una gran oportunidad de decirle al rey la verdad, pero uno a uno

respondieron: “Sí, tendrás éxito”. Además presagiaron lo bueno que vendría por medio de su acción.

El rey de Judá también estaba presente, y su corazón era tierno hacia Dios. Anhelaba la verdad, lo cual le dio discernimiento. No sintió la voz del Señor, aunque todos los consejeros espirituales estaban diciendo lo mismo. Él siguió buscando la palabra con la que pudiera identificarse su sensible corazón.

Finalmente, el rey de Judá preguntó al líder de Israel: “¿No hay otros consejeros que puedan hablar con precisión?”.

El rey de Israel respondió: “Hay un hombre más que podría consultar al Señor por nosotros, pero lo detesto. ¡Nunca me profetiza nada bueno, solo desgracias!” (1 Reyes 22:8 NTV). Sin embargo, para calmar a este mandatario, el rey de Israel pidió que ese consejero tan “negativo” acudiera ante la asamblea real.

El nombre de este profeta era Micaías, y el mensajero del rey que lo encontró dijo: “Mira, los demás profetas a una voz predicen el éxito del rey. Habla favorablemente, para que tu mensaje concuerde con el de ellos” (1 Reyes 22:13 NVI).

La respuesta de Micaías fue: “Tan cierto como que el Señor vive, solo diré lo que el Señor me indique” (1 Reyes 22:14 NTV). Así lo hizo, y fue una palabra correctiva que enojó al rey. Pero al final, todos los consejeros positivos estaban equivocados en cuanto al resultado, mientras que Micaías estaba en lo cierto.

¿Dónde están hoy esos consejeros o ministros como Micaías? ¿Por qué no estamos escuchando sus convicciones y advertencias de protección de una forma más regular? ¿Por qué sus libros que nos llaman a la santidad no se convierten en éxitos de ventas? ¿Por qué no son los conferencistas más populares? ¿Por qué no son los más vistos en YouTube?

Dios dejó claras sus directrices de liderazgo mediante el apóstol Pablo. Sin embargo, nosotros enseñamos otra cosa. A mí, un pastor muy prominente me dijo una vez comiendo: “John, si miras a la

mayoría de los pastores de nuestro país con iglesias exitosas, están predicando mensajes de esperanza, gracia y ánimo”. Uno de sus asociados además añadió: “John, quizás debas reevaluar lo que has estado enseñando en cuanto al tema de la gracia”. A él le costaba aceptar el aspecto transformador y empoderador de la gracia.

Necesitamos esperanza y aliento, pero también necesitamos corrección, disciplina y convicción. Esto es lo que Pablo encargó a Timoteo. ¿Por qué tiene que ser o todo o nada? ¿Por qué nos tenemos que ir hasta el extremo opuesto del péndulo? Ofrezcamos todo lo que Pablo le dijo a Timoteo.

El ingrediente clave

Permíteme darte otra ilustración. Un vendedor de automóviles usados astuto y deshonesto te dirá lo que tú quieres oír. Sonreirá, se reirá contigo, te dirá lo buen tipo que eres, y que como eres muy inteligente, el auto que escogiste es el mejor de todos los que tiene. Quizás piensas: “Vaya, ¡ni siquiera mi esposa me anima tanto!”. La razón es que tu esposa te ama, pero este hombre te está halagando para conseguir tu dinero. Esto nos lleva al ingrediente más importante para enmarcar nuestros mensajes: amor. En el Cuerpo de Cristo, nuestros mensajes deben estar bañados de amor, y deben proceder de un corazón compasivo.

Un joven se me acercó una vez a mi mesa de libros después de una reunión. Me sonrió y me dijo: “Al igual que usted, yo también he sido llamado a hablar proféticamente, llevando corrección a la iglesia”.

La forma en que lo dijo me hizo sentir incómodo. Sentí que quería regañar a la gente más que interesarse genuinamente por su bienestar.

“¿Quiere saber el secreto para hablar proféticamente?”, le pregunté.

Él se animó, creyendo que le daría un consejo para un ministerio

de éxito.

“Todo el tiempo que usted dé una palabra de corrección o desafío”, le dije, “debe amar por completo a las personas a quienes les está hablando”.

Me miró con una expresión de asombro. Tras unos momentos respondió: “Creo que Dios tiene que seguir trabajando en mí”. Me gustó mucho que lo admitiera.

A menudo, yo también he luchado con dar mensajes de confrontación. Amo mucho a la gente, amo a la iglesia, y amo a los líderes de Dios. Mientras escribo este libro o hablo correctivamente, mi corazón se duele porque quiero alentar y afirmar. Pero por otro lado, sé que el amor verdadero no halaga; es veraz. Dice lo que es necesario decir para llevar sanidad a los oyentes. Pablo escribe que tenemos que decir la verdad en amor, y que al hacerlo haremos que muchos oyentes crezcan y maduren en Cristo (ver Efesios 4:15).

El amor verdadero no halaga; es veraz.

Ha habido ministros que proclamaron mensajes de corrección, enfatizando la santidad de una forma no muy amorosa. Tenían poca o nada de compasión por aquellos a los que se dirigían. Eso es muy trágico y costoso. Todos debemos estar motivados, movidos e incluso consumidos por el amor hacia las personas a las que hablamos, o de lo contrario no deberíamos decir nada. Deberíamos anhelar apasionadamente su bienestar más que cualquier otra cosa. No debemos hablar con una actitud de fondo de “te lo dije”, “sé más que tú” o “soy mejor que tú”. Debemos comunicar con fervor, queriendo lo mejor para ellos. Debemos estimar a nuestra audiencia, o a aquellos con los que interactuamos en varios entornos como más importantes que nosotros mismos. Este es el corazón de Dios,

Jesucristo y el Espíritu.

Coaching de vida santa

“Las heridas de un amigo sincero son mejores que muchos besos de un enemigo”. —Proverbios 27:6 NTV

“Todo aquello que rebaja o destruye la santidad de Dios por medio de una falsa idea del amor de Dios, es infiel a la revelación de Dios dada mediante Jesucristo”. —Oswald Chambers

Un coach de vida es una persona cuyo trabajo es mejorar la calidad de la vida de otra persona. En cierta medida, el apóstol Pablo nos manda a ser coaches espirituales. Siguiendo los caminos prescritos de Dios, mejoramos la calidad no solo de nuestras vidas, sino también de las vidas de aquellos a los que les hacemos coaching.

No podemos mejorar los caminos de Dios. Adán y Eva lo intentaron, y fallaron miserablemente. Fueron los primeros de muchos que intentaron esta locura. Así que como coaches, no solo debemos instruir, sino también debemos advertir y corregir. Cuando no corregimos, permitimos que aquellos a quienes hacemos coaching sigan por un camino de dolor y destrucción. De nuevo, por esta razón Pablo anima a Timoteo: “Predica la palabra de Dios. Mantente preparado, sea o no el tiempo oportuno. Corrige, reprende y anima a tu gente con paciencia y buena enseñanza” (2 Timoteo 4:2 NTV).

Al comienzo de la carta de Pablo a la iglesia efesia, habla de nuestra nueva naturaleza pareada con la gracia empoderadora. La combinación de estas dos características posiciona a un creyente para una vida transformada. Esto le da al creyente la capacidad de identificarse con Cristo, y también de mantenerse alejado del camino del peligro.

Pablo da después una lista de mandatos que definen esta vida. No son pesados o imposibles, como eran los mandatos del Antiguo Testamento. Son meramente la conducta que se espera de nosotros porque tenemos una nueva naturaleza.

Ahora leamos el recordatorio de su lista:

“Que no haya ninguna inmoralidad sexual, impureza ni avaricia entre ustedes. Tales pecados no tienen lugar en el pueblo de Dios. Los cuentos obscenos, las conversaciones necias y los chistes groseros no son para ustedes. En cambio, que haya una actitud de agradecimiento a Dios... No se emborrachen con vino...” (Efesios 5:3-4, 18 NTV)

De nuevo, esto se parece a una lista de prohibiciones. Para reiterar, no es una lista de mandatos que, si se obedecen, nos salvará. Más bien es una lista para mantenernos alejados de una relación adúltera con el mundo, a fin de que podamos permanecer en la presencia manifiesta de Jesús. Permíteme enumerar de nuevo todas las conductas pecaminosas.

Las que se trataron en un capítulo previo fueron:

- No decir mentiras.
- No pecar dejando que la ira te controle.
- No robar.
- No usar un lenguaje sucio o abusivo.

El resto de la lista es:

- No ser sexualmente inmoral.
- No ser impuro.
- No ser egoísta.
- No contar historias obscenas.
- No hablar necedades.
- No contar chistes groseros.
- No emborracharse con vino.

El Nuevo Testamento es un mensaje de gracia, pero para un mensaje del que muchos dicen no contener mandatos o prohibiciones, esta lista, de tan solo uno de los veintisiete libros del Nuevo Testamento, ¡se está haciendo muy larga! Más irónico aún es que el apóstol que recibió la profunda revelación de la gracia, ¡compilara la lista! ¿Se deben ignorar estos mandatos o se deben tomar en serio?

Ninguna inmoralidad sexual

El primer punto de nuestra nueva lista es ninguna inmoralidad sexual. Como hijos e hijas de Dios, no debemos cometer adulterio, participar de la homosexualidad, o involucrarnos en ninguna actividad sexual a menos que estemos casados.

Con demasiada frecuencia me he encontrado con parejas que viven juntos, y dicen ser cristianos. Este no es un suceso extraño, sino está creciendo mucho en la Iglesia. Muchas de estas parejas asisten a iglesias evangélicas, son abiertos en su fe, y a menudo incluso exuberantes sobre “lo que Dios está haciendo” en sus vidas. No hay ni atisbo de convicción, remordimiento o tristeza. Simplemente no creen que vivir juntos sin estar casados esté mal. ¿Por qué? Quizás no han escuchado desde el púlpito mensajes como los de Pablo, Pedro, Santiago, Juan y Judas, llamándolos a una vida pura y casta. Las charlas de los domingos de sus pastores son edificantes y de aliento, pero carecen de confrontación o convicción. Carecen de la disciplina de una vida santa.

En nuestra sociedad es algo aceptado, e incluso se considera una buena idea, vivir juntos, tener sexo antes de casarse, y unirse como pareja homosexual. Tristemente, como evangélicos, nuestro conocimiento de las Escrituras a menudo es superficial. Sin buscar con intención en la Palabra de Dios, muchos hemos adoptado las ideas de nuestra cultura. La idea prevaleciente es: “Si estamos enamorados, ¿por qué no vivir juntos?”.

¿Y qué hay de la homosexualidad? También está creciendo, pero

no solo entre los que nunca han asistido a alguna iglesia. Recientemente me enseñaron la página de Facebook de una señora que solía ser directora de departamento en un ministerio. Ahora está enamorada de otra mujer, y tienen planes de casarse. Yo veía con gran tristeza las fotos de su noviazgo y otros momentos íntimos.

En el pasado, los que se apartaban de su relación con Dios lo sabían. Sin embargo, esta mujer hablaba con mucho entusiasmo del amor de Dios y su devoción a Él. ¿Cómo puede estar casada con otra mujer cuando Jesús dice claramente: “¿No han leído las Escrituras? Allí está escrito que, desde el principio, ‘Dios los hizo hombre y mujer’. ...Como ya no son dos sino uno, que nadie separe lo que Dios ha unido” (Mateo 19:4, 6 NTV). Jesús dice que el matrimonio es para un hombre y una mujer, los dos sexos. ¿Por qué no es consciente esta mujer de que está profanando esta institución divina? ¿Acaso no se le ha explicado desde el púlpito?

Entiendo que la sociedad se está desviando de la intención original de Dios para el matrimonio. El incrédulo posee una naturaleza de pecado. Los hombres y las mujeres perdidos están sin Dios en este mundo, y tienen una conciencia limitada de lo que es verdaderamente bueno y malo. Su conducta no debería angustiarnos, porque piensan y hacen lo que les dicta su naturaleza. Lo preocupante es que los creyentes adopten lo que el mundo llama bueno, como algo aceptable para Dios. Estadísticamente, hay un aumento en las iglesias que alientan el estilo de vida homosexual y el matrimonio homosexual. Sin embargo, las iglesias lo fomentan no solamente por lo que dicen, sino también por lo que no dicen. Escucha atentamente estas palabras:

“Si los justos se desvían de su conducta recta... morirán; y si tú no les adviertes, ellos morirán en sus pecados. No se recordará ninguno de sus actos de justicia y te haré responsable de la muerte de esas personas” (Ezequiel 3:20 NTV).

Esto habla de advertir a un creyente: a un hombre justo. Si no advertimos a los creyentes de sus pecados, las consecuencias son serias.

Quizás puedas replicar: “Pero, John, eso es del Antiguo Testamento. ¿Cómo puedes decir que se le hará responsable de la muerte de una persona a un ministro en la era del Nuevo Testamento?”.

Una vez hablé en una conferencia de liderazgo, y un pastor me confrontó por este asunto. Estaba enojado y dijo: “¡Cómo se atreve a poner la muerte de otra persona sobre nosotros! Eso eran cosas del Antiguo Testamento”.

Yo le dije: “¿Podría abrir su Biblia en Hechos 20, y leerme los versículos veintiséis y veintisiete?”.

Preocupante es que los creyentes adopten lo que el mundo llama bueno.

Esto es lo que el pastor me leyó: “Declaro hoy que he sido fiel. Si alguien sufre la muerte eterna, no será mi culpa, porque no me eché para atrás a la hora de declarar todo lo que Dios quiere que ustedes sepan” (Hechos 20: 26-27 NTV).

El pastor alzó su mirada sorprendida hacia mí y dijo: “John, había leído esto, pero nunca antes lo había visto”. Al terminar nuestra conversación, dijo: “Siento mucho haberle acusado”. Yo agradecí su honestidad.

En este párrafo quiero hablar directamente a los líderes de las iglesias. Estas fueron las palabras de Pablo a sus líderes en Éfeso, pero también seremos culpables si quienes enseñamos y predicamos

no declaramos todo el consejo de Dios a su pueblo. Si solo hablamos de una forma “edificante”, retenemos un gran porcentaje del consejo de Dios. Por consiguiente, nuestra gente gravitará hacia lo que el mundo considera bueno, lo cual no es distinto a un niño indisciplinado que tenderá a la necedad. El resumen: su sangre estará sobre nuestras manos.

Permíteme citar un ejemplo más. Vi a un pastor anunciar a su congregación que él era homosexual, durante una reunión retransmitida en televisión en la página web de su megaglesia. Contaba cómo estaba cansado de esconderlo; no quería que otros que estuvieran involucrados también en ese mismo estilo de vida siguieran teniendo convicción (él lo llamó “condenación”).

Sistemáticamente relató todos los versículos de la Biblia que revelaban la idea de Dios de la homosexualidad, y los descartó. Después les dijo valientemente a sus televidentes: “El apóstol Pablo relató muy bien las realidades ‘en Cristo,’ pero era muy malo con las relaciones”, acallando así la instrucción de Pablo acerca de la sexualidad. El pastor siguió explicando que Pablo se equivocó en el primer capítulo de Romanos cuando dijo implícitamente que si no adorábamos a Dios podríamos terminar en la homosexualidad (ver Romanos 1:21-27). Según este pastor, las palabras de Pablo no podrían ser ciertas porque, según sus propias palabras: “La mitad de los líderes de alabanza en los Estados Unidos son homosexuales”. (¡Me preguntaba qué investigación había revelado esa estadística!) Mientras veía hablar a este hombre, conté varias ovaciones del público de su congregación puestos en pie.

Tras escuchar las retorcidas palabras del pastor, Dios me habló y me dijo: “Lee Romanos capítulo uno”. Esto es lo que encontré:

“Por esa razón, Dios los abandonó a sus pasiones vergonzosas. Aun las mujeres se rebelaron contra la forma natural de tener relaciones sexuales y, en cambio, dieron rienda suelta al sexo unas con otras. Los hombres, por su

parte, en lugar de tener relaciones sexuales normales, con la mujer; ardieron en pasiones unos con otros. Los hombres hicieron cosas vergonzosas con otros hombres y, como consecuencia de ese pecado, sufrieron dentro de sí el castigo que merecían... Saben bien que la justicia de Dios exige que los que hacen esas cosas merecen morir; pero ellos igual las hacen. Peor aún, incitan a otros a que también las hagan” (Romanos 1:26-27, 32 NTV).

¿Cómo pudo este ministro descartar los versículos que declaran que la conducta homosexual es “vergonzosa”? No se necesita una persona muy espiritual para saber que esta práctica sexual no es natural. Incluso los animales se abstienen de participar en estas conductas. ¿Por qué debíamos pensar que Dios lo pasa por alto, aprueba o fomenta?

Piensa en todos los que profesan ser cristianos que escuchan el mensaje de este pastor, y que luchan con la urgencia de sucumbir a este deseo lujurioso y pecaminoso estilo de vida. Su conciencia les dice: No está bien que un hijo de Dios haga esto. Sin embargo, tristemente las palabras de este pastor se usan para ahogar esa voz interior. No solo se estaba posicionando a sí mismo para el juicio, sino que también estaba animando a otros a hacer lo mismo.

¿Y qué hay de las ovaciones en pie de los que están en su iglesia? La Nueva Traducción Viviente dice en Romanos 1:32 que todos los que “incitan a otros a que también las hagan” también están bajo el juicio.

¿Qué hacemos con las palabras de Pablo?

“¿No se dan cuenta de que los que hacen lo malo no heredarán el reino de Dios? No se engañen a sí mismos. Los que se entregan al pecado sexual o rinden culto a ídolos o cometen adulterio o son prostitutas o practican la homosexualidad o son ladrones o avaros o borrachos o

insultan o estafan a la gente: ninguno de esos heredará el reino de Dios” (1 Corintios 6:9-10 NTV).

Obviamente, hay otros pecados que son dañinos. Pero no debemos ignorar lo que dicen estos versículos sobre las prácticas sexuales caprichosas.

La dirección del mundo es tóxica. Si no proclamamos desde nuestros púlpitos la verdad respecto a la inmoralidad sexual, la gente no sabrá lo que es el buen comportamiento, y el maligno los engañará. Aceptarán lo que el mundo identifica como bueno, creyendo incluso que Dios lo aprueba.

Ninguna impureza

Lo siguiente en la lista de prohibiciones es ninguna impureza. Debemos mantenernos alejados de toda forma de pornografía, videos lascivos o pensamiento lujurioso. Jesús dice: “Pero yo digo que el que mira con pasión sexual a una mujer ya ha cometido adulterio con ella en el corazón” (Mateo 5:28 NTV). El salmista escribe: “Me negaré a mirar cualquier cosa vil o vulgar” (Salmos 101:3 NTV).

La pornografía ofrece una breve estimulación y satisfacción porque apela a los deseos de nuestra carne, pero corromperá nuestra capacidad de tener intimidad con nuestro cónyuge y con Dios. Finalmente, nos deja insatisfechos con nuestro cónyuge, y también con nosotros mismos. Aunque da la impresión de que la pornografía enciende una chispa, en realidad provoca una explosión que finalmente traerá confusión, culpa, vergüenza e inseguridad.

Hasta hace muy poco, los sitios pornográficos eran los destinos en línea más populares, aunque ahora se han visto superados por las redes sociales. Más de una de cada diez páginas web son pornográficas. Más de cuarenta millones de estadounidenses visitan regularmente estas páginas, y cada segundo 28.258 usuarios de Internet están viendo pornografía.¹⁵

Este no es un asunto exclusivamente masculino. Cerca de una de cada cinco mujeres ven pornografía en línea semanalmente, y muchas expresan sentimientos de no poder hacer nada respecto a la masturbación.¹⁶ Tanto hombres como mujeres alimentan sus adicciones cuando no están en línea con cosas como revistas o libros eróticos, siendo lo segundo especialmente popular entre las mujeres.¹⁷

¿Qué hay de la Iglesia? La revista Christianity Today hizo una encuesta en la que se preguntaba a los pastores si habían visitado páginas web pornográficas en el año pasado. El cincuenta y cuatro por ciento respondieron que sí. ¡Estos son los líderes de nuestra iglesia! Otras estadísticas revelan que el 50 por ciento de todos los hombres evangélicos son adictos a la pornografía,¹⁸ y una encuesta que reveló la CNN mostraba que el 70 por ciento de los hombres cristianos luchan con ella.¹⁹

Así que debemos preguntar: ¿han sido los mensajes alentadores desde el púlpito predominantemente la respuesta a esta epidemia, que ahora está en sus niveles más altos jamás vistos?

Yo luché con la pornografía hasta que tuve veintisiete años, un período de tiempo que incluyó mis primeros años en el ministerio. Estaba seguro de que cuando me casara con una bella esposa, este pecado cesaría. Pero no fue así, sino que incluso empeoró. Puso una pared entre Lisa y yo. No fui libre hasta el otoño de 1984, cuando le conté a un hombre de Dios acerca de mi adicción y él dijo, sin titubear: “¡Detenlo!”. Me reprendió enérgicamente. ¡No recibí un mensaje alentador de él! Recibí firmes instrucciones y advertencias que pusieron en mi vida un saludable temor de Dios.

Las palabras de ese hombre provocaron en mí una búsqueda de Dios para hallar mi libertad. En un período de nueve meses, estaba completamente liberado, y he caminado en esa libertad hasta la fecha. ¡Descubrí que la gracia de Dios es muy poderosa! Puede liberar a un hombre que había estado atado a la pornografía desde los once años. Esta es otra razón por la que me entristece mucho

que los ministros no desarrollen en profundidad los beneficios de la gracia de Dios. Si yo no hubiera descubierto la gracia de Dios, no solo como un regalo gratuito, perdón de pecados y salvación, sino también como el empoderamiento de Dios para vivir por encima de mi capacidad natural, aún estaría atado en la actualidad.

La gracia de Dios es muy poderosa.

Ninguna avaricia

La definición de avaricia es “un deseo intenso y egoísta de algo, especialmente de riqueza, de poder o de comida”. Muchas veces los creyentes tuercen y convierten en avaricia la promesa de Dios de ayudarnos a ser bendecidos, exitosos y prósperos. Su enfoque está en “mí”, en lugar de en ser equipados para servir y dar a otros. La avaricia es codiciosa, y eso es idolatría (ver Colosenses 3:5). Cuando somos avaros, ponemos nuestros deseos, pasiones, apetitos, fama, estatus, popularidad y lujurias económicas por encima de Dios y de otros.

Hay muchas historias que podríamos contar sobre la avaricia que se cuela en la vida de un creyente. Balaam perdió su relación con Dios por ella, al igual que Caín, Coré, y muchos otros que en un tiempo estuvieron en la presencia de Dios. Muchos caen en la avaricia porque no son advertidos. Advertir con la enseñanza y la predicación es dejar de dar solamente mensajes positivos y edificantes. Pero para ayudar a los hombres y las mujeres a convertirse en personas maduras en Cristo, no solo debemos enseñar, sino también advertir (Colosenses 1:28).

Cuando era un niño, disfrutaba de las enseñanzas de mis padres, pero no me importaban sus advertencias. Sin embargo, más tarde aprendí que eran las advertencias las que salvarían mi vida. Si mi padre no me hubiera advertido de las consecuencias de meter un

destornillador en un enchufe eléctrico, quizás lo hubiera hecho por la curiosidad, y me hubiera electrocutado.

Pablo dijo a una de sus amadas iglesias: “Así que estén alerta. Recuerden que día y noche, durante tres años, no he dejado de amonestar con lágrimas a cada uno en particular” (Hechos 20:31 NVI). ¡Día y noche, durante tres años! ¡Y lo hizo con lágrimas! ¿Estamos amonestando a la gente? ¿Diariamente? ¿O los que predicamos y enseñamos simplemente esperamos que nuestros mensajes de ánimo mantengan a los oyentes libres de la avaricia? ¿Nos importa? ¡Hace años que no escucho un mensaje sobre evitar la avaricia!

Pablo es el que predicaba la gracia, pero también es el que clama apasionadamente a la iglesia en Éfeso, y a nosotros, diciendo: “¡No caigan en la avaricia!”.

Escucha también las palabras del apóstol Santiago:

“¿Qué es lo que causa las disputas y las peleas entre ustedes? ¿Acaso no surgen de los malos deseos que combaten en su interior? Desean lo que no tienen, entonces traman y hasta matan para conseguirlo. Envidian lo que otros tienen, pero no pueden obtenerlo, por eso luchan y les hacen la guerra para quitárselo. Sin embargo, no tienen lo que desean porque no se lo piden a Dios. Aun cuando se lo piden, tampoco lo reciben porque lo piden con malas intenciones: desean solamente lo que les dará placer. ¡Adúlteros!...” (Santiago 4: 1-4 NTV).

Ven, Santiago, ¡no seas tan negativo! ¿Estaba el apóstol siendo meramente gruñón, terco y rígido? ¿O podría ser que realmente amaba a la gente a la que escribió? ¿Es ese el motivo por el que declaraba verdad aleccionadora, en vez de dar un mensaje popular y edificante? ¿Podría ser este el motivo por el cual Dios le hizo escribir parte del Nuevo Testamento en vez de elegir a un orador

más motivador de su tiempo?

Ninguna comunicación indebida

Después tenemos en la lista: no participar de charlas necias, o chistes e historias obscenas y vulgares. Esto podría incluir ver videos, o escuchar música u otro audio del mismo tipo.

Me han pedido ayudar a jóvenes en equipos ministeriales que están perplejos porque sus líderes están usando un lenguaje vulgar, contando chistes obscenos o hablando sin diferenciarse de como lo haría cualquier persona del mundo. ¿Por qué están haciendo esto sus líderes? ¿Podría ser que no les estamos diciendo a los líderes y al pueblo de Dios: “Esta no es una conducta propia para un ciudadano del reino”?.

Pablo escribe a los colosenses: “Que sus conversaciones sean cordiales y agradables” (Colosenses 4:6 NTV). Nuestras conversaciones deben estar llenas de gracia.

No se emborrachen

Después: no se emborrachen, ni con cerveza, vino, ni ninguna otra bebida alcohólica. (También podemos aplicar esta instrucción a las drogas, ya sean legales, ilegales o recetadas.) De nuevo estamos oyendo la palabra no.

El alcohol es seductor (ver Proverbios 23:31-33). Puede seducirnos fácilmente a beber más sin saber cuándo parar. El alcohol tiene la capacidad de reducir, y finalmente acabar, con el sano juicio. Los mecanismos de freno se ven comprometidos, y las funciones naturales de protección del corazón y del cerebro se desarman. Esto se podría comparar a quitar la barra de control de acceso de una computadora. Nos abrimos a procesos de pensamiento dañinos al desvanecerse la discreción. En esencia, el alcohol elimina el sistema de seguridad de nuestro cerebro. Aunque podamos y sepamos detenernos, podríamos sin querer inspirar a otros a embriagarse.

Permíteme compartir una historia.

Un pastor principal estaba bebiendo en un restaurante de su ciudad. Uno de sus miembros, un recién convertido, estaba en el mismo restaurante. Era un empresario adinerado que, antes de ser salvo, luchaba con el alcohol. Tras su conversión, evitaba beber, y se podría decir que era alguien que “apenas se escapaba[n] de una vida de engaño” (2 Pedro 2:18 NTV).

Poco después de ver a su pastor bebiendo en el restaurante, este empresario se metió en una borrachera de tres días. Durante esos tres días tomó algunas decisiones empresariales poco sabias y, económicamente, casi lo perdió todo. Más devastador aún fue que perdió su matrimonio. Cuando después le preguntaron por qué había realizado esa juerga, su respuesta fue: “Ví a mi pastor bebiendo, así que pensé: Si él puede beber, yo también”.

Por supuesto, este hombre es el máximo responsable de su mala decisión, pero ¿no debería hacernos pensar una historia así acerca de la influencia que ejercemos sobre otros?

En tiempos recientes, más ministros se sienten libres para beber en público. Se citan versículos para apoyar su afirmación de este derecho. Uno es 1 Timoteo 3:3 (RVR 1960), donde Pablo le dijo a Timoteo que los líderes de iglesias no deben ser “dados al vino”. La palabra griega que Pablo usa es *paroinou*. La definición que da The Complete Word Study Dictionary incluye: “Perteneciente al vino, borrachera. La palabra no incluye el uso responsable y comedido del alcohol, más bien tiene en consideración el abuso o uso incesante del mismo. La imagen es la de un individuo que siempre tiene una botella (o bota) en la mesa y así significa adicción”. La Nueva Traducción Viviente de este versículo dice que un líder de iglesia “no debe emborracharse” (1 Timoteo 3:3 NTV).

En otra carta, Pablo aconsejó a Timoteo “tomar un poco de vino por el bien de tu estómago, ya que te enfermas muy seguido” (1 Timoteo 5:23 NTV). Timoteo era el equivalente a un pastor principal en Éfeso. El pensamiento de muchos ministros hoy es: si un líder de

iglesia no debiera tocar nunca el vino, como el voto de los nazareos, Pablo no le habría dicho al pastor Timoteo que lo usara ni siquiera debido a sus propiedades curativas.

El versículo más citado en esta discusión es donde Jesús convirtió el agua en vino (ver Juan 2:1-11). La idea es: Jesús no habría convertido el agua en vino en un entorno público si beber estuviera mal.

Si solo se leen estos versículos, una persona podría argumentar que el pastor que bebió en público estaba justificado en lo que hizo. Sin embargo, vivimos en una sociedad donde el alcoholismo está muy extendido. En los Estados Unidos, casi 88.000 personas mueren al año por causas relacionadas con el alcohol,²⁰ y el alcoholismo es la tercera causa evitable de muerte.²¹ En 2007 The Washington Post informaba que uno de cada tres estadounidenses tiene, o ha tenido, problemas con el alcohol.²² El Instituto Nacional de Abuso de Alcohol y Alcoholismo informó que en 2012, el 25 por ciento de las personas con edades superiores a los dieciocho años decían haber incurrido en borracheras el mes pasado. Eso es asombroso, ¡uno de cada cuatro en solo un mes! Podría dar muchas más estadísticas, pero lo importante es que los estadounidenses son propensos al abuso del alcohol.

El abuso del alcohol está muy extendido no solo en los Estados Unidos. En 2012, el 6 por ciento de las muertes del mundo (3,3 millones) fueron atribuidas al consumo de alcohol. Globalmente, el mal uso del alcohol es el quinto factor de riesgo de muerte prematura y discapacidad. En las personas entre quince y cuarenta y nueve años, ¡es el primero!²³

Debido a esta epidemia, como creyentes responsables debemos llevar nuestra lógica un paso más allá, y considerar las implicaciones más amplias del mandato de Pablo respecto a comer la comida sacrificada a los ídolos. En sus palabras: “Por lo tanto, si lo que como hace que otro creyente peque, nunca más comeré carne mientras viva, porque no quiero hacer que otro creyente tropiece” (1

Corintios 8:13 NTV). Pablo dejó claro que no es pecado comer carne sacrificada a los ídolos. Sin embargo, si eso hace que un hermano más débil se ofenda y tropiece, dijo que no la volvería a comer.

Se puede construir un argumento para defender el derecho de los cristianos a beber pequeñas cantidades de alcohol, pero como creyentes, y especialmente los que somos líderes de iglesias, ¿queremos correr el riesgo de ser de tropiezo o ayudar a seducir a la adicción a aquellos que acaban de escapar del pecado del alcoholismo, especialmente cuando vivimos en una sociedad que está repleta de este abuso? Si el pastor principal que estaba bebiendo en el restaurante hubiera puesto en práctica esta sabiduría, quizás el empresario podría haberse ahorrado esta trágica borrachera de tres días.

Debemos huir de cualquier forma de borrachera. No es la conducta más indicada para un hijo de Dios, y no es un asunto trivial. Se nos advierte enfáticamente: “¿No se dan cuenta de que los que hacen lo malo no heredarán el reino de Dios? No se engañen a sí mismos. Los que se entregan al pecado sexual... o son ladrones o avaros o borrachos o insultan o estafan a la gente: ninguno de esos heredará el reino de Dios” (1 Corintios 6:9-10 NTV).

Deberíamos considerar un aspecto más importante en nuestra discusión. Estamos en una carrera espiritual, y nuestro Entrenador nos dice: “quitémonos todo peso que nos impida correr, especialmente el pecado que tan fácilmente nos hace tropezar” (Hebreos 12:1 NTV). Hay pecados que nos asaltan de forma más fácil que otros, y parecería según las estadísticas previamente mencionadas que el abuso del alcohol está en lo alto de esta lista. Así pues, ¿por qué coquetear con algo que ha producido la ruina a muchos?

En conclusión, preguntémonos: ¿por qué los que tenemos la experiencia genuina de ser llenos del Espíritu buscamos medios artificiales para la paz o el alivio de la tensión? ¿Somos llenos del

Espíritu solo nominalmente y no por experiencia, y por lo tanto necesitamos ayuda de otras sustancias?

No se dejen engañar

Hemos visto solamente un capítulo del libro de Efesios. Hay muchos otros mandamientos en el Nuevo Testamento. De nuevo, recuerda que esta no es una lista que hay que cumplir para ser salvo; es más bien que este estilo de vida es el que se les atribuye a aquellos que vivirán en la presencia manifiesta de Dios.

Escucha cómo concluye Pablo esta lista de prohibiciones:

“No se dejen engañar por los que tratan de justificar esos pecados, porque el enojo de Dios caerá sobre todos los que lo desobedecen. No participen en las cosas que hace esa gente... Averigüen bien lo que agrada al Señor. No participen en las obras inútiles de la maldad y la oscuridad; al contrario, sáquenlas a la luz. Es vergonzoso siquiera hablar de las cosas que la gente malvada hace en secreto... Así que tengan cuidado de cómo viven” (Efesios 5:6-7, 10-12, 15 NTV).

Depende de la gracia para vivir una vida santa e intachable.

No te dejes engañar por quienes intentan excusar estos pecados. Las consecuencias son bastante desfavorables. Debemos de forma cuidadosa, no causal, decidir qué es lo que agrada a Dios en nuestro estilo de vida. Muchos actuamos como si estuviéramos en un parque de diversiones, cuando en realidad estamos en un campo de batalla. Estamos en guerra, hay un blanco de tiro en nuestra cabeza, y el enemigo trabaja incansablemente para derribarnos. Pero si

permanecemos en la luz, él fallará gracias a la asombrosa gracia de Dios en nuestra vida.

Te animo: prosigue a la vida suprema. Depende de la gracia para vivir una vida santa e intachable en medio de un mundo agonizante y perverso. Tienes lo necesario porque Dios te ha regalado su naturaleza divina. No malgastes ni recibas en vano la asombrosa gracia de Dios.

Nuestra motivación

“Por lo tanto, siempre les recordaré todas estas cosas, aun cuando ya las saben y están firmes en la verdad que se les enseñó. Y es justo que deba seguir recordándoselas mientras viva. Pues nuestro Señor Jesucristo me ha mostrado que pronto tendré que partir de esta vida terrenal, así que me esforzaré por asegurarme de que siempre recuerden estas cosas después de que me haya ido”. —2 Pedro 1:12-15 NTV

“... Consideramos el caer de la amistad de Dios la única cosa terrible y consideramos convertirnos en amigos de Dios lo único digno de honor y deseo”. —Gregorio de Nisa

El llamado a vivir en santidad no es una sugerencia o recomendación. No es algo que nos esforzamos por conseguir, pero que siendo realistas es inalcanzable. Es un mandato, y se espera que lo obedezcamos.

El apóstol Pedro dejó claro que la reiteración de verdades críticas y mandatos que hizo nuestro Señor Jesucristo es vitalmente importante. El concepto de ser recordado se menciona tres veces en los cuatro versículos anteriores. La gente que leía la carta de Pedro ya conocía lo que estaba escrito y sin embargo, él declaró que incluso después de que él se fuera al cielo, sus lectores debían repasar constantemente estas verdades importantes. ¿No es una buena idea que nosotros también prestemos una mejor atención a la importancia de su mensaje?

Al principio de sus dos cartas, Pedro escribe: “pero ahora sean santos en todo lo que hagan” (1 Pedro 1:15 NTV). Dos frases de mandato se encuentran frecuentemente en las Escrituras: deberían ser y deben ser. Somos sabios si obedecemos los deberían. ¡Somos necios si no obedecemos los deben! La frase de Pedro era un deben ser.

El apóstol estaba hablando claramente de nuestro estilo de vida.

No deberíamos intimidarnos, asustarnos, o desanimarnos por esto. Se nos promete: “y sus mandamientos no son difíciles de cumplir” (1 Juan 5:3). Esto significa que se pueden obedecer, y que no es algo irrealista.

Pedro continúa discutiendo, en el resto de su primera carta y más aún en su segunda, lo que significa de forma práctica vivir una vida santa. Hizo declaraciones como: “Queridos amigos, ya que son «extranjeros y residentes temporales», les advierto que se alejen de los deseos mundanos, que luchan contra el alma” (1 Pedro 2:11 NTV).

El campo de batalla es nuestra mente.

El campo de batalla es nuestra mente. Son nuestros pensamientos, emociones y voluntad lo que debemos estar revisando. Todo pecado comienza en esta arena. La batalla por lo general se produce cuando menos lo esperamos, y frecuentemente ocurre cuando estamos cerca de no creyentes, o con creyentes no comprometidos. Pedro identifica explícitamente esta realidad: “Procuren llevar una vida ejemplar entre sus vecinos no creyentes” (1 Pedro 2:12 NTV).

El apóstol trata nuestra conducta santa en relación con el gobierno, el trabajo, el matrimonio y otras relaciones. Habla específicamente de cada una, pero enfatiza que nuestra mayor oportunidad de dar un fuerte testimonio se producirá con vecinos no creyentes, compañeros de trabajo y compañeros estudiantes, especialmente aquellos con los que solíamos andar antes de encontrar a Cristo. Dice:

“No es de extrañarse que sus amigos de la vieja vida se sorprendan de que ustedes ya no participan en las cosas

destructivas y descontroladas que ellos hacen. Por eso los calumnian, pero recuerden que ellos tendrán que enfrentarse con Dios” (1 Pedro 4:4, 5 NTV).

Al comienzo de su segunda carta, Pedro nos manda: “esfuércense por comprobar si realmente forman parte de los que Dios ha llamado y elegido. Hagan estas cosas y nunca caerán” (2 Pedro 1:10 NTV). Las cosas que tenemos que practicar para demostrar nuestra autenticidad incluyen la excelencia moral, autocontrol, paciencia, resistencia, bondad, amabilidad y amor. Estos son los frutos de la gracia que desarrollamos por la fe. Si hacemos estas cosas: “Dios les dará un gran recibimiento en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (versículo 11).

Pedro además advierte de los maestros que se levantarán, los cuales “les enseñarán con astucia herejías destructivas” (2 Pedro 2:1 NTV). Atraerán una gran audiencia: “Habrá muchos que seguirán sus malas enseñanzas y su vergonzosa inmoralidad” (versículo 2). La Nueva Versión Internacional dice de estos falsos líderes: “Esto les traerá una pronta destrucción. Muchos los seguirán en sus prácticas vergonzosas, y por causa de ellos se difamará el camino de la verdad” (versículos 1-2).

Estos maestros estarán “entre nosotros”: en nuestras conferencias, iglesias y grupos de conexión. Se nos avisa: “Cuando estos individuos participan con ustedes en sus comidas de compañerismo - las cuales conmemoran el amor del Señor-...” (Judas 1:12 NTV); ver también 2 Pedro 2:13). Habrá suficiente verdad mezclada en su enseñanza, de modo que sucederán dos cosas.

Primero, las personas ya no serán capaces de distinguir entre lo bueno y lo malo. La conducta que nos aleja del corazón de Dios se considerará aceptable y, en algunos casos, incluso buena. Seguir y proclamar la Palabra de Dios se verá como algo legalista y crítico.

Además de causar un estilo de vida “cristiano” decadente, lo que se enseña actuará para silenciar el discernimiento. Estos ministros y

maestros engañosos tendrán talento, serán excelentes oradores, y desarmarán e influirán en muchos. Como el pleno consejo de la Palabra de Dios ya no se considerará la norma suprema, será muy alto el índice al que los creyentes serán seducidos a desobedecer.

La segunda consecuencia será que el evangelio recibirá una mala crítica. Esto solo puede ocurrir si estos maestros usan suficiente lenguaje que esté en consonancia con la verdad:

“Se han apartado del camino recto, se han extraviado...” (2 Pedro 2:15).

Estos líderes comenzaron como buenos seguidores de Cristo, pero no perseveraron, lo cual explica por qué conocen el lenguaje del cristianismo, pero han comprometido su integridad.

Pedro señala que si seguimos la vida santa, nunca caeremos, nunca sucumbiremos a la influencia de estos falsos maestros. Nuestra seguridad reside en esto. Después escribe abiertamente de las víctimas que serán seducidas con sus falsas enseñanzas, y el estilo de vida de estas personas influyentes:

“Y cuando la gente escapa de la maldad del mundo por medio de conocer a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, pero luego se enreda y vuelve a quedar esclavizada por el pecado, termina peor que antes. Les hubiera sido mejor nunca haber conocido el camino a la justicia, en lugar de conocerlo y luego rechazar el mandato que se les dio de vivir una vida santa” (2 Pedro 2:20-21 NTV).

Esta información es impactante, casi asombrosa, y ciertamente merece la pena reiterarlo. Este gran apóstol habla de personas que escapan de la garra del pecado al recibir a Jesucristo en su vida. Pero debido a malas enseñanzas, una creencia incorrecta y la

pérdida del discernimiento, volverán a llevar una vida impía. Dice que en ese momento estarán peor de lo que estaban antes de recibir a Jesús, y que hubiera sido mejor para ellos no haber conocido nunca el camino de la verdad, que rechazar el mandato de vivir una vida santa. ¡Qué serio!

De nuevo, vemos que es un mandato a vivir una vida santa, ¡y un mandato clave!

Dos fuerzas invencibles

Los mandatos del Señor no son difíciles de cumplir debido a que nuestra nueva naturaleza, unida al empoderamiento de la gracia, nos permite cumplirlos. Pero seamos realistas. Puede que tengamos esta capacidad, pero ¿qué nos motiva a cumplir el mandato de vivir una vida santa en el fragor de la batalla?

La respuesta es dos fuerzas invencibles.

Permíteme establecer mi explicación de la primera fuerza con una historia. Cuando era pastor de jóvenes allá por los años de 1980, me estaba preparando para hablar en nuestra reunión semanal. Sentí que el Señor quería hablarme, así que me acallé y oí en mi corazón: “Lee Juan 14:15”.

No tenía ni idea de lo que decía Juan 14:15, así que acudí rápidamente a verlo, y observé que en mi Biblia comenzaba con un nuevo párrafo. Leí las palabras de Jesús: “Si me aman, obedezcan mis mandamientos...”.

Después leí desde el versículo quince hasta el veinticuatro. Todos estos diez versículos estaban relacionados con el versículo quince. El tema de esta sección es obedecer las palabras de Jesús. Lo que entendí de estos versículos fue simple: “Obedeciendo mis mandamientos, demuestran que me aman”. Después de leer el último versículo, el Señor habló a mi corazón: “No lo has entendido. Vuelve a leerlo”.

Volví a leer los diez versículos. De nuevo el mensaje parecía ser: “Obedeciendo mis mandamientos, demuestran que me aman”. De nuevo oí la voz de Dios: “No lo has entendido. Vuelve a leerlo”.

Ahora mi curiosidad realmente era grande. Leí de nuevo los diez versículos, solo para volver a oír al Señor dando el mismo mensaje: “Léelo otra vez”. Después de que eso sucediera siete u ocho veces, mi frustración aumentó.

Decidí reducir el paso, y leer estos diez versículos a paso de caracol. Leía Si, después me paraba, lo decía en voz alta, y pensaba en ello. Después pasaba a la siguiente palabra, me, y repetía el mismo proceso. Seguí así hasta el final del versículo, lo cual me llevó mucho tiempo. Tras quince minutos aproximadamente, terminé finalmente los diez versículos e inmediatamente oí decir al Espíritu: “No lo has entendido. Vuelve a leerlo”.

Exasperado, clamé: “¡Señor, por favor, perdona mi ignorancia! ¡Debo ser estúpido! ¡Abre mis ojos para ver lo que tú estás diciendo!”.

Después leí de nuevo el versículo 15: “Si me aman, obedezcan mis mandamientos”. Observé que había un asterisco junto a la palabra obedezcan. Fui a la nota de referencia al margen de mi Biblia, y leí que la traducción más exacta sería “obedecerán”.

Tras sustituir esta palabra en el lugar de la palabra obedezcan, el versículo ahora decía: “Si me aman, obedecerán mis mandamientos”. Cuando lo leí así, se produjo una explosión dentro de mí. Ahora lo veía.

Entonces oí decir a Dios: “John, no estaba diciendo que si obedeces mis mandamientos demostrarás que me amas. ¡Yo ya sé si me amas o no! Estaba diciendo que si te enamoras locamente de mí, ¡te sentirás motivado a obedecer mis mandamientos!”. Mi entendimiento original había sido legalista. La nueva perspectiva tenía que ver más con una relación de amor, que es la clave para la motivación.

Amor apasionado

Permíteme ilustrarlo. ¿Alguna vez te has enamorado? Cuando yo estaba comprometido con mi esposa, Lisa, estaba locamente enamorado de ella. Ella estaba constantemente en mi mente. Hacía cualquier cosa para pasar tiempo con ella. Recuerdo una ocasión en que estuvimos juntos durante horas. Finalmente le dije adiós, pero Lisa me llamó poco después, y me dijo: “John, te dejaste tu chaqueta en mi casa”. Me emocioné de habérmela olvidado porque eso me daba la oportunidad de verla otra vez.

Respondí: “Bueno, ¡imagino que tendré que volver a buscarla!”. Ambos nos reímos. Eso nos llevó a pasar varias horas más juntos.

Si Lisa necesitaba algo, sin importar la inconveniencia, lo conseguía para ella si era posible. Si me hubiera llamado en mitad de la noche y dicho: “Cariño, quiero un cono de helado”, yo le habría respondido: “¿De qué sabor? ¡Estaré ahí en cinco minutos!”. Habría hecho cualquier cosa por cumplir cualquier deseo que ella tuviera o cualquier petición que me hiciera. Este es el punto esencial: su deseo era para mí un agradable mandato.

Debido a mi intenso amor por Lisa, era un gozo hacer cualquier cosa que ella deseara. Lo que ella pedía nunca era fatigoso. Yo no respondía a sus deseos para demostrar que la amaba; ¡lo hacía porque estaba enamorado de ella!

Esto ilustra lo que Jesús estaba diciendo. Debido a un intenso amor por Él, encontramos nuestro deleite cumpliendo sus deseos. Su Palabra no es restrictiva o fatigosa, ¡sino es nuestra pasión que nos consume!

Avancemos unos pocos años en mi matrimonio. Me involucré mucho en la obra del ministerio, y sin darme cuenta, mi amor por Lisa comenzó a desvanecerse. Ahora el deseo de Lisa ya no era mi mandato. A menudo era un inconveniente, y a veces era fatigoso. Tenía una actitud totalmente distinta al servirla. Ya no lo hacía con

emoción, como sucedía cuando estábamos comprometidos. Ya no era: “¿De qué sabor? ¡Estaré ahí en seguida!”. Era: “¿En serio? Cariño, ¡tengo muchas cosas que hacer!”. No buscaba oportunidades de pasar tiempo con ella. Pasaba tiempo con ella porque era lo correcto. Mi nueva pasión era mi trabajo.

Escucha lo que Jesús le dice a una iglesia:

“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia... Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras” (Apocalipsis 2:2, 4-5 RVR 1960).

Vuelve a leer la frase de Jesús: “Yo conozco tus obras... Has caído; arrepíentete, y haz las primeras obras”. Se habla aquí de dos obras distintas. Las primeras obras fueron motivadas por el amor apasionado de la iglesia por Jesús, algo no distinto a mi actitud de: “¿De qué sabor? Estaré ahí en cinco minutos”. Ahora las obras de la iglesia eran por obligación, no distinto a cuando dije: “¿En serio? Cariño, ¡tengo muchas cosas que hacer!”.

Con respecto a Jesús, se traduce de esta forma: cuando nos enamoramos por primera vez, estábamos muy emocionados de hacer cualquier cosa por Él. Ahora la pasión se ha desvanecido; la obediencia se ha convertido en una obligación.

¿Cómo reparamos esta falla? Pasamos más tiempo con Él en la Palabra, en oración y en adoración. Dirigimos nuestros pensamientos hacia Él, no solo en la iglesia o durante nuestro devocional de la mañana, sino continuamente reconociendo su presencia durante nuestro día. También deberíamos pedirle al Espíritu Santo, nuestro constante Compañero, que llene nuestros corazones de nuevo con el amor de Dios diariamente (ver Romanos 5:5).

No puedes amar a Dios demasiado; solo añadirá pasión a tu vida.

Nunca lo olvides: “El amor jamás dejará de existir” (1 Corintios 13:8).

No puedes amar a Dios demasiado; solo añadirá pasión a tu vida.

Temor santo

La otra fuerza motivadora es el temor santo. Es la virtud que cita Pablo específicamente para mantenernos en el camino santo:

“Amados míos, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, y perfeccionémonos en la santidad y en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1).

La santidad se madura en el temor de Dios. Esta verdad se ve a lo largo del Nuevo Testamento.

Pablo escribe a otra iglesia: “Ocupense en su salvación con temor y temblor” (Filipenses 2:12). Se necesita una profunda reverencia, temblor y temor santo para obedecer los mandamientos de Dios. Pedro escribe, con respecto a cumplir el mandato de vivir una vida santa, “Así que tienen que vivir con un reverente temor de él durante su estadía aquí como «residentes temporales»” (1 Pedro 1:17 NTV).

El escritor de Hebreos nos urge a perseguir la santidad con esta frase: “Así que nosotros, que hemos recibido un reino incommovible, debemos ser agradecidos y, con esa misma gratitud, servir a Dios y agradarle con temor y reverencia” (Hebreos 12:28). Temer a Dios es la forma aceptable de servirlo.

Muchos se confunden con el temor del Señor. ¿No es el temor de

lo que hemos sido liberados? ¿Qué lugar tiene esta palabra en nuestro vocabulario ahora?

Dios es amor. Él es nuestro Padre. Sin embargo, debemos tratar el temor porque se habla frecuentemente de él en el Nuevo Testamento.

Algunos los han menospreciado diciendo: “Solo significa adorar a Dios”. Un maestro muy reconocido a nivel mundial una vez me dijo esto en la sala de espera, antes de que me tocara hablar en una conferencia nacional en Sudáfrica. Mi pregunta sobre su definición fue: “¿Por qué Pablo habla de temor y temblor cuatro veces en el Nuevo Testamento, si solo se trata de adoración?”. Temblar es algo más que adoración.

La única definición de Strong’s para la palabra griega tromos (temblor) es “estremecerse de temor”. Siendo así, se nos dice que “nos ocupemos de nuestra salvación temblando de miedo”. Hay un profundo respeto e incluso terror saludable involucrado aquí, algo un poco mayor que nuestro entendimiento común de la adoración.

Sobre el significado de temor, quizás oigas esta respuesta: “Esa es una enseñanza del Antiguo Testamento. No tenemos que temer a Dios porque Él no nos ha dado un espíritu de temor, sino de amor”. Los que dicen esto han confundido el espíritu de temor con el temor del Señor.

Cuando Moisés sacó a Israel hacia Sinaí y Dios manifestó su presencia, el pueblo de Israel huyó corriendo, y despavoridamente clamó a Moisés, pidiéndole que le rogara a Dios que no les manifestara su grandeza. Escucha la respuesta de Moisés a Israel:

“No tengan miedo. Dios ha venido a ponerlos a prueba, para que siempre tengan temor de él y no pequen” (Éxodo 20:20).

Suena como si Moisés se contradijera: “No tengan miedo... Dios

ha venido para que siempre tengan temor de él”. Pero simplemente estaba diferenciando entre tener miedo de Dios y el temor del Señor. Hay una diferencia enorme. ¿Por qué querría Dios queuviésemos miedo de Él? Es imposible tener intimidad con alguien del que se tiene miedo y sin embargo, Dios desea apasionadamente tener intimidad con nosotros.

La persona que tiene miedo de Dios tiene algo que esconder, así que por consiguiente esta persona tiene miedo de Dios. Lo primero que hicieron Adán y Eva después de pecar contra Dios fue esconderse de su presencia (ver Génesis 3:8). Por otro lado, la persona que teme a Dios no tiene nada que esconder; de hecho, ¡esta persona tiene miedo de alejarse de Dios!

La persona que teme a Dios tiene miedo de alejarse de Dios.

Por lo tanto, la primera definición del temor del Señor es simplemente estar aterrado de estar lejos de Dios. Temer a Dios es venerarlo. Nosotros le respetamos, honramos, estimamos y reverenciamos sobrecogedoramente por encima de cualquier cosa o cualquier persona.

El temor santo le da a Dios el lugar de gloria que se merece; temblamos ante Él en profundo respeto. Aceptamos firmemente su corazón estimando sus deseos por encima de cualquier otro, incluyendo los nuestros. Amamos lo que Él ama y odiamos lo que Él odia. Lo que es importante para Él se convierte en importante para nosotros. Por eso se nos dice: “Todos los que temen al Señor odiarán la maldad” (Proverbios 8:13 NTV).

Éxodo 20:20 dice que el temor santo nos guarda de pecar. En esta misma idea, se nos dice: “Con el temor del Señor el mal se evita” (Proverbios 16:6 NTV). Pablo también escribe que es la fuerza nos

motiva a alejarnos del pecado (ver 2 Corintios 7:1).

Estos versículos se convirtieron en una realidad cuando visité en prisión a un famoso tele evangelista. Era el ministro más conocido del planeta en la década de 1980. Había cometido delitos contra nuestro gobierno nacional además de cometer adulterio.

El hombre llevaba en la penitenciaría casi cinco años, pero en la primera parte de su sentencia, había tenido un encuentro con Jesús en su celda, que cambió su vida por completo. Uno de mis libros le había tocado profundamente, y había solicitado que yo le visitara.

Nunca olvidaré a ese hombre entrando en la sala de visitas de la penitenciaría. Me abrazó, llorando, durante más de un minuto. Después me tomó por los hombros y me preguntó apasionadamente: “¿Escribió usted el libro o lo escribió algún escritor fantasma?”.

“No, señor, fui yo. Yo escribí cada una de las palabras”.

Él dijo con emoción: “Tenemos mucho que discutir y solo noventa minutos para hacerlo”. De inmediato se sentó y compartió su historia.

Una de sus primeras frases fue: “John, no fue el juicio de Dios lo que me puso en esta prisión. Fue su misericordia, porque si hubiera seguido viviendo como lo estaba haciendo, habría terminado en el infierno para siempre”. Su frase me impactó. Yo estaba abrumado por su sinceridad y humildad.

Después de unos veinte minutos escuchándole, le hice una pregunta perturbadora. Sabía que amaba mucho a Jesús al principio de su ministerio, y había estado bajo el fuego de Dios, así que quería saber cómo había perdido su pasión.

Finalmente, simplemente le pregunté: “¿Cuándo dejó de estar enamorado de Jesús? ¿En qué punto?”. Yo buscaba las señales de perder nuestro amor por Él, especialmente como ministro.

“Nunca dejé de estarlo”, respondió firmemente.

Yo me quedé perplejo y un poco paralizado por su respuesta.

¿Cómo podía decir eso?

Volví a intentarlo: “¿Qué quiere decir con eso? Cometió adulterio. Cometió fraude, fue enviado a prisión. ¿Cómo puede decir que nunca dejó de estar enamorado de Jesús?”.

De nuevo, me miró directamente a los ojos y sin dudarlo dijo: “John, durante todo el tiempo amaba a Jesús”.

Yo guardaba silencio, y estoy seguro de que mi rostro reflejaba una enorme confusión. Entonces dijo: “John, amaba a Jesús, pero no tenía temor de Él”.

Hubo un silencio durante varios segundos. Él dejó que sus palabras calaran hondo. Yo estaba tambaleando de emoción. Él rompió el silencio diciendo seriamente: “John, hay millones de estadounidenses que son iguales que yo. Aman a Jesús, pero no temen a Dios”.

Un Jesús ficticio

Hubo un momento revelador para mí porque este encuentro despertó mi hambre por conseguir más respuestas. ¿Cómo puede un hombre que ama a Dios caer en un pecado habitual, e incluso repugnante? ¿Cómo pueden millones que aman a Dios vivir vidas sin santidad? Adoran, están activos en sus iglesias locales, y se apasionan con las cosas de Dios. Sin embargo, son promiscuos, están atados a la pornografía, mienten repetidamente, beben en exceso, se divorcian sin razón bíblica alguna, y esta lista es corta. Aman a Jesús, como le pasaba a este hombre, entonces ¿por qué no están obedeciendo sus palabras? Jesús dijo que si le amábamos, tendríamos la fuerza para obedecerle. ¿Qué sucedía entonces?

¿Podría ser que profesan amar a alguien a quien realmente no conocen? ¿Podría este tele evangelista y las masas de las que él hablaba haber creado una imagen de Jesús que, en realidad, no es el verdadero Jesús? ¿Podría ser este Jesús ficticio el que en verdad da a su naturaleza carnal lo que desea?

Piensa en esto: hay muchos en nuestra nación que tienen fotos con atletas y celebridades de Hollywood. Sus nombres son comunes en nuestros hogares, y los medios han dado a conocer sus vidas mediante numerosas entrevistas en televisión, y artículos de periódicos y revistas. Oigo a los admiradores hablar como si esas celebridades fueran amigos íntimos. He visto a personas a quienes les han afectado emocionalmente los problemas matrimoniales de estas personas, e incluso les duele cuando llega la tragedia, como si ellos fueran parte de la familia.

Sin embargo, si estos seguidores llegaran a encontrarse con sus “amigos” famosos por la calle, ni siquiera les dirigirían la mirada. Si fueran lo suficientemente valientes para detener a sus amigos, quizás verían que la verdadera persona es muy distinta a la imagen que tienen de él o de ella. En resumen, es una relación ficticia.

Israel hizo esto después de su éxodo de Egipto. Cuando Moisés fue al monte, lejos del pueblo, durante cuarenta días y noches, Dios estuvo callado; no para Moisés, sino para el pueblo. En este tiempo de silencio, Aarón y los líderes que estaban lejos de la presencia de Dios comenzaron a crear un “Dios” que acomodara libremente sus deseos y apetitos carnales.

Yo no vi algo importante en esta historia durante años por no leer hebreo. Aarón llamó al becerro que creó Yhvh o Jehová, que es el nombre correcto de Dios (ver Éxodo 32:5). Aparte de este incidente, Yhvh no se usa para un dios falso o ídolo en ningún otro lugar de la Biblia. El nombre es tan sagrado, que los escritores hebreos no podían escribir las vocales. (Lo escribiríamos y pronunciaríamos Yahveh.)

No fue solo Aarón. El pueblo reconoció a este becerro declarando: “Israel, ¡éstos son los dioses (elohiym) que te sacaron de Egipto!” (ver Éxodo 3:4, 8). Esta palabra hebrea se usa treinta y dos veces solo en Génesis 1. El primer versículo de la Biblia dice: “Dios (elohiym), en el principio, creó los cielos y la tierra”.

A diferencia de Yahveh, aproximadamente el 90 por ciento de las

veces esta palabra se usa para el Dios Todopoderoso. El otro 10 por ciento de las veces se usa para describir a un dios falso. Como Aarón identificó al becerro como Yahweh, podemos suponer con seguridad que el pueblo estaba hablando del mismo modo.

Por lo tanto, esta es la cuestión importante: toda la nación reconoció que Yahveh les había salvado, librado de la esclavitud, y provisto para ellos. Sin embargo, habían creado un Yahveh ficticio, uno bastante distinto al verdadero que estaba en el monte con Moisés.

Se nos dice: “El principio de la sabiduría es el temor al Señor” (Proverbios 1:7). Una buena pregunta para hacer sería: ¿qué sabiduría? No puede ser la sabiduría bíblica, porque los fariseos y maestros de la ley eran expertos en las Escrituras, pero estaban lejos de la presencia de Dios y no le eran agradables. Así pues, ¿qué sabiduría debemos tener? Nuestra respuesta se encuentra en Proverbios 2:5: “temer al Señor, y hallarás el conocimiento de Dios”.

Permíteme decirlo así. Mediante el temor adecuado llegarás a conocer a Dios íntimamente. Conocerás al Dios verdadero, al verdadero Jesús, no a uno ficticio. Pablo reprende a los corintios diciendo: “Ustedes soportan de buena gana todo lo que cualquiera les dice, aun si les predicán a un Jesús diferente del que nosotros predicamos” (2 Corintios 11:4 NTV).

Este famoso tele evangelista, junto a muchos otros a los que él hacía referencia, no amaba al Jesús inequívoco que está a la diestra de Dios. En su lugar, aman a un Jesús ficticio, uno que ignora e incluso permite el estilo de vida que ellos desean. O bien nunca le han conocido verdaderamente, o se han desviado en su relación. En el último caso, no es distinto de los dos amigos que se apartaron al ir por caminos distintos, solo para descubrir años después que son muy diferentes a como eran antes. Amar a un Jesús ficticio no nos da el poder para obedecer las palabras que habla el verdadero Jesucristo. En esencia, es difícil amar verdaderamente a alguien a

quien no se conoce.

Sin el temor santo del Señor, no podemos conocer a Dios en verdad. Moisés le conocía íntimamente. La voz de Dios y sus caminos eran claros para él. Israel solo conocía a Dios mediante sus actos, por la forma en que respondía a sus oraciones. Para Israel, la voz de Dios era un trueno. A Moisés se le permitió estar cerca de su presencia. A Israel se le dijo que regresara a sus tiendas, y jugara a la iglesia (ver Deuteronomio 5:29-30).

¿Cómo obtenemos un temor santo?

Nuestra pregunta más importante entonces sería: ¿cómo recibimos el temor santo de Dios? Simplemente pidiéndolo, pero debemos hacerlo con sinceridad.

Jesús dice: “Pues si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre celestial dará el Espíritu Santo a quienes se lo pidan!” (Lucas 11:13). Quizá preguntes: “¿No está hablando Jesús del Espíritu Santo, y no del temor del Señor?”. Escucha lo que dice Isaías sobre Jesús y el Espíritu Santo:

“Una vara saldrá del tronco de Isai; un vástago retoñará de sus raíces. Sobre él reposará el espíritu del Señor; el espíritu de sabiduría y de inteligencia; el espíritu de consejo y de poder; el espíritu de conocimiento y de temor del Señor. Su deleite será temer al Señor” (Isaías 11:1-3).

La característica final del Espíritu de Dios enumerada aquí es “el espíritu de temor del Señor”. Personalmente creo que es el aspecto más importante que deberíamos pedir. Hay dos razones por las que creo esto. En primer lugar, se nos dice que el temor del Señor es el principio de la sabiduría, consejo, entendimiento y conocimiento (ver Salmos 111:10; Proverbios 1:7; Proverbios 8 y 9). En segundo lugar, y el más convincente, el temor del Señor es el deleite de Jesús.

¿Acaso su deleite no debería ser también el nuestro? De hecho, se nos dice que Jesús fue escuchado debido a su temor santo (ver Hebreos 5:7). Una cosa es orar, y otra cosa es ser escuchado.

El temor del Señor es el deleite de Jesús.

Tanto el temor del Señor como el amor de Dios son derivados de ser lleno de su Espíritu, porque Pablo escribe: “porque Dios ha derramado su amor en nuestro corazón por el Espíritu Santo que nos ha dado” (Romanos 5:5). Te animo a que pidas sinceramente ser lleno del espíritu de temor santo y el ardiente amor de Dios.

Vasijas sucias

Esto nos lleva a una extendida crisis existencial. Tenemos una grave escasez en la iglesia del siglo XXI. La carencia no es de vasijas, sino de vasijas limpias, para que Dios derrame en ellas su Espíritu Santo. Regresemos a las últimas palabras que Pablo escribió en la tierra. Dijo valientemente:

“Sin embargo, la verdad de Dios se mantiene firme como una piedra de cimiento con la siguiente inscripción: «El Señor conoce a los que son suyos», y «Todos los que pertenecen al Señor deben apartarse de la maldad»” (2 Timoteo 2:19 NTV).

Pablo discute lo que nos hace, tanto como iglesia y como individuos, inmovibles. Hay dos frases escritas en el cimiento que él identifica. La Reina Valera dice que estas palabras están “selladas” en el cimiento; la Traducción en Lenguaje Actual dice que está “escrito”.

Primero, el Señor conoce a los que son suyos. Estas son palabras de consuelo. Una vez que nos hemos entregado por completo a Él, no se olvida de nosotros. Nos convertimos en la niña de sus ojos.

El Señor conoce a los que son suyos.

La segunda inscripción en el cimientito es: “Los que dicen que pertenecen al Señor deben apartarse de lo malo”. De nuevo vemos la palabra deben, y no deberían. Este es un lenguaje muy fuerte para comunicar la importancia de alejarse de una vida de inmundicia. ¿Por qué? La respuesta está en los dos versículos siguientes:

“En una casa de ricos, algunos utensilios son de oro y plata, y otros son de madera y barro. Los utensilios costosos se usan en ocasiones especiales, mientras que los baratos son para el uso diario. Si te mantienes puro, serás un utensilio especial para uso honorable. Tu vida será limpia, y estarás listo para que el Maestro te use en toda buena obra” (2 Timoteo 2:20-21 NTV).

La palabra griega para vajillas significa simplemente “vasijas” o “recipientes”. Si nosotros como vasijas estamos limpios, entonces somos aptos para la obra del Maestro. Somos aptos para ser llenos de su poderosa presencia.

Cada mañana tomo el mismo desayuno, sin importar en qué parte del mundo me encuentre. Comienzo con un vaso de agua tibia con limón seguido de una taza de té blanco de jazmín. Quince minutos después tomo un tazón de avena, semillas de chía, lino y corazones de cáñamo mezclados con leche de almendra y jarabe puro de arce. Para este desayuno necesito recipientes: una taza de té, un vaso y un tazón. Este es un hecho: nunca he usado una taza, vaso o tazón sucio para mi desayuno. Siempre busco recipientes limpios. Me encanta el sabor de mi desayuno, así que no quiero que se

contamine. El hecho es que si hay suciedad en un recipiente, ya se trate de un tazón, plato, taza o vaso, la suciedad contaminará cualquier sustancia buena que se ponga en el recipiente. ¿Por qué iba a querer Dios derramar su Espíritu en una vasija sucia?

Según las palabras de Pablo, tenemos la responsabilidad de limpiarnos. Él no dijo: “La sangre de Jesús nos limpia de todo pecado del pasado, presente o futuro, así que no se preocupen por el pecado habitual en el que viven porque está cubierto”. No, sino que dijo: “Si te mantienes puro, serás un utensilio especial para uso honorable. Tu vida será limpia, y estarás listo para que el Maestro te use en toda buena obra” (versículo 21).

Debemos limpiarnos. Punto. Pablo no estaba discutiendo nuestra relación posicional con Cristo debido a su obra. Estaba hablando de nuestra conducta. Escucha de nuevo sus palabras: “El que deja de hacer el mal y se purifica será especial”.

De nuevo vemos que la presencia de Dios, su Espíritu, no será derramado en una vasija sucia, sino en una vasija limpia.

La consecuencia

Se nos informa que la iniquidad (desobediencia a Dios) es un misterio, y está actuando en la sociedad. Pero la buena noticia es que hay una fuerza represora:

“Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción, sólo que en este momento hay quien lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio” (2 Tesalonicenses 2:7).

Nuestra pregunta debería ser: ¿quién es el que detiene la iniquidad? Solo podría ser una de dos opciones: el Espíritu Santo o el Cuerpo de Cristo. Los traductores obviamente creían que era el Espíritu Santo. Supongamos que están en lo cierto.

En estos momentos tengo más de cincuenta años, y en toda mi vida nunca he visto un índice de aumento de iniquidad tan alto en nuestra nación. Nunca he visto una determinación como la que hay en el gobierno, los medios y la sociedad de llamar buena a la conducta de iniquidad. Hay una razón. La fuerza represora, el Espíritu Santo, no es tan predominante hoy. La presencia de Dios está menguando rápidamente en Occidente en la primera parte del siglo XXI.

¿A qué se debe esto? Si proclamamos un evangelio que no enfatiza la transformación, terminaremos con un déficit de vasijas limpias, lo cual por consiguiente crea una escasez de la presencia manifiesta de Dios en la tierra. Recuerda: cuando Jesús murió en la cruz, el velo del templo se rasgó de arriba hacia abajo. La presencia de Dios inmediatamente salió de un contenedor hecho por el hombre, y estaba a punto de ser derramado en vasos no hechos con manos: los corazones de los hombres y las mujeres renacidos.

El Espíritu de Dios no salió del templo para entrar en un amanecer, árbol, paisaje bonito, canción, video o cualquier otro medio. Entró en vasos de carne y sangre. Si los vasos están sucios, la presencia de Dios en la sociedad disminuye, y por consiguiente, la iniquidad se detiene menos.

Podemos cambiar este rápido declive no votando por buenos candidatos en el gobierno, manifestándonos contra nuestro gobierno, despidiendo al personal actual de los medios de comunicación, protestando en las clínicas de aborto, o muchas otras acciones. La única forma de luchar realmente contra la iniquidad es cediendo al empoderamiento de la gracia de Dios, y viviendo una vida santa. De esta forma le damos una voz y una influencia más fuerte al Espíritu Santo en nuestra sociedad.

La falta de predicación acerca de la verdadera santidad nos ha costado mucho a nivel personal, colectivo y nacional. ¡Podemos cambiar esto! Pastores, líderes y todo el pueblo de Dios, mantengámonos firmes juntos para proclamar todo el consejo de

Dios de la Escritura. Construyamos un cimiento y una estructura sólidos en las vidas de aquellos a los que influenciamos. Veamos cómo se mantiene a raya la iniquidad en nuestra sociedad mediante la fuerza represora del Espíritu Santo, lo cual dará como resultado una cosecha de almas para el reino de Dios.

NUESTROS PARÁMETROS

“A los que usan bien lo que se les da, se les dará aún más y tendrán en abundancia”. —Mateo 25:29 NTV

“No es mi capacidad, sino mi respuesta a la capacidad de Dios, lo que cuenta”. —Corrie Ten Boom

Regresemos a nuestra ilustración de construir una casa.

Primero hablamos del señorío como nuestro cimiento. Después pasamos a considerar la estructura, que es un estilo de vida santificado. Ahora avancemos hacia la etapa final del proceso de construcción. Esta fase define la particularidad de lo que hacemos. Conlleva nuestro fruto, sueños, planes, estrategias y decisiones de la vida. Pablo escribe:

“Pues somos la obra maestra de Dios. Él nos creó de nuevo en Cristo Jesús, a fin de que hagamos las cosas buenas que preparó para nosotros tiempo atrás” (Efesios 2:10 NTV).

Fuimos creados en Cristo Jesús no solo para ser hijos de Dios, sino también para ser ciudadanos del reino productivos.

En el proceso de edificación, esto es la instalación de la carpintería, muebles, suelos, mostradores de mármol, pintura, y finalmente la iluminación que termina la casa. Pero este aspecto se verá bien, y durará solo si las dos primeras fases de la construcción son fuertes.

Frecuentemente nos vemos ante decisiones en la vida que parecen buenas. Sin embargo, muchas veces no son lo mejor de Dios para nosotros. A menudo sentimos que nuestras opciones son limitadas. Abram y Sarai llegaron a la conclusión de que la única forma en que podían tener un hijo era que Abram se casara con la sierva de Sarai,

Agar. De esta decisión nació Ismael. Sin embargo, la Palabra de Dios es clara con que “el hijo de la esclava no heredará con el hijo de la libre” (Gálatas 4:30). En esta situación Dios redimió la decisión de Abram y Sarai. Sin embargo, no siempre es este el caso. Frecuentemente, estas malas decisiones y caminos nos robarán el poder alcanzar nuestro máximo potencial.

Uno de muchos ejemplos del Antiguo Testamento es Saúl, bajo presión, tomando la decisión de ofrecer un sacrificio antes de la llegada de Samuel. En este caso, la decisión no fue redimida; Saúl perdió el reino (ver 1 Samuel 13).

Piensa en hacer frente a decisiones importantes de esta forma. Si estás caminando y ves un camino por el que va mucha gente, de manera natural tenderás a ir por él. Sin embargo, si estás con un guía experimentado, quizás él conozca otro camino que es más pintoresco, y hará que llegues antes a tu destino. El guía te ayudará a que tomes una decisión mejor.

Se nos dice: “Tu palabra es una lámpara que guía mis pies y una luz para mi camino” (Salmos 119:105 NTV). Estar bien cimentado en la Palabra de Dios ilumina nuestro camino, lo cual es clave para tomar sabias decisiones en la vida.

Estar bien cimentado en la Palabra ilumina nuestro camino.

En la situación de Abram y Sarai, ambos limitaron a Dios, lo cual ocurre frecuentemente cuando escogemos ir por nuestro propio camino. Así que examinemos la Palabra de Dios para que nos guíe a la hora de tomar decisiones.

“No disponible para tu hogar”

En nuestros primeros años de matrimonio, Lisa y yo vivíamos en dos ciudades: Dallas y Orlando. Apenas podíamos permitirnos nuestras dos primeras casas. Inicialmente habíamos vivido en apartamentos durante varios años porque no teníamos dinero suficiente para tener nuestra propia casa. Seguíamos visitando casas modelo, pero solo para soñar.

Cuando pudimos comprarnos una casa, el factor primordial fue el precio. No podíamos permitirnos la mayoría de las casas, ya que mi salario era solamente de 18.000 dólares al año en Dallas y 27.000 dólares al año en Orlando. Seguir en un apartamento no era una opción, porque ahora teníamos dos hijos, y queríamos un patio donde pudieran jugar. En ambas ciudades buscamos durante semanas, mirando en la mayoría de los vecindarios asequibles que estaban a una distancia razonable de nuestra iglesia y nuestro trabajo. En ambos casos encontramos que la opción más económica eran las casas adosadas. Ambos constructores tenían aproximadamente media docena de planos de piso de donde escoger, y cada vez escogíamos el menos caro.

Con una casa, estábamos muy emocionados cuando llegó el día de escoger nuestras terminaciones interiores. Nuestro vendedor nos llevó a un salón de exhibiciones donde se mostraban muchos materiales preciosos. Había toda clase de pisos de mármol y travertino, una gran variedad de pisos de madera, bonitos muebles y un montón de alfombras mullidas. Vimos unas molduras de techo muy finas y chimeneas de piedra únicas.

Después nuestro vendedor nos señaló una sección de la sala de donde podíamos escoger nuestros materiales. En esta zona no había opciones de mármol o travertino; de hecho, no había azulejos de ningún tipo. Los muebles de arce, roble y pino tampoco existían. No había molduras de techo, ni chimeneas de piedra, ni suelo de madera de donde escoger. Nuestras únicas opciones eran alfombras de grado inferior, piso de linóleo, y gabinetes baratos de madera comprimida.

Seguimos pidiendo mejores materiales, pero una y otra vez

oíamos una de dos respuestas: “No está disponible para su hogar” o “Eso tendría un cargo extra”. Cuando preguntábamos la cantidad que supondría el cargo extra, recibíamos una cifra muy alta, lo cual por supuesto no nos podíamos permitir. Lisa y yo salimos de ese lugar intentando animarnos el uno al otro, pero la verdad es que nos sentíamos desmoralizados.

Poderoso para hacer

Vivimos en un mundo que es reflejo de esta experiencia del almacén del constructor. La gente a menudo escucha: “No puedes”. “No te emociones mucho”. “Esa es una idea demasiado elevada”. “Adáptate y sé normal”. O “Eso está fuera de tu liga”. La lista de estos comentarios restrictivos es interminable. A menudo la lógica parece razonable y de buen consejo, pero ¿cuál es la verdad?

“Y a Aquel que es poderoso para hacer que todas las cosas excedan a lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros” (Efesios 3:20).

Este versículo comunica un mensaje bastante distinto al de nuestra experiencia en el almacén de muestras. Dios no nos da parámetros limitadores. Sus límites están más allá de lo que podemos ver, soñar, imaginar, esperar o pedir.

Dios no nos da parámetros limitadores.

La palabra clave en este versículo es poderoso. Permíteme ilustrarlo con un escenario.

Un multimillonario se acerca a tres jóvenes empresarios y les hace

una oferta: “Quiero patrocinar la empresa de sus sueños. No espero nada a cambio; tan solo quiero verles triunfar. Yo soy poderoso para darles todo el capital que necesiten para empezar”.

La primera es una joven que decide construir una panadería. Necesita un escaparate, un par de hornos, moldes para hornear, utensilios, una caja registradora, ingredientes y algunos otros artículos. Le lleva sus planes al millonario, y le pide 100.000 dólares. Sin titubear, él transfiere el dinero a su cuenta.

El siguiente es un joven. Decide construir algunas casas. Necesita comprar algunos terrenos, materiales de construcción, herramientas y un camión, y alquilar alguna oficina pequeña. Llega con su plan empresarial, y pide 250.000 dólares. De nuevo, el millonario transfiere inmediatamente el dinero a su cuenta.

La tercera empresaria es una joven que quiere construir un complejo empresarial con un centro comercial adyacente y un parque temático. Encuentra un terreno de mil acres de tierra en venta dentro de los límites de la ciudad. Es una propiedad de primera, y lleva en el mercado bastante tiempo porque pocos podrían permitirse comprar esta propiedad. Hace una oferta y se la aceptan.

Consigue un equipo de arquitectos para llevar a cabo su sueño. Describe dos edificios de oficinas únicos de doce plantas adyacentes con un patio. En otra sección planifica un bonito centro comercial exterior lleno de tiendas de venta de productos de calidad superior, y restaurantes de calidad. Sobre las tiendas habrá lujosos apartamentos. Ella pide un hotel de lujo de cinco estrellas justo en medio del proyecto. Deja la sección final de terreno para su parque temático elegante. Adorna todas las calles con árboles frondosos, inserta caminos para bicicletas, y lo culmina todo con un impactante parque de árboles y flores junto al centro comercial.

Su visión es atraer a su parque a empresarios exitosos, residentes y usuarios del hotel. Ofrecerá tiendas de calidad, entornos tranquilos, una experiencia única en el parque temático, y excelentes

restaurantes. El hotel ofrecerá fabulosos servicios para los invitados de sus empresarios. También desea que su complejo sea un lugar de destino. Espera atraer a personas de todo el país que lleguen en vuelos y descansen, compren, disfruten del parque temático, y sean mimados en su exquisito hotel.

Revisa el plan con sus arquitectos hasta convertirlo en una verdadera obra de arte sin fallos. Después se acerca al millonario, le enseña su plan, y pide 245 millones de dólares. Al igual que con los otros dos empresarios, de inmediato transfiere el dinero a su cuenta.

Tres años después, el millonario llama a los tres jóvenes empresarios para una reunión. Le gustaría que le presentasen cómo va su progreso. Uno a uno le dan un informe. La panadería está produciendo un ingreso de dos mil dólares al mes. El constructor ha edificado cuatro casas, y ha producido algo más de doscientos mil dólares en el transcurso de los tres años.

La tercera empresaria se levanta, y da un informe de su complejo. Actualmente tiene ocupados el 90 por ciento de su hotel, y el 87 por ciento de su espacio de oficinas. Sus apartamentos están todos vendidos. Su centro comercial está lleno al 98 por ciento, de tiendas y restaurantes de primera calidad. Su beneficio es de millones de dólares al mes. Ella informa que la ciudad ha puesto una fecha para reconocer su complejo con un premio cívico porque ha sido de beneficio para la comunidad de varias formas: estética, trabajos, gasto de turistas, e ingreso de impuestos. Ella también ha recibido un porcentaje de los beneficios de abrir y patrocinar comedores sociales en las secciones pobres de la ciudad.

Pero no termina ahí. Informa que un gran porcentaje del beneficio de los múltiples millones de dólares se está destinando para complejos similares en otras tres ciudades, los cuales abrirán con un margen de seis meses de diferencia durante el siguiente año y medio. Ella ha entrenado a tres equipos de administración que supervisarán estos nuevos complejos. Espera que los beneficios durante los siguientes cinco años creen un capital de inversión para cinco

complejos más en otros lugares clave.

Tras escuchar la presentación, los otros dos empresarios se quedan callados y sus rostros decaen. El millonario, al ver esto, pregunta cuál es el motivo del desánimo.

La joven dueña de la panadería habla primero. “Bueno, señor, por supuesto que a ella le va mejor que a nosotros, porque ella le pidió más dinero que nosotros. Ella puede hacer más porque usted le dio más”.

El millonario mira al joven constructor. “¿Está de acuerdo con ella?”.

El joven dice: “Honestamente, señor, sí lo estoy. Ella tenía más con lo cual trabajar”.

El millonario hace que su asistente personal saque los datos de su primera reunión. Pocos minutos después, ella llega con las hojas escritas.

El benefactor le dice a su ayudante: “Por favor, lea lo que le dije a cada uno de estos empresarios hace tres años”.

La ayudante lee: “Quiero patrocinar la empresa de sus sueños. Yo soy poderoso para darles todo el capital que necesiten para empezar”.

El millonario mira a los dos cuyos rostros estaban decaídos y pregunta: “¿Por qué envidian lo que ella ha recibido? ¿Por qué creen que ella tiene ventaja sobre ustedes? Yo les dije a todos que era poderoso para darles todo el capital que necesitaran para cumplir su visión. No puse límites en lo que les daría, y sin duda les di exactamente lo que pidieron. ¿Por qué no soñaron y planearon en grande?”.

El millonario después se gira a la joven con la panadería y pregunta: “¿Por qué no planificó una panadería más grande? Yo le hubiera dado ese capital. ¿Por qué no pidió fondos para un mercadeo más eficaz? A la gente le encantan sus productos; hubiera

tenido éxito. Sin embargo, mi mayor pregunta es: ¿por qué no planificó más panaderías por toda la ciudad, y finalmente una franquicia por toda la nación para que creciera su negocio?”.

Después se gira hacia el joven y le hace preguntas similares. “¿Por qué no entrenó a algunos capataces, y reclutó a varios subcontratistas para construir veinte casas al año, en vez de promediar solo un poco más de una al año? Podría haber creado muchos más empleos. ¿Por qué no compró más tierra? ¿Por qué no organizó oficinas por todo el estado para poder llenar varias ciudades con casas hermosas? Yo hubiera patrocinado su visión porque estaba ayudando a familias de esta ciudad, y finalmente al estado. Su alcance fue limitado porque su capital era limitado, porque su visión era limitada”.

Abundancia

Como cristianos, a menudo pensamos subconscientemente que no deberíamos tener demasiado. Sin embargo ¿está en línea este pensamiento con lo que enseña la Palabra de Dios? Jesús declara:

“A los que usan bien lo que se les da, se les dará aún más y tendrán en abundancia” (Mateo 25:29 NTV).

Dios no tiene problemas con la abundancia. Él está en contra de que la abundancia nos tenga a nosotros. ¿Cuál es la diferencia? La persona poseída por la abundancia es la que busca bendición, posesiones, finanzas, capacidad, o poder solamente para calmar sus deseos. O acumula recursos por temor.

Dios no tiene problemas con la abundancia.

Muchos que escucharon la enseñanza de la prosperidad a finales del siglo XX tuvieron lujuria de este tipo. Su avaricia hizo que muchos líderes y creyentes dejaran de declarar la verdad de Dios con respecto a la abundancia. Muchos llegaron a sentir desdén por la palabra prosperidad. Pero la verdad es que necesitamos abundancia para hacer una obra más grande y eficaz en cuanto a edificar vidas para el reino. ¿Podría ser esto por lo que Dios dijo: “Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma” (3 Juan 1:2 RVR 1960)?

En nuestra ilustración, el multimillonario no dio a cada empresario 245 millones de dólares, como hizo con la última mujer. Le dio a cada uno según su visión. Si examinas la parábola que contiene la frase de Jesús acerca de la abundancia, cada uno de los siervos no comenzó con la misma cantidad de dinero. Recibieron cantidades distintas: “Lo dividió en proporción a las capacidades de cada uno. Al primero le dio cinco bolsas de plata; al segundo, dos bolsas de plata; al último, una bolsa de plata” (Mateo 25:15 NTV). Sus habilidades estaban en consonancia con lo que podían prever.

En mi ejemplo, la primera chica solo pudo prever una pequeña panadería. El joven solo pudo prever unas cuantas casas al año. La capacidad de la tercera joven, lo que ella pudo prever, requirió mucho más.

Usar bien el empoderamiento es usarlo para edificar vidas, para edificar el reino. Si leemos atentamente esta parábola, encontramos un dato interesante. Dos siervos fueron fieles a su amo. Multiplicaron lo que les fue dado. (En nuestra historia de los tres jóvenes empresarios, solo uno multiplicó.) El amo en la parábola de Jesús llamó a su multiplicación buena (ver Mateo 25:21, 23).

El siervo que mantuvo lo que se le había confiado fue identificado como perezoso. El amo tomó su única bolsa de plata, y se la dio al hombre que tenía abundancia. El amo convirtió las diez bolsas de plata de este hombre en once. Esto está lejos de ser una respuesta socialista; con toda honestidad, verdaderamente es capitalista en

naturaleza.

Pensamos que un buen cristiano “cuidará el puesto”, por así decirlo. En otras palabras, está contento con tener suficiente para subsistir, cuando en realidad eso es ser perezoso. El primer mandamiento de Dios a la humanidad fue: “¡Reprodúzcanse, multiplíquense!” (Génesis 1:22). Dios no estaba hablando solo de bebés. Estaba declarando: “Cualquier cosa que les dé, espero que ustedes lo multipliquen y me lo presenten de vuelta”.

El primer mandamiento fue: “¡Reprodúzcanse, multiplíquense!”

Dios me confió la capacidad de enseñar. Por su gracia (el poder que está en acción dentro de nuestro equipo, nuestros socios, mi esposa, y yo), ese don ha sido multiplicado y presentado de vuelta a Dios mediante la enseñanza por todo el mundo, escribir libros, poner mensajes en la web, dar millones de recursos a pastores y líderes globalmente, escribir en el blog, desarrollar a otros maestros, y no está la lista completa. Hasta aquí Dios ha hecho mucho más de lo que yo podía haber soñado jamás cuando era joven. Sin embargo, tengo dos respuestas a todo esto. Primero, mi preocupación es: ¿he limitado a Dios de alguna manera? Segundo, mi deleite es: ¡vaya, mira lo que ha hecho su empoderamiento! Estos dos pensamientos me mantienen humilde y apasionado al mismo tiempo.

Nuestra vasija

Dios podría hacer mucho más a través de cada uno de nosotros. Nos demos cuenta o no, todos tenemos limitaciones. Según Efesios 3:20, estas limitaciones están determinadas por lo que podemos “pedir o pensar”, con respecto a ayudar a otros. El mensaje claro de Dios para nosotros es: “Mi gracia en ti puede ir más allá del límite

que tú has establecido”. Jesús lo dice de esta forma: “Para quien cree, todo es posible” (Marcos 9:23).

Nuestros límites, lo que podemos contener, decide cuánto participaremos de los ilimitados recursos. En mi historia acerca del multimillonario y los empresarios, la vasija de la primera persona era una visión que necesitaba 100.000 dólares, el segundo necesitaba 250.000 dólares, y el tercero necesitaba 245 millones de dólares.

Francamente hablando, es el tamaño de nuestra vasija lo que limita a Dios. ¿Podría ser que Dios nos esté preguntando: “¿Por qué estás pensando solo en lo que se necesita para sobrevivir? ¿Por qué estás pensando solo en ti y tu familia? ¿Por qué no estás sintonizando con el potencial que yo he puesto dentro de ti? Según pienso yo, esa mentalidad no es buena. Es perezosa.

Es el tamaño de nuestra vasija lo que limita a Dios.

Por eso Pablo ora apasionadamente para que podamos conocer y entender:

“... la increíble grandeza del poder de Dios para nosotros, los que creemos en él” (Efesios 1:19 NTV).

Lee con detenimiento las palabras que he enfatizado en este versículo. Detente y medita en ellas. Increíble grandeza. No hay un poder más grande en todo el universo.

Observa que todo el poder está en nosotros. No es poder que podamos conseguir periódicamente del trono. Es su poder que ya está en nosotros.

También es para nosotros. Nos permite multiplicarnos. Nos ayuda

a ser fructíferos. Nos hace ser eficaces para ayudar a otros. Por él brillamos como luminarias.

¡Este poder no es otra cosa que la gracia de Dios!

Reinar en vida²⁴

La gracia de Dios es abrumadora. Es un regalo de salvación inmerecido, perdón, una nueva naturaleza, y empoderamiento para vivir una vida santa. También nos permite multiplicarnos, ser fructíferos y reinar en vida. ¡La gracia es realmente asombrosa! Escucha atentamente las palabras de Pablo:

“Mucho más reinarán en vida los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia mediante un solo hombre, Jesucristo” (Romanos 5:17).

La magnitud de esta afirmación parece casi demasiado inverosímil para ser real porque sus implicaciones son asombrosas. Quizás por eso muchos la han subestimado. Por la gracia de Dios tenemos que reinar en vida. Somos capacitados para vencer cualquier obstáculo que este mundo intente ponernos delante. La vida en esta tierra no nos debe superar; tenemos que gobernarla. Se nos ordena dejar una marca significativa en nuestras esferas de influencia. Este es nuestro mandato.

¿Cómo se hace esto en la práctica? Tenemos que salir del status quo, sobrepasar la norma. Somos llamados a influenciar, a ser cabeza y no cola, a estar encima y no debajo (ver Deuteronomio 28:13). No solo debemos levantarnos por encima de las circunstancias adversas de la vida, sino que también debemos opacar con nuestro brillo a los que no tienen un pacto con Dios. Tenemos que ser líderes en medio de un mundo apagado. La cabeza establece la dirección, el curso y los caminos, mientras que la cola sigue. Nosotros deberíamos ser líderes en todos los aspectos de nuestra

sociedad, no seguidores. ¿Es esto una realidad? ¿O nos estamos quedando cortos de lo que Dios llama bueno?

Tenemos que ser líderes en medio de un mundo apagado.

Permíteme deletrearlo claramente. Si tu profesión es de la rama de la medicina, por la gracia de Dios tienes la capacidad de descubrir formas nuevas e innovadoras de tratar las enfermedades. Tu potencial es inmensurable e ilimitado. Tus compañeros de trabajo deberían maravillarse de tus descubrimientos, y tu trabajo debería inspirarlos. Tu innovación y sabiduría les hará rascarse la cabeza y decir: “¿De dónde saca esta persona esas ideas?”. No solo puedes brillar, sino que también multiplicarás tu eficacia en tu campo. Otros aspirarán a seguir tus pasos, e intentar conocer la fuente de tu capacidad.

Si diseñas páginas web, tus creaciones deberían ser frescas e innovadoras, hasta tal grado que otros emulen tu trabajo. Tú y otros creyentes en tu campo deberían poner las tendencias prevalecientes que sigue la sociedad. Te deben buscar por tu trabajo, y ser conocido por tu innovación. Vas tan por delante de la curva que otros en tu campo se rascan la cabeza y dicen entre sí: “¿De dónde saca él (o ella) esta creatividad?”. Tú multiplicas al impartir tu conocimiento a otros y haciendo crecer tu industria, y dando al reino.

Si te dedicas a enseñar en la escuela pública, por el empoderamiento de la gracia dentro de ti, desarrolla formas frescas, creativas e innovadoras de comunicar conocimiento, entendimiento y sabiduría a tus alumnos, de formas que ninguno de los demás educadores en tu sistema escolar hayan considerado. Tú puedes establecer el estándar e inspirar a los alumnos de tal forma que otros se maravillen. Los demás maestros hablarán entre ellos, diciendo:

“¿De dónde saca él (o ella) sus ideas?”. Te multiplicarás reproduciendo tus capacidades en tus alumnos, y desarrollando a otros educadores.

Como hombre o mujer de negocios, puedes pensar en productos ingeniosos y técnicas de ventas que superen a otros. Participarás de estrategias de mercadeo que están por delante de la curva. Percibes hábilmente lo que es rentable y lo que no lo es. Sabes cuándo comprar y cuándo vender, cuándo entrar y cuando salir. Otros empresarios se rascarán la cabeza intentando saber por qué tienes tanto éxito. Te multiplicarás desarrollando a jóvenes emprendedores, y dando generosamente para edificar el reino.

Los mismos principios sirven si eres músico, investigador, atleta, científico, policía, asistente de vuelo, madre, ama de casa, o si estás en los medios, el ejército o en cualquier otro ámbito de la vida. Todos estos ejemplos, elevados o no, modelan nuestro mandato.

Todos estamos llamados a diferentes sectores de la sociedad. Dondequiera que estemos ubicados, deberíamos manifestar dirección y liderazgo. Nuestras empresas deberían prosperar aún cuando a otras les cueste. Nuestras comunidades deberían ser seguras, más agradables y prósperas. Nuestros lugares de trabajo deberían florecer. Nuestra música debería ser fresca y original, emulada por los músicos seculares. Lo mismo debería ocurrir en nuestros diseños gráficos, de video o arquitectónicos. Nuestra creatividad debería inspirar y ser solicitada en todos los niveles.

Los discípulos de Jesús debemos ser luz en un mundo oscuro.

Nuestras actuaciones, ya sea en los deportes, el entretenimiento, las artes, los medios o cualquier otro campo, deberían sobresalir. Cuando el justo gobierna, nuestras ciudades, estados y naciones

deberían florecer. Nuestras escuelas deberían mejorar cuando enseñamos y dirigimos. Cuando los creyentes están involucrados, debería haber abundancia de creatividad, innovación, productividad, tranquilidad, sensibilidad e integridad. Los discípulos de Jesús debemos ser luz en un mundo oscuro. Así que en esencia, a través de la gracia de Dios, deberíamos distinguirnos en medio de una sociedad en tinieblas.

Más allá de la norma

Lee este testimonio acerca de Daniel:

“Y tanto se distinguió Daniel por sus extraordinarias cualidades administrativas, que el rey pensó en ponerlo al frente de todo el reino” (Daniel 6:3 NVI).

Esto es asombroso. Primero, observa que Daniel se distinguió. No dice: “Dios distinguió a Daniel”. Todas las principales traducciones de la Biblia dicen que fue Daniel quien “se distinguió”. Alguna versión da la idea de que “superó por completo a los demás” líderes.

¿Cómo lo hizo Daniel? Tenía cualidades excepcionales porque era un hombre que estaba conectado con Dios. No debería haber diferencia con cualquiera que tenga el Espíritu de Dios viviendo en su interior.

Una versión de la Biblia en inglés dice que Daniel comenzó a distinguirse porque poseía un espíritu extraordinario. La palabra extraordinario significa “ir más allá de la norma, salir del status quo, superar la medida común”. A veces podemos comprender mejor una palabra al examinar lo que no es, sus antónimos, los cuales para extraordinario son común, ordinario o normal. Así que vivir una vida normal sería manifestar el estilo de vida opuesto al de alguien que tiene un espíritu extraordinario.

El espíritu de Daniel era extraordinario. Si nuestro espíritu es

extraordinario, nuestra mente y cuerpo deberían ir a la par. Si nuestro espíritu nos dirige, la creatividad, ingenio, sabiduría, conocimiento y todos los demás aspectos de la vida están formados de manera forma distinta que si vivimos meramente por nuestra propia fuerza. Si realmente entendemos la gracia en nosotros y para nosotros, sabemos que no hay restricciones.

No olvidemos las palabras descriptivas del poder de Dios dentro de nosotros: increíble grandeza. Daniel sintonizó con lo que estaba disponible en su relación con Dios. Conocía su pacto con el Todopoderoso, que él tenía que ser cabeza y no cola; y nosotros tenemos un pacto más poderoso con Dios que el que tenía Daniel.

No olvidemos las palabras descriptivas del poder de Dios dentro de nosotros: increíble grandeza.

Examinemos la situación de Daniel en mayor profundidad. Él y sus tres amigos fueron llevados cautivos desde la diminuta nación de Israel, y escoltados a la nación más poderosa del mundo. Si eres estadounidense y crees que nuestra nación ha sido grande en el siglo pasado, el hecho es que nuestro país no era ni de cerca tan poderoso como lo era Babilonia, relativamente hablando. Los babilonios gobernaban el mundo, ¡todo el mundo! Eran la nación número uno en economía, política, ejército, socialmente, en ciencias, educación y las artes.

El pueblo de Babilonia era el más sofisticado del planeta prácticamente en todos los campos. Sin embargo, encontramos que respecto a Daniel y sus amigos, “En todo lo que el rey les preguntó, y que tenía que ver con cuestiones de sabiduría e inteligencia, los halló diez veces más sabios que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino” (Daniel 1:20). Otras traducciones dicen que eran diez veces mejores, diez veces más sabios y entendían diez

veces más. Implementaban ideas que los sabios de esta primera nación del mundo nunca habían pensado, y sus ideas funcionaban. En esencia, su creatividad, innovación y visión eran diez veces más potentes que las de los otros líderes que no poseían el Espíritu de Dios.

Mayor que Daniel

Con esto en mente, lee las palabras de Jesús: “Yo les digo que, entre los que nacen de mujer, no hay nadie mayor que Juan el Bautista” (Lucas 7:28). Esto significa que Juan el Bautista era mayor que Daniel. No intentes comparar a los dos por lo que hicieron. Juan estaba en el ministerio; Daniel trabajaba en el gobierno civil. Sin embargo, Jesús revela claramente que Juan era superior. Pero después sigue diciendo:

“Aun así, el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él” (Lucas 7:28).

¿Por qué el menor en el reino de los cielos es mayor que Juan? Jesús aún no había ido a la cruz para liberar a la humanidad, así que Juan no tenía un espíritu renacido. No se podía haber dicho de Juan: “pues como Jesús es, así es Juan el Bautista en este mundo” (ver 1 Juan 4:17). ¡Sin embargo sí se dice esto de nosotros! Juan no fue resucitado y sentado junto a Cristo en lugares celestiales (ver Efesios 2:6). Sin embargo, ¡nosotros sí! Por eso el menor en el reino ahora es mayor que Juan. ¿Entendemos esto?

Algunos eruditos creen que ha habido aproximadamente dos mil millones de cristianos en esta tierra desde el tiempo de la resurrección de Jesús hasta la fecha. Las probabilidades son pocas, pero si resulta ser que tú eres el menor de esos dos mil millones de creyentes, aún así eres mayor que Juan el Bautista, lo cual significa que eres mayor que Daniel.

Las preguntas que surgen ahora son: ¿realmente sabes quién eres? Y ¿te estás distinguiendo? ¿Eres diez veces más listo, mejor, más sabio, más creativo y más innovador que los que trabajan contigo que no están en una relación de pacto con Dios a través de Jesucristo? Si no es así, ¿a qué se debe? ¿Podría ser que no creemos que podamos recibir una medida mayor de la gracia de Dios?

Pensemos esto un poco más. Jesús declaró que somos “la luz del mundo” (ver Mateo 5:14). Que se aluda a nosotros como luz en medio de la oscuridad no ocurre de manera puntual en el Nuevo Testamento (ver Mateo 5:14-16; Juan 8:12; Hechos 13:47; Romanos 13:12; Efesios 5:8, 14; Colosenses 1:12; Filipenses 2:15; 1 Tesalonicenses 5:5 y 1 Juan 1:7; 2:9-10). Esta verdad debería ser un tema abrumador de nuestra vida en Cristo.

¿Qué significa ser la luz del mundo? La mayoría lo ve como algo que solo tiene que ver con nuestra conducta, ser dulces, amables, buenos y tiernos, junto al hecho de que podamos citar Juan 3:16. ¿Qué tal si Daniel hubiera entendido lo de ser luz de esta forma? ¿Qué tal si su meta cada día al entrar a la oficina del gobierno fuera tratar a la gente de una manera mejor y decir a sus compañeros de trabajo: “Hola, líderes de Babilonia, el Salmo 23 dice: ‘El Señor es mi pastor, nada me faltará’?”.

¿Qué se hubieran dicho los administradores y gobernantes unos a otros cuando Daniel se fuera de la oficina a orar en la comida? (Lo hacía todos los días.) Estoy seguro de que sería algo así: “Qué bien que este fanático haya salido de la oficina. Espero que se quede orando toda la tarde. ¡Es muy raro!”.

¿Por qué pusieron la ley para que Daniel no pudiera orar? (ver Daniel 6:6-8). ¿Podría ser porque era diez veces más listo, sabio, más innovador y más creativo que cualquiera de ellos? Como estaba consiguiendo todos los ascensos antes que ellos hasta llegar a ser el principal de todos los líderes, quizás estaban un tanto celosos.

Estos líderes estaban perplejos y probablemente se consultaban entre ellos, diciendo: “¡No lo entiendo! Fuimos entrenados por los

maestros, científicos y líderes más talentosos y sabios del mundo. Él es de ese insignificante y diminuto país, así que ¿de dónde saca esas ideas? ¿Cómo puede ser mucho mejor que nosotros? Debe ser la oración que hace tres veces al día. Hagamos una ley para que no pueda orar a fin de que no continúe destacando sobre nosotros”. (Por supuesto, esto sirvió a su propósito de conseguir que le arrestaran también.)

Daniel era una luz brillante debido al hecho de que era un individuo asombroso. Sus excepcionales cualidades le hicieron brillar intensamente a ojos de sus contemporáneos. A ellos no les gustaba porque tenían envidia. Sin embargo, me imagino que muchos otros, incluido el rey, veían evidencia del Dios vivo en las capacidades de Daniel, y era atractivo para ellos y les hizo honrar al Dios de Daniel.

No fue el conocimiento que tenía Daniel de las Escrituras, o que era amable y oraba tres veces al día lo que hizo que otros lo notaran. Fue el hecho de que era mucho mejor en su trabajo, y también poseía un buen carácter. Su cimiento, estructura y materiales de construcción personales eran sobresalientes.

La evidencia en mi vida

Personalmente he sido testigo del poder de la gracia de Dios en mi vida. Una de mis peores asignaturas en el instituto era inglés y escritura creativa. Me costaba siempre que me pedían hacer un trabajo de tres páginas. Tardaba muchas horas en escribirlo, y siempre gastaba la mitad de mi cuaderno. Arrancaba hoja tras hoja de escritos muy malos. Saqué 370 puntos de 800 posibles en la parte de inglés del examen SAT. Para darte una idea de lo malo que es eso, en todos mis viajes solo he conocido a una persona que haya sacado menos nota que yo.

Cuando Dios me mostró en oración en 1991 que Él quería que escribiera un libro, pensé que me había confundido con otra persona. Parecido a Sara en el Antiguo Testamento, yo también me reí. ¿Cómo iba a poder escribir un capítulo, y mucho menos un libro

entero? Lo que originalmente no tuve en cuenta fue la increíble grandeza de la gracia de Dios en mí.

A los diez meses de recibir mi mandato de Dios de “escribe un libro”, dos mujeres de distintos estados se acercaron a mí con dos semanas de diferencia y me dijeron estas palabras: “John, Dios quiere que escribas. De hecho, si no lo haces, Él dará los mensajes a otra persona”. Después de eso escribí un contrato con Dios, y reconocí mi total dependencia de su gracia. Contaré el resto de esta historia en el siguiente capítulo, pero solo quiero decir aquí que ya hay escritos diecinueve libros, y se han distribuido por todo el mundo millones de ejemplares en más de noventa idiomas.

La gracia posibilitó no solo mi escritura, sino también mi oratoria. La primera vez que Lisa me oyó hablar en público después de casarnos, se durmió en la primera fila. Era así de malo. Una de sus mejores amigas se sentó junto a ella y se durmió tan profundamente, que vi cómo le caía la saliva por su rostro al tener la boca abierta. ¡Eso me animó mucho! Ahora la gente no se duerme cuando hablo públicamente. Antes lo hacía en mis fuerzas; ahora he aprendido a creer, depender y ceder a la gracia de Él.

Era un fracaso en estas dos áreas en mi propia habilidad. Sin embargo, es mediante ambas cosas que Dios me ha dado el privilegio de ministrar a millones de personas.

Una vida verdaderamente buena

Resumamos nuestros parámetros para vivir una vida buena. Si puedes creer, nada es imposible para ti. Porque Él es capaz de hacer a través de ti extremadamente abundantemente más allá de lo que tú puedas pedir o pensar. El poder interior disponible mediante el que Dios cumplirá la obra de tu vida es inmensurable, ilimitado y sobrepasa a todo los demás. Tu vida no debería ser como lo que Lisa y yo experimentamos en ese almacén de muestras mientras escogíamos la decoración para terminar nuestra casa. Tú no tienes límites porque lo que tú eres y lo que tú haces ¡es por la gracia de

Dios! Así que permite que el Espíritu Santo expanda tu visión. Sueña a lo grande, cree, y avanza hacia adelante con acciones que se correspondan.

Si puedes creer, nada es imposible para ti.

Hay un factor que es crucial para el cumplimiento de lo que se ha mencionado en este capítulo. Sin un entendimiento de este rasgo, es muy probable que nos frustremos, e incluso nos perdamos en nuestro intento de ser eficaces y multiplicarnos. En nuestro capítulo siguiente discutiremos este atributo llamado discernimiento.

DISCERNIMIENTO

“El alimento sólido es para los que ya han alcanzado la madurez, para los que pueden discernir entre el bien y el mal”. —Hebreos 5:14

“Santidad no es el lujo de unos pocos; es una tarea simple, para ti y para mí”. —Madre Teresa

Los que han alcanzado la madurez son los que son maduros, no físicamente, sino espiritualmente. Físicamente, nacemos como bebés y crecemos hasta ser adultos. Del mismo modo, nacemos espiritualmente como bebés, y se espera que crezcamos hasta ser maduros, hasta la medida de Cristo.

Hay una diferencia importante entre las dos. La madurez física está atada al tiempo. ¿Has oído de un niño de dos años que mida dos metros de altura? Se necesitan entre quince y veinte años para llegar a esa estatura. Sin embargo, el crecimiento espiritual no está atado al tiempo. ¿Te has encontrado con creyentes que tienen solo un año en Cristo, pero son más maduros que los que hace veinte años que son salvos?

Según Hebreos 5:14, un indicativo de madurez es cuando nuestros sentidos internos discernen entre lo que es verdaderamente bueno y malo.

Es importante destacar que tu corazón tiene cinco sentidos, así como tu cuerpo. Este hecho es evidente a lo largo de toda la Escritura. “Prueben y vean que el Señor es bueno” (Salmos 34:8 NTV). Dos sentidos se cubren solo en este versículo.

Jesús una vez anunció a las multitudes: “¡El que tenga oídos para oír, que escuche y entienda!” (Mateo 11:15 NTV). Casi todos los presentes podían oír físicamente; Él estaba hablando de sus oídos interiores.

Pablo citó la frase de Dios a Israel: “No toquen sus cosas

inmundas, y yo los recibiré a ustedes” (2 Corintios 6:17 NTV). El mismo apóstol también escribió que Dios “por medio de nosotros manifiesta en todas partes el aroma de su conocimiento” (2 Corintios 2:14).

¡Los cinco sentidos están cubiertos solo en estos cuatro versículos!

Discernimiento

¿Cómo podemos impedir mezclar lo bueno con lo malo, especialmente en unos tiempos en que el engaño está aumentando? ¿Cómo podemos no caer en la misma trampa que cayó Eva cuando creyó que lo malo era bueno, agradable y sabio? La respuesta es: con discernimiento. Entonces, ¿cómo lo desarrollamos? A través de un auténtico temor santo.

El profeta Malaquías presagió que en los postreros tiempos habría dos grupos de creyentes: los que temen a Dios y los que no. En medio de los tiempos difíciles, los que carecen de temor se quejan, comparan y murmuran. No les gusta tener que servir a Dios y sufrir oposición, aflicción y dificultades, mientras prosperan los malvados que no tienen una relación con Dios.

Los que temen a Dios pasan por las mismas dificultades, pero hacen algo distinto. Hablan de la bondad de Dios. Luchan contra la adversidad creyendo lo que Dios dice sobre sus circunstancias difíciles. Están más interesados en los deseos de Dios, sus planes y su reino que en su malestar temporal. Conocen y están establecidos en su fidelidad. Su actitud es esta:

“Aunque las higueras no florezcan y no haya uvas en las vides, aunque se pierda la cosecha de oliva y los campos queden vacíos y no den fruto, aunque los rebaños mueran en los campos y los establos estén vacíos, ¡aun así me alegraré en el Señor! ¡Me gozaré en el Dios de mi salvación! ¡El

Señor Soberano es mi fuerza! Él me da pie firme como al venado, capaz de pisar sobre las alturas” (Habacuc 3:17-19 NTV).

Dios afirmó a través del profeta Malaquías que hará de ellos su especial tesoro. (Recuerda cómo se refirió Pablo a los “utensilios especiales” en 2 Timoteo 2:21 NTV.) Malaquías profetizó que uno de los agradables beneficios para los que temen a Dios sería: “y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo” Malaquías 3:18 RVR 1960). En otras palabras, estos creyentes no confundirán lo que no es bueno con lo bueno.

En el capítulo anterior identificamos los parámetros de la bondad de Dios: abundancia más allá de lo que podemos incluso pedir o pensar. Para una persona, la abundancia puede ser su ruina. Sin embargo, para otra es una gran oportunidad. Si tu meta es la abundancia, seguramente caerás en la misma trampa que Eva, Caín, Balaam, Coré, Saúl, Giezi, Judas, Alejandro, la iglesia de Laodicea e innumerables otros. Sin embargo, si agradar a Dios es tu principal objetivo, tendrás la capacidad de discernir lo que es bueno y malo, y la capacidad de manejar adecuadamente tu abundancia.

Cuanto más tememos a Dios, más capaces somos de discernir.

La clave se encuentra en el discernimiento, y el grado de nuestra capacidad para discernir es proporcional a nuestro temor de Dios. Permíteme reiterarlo: cuanto más tememos a Dios, más capaces somos de discernir sabiamente. Al comienzo de su reinado, Salomón clamó: “Yo te pido que me des un corazón con mucho entendimiento para discernir entre lo bueno y lo malo” (1 Reyes 3:9).

La sabiduría con la que Salomón reinó era asombrosa. En sus

años cuando estaba siguiendo al Señor, escribió: “Si llamas a la inteligencia y pides discernimiento; si la buscas como a la plata, como a un tesoro escondido, entonces comprenderás el temor del Señor” (Proverbios 2:3-5 NBD).

Sin embargo, cuando Salomón perdió su temor de Dios, quedó confundido, y no pudo distinguir la diferencia entre lo bueno y lo malo. Para él todo se había vuelto “vanidad” y “atrapar el viento”. Todo el libro de Eclesiastés es un cuadro de un hombre desconcertado y perplejo que perdió su temor de Dios y, por consiguiente, su discernimiento. Estaba en un triste estado mental. Con el paso de los años, mi corazón se ha quebrantado por los muchos líderes y creyentes que he visto de forma similar perder el temor del Señor, y sucumbir al engaño debido a una pérdida de discernimiento.

Como dije antes, el buen temor nos motiva a cooperar con la gracia de Dios para limpiarnos de la impureza. Es interesante que nuestro discernimiento depende de vivir una vida justa. Así que de nuevo, vemos la santidad como la estructura que sostiene las decisiones de nuestra vida, ya sea que involucren nuestra carrera, relaciones, finanzas, oportunidades sociales o cualquier otro aspecto de la vida.

Nuestra pasión primera y más importante debería ser temer a Dios. Si esta es nuestra principal prioridad, entonces la abundancia no nos engañará. Se nos dice: “El que confía en sus riquezas, fracasa” (Proverbios 11:28). Sin embargo, en el mismo libro leemos: “En mí se hallan el consejo y el buen juicio Las riquezas y la honra me acompañan” (Proverbios 8:14, 18). Y de nuevo: “El Señor recompensa a los que le temen con riquezas, honra y vida, si son humildes” (Proverbios 22:4). Las verdaderas riquezas son los recursos que te permiten cumplir aquello para lo que Dios te ha puesto en la tierra, y esto siempre conlleva impactar a otros, lo cual es edificar el reino.

Una pregunta que deberías hacerte honestamente cada mañana es:

¿estoy motivado hoy por el temor del Señor o por obtener abundancia? Si tu meta es el temor santo, eso te protegerá del engaño de participar en lo malo para obtener lo que es bueno.

Permíteme clarificar: los recursos, riquezas, bienestar y abundancia son cosas buenas. Pero si son tu meta, te faltará el discernimiento para reconocer si los medios para conseguirlos son malos. Una historia bíblica ayudará a explicar cómo funciona esto.

¿Es este el tiempo de recibir?

En Israel era costumbre llevar una ofrenda o regalo a un profeta. Cuando era un joven, el futuro rey Saúl y su siervo estaban buscando unos burros perdidos de su padre. Tras una búsqueda exasperada, el siervo recomendó viajar a una ciudad cercana para ver si un profeta llamado Samuel que vivía allí podía ayudarles a encontrar los burros. La respuesta inmediata de Saúl fue: “Pero no tenemos nada que ofrecerle -respondió Saúl-. Hasta nuestra comida se acabó y no tenemos nada para darle” (1 Samuel 9:7 NTV). Esta era la típica actitud cuando uno se acercaba a un profeta.

Vayamos a un tiempo distinto de la historia de Israel. Un oficial del ejército sirio llamado Naamán fue a casa del profeta Eliseo. Recibió las instrucciones de que, cuando las obedeciera del todo, recuperaría completamente la salud, pues tenía lepra. Regresó a Eliseo para darle gracias y un regalo. El profeta respondió: “Juro por el Señor, en cuya presencia estoy, que no lo voy a aceptar” (2 Reyes 5:16). Naamán le insistió para que aceptara el regalo, pero Eliseo rehusó de nuevo.

El asistente personal de Eliseo, Giezi, fue testigo de toda la conversación. Vio impactado cómo Naamán se iba sin darle el regalo acostumbrado. Cuando Eliseo se fue de su presencia, Giezi persiguió al grupo de Naamán. Naamán le vio y detuvo su caravana, para preguntarle a Giezi si pasaba algo.

Giezi le aseguró que todo estaba bien, pero después mintió a

Naamán, diciendo que Eliseo ahora tenía una necesidad repentina. Sus palabras fueron: “acaban de llegar dos jóvenes profetas de la zona montañosa de Efraín; y él quisiera treinta y cuatro kilos de plata y dos mudas de ropa para ellos” (2 Reyes 5:22 NTV).

Naamán respondió dándole el doble de lo que era “necesario”. Se despidieron, y Giezi regresó y guardó en secreto los regalos entre sus propias pertenencias.

Giezi regresó a Eliseo y se presentó ante él. Eliseo le preguntó dónde había estado. Él mintió insistiendo en que no había ido a ningún sitio. Eliseo entonces pronunció:

“-¿No te das cuenta de que yo estaba allí en espíritu cuando Naamán bajó de su carro de guerra para ir a tu encuentro? ¿Acaso es momento de recibir dinero y ropa, olivares y viñedos, ovejas y ganado, sirvientes y sirvientas? Por haber hecho esto, tú y todos tus descendientes sufrirán la lepra de Naamán para siempre” (2 Reyes 5:26-27 NTV).

La falta de temor santo en Giezi (y por lo tanto, de discernimiento) le posicionó para ser engañado. Pensó que era el momento de recibir cuando no lo era. Creía que se merecía el regalo, quizás creyendo que él debía recibirlo, dado que su jefe lo había rechazado. A fin de cuentas, como Eliseo, él también había hecho sacrificios y había dado su vida para la obra de Dios. ¿No era la voluntad de Dios para ellos que prosperaran? Y ahora había llegado este hombre rico que adoraba a otros dioses. ¿Acaso no almacenan los impíos las riquezas para los justos? Llegó a la conclusión de que no recibir el legítimo pago por el ministerio no era sabio por parte de Eliseo.

La racionalización de Giezi justificó los medios que usó para obtener lo que pensaba que era justo hacer. Le faltó discernimiento, identificando lo malo como bueno. Y pagó un precio terrible por su desobediencia.

El fin justifica los medios

Hay muchas historias que podría compartir para ilustrar cómo perseguir riquezas terrenales sin temer al Señor ha hecho tropezar a líderes y creyentes. He visto a muchas personas pagando un alto precio al final. En un principio la oportunidad de ganar parecía que invitaba, que era sensata y buena. En sus inicios, parecía que sus esfuerzos fueron bendecidos y que el éxito estaba a la vuelta de la esquina. Después las cosas cambiaron para mal, y las consecuencias a largo plazo fueron costosas. He visto matrimonios rotos, ministerios perdidos, empresas hundidas, ruina económica, complicaciones de salud, relaciones destruidas, todo acompañado de la pérdida de la integridad personal y la confianza de los seres queridos.

Hombres y mujeres de negocios han compartido numerosas experiencias desagradables al tratar con otros cristianos en el mundo laboral. Han experimentado egoísmo, mentiras, robos, envidia, fraude y desfalcos. ¿Por qué sucede esto? La simple explicación: el final que parece bueno justifica los comprometidos medios para llegar ahí. La idea es: la voluntad de Dios para mí es que tenga éxito, recursos y disfrute de influencia. Pero no usan la Palabra de Dios como filtro para hacer escrutinio en su viaje. A menudo, comprometer parece ser el único camino a tomar. Nuestro barco zarpará si no actuamos. Vamos a perder una gran oportunidad o bendición. Es preciso un carácter maduro para esperar la provisión de Dios.

Satanás presentó a Jesús un compromiso al principio de su ministerio. Tentó a Jesús ofreciéndole un atajo indoloro para recuperar los reinos de este mundo, algo para lo que Jesús había venido, si tan solo le adoraba. Para el lado humano de Jesús, eso probablemente parecía una oferta atractiva. Si aceptaba la propuesta de Satanás, podría impulsar su ministerio rápidamente, y evitar una gran cantidad de dificultades y sufrimiento. Lo único que tenía que hacer era adorar a Satanás.

Es preciso un carácter maduro para esperar la provisión de Dios.

¿Con qué frecuencia Satanás ofrece cumplir lo que Dios ha puesto en nuestro corazón, pero para conseguirlo debemos comprometer la integridad, el carácter y la obediencia? La adoración no está definida por una canción lenta con letra edificante. La adoración se expresa en a quién obedecemos. Podemos cantar canciones lentas en la iglesia mientras que nuestro estilo de vida, que habla mucho más alto que nuestras canciones, está adorando a la oscuridad.

Antes compartí que la mayoría de los autores muestran el principal significado de una palabra poco familiar en su primera aparición en un libro. Si miras la primera vez que aparece la palabra adoración en la Biblia, conseguirás un verdadero entendimiento de su significado. Se usó inicialmente cuando Dios le dijo a Abraham que ofreciera a la persona o cosa más importante en su vida, y no le dio una razón de por qué.

Después de que Abraham estuvo viajando durante tres días con su hijo Isaac, hasta el pie del monte Moriah, les dijo a sus siervos: “Esperen aquí, con el asno, y el niño y yo iremos hasta ese lugar; allí adoraremos” (Génesis 22:5). No iba a subir al monte para cantar una canción lenta y melódica a Dios. Abraham estaba subiendo, en obediencia a Dios, para dar muerte a su “posesión” más valiosa. Su adoración quedó definida por su obediencia.

¿Podría ser esto por lo que Dios dijo una vez a su pueblo: “¡Fuera de aquí con sus ruidosos himnos de alabanza! No escucharé la música de sus arpas. En cambio, quiero ver una tremenda inundación de justicia y un río inagotable de rectitud”? (Amós 5:23-24 NTV). Me encanta el término “río inagotable de rectitud”. Eso es lo que yo llamo obediencia inquebrantable.

El estilo de vida del pueblo en los días de Abraham no era coherente con la Palabra de Dios, pero seguían escribiendo, reuniéndose y cantando nuevas canciones de adoración. La verdadera adoración se revela mediante a quién obedecemos, no mediante a quién cantamos.

La verdadera adoración se revela mediante a quién obedecemos.

Escoger lo bueno en lugar de a Dios

Permíteme compartir cómo caí una vez en una seductora trampa que comprometió mi obediencia. Nuestro ministerio estaba en sus inicios, tenía menos de dos años. Era solo yo viajando a iglesias pequeñas con una asistencia de cien personas o menos. A menudo, nuestro medio de transporte era nuestro Honda Civic, con dos bebés en el asiento de atrás. Teníamos espacio solo para el equipaje y dos cajas de cintas de casetes para exponer en nuestras reuniones.

Como mencioné antes, Dios habló a mi corazón una mañana para que escribiera. Retrasé la obediencia por dos razones. Primero, como dije antes, la escritura creativa era una de mis peores asignaturas en el instituto; y en segundo lugar, ¿quién iba a querer publicar un libro de un autor desconocido? Finalmente, sin embargo, obedecí y comencé a escribir.

Tardé un año en terminar el libro, con muchas horas de duro trabajo. Después me acerqué a dos editoriales y les entregué el manuscrito, que se titulaba Victoria en el Desierto. Una dijo que se parecía demasiado a una “predicación”. La otra no me respondió nada. Estaba desanimado. Lisa y yo nos dispusimos a realizar la única opción que teníamos: publicarlo nosotros mismos. Conseguimos el dinero para imprimir unos miles de ejemplares, y los vendimos en las iglesias pequeñas que visitábamos. A las personas que leían el libro les encantaba, así que escribí un segundo libro al

año siguiente. De nuevo, no teníamos otra opción que publicarlo nosotros mismos.

Pocos meses después de imprimir el segundo libro, un editor de adquisiciones de una editorial nacional llamó a nuestra oficina. Tras presentarse, compartió con entusiasmo la razón de su llamada. “John, alguien nos entregó su libro *Victoria en el Desierto*. Nuestra casa editorial cree en su mensaje, y queremos ayudarle a que llegue a las multitudes”. Hablamos durante varios minutos. Él describió las diversas formas en que venderían el libro, y alardeaba de su equipo de mercadeo y publicidad. Parecía demasiado bueno para ser cierto; finalmente el libro estaría disponible en toda la nación.

Sin embargo, después de terminar de hablar con el editor, me sentía inquieto. La conversación no cayó bien en mi espíritu. Oré a la mañana siguiente y sentí fuertemente que Dios me estaba diciendo: “No aceptes su oferta”.

Se lo conté a Lisa. Tras discutirlo, ella estuvo de acuerdo conmigo en que aunque la oferta parecía buena, ella también tenía alguna duda.

Más tarde ese mismo día, Lisa dijo: “Cariño, no me siento bien en cuanto a esto cuando oro”. En ese momento me convencí de que no debía aceptar.

Al día siguiente, el editor de adquisiciones volvió a llamar. Aunque ahora sabía cuál era la voluntad de Dios al respecto, aun así quería saber qué tenía que decir el editor. Aunque no lo reconocí en ese momento, mi deseo de prolongar esa discusión era una indicación de un problema. ¿Por qué no era la simple obediencia suficiente para mí? ¿Por qué escuché más de sus razones para publicarlo con ellos? ¿Podría ser que estaba alimentando un deseo erróneo en mi corazón? ¿Estaba siendo golpeado mi ego?

El editor compartió apasionado la emoción de su empresa por sacar mi mensaje. Insistió en que mi mensaje era necesario, y que era una palabra de Dios para nuestra nación. Su empresa trabajaba

con todos los mejores distribuidores, y podría muy probablemente poner el libro en todas las librerías cristianas, y muchas librerías seculares, en toda la nación. Citó historias de otros autores desconocidos que habían publicado con ellos, y cómo sus mensajes se habían difundido por todo el país. Se habían convertido en populares conferencistas. Afirmaba que todo se debía a la influencia de su empresa.

Este hombre siguió llamándome día sí y día no durante las siguientes semanas porque dije que no. Cuanto más escuchaba, más me parecía que publicarlo con ellos tenía sentido. Llegó el momento en que dejó de haber advertencia en mi corazón. El testimonio interno del Espíritu Santo se había acallado. Yo había permitido que los halagos y razonamientos humanos acallaran el mandato de Dios sobre este asunto. Dicho de forma simple, mi discernimiento se silenció.

Éxodo 23:8 dice: “No aceptes regalos, porque los regalos impiden ver con claridad”. Los halagos son una forma de soborno, y me cegó. Estaba escogiendo la oportunidad y la abundancia en vez del temor del Señor.

Aunque mi esposa me advirtió enérgicamente contra esto, firmamos el contrato, e inmediatamente comenzaron a surgir todo tipo de problemas.

En ese tiempo, Lisa y yo llevábamos casados once años. Periódicamente ella me había hecho comentarios como: “¡Parece que tú nunca te enfermas!”. Era cierto; raramente me enfermaba, y si lo hacía era algo leve de veinticuatro horas. Pero desde el día que firmamos ese contrato, luché con la enfermedad y no podía recuperarme.

Comencé con la gripe, cuando vomité por segunda vez en mi vida adulta. Cuando se me pasó la gripe, atrapé un virus. Lisa y yo habíamos salido de la ciudad para celebrar nuestro aniversario, y tuve mucha fiebre durante todo el tiempo. La fiebre continuó hasta la otra semana. Estaba hablando en una iglesia, y justo después de

cada reunión tenía que ir corriendo a la habitación del hotel, donde me metía en la cama con escalofríos.

La fiebre siguió hasta la tercera semana, y no podíamos creerlo. Nunca había estado tan enfermo. Finalmente me recuperé con un fuerte antibiótico, pero una semana después de terminar el tratamiento, atrapé un resfriado muy fuerte. Me sentía muy mal, con dolor de garganta, de cabeza y otros síntomas muy molestos. La enfermedad seguía y seguía.

Menos de quince días después de recuperarme del catarro, me lastimé la rodilla. La lesión fue tan seria que tuve que llevar una rodillera puesta, y apoyarme en muletas durante varias semanas. Y por si esto no fuera suficiente, justo después de aquello tuve otro virus. El ciclo de enfermedad y lesión duró tres meses. Lisa se mantuvo sana todo el tiempo.

Mientras sucedía todo esto, estábamos teniendo problemas terribles con la editorial. Parecía que no podíamos ponernos de acuerdo en nada. La relación estaba bajo una tremenda coacción, y no había ningún fluir en el proyecto.

Si todo esto era poco, nos encontramos con todo tipo de problemas que parecían imposibles de resolver. La vida fue extremadamente difícil en esos tres meses. ¿Podría ser esto por lo que David escribió: “Antes de sufrir, yo andaba descarriado; pero ahora obedezco tu palabra”? (Salmos 119:67).

Dios tuvo bastante misericordia en esta situación, y me permitió ver mi necesidad. Había puesto el éxito ministerial antes de mi obediencia a Él. Admití mi error a Dios y a mi esposa. Fui perdonado y limpiado. ¡Su misericordia es maravillosa!

Sin embargo, seguía atrapado. Necesitábamos un milagro para salir del contrato con esa editorial. Lisa y yo nos tomamos de las manos, y rogamos la intervención de Dios.

En pocas semanas, la editorial escribió, y dijo que estaba cancelando el contrato. Me sentí aliviado, pero tuvo un costo: la

dura experiencia nos había costado más de 4.000 dólares. Esa era una suma enorme de dinero para un ministerio joven; de hecho, se equiparaba a la mitad del presupuesto de un mes.

La oportunidad de Dios

Pocos meses después, un amigo llamado Scott me pidió salir a almorzar. “John, quiero que conozcas a un amigo mío”. Yo accedí.

En el restaurante, Scott me presentó a su amigo, que también se llamaba John. Resultó que era el líder de una conocida casa editorial. Tras la conversación normal de conocernos un poco, en medio de la comida, John me preguntó sobre qué estaba hablando actualmente. Creo que no probé otro bocado después de esa pregunta.

Comencé a compartir con él sobre el tema de la ofensa. Hablé con Scott y John con gran pasión durante aproximadamente quince minutos.

En un punto, John me interrumpió diciendo: “Quiero que sepas que no podemos publicar este mensaje porque solo publicamos aproximadamente unos veinticuatro libros al año. Estos títulos son con autores y pastores reconocidos”.

“No te estoy pidiendo que publiques mi mensaje”, respondí. “Solo estoy respondiendo a tu pregunta acerca de sobre qué estoy hablando actualmente”.

“Claro”, dijo él. “Por favor, continúa”.

Continué compartiendo otros cinco o diez minutos sobre la trampa de ofenderse.

Al terminar, John preguntó: “¿Puedes darme un manuscrito?”.

Al tomarme desprevenido, respondí: “Creía que habías dicho que no podías publicar esto”.

“Este mensaje debe salir, y quiero entregárselo a nuestro jefe”.

La compañía editorial aceptó este mensaje, y el libro se tituló La

Trampa de Satanás. Con el tiempo se convirtió en un éxito de ventas internacional. En estos momentos, mientras escribo esto, ha vendido más de un millón de ejemplares, y se ha traducido a más de sesenta idiomas.

Nunca olvidaré el día que me llamó la segunda editorial, y dijo que definitivamente querían el manuscrito y que firmara un contrato con ellos de inmediato. Colgué, fui a orar, y oí a Dios decir claramente en mi corazón: “La otra editorial fue idea tuya. Esta editorial es idea mía”.

La oportunidad para lo bueno llega primero. Después llega la oportunidad de Dios.

Esta experiencia ilustró claramente para mí la diferencia entre lo bueno y Dios. Como ocurre muy a menudo, la oportunidad para lo bueno llega primero. Después llega la oportunidad de Dios. Lo mismo ocurrió con Abram y Sarai: Ismael llegó primero, Isaac llegó después.

La prueba del temor santo

¿Qué me predispuso a tomar una mala decisión con la primera editorial? La respuesta honesta es que mi enfoque estaba en la abundancia, en sacar el mensaje a las masas, en vez de estar en el temor del Señor. Esto abrió la puerta para que la lógica y el aparente éxito superasen y silenciasen lo que Dios estaba diciéndome en mi corazón.

La obediencia es la evidencia externa del verdadero temor del Señor. Cuando tememos a Dios...

- Le obedeceremos al instante.

- Le obedeceremos aunque no tenga sentido.
- Le obedeceremos aunque duela.
- Le obedeceremos aunque no veamos el beneficio.
- Le obedeceremos hasta el fin.

Un examen de las acciones de Abraham revela que él cumplió cada uno de estos criterios. Volvamos a vivir su gran examen.

Una noche, Dios le dijo que sacrificara a su hijo Isaac. ¿Está oyendo correctamente? ¿Es una pesadilla? “No es posible,” piensa él. “¿Cómo puede ser! Amo a mi hijo. No puedo matar a Isaac. Hay una promesa de que reyes y naciones saldrán de él. ¿Cómo se llegaría a cumplir esta promesa si le mato?”.

Abraham clama: “¡Qué! ¿Cómo puedes decirme que haga esto? ¡Tú me prometiste que naciones saldrían a través de él!”. No hay respuesta divina, solo silencio.

Abraham pasa por toda la gama de emociones. Estoy seguro de que no fue una gran noche de sueño. ¿Cuántos nos tomaríamos algunas semanas, meses o incluso años para meditar en la orden, y finalmente convencernos de que no era razonable?

Pero Abraham es distinto. Leemos: “Abraham se levantó de madrugada y ensilló su asno” (Génesis 22:3 NVI). Él obedeció al instante.

¿Alguna vez has estado con alguien que comenta a la ligera: “Dios ha estado tratando conmigo sobre esto durante meses”, y se ríe? Es trágico cuando piensas en ello, porque está alardeando de su falta de temor santo.

Dios manda a Abraham sacrificar la mayor promesa de su vida, lo que había esperado durante veinticinco años, y no le da ninguna explicación para ello. No tiene sentido para Abraham entregar a Isaac, pero aún así obedece.

Pensar en sacrificar a su pequeño hijo duele mucho. El dolor

interno continúa molestando a Abraham durante los tres días de viaje. Era un poco más fácil al principio, tras oír la voz de Dios, pero con el paso de cada día de silencio divino el dolor se intensifica. La batalla llega a su punto más álgido cuando Abraham y su amado hijo construyen el altar. Aún así, Abraham obedece.

El Todopoderoso no le dice a Abraham que si obedece, proveerá otro sacrificio en lugar de su hijo. A diferencia de ti y de mí, Abraham no tiene el libro de Génesis para leerlo, así que no sabe el resultado. No ve beneficio alguno en este mandato, pero aún así obedece.

Qué diferente es hoy día. Muchos necesitan ver el beneficio de obedecer a Dios antes de obedecer. Como maestros, a menudo hacemos nuestros mensajes para mostrar el beneficio personal de obedecer a Dios. Como autores, si no incluimos una ventaja personal para el lector en el título o subtítulo, el libro no vende.

Finalmente, Abraham recorre el camino: sube a la montaña, construye el altar, ata a Isaac y está listo para clavar el cuchillo en el corazón de su amado hijo. Obedece hasta el final.

Aunque el cuchillo se alza sobre Isaac, un ángel aparece súbitamente y grita: “No extiendas tu mano sobre el niño, ni le hagas nada. Yo sé bien que temes a Dios” (Génesis 22:12).

¿Cómo sabe el ángel que Abraham teme a Dios? Porque obedeció al instante, cuando no tenía sentido, cuando era doloroso, sin un beneficio prometido, y recorrió toda la distancia. Él es un hombre de gran riqueza, y su posesión más valiosa es su hijo. Pero la riqueza no es el enfoque de Abraham. Su prioridad es la obediencia a Dios.

El temor santo nos prepara para manejar la abundancia, los recursos y las riquezas de una forma saludable. Esto es a lo que se refiere la Escritura cuando dice: “La bendición del Señor es un tesoro; nunca viene acompañada de tristeza” (Proverbios 10:22).

Un enfoque ridículo

Si comparamos a Judas, el discípulo de Jesús, con Abraham, vemos una enorme diferencia. Judas ignoró la verdad a su conveniencia si beneficiaba a su causa. Él malversó fondos de la tesorería del ministerio, fue falaz, traicionó a su Líder, no se preocupó por los pobres y fue hipócrita (ver Mateo 26:25, 49 y Juan 12:6; 13:2). Su juicio estaba nublado. Debido a que no tenía temor santo, no pudo discernir entre lo que estaba bien y lo que no, entre lo bueno y lo malo.

Un día en concreto, una mujer rica derramó por completo un frasco de un perfume muy caro sobre Jesús. Judas se indignó y habló sobre su “ridícula” conducta. “Ese perfume valía el salario de un año. Hubiera sido mejor venderlo para dar el dinero a los pobres” (Juan 12:5 NTV). Su comentario fue lógico y persuasivo, e influyó en los demás discípulos. Ellos también se unieron, condenando la acción de la mujer.

Jesús corrigió la influencia de Judas al decir: “Déjenla en paz. ¿Por qué la critican por hacer algo tan bueno conmigo?... se recordará y se hablará de lo que hizo esta mujer” (Marcos 14:6, 9 NTV). Jesús identificó su acción como buena y duradera. Judas juzgó su conducta como mala y fugaz. Su discernimiento estaba torcido. No estaba sincronizado con el corazón de Dios.

Mira el versículo inmediatamente después:

“Entonces Judas Iscariote, uno de los doce discípulos, fue a ver a los principales sacerdotes para llegar a un acuerdo de cómo entregarles a Jesús a traición” (Marcos 14:10 NTV).

Esta fue la gota que colmó el vaso. Judas se hartó; no pudo

soportar más la estrategia del liderazgo de Jesús. Había seguido al Hombre desde Galilea, esperando que restableciera el trono de David. Según el profeta Isaías, reinar para siempre es lo que el Mesías debía hacer. Después de tres años, ¿a qué esperaba Jesús? Si Jesús tan solo estableciera el reino, entonces Judas, como uno de sus principales líderes y tesorero, podría entrar en un lugar de honor, poseyendo riqueza y autoridad.

Judas pensó: “Aceleraré el proceso. No voy a seguir esperando. Quiero mi lugar de poder, influencia y riquezas. Me he cansado de ser una diana del ridículo y la persecución de los líderes. No quiero que me sigan viendo como el acompañante de un lunático. Si entrego a Jesús a los líderes, finalmente mostrará su poder y establecerá el reino, y yo tendré mi lugar de prominencia”.

Quizás cuestiono mi interpretación de la motivación de Judas. Sin embargo, creo que es sólida. Judas regularmente vio el poder de Jesús sanando a los enfermos, calmando la tormenta, resucitando a los muertos, maldiciendo la higuera, abriendo los ojos a los ciegos y los oídos a los sordos, y muchos otros milagros. Judas escuchó a Jesús frecuentemente hablar del reino. Escuchó a Pedro y a otros decir, incluso aclamar, a Jesús como Mesías. La grandeza de Jesús estaba delante de él cada día.

Sin embargo, cuando Jesús fue condenado a morir, Judas se dio cuenta de que se había equivocado en su manera de pensar, lamentó sus acciones y se ahorcó. Su plan de acción no había conseguido lo que él esperaba.

Estos dos hombres, Abraham y Judas, claramente ilustran la diferencia entre alguien que teme a Dios y alguien que no. Uno tuvo discernimiento; el otro estaba viviendo en un engaño. Sus decisiones individuales solo reflejaron lo que había en sus corazones. Los resultados de estos hombres fueron muy distintos. Ambos son recordados, pero por razones muy diferentes.

Todos seremos recordados; no hay duda de eso, porque somos seres eternos. La pregunta que deberíamos hacernos es: ¿cómo

queremos ser recordados? Tu temor de Dios determinará la respuesta.

Culmina el relato

Necesitamos un corazón puro para que nuestro juicio sea sólido, no confuso. Después, cuando se trate de decidir si un esfuerzo está inspirado o simplemente tiene la apariencia de ser bueno, no seremos mal dirigidos. Tomaremos buenas decisiones con respecto a nuestros cónyuges, personas con las que nos asociamos, nuestros amigos más cercanos, carreras, oportunidades, inversiones, la forma en que educamos a nuestros hijos, las iglesias en las que servimos, las educaciones que aceptamos, y las otras interminables decisiones que tomamos a lo largo de la vida.

Cuando Salomón llegó al final de su vida, tras experimentar una gran gloria e incluso mayor necesidad, clamó: “Aquí culmina el relato. Mi conclusión final es la siguiente: teme a Dios y obedece sus mandatos, porque ese es el deber que tenemos todos. Dios nos juzgará por cada cosa que hagamos, incluso lo que hayamos hecho en secreto, sea bueno o sea malo” (Eclesiastés 12:13-14 NTV).

Salomón se había convertido en un loco, había perdido su discernimiento, y no podía ya distinguir lo que verdaderamente era bueno y lo que no. Dios nos da un destello de su locura a través del libro de Eclesiastés. Pero la buena noticia es que podemos ver el regreso de Salomón al sano juicio. Él se dio cuenta de que no había nada más importante en la vida que mantener un temor santo. En sus palabras: “Aquí culmina el relato”.

Así pues, amigo mío, si deseas ver las cosas como Dios las ve, percibir y conocer la sabiduría en su punto más alto, escoge el temor del Señor. Nunca lamentarás tu decisión.

EL PANORAMA COMPLETO

“Tal como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” —Juan 17:18

“El fin destinado del hombre no es la felicidad, ni la salud, sino la santidad”. —Oswald Chambers

Retrocedamos un paso y veamos el panorama completo.

Dios te ama profunda y tiernamente. Solo quiere lo mejor para ti. Todo lo que viene de Dios es bueno, pero no todo lo bueno viene de Dios. Así, hay cosas buenas que pueden desplazarnos y no dejarnos recibir lo mejor. Todos deseamos lo mejor, pero el camino que lleva a ello no siempre es obvio; es necesario el discernimiento para identificarlo.

Todo lo que viene de Dios es bueno, pero no todo lo bueno viene de Dios.

En nuestro viaje por la tierra, hay alguien además de Dios con el que debemos lidiar: nuestro adversario Satanás. Él desea herirnos, con la principal intención de romper el corazón de Aquel que nos ama. La Escritura dice que nuestro enemigo “se disfraza de ángel de luz”. Después leemos: “los que lo sirven también se disfracen de siervos de la justicia” (2 Corintios 11:14,15 NTV).

Finalmente, hay muchas opciones y caminos que parecen buenos, pero su resultado final es dolor, miseria, pérdida y muerte (ver Proverbios 14:12). Piensa en ello: nuestro enemigo, sus siervos y sus caminos, todo ello finalmente busca nuestro fin, todos ellos disfrazados como algo bueno. La Escritura no dice que ellos pueden estar disfrazados, sino que están disfrazados. Así que no te pierdas

esto: por lo general, lo más peligroso para ti no parecerá algo abiertamente malo. Más bien, estará enmascarado como bueno.

En los primeros años del cristianismo, nuestro adversario intentó destruir la iglesia. Los creyentes eran perseguidos, torturados y sacrificados. Pero cuando más intentaba nuestro enemigo destruir al pueblo de Dios, más fuerte se hacía la iglesia. Como Satanás no es estúpido, sino que es bastante listo, llegó a la conclusión de que la forma de destruir al pueblo de Dios sería ofreciéndole una buena vida fuera de la sabiduría de Dios. Esa fue básicamente la misma estrategia que había empleado en el huerto del Edén.

Ahora, después de muchos siglos de maniobras tácticas sutiles, quizás entendemos mejor la eficacia de Satanás, porque nos encontramos en un lugar donde hemos aceptado variaciones de la verdad, unas que parecen buenas y convenientes, en lugar de la verdadera verdad. Gritamos la bondad de Jesús y su papel como Salvador (lo cual es categóricamente cierto), pero menospreciamos el valor, poder y extensión de su señorío, y su impacto en nuestras vidas. Hemos aceptado la soberanía de Dios y nuestra buena situación posicional ante Él, pero hemos pasado por alto nuestra responsabilidad de creer y obedecer sus mandatos en nuestra búsqueda de santidad. Debido a las “buenas” doctrinas que hemos creado, la pureza de nuestra conducta y estilo de vida se ha vuelto casi irrelevante.

En su caminar cristiano, muchos creyentes han aceptado el mantenimiento en lugar de la multiplicación, justo lo suficiente para pasar por aquí en lugar de experimentar la abundancia. En esencia, hemos formulado una teología basada en nuestro propio razonamiento y respaldada por partes aisladas de la Escritura, en vez de abrazar todo el consejo de la Palabra de Dios como la autoridad final sobre lo que el cielo quiere para nosotros.

Esta tendencia puede y debe romperse. Es el momento de que de nuevo cavemos en la Escritura, y honestamente le pidamos al Espíritu Santo su guía para conocer la verdad. Debemos dejar de

leer en la Escritura lo que ya creemos y en cambio acudir sinceramente con una mente y un corazón abiertos, y creer lo que leemos, pidiéndole al Espíritu de Dios que revele y elimine ideas preconcebidas.

Líder de iglesia. Te insto a que enseñes todo el consejo de Dios. Asegúrate de que tu principal motivo sea alimentar al rebaño con la verdad, y alcanzar genuinamente a los perdidos con el mensaje bíblico completo de salvación, en lugar de construir un gran grupo de seguidores. Si tu principal objetivo es que los que asisten regresen el siguiente domingo, pídele al Espíritu Santo que te perdone y reenfoque tu principal estrategia sobre pastorear al rebaño de Dios con la verdad. Mantente relevante, fresco e innovador en el método, pero eterno en el mensaje.

Creyente. Dondequiera que esté tu influencia, ya sea un aula, el laboratorio, la oficina, el campo, el hogar, o el mundo laboral, con un corazón lleno de amor, vive y habla la verdad en todos tus tratos con los demás. Asómbrales y declara que al verte a ti están viendo a Jesús. Déjales experimentar la presencia de Dios en tu vida. Si persigues la verdadera santidad, mostrarás la majestad de Él.

Si no vivimos según los mandamientos de Cristo, nos perdemos su presencia y Él no llegará a ser conocido en el mundo a través de su Iglesia. Para decirlo francamente, nosotros sufrimos. E incluso más que nosotros, los que están en nuestras comunidades sufren. Primero, la revelación de Jesús se detiene, con lo cual los perdidos pierden el contacto con la presencia del único que puede darles plenitud. Segundo, nuestros hermanos creyentes quedan expuestos a una enfermedad contagiosa llamada compromiso, lo cual tiene el potencial de apartarles del corazón y la presencia de Dios.

Jesús lo dijo así: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo” (Juan 17:19). Fue por aquellos que estaban en la comunidad que Él se apartó para obedecer al Padre. Su principal motivo al hacerlo está revelado en el resto de su frase: “para que también ellos sean santificados en la verdad”.

Hasta que regrese, tú y yo somos el único Jesús que el mundo contemplará. Mostrémosles al verdadero Jesús, no un Jesús ficticio y sin poder. No nos conformemos con nada menos que lo mejor. Recibamos la verdad y veamos verdaderamente el buen fruto como resultado de nuestra firme y amorosa obediencia.

Vive mucho, persigue la santidad, y ten éxito en tus esfuerzos. Al hacerlo, marcarás la diferencia en las vidas de otros.

*“Y a aquel que es poderoso para cuidar de que no caigan,
y presentarlos intachables
delante de su gloria con gran alegría,
al único Dios, nuestro Salvador
por medio de Jesucristo,
sean dadas la gloria y la majestad,
y el dominio y el poder,
desde antes de todos los siglos y siempre.
Amén” (Judas 1:24-25).*

Querido amigo,

¿Bueno o eterno? es más que tan solo un libro. Es un mensaje que puede inspirar a la gente a unirse al movimiento de la santidad. Ahora sabes cómo la vida abundante puede estar bajo el señorío de Jesús y viviendo en su gracia. Quiero equiparte para llevar esta revelación a tu mundo de influencia.

Puedes involucrarte en este movimiento conectando a tus amigos, familiares y comunidad con lo que has aprendido. Se necesitó solo un hombre, Pablo, enseñando a un puñado de personas en una pequeña escuela para finalmente alcanzar a todos los moradores de

Asia ¡en solo dos años! Ellos se convirtieron en portadores de la presencia de Dios (ver Hechos 19:1-10). ¿Qué podría hacer Dios a través de nosotros si nos unimos con una pasión compartida por Él?

Existen oportunidades de compartir este mensaje en tu vida cotidiana. Puedes usarlas para:

- Un estudio en minigrupo
- Un estudio a nivel de toda la iglesia
- Un club de lectura de la oficina
- Una clase de la escuela ministerial
- ¡Y más!

Ya sea que uses una de estas ideas o una propia que tengas, mi equipo está dispuesto a ayudarte. Crearemos una solución a tu medida con recursos con descuentos, materiales gratuitos, y más. Además de este libro, hemos creado un temario ¿Bueno o Eterno? de seis sesiones con sesiones de audio y video, todo para equiparte para que deposites este mensaje en los corazones y las vidas de las personas que te rodean. Por favor, ponte en contacto con nosotros, y trabajaremos contigo para decidir los recursos y el enfoque que encajen mejor en tus necesidades.

¡Gracias por hacer equipo con nosotros para compartir la Palabra de Dios con personas en todo lugar!

Sinceramente,
John Bevere

DEVOCIONALES Y PREGUNTAS DE DISCUSIÓN

SEMANA 1

Lee los capítulos 1-3.

Esta semana se corresponde con la sesión 1 de video.

1. Eva decidió comer el fruto del árbol prohibido porque parecía bueno, apetecible y codiciable. Explica estos atributos. ¿Qué significa que algo parezca bueno? ¿Parezca apetecible? ¿Parezca codiciable? ¿De qué maneras distintivas puede cada una de estas tres cosas apartarnos de la obediencia a Dios?
2. La historia completa del Edén gira en torno a la única cosa que la autoridad de Dios había prohibido. ¿Qué nos dice eso sobre la confianza y la naturaleza humana? ¿Cómo podemos contrarrestar la tendencia a seguir lo que Dios sitúa fuera de los límites?
3. Libros, podcasts, blogs, y otras herramientas que nos enseñan sobre Dios son recursos valiosos. Pero entender la distinción entre conocimiento revelado y comunicado, ¿cambia tu perspectiva sobre ellos de algún modo? Si es así, ¿cómo?
4. De la historia del joven rico aprendemos que hay una diferencia entre saber que Dios está asociado con el bien y reconocerlo a Él como la fuente del bien. ¿Cómo podemos estar seguros de que Dios es la fuente de nuestro concepto de bondad?
5. ¿Qué crees sobre la precisión y la autoridad de la Biblia? Lee de nuevo 2 Timoteo 3:16. ¿Hay alguna brecha entre lo que enseña este versículo y lo que tú crees? Habla de ello a la luz de lo que has aprendido esta semana.

“El Señor es bueno con todos”.

—Salmos 145:9

La historia del plan de Satanás para engañar a Eva en el Edén es aleccionadora. Cuando Eva fue engañada para que creyera que Dios le había retenido algo bueno, no se estaba sobreponiendo a un desengaño; no estaba doliéndose por una pérdida o recuperándose del maltrato. Ella vivía en un entorno perfecto donde disfrutaba de provisión completa y comunión diaria con Dios.

Aceptar a Dios como la fuente de lo que es bueno comienza con poseer una convicción inquebrantable de que Dios mismo es bueno. Esto era suficientemente desafiante en el Edén. Actualmente, nos enfrentamos a muchos más factores que pueden desafiar nuestra fe en la bondad de Dios.

Contrariamente a Eva, tú sin duda te has enfrentado a desengaño, pérdida, maltrato, confusión, carencia o dolor. La influencia de estas cosas puede pasar inadvertida mientras no haya conflicto entre lo que queremos, y lo que Dios nos dirige a hacer. Pero cuando llega la tentación, cualquier causa no abordada para la duda comienza a susurrar en nuestra mente. Nos preguntamos si Dios nos está reteniendo algo, y comenzamos a sospechar que no hay beneficio alguno en hacer las cosas a la manera de Él. Pero recordemos Proverbios 14:12: “Hay caminos que el hombre considera rectos, pero que al final conducen a la muerte”. Nada que esté fuera de la voluntad de Dios para nosotros conducirá a vida duradera, gozo, satisfacción o bendición, a pesar de lo bueno que pueda parecer.

Durante la próxima semana, te aliento a que evalúes sinceramente tu fe en la bondad de Dios. Pregunta al Espíritu Santo si te estás aferrando a algún recuerdo o mentalidad que podría causar que desconfíes o desobedezcas a Dios. Entonces, encuentra y declara versículos que revelan la verdad de Dios para tu situación concreta. Humildemente, invita al Espíritu de Dios a renovar tu mente mediante su Palabra. ¡Su verdad te llevará a la libertad!

Reflexiona

“¡Den gracias al Señor, porque él es bueno! Su fiel amor perdura para siempre” (Salmos 107:1 NTV).

Aplica

Cuando Josué y el pueblo de Israel entraron en la Tierra Prometida, tuvieron que cruzar el río Jordán. Era la temporada de la cosecha, y el río crecido inundaba sus riberas. Pero Dios intervino y cortó el correr del agua, de modo que todo Israel pudo cruzar sobre tierra seca. Después, Dios le dijo a Josué que hiciera que el pueblo construyera cerca un memorial de piedras, para que así recordaran siempre lo que Él había hecho por ellos.

Con frecuencia, es más fácil recordar cosas que van mal que recordar las cosas buenas que Dios ha hecho. Por lo tanto, esta semana comienza a construir memoriales a la bondad de Dios en tu vida. Compra un diario, comienza una nota en tu teléfono, graba mensajes de voz, o encuentra otro modo de captar momentos (grandes o pequeños) en que veas la fidelidad de Dios. Estos recuerdos se convertirán en testimonios que alienten tu corazón, y aviven tu fe cuando la dificultad o la duda intente dismantelar tu convicción de que Dios es bueno.

SEMANA 2

Lee los capítulos 4-5.

Esta semana se corresponde con la sesión 2 de video.

1. Habla de la distinción entre la posición de Jesús como Señor y

su obra como Salvador. ¿Cómo se compara esto con lo que tú has oído o creído? ¿Hay algo en tu pensamiento o conducta que necesite cambiar para ponerse en consonancia con la enseñanza de la Biblia sobre señorío?

2. Si todos fuéramos a mudarnos a un país nuevo hoy, nuestra entrada en esa nueva tierra requeriría un acuerdo de cumplir sus leyes y normas. ¿Es esta la manera en que has considerado tu relación con Dios? ¿Por qué o por qué no?
3. Imagina que estás hablando con alguien que quiere convertirse en cristiano. Basándote en lo que aprendimos esta semana, ¿qué le dirías?
4. Lee Marcos 8:34-35. Como hemos descubierto, desear negarte a ti mismo no es lo mismo que realmente negarte a ti mismo. Explica qué podría causar que una persona se conforme con el nivel de deseo, en lugar de poner en práctica las palabras de Jesús.
5. Volvamos a Mateo 7:21. Jesús identifica cuatro características buenas que incluso algunas personas que no lo siguen a Él verdaderamente poseerán: creencia en sus enseñanzas, inversión emocional, participación en compartir el evangelio, y participación en el ministerio. Sabemos que Dios no nos llama a operar por condenación o por temor. Por lo tanto, ¿cuál crees que es la respuesta correcta a esta revelación?

“En cambio, nosotros somos ciudadanos del cielo,
donde vive el Señor Jesucristo”.

—Filipenses 3:20 NTV

Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, la declaración “Jesús es el Señor” es esencialmente un resumen del cristianismo básico. Según Romanos 10:9, reconocer el señorío de Jesús es donde comienza la vida cristiana. Pero para muchos de nosotros, “Jesús es

el Señor” no tiene mucho significado. Podría ser una frase que decimos, cantamos u oramos; pero tendemos a estar desconectados del hecho de que llamar Señor a Jesús significa reconocerlo como la autoridad suprema en nuestras vidas.

Antes de entrar en la vida de fe, éramos ciudadanos del mundo. No teníamos razón alguna para conocer o buscar la voluntad de Dios para nosotros; pero ya no somos ciudadanos del mundo. Somos ciudadanos del reino de Dios: el reino de los cielos. Todo con respecto a nuestra vida debería cumplir las normas de su reino y reflejar la naturaleza de su soberanía: el Señor Jesucristo.

¿Cuál es la naturaleza de Él? Para descubrirlo, estudia la historia de Jesús en Getsemaní, que se encuentra en Marcos 14:32-42. Esta historia tiene lugar justamente antes de que Jesús sea traicionado y entregado a los romanos para ser crucificado. Presta especial atención al final del versículo 36, donde Jesús le dice a su Padre: “Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía” (NTV).

Ir a una cruz es un importante acto de sumisión, pero la verdad es que no hay problema pequeño de obediencia. Cuando honramos a Jesús como Señor, nos sometemos a su voluntad incluso cuando la concesión parece pequeña y cuando la obediencia es incómoda o impopular. Decimos: “Quiero tu voluntad” en todo.

¿Has aceptado a Jesús con estos términos? ¿O sigue habiendo algo en tu vida, quizás un pecado habitual o una ambición egoísta, que regularmente priorizas por encima de lo que Dios te dirige a hacer? No necesitas sentirte condenado o avergonzado; pero ahora es el momento de buscar una nueva manera de vivir. Acude a Dios en oración, y pide al Espíritu Santo que te ayude a honrar verdaderamente a Jesús como tu Señor. A medida que pases tiempo en su presencia y en su Palabra, Él te enseñará cómo vivir como un ciudadano del cielo.

Reflexiona

“Más bien, entréguese a Dios, y hagan lo que a él le agrada” (Romanos 6:13 TLA).

Aplica

Más adelante en este estudio hablaremos del modo en que Dios nos capacita para vivir en obediencia sin caer en el legalismo o la vergüenza. Pero esta semana, te aliento a que te permitas realmente preguntarte: “¿Me he sometido a mí mismo totalmente al señorío de Jesús?”.

Todos tenemos áreas que supervisar. De modo que aquí está lo que te sugiero que hagas: encuentra a alguien a quien ames y en quien confíes: un cónyuge, amigo cercano, o líder que crea en ti, y quiera lo mejor para ti. Comparte lo que aprendiste esta semana sobre el principio del señorío, y pide a tu amigo su perspectiva. ¿Ve alguna área de concesiones en tu vida, que no has abordado?

Si esa persona tiene algo que compartir, escucha con los oídos y un corazón bien abiertos. Entonces lleva eso a Dios en oración. Pídele que revele la verdad en lo que se dijo. La humildad es una potente arma contra el engaño; ¡este sencillo ejercicio puede conducir a una transformación extraordinaria!

SEMANA 3

Lee los capítulos 6-7.

Esta semana se corresponde con la sesión 3 de video.

1. Cualquier meta buena se vuelve peligrosa cuando desplaza nuestro deseo de conocer y honrar a Dios. Habla de las siguientes metas. ¿En qué aspectos son buenas? Como contraste, ¿cómo podrían desviarnos del camino si hacemos que sean nuestro objetivo principal?
 - Seguridad financiera
 - Popularidad
 - Influencia
 - Generosidad
 - Logros humanitarios
 - Ministerio eficaz
2. Imagina que tú estabas con Moisés cuando Dios ofreció enviar a Israel a la Tierra Prometida sin su presencia. En ese momento, ¿qué pensarías para ayudarte a tomar la decisión que tomó Moisés?
3. ¿Cuáles son algunas señales de que la relación de una persona con Dios se ha convertido más en lo que Él puede darle que acerca de quién es Él? Si tu relación con Dios comenzara a mostrar esas señales, ¿cómo podrías corregir tu curso?
4. Comparte tu perspectiva sobre lo que significa ser eficaz en alcanzar al mundo sin llegar a ser amigo del mundo.
5. El legalismo no es nada más que otra forma de mundanalidad. Por lo tanto, ¿cómo piensas que podemos guardar nuestra amistad con Dios sin caer en una mentalidad religiosa?

“En tu presencia hay plenitud de gozo...”

—Salmos 16:11 RVR 1960

Una de las mayores pruebas de la fe es algo que parece bastante

controlado: el atajo.

Moisés se enfrentó a un atajo durante su tiempo en el desierto. Había viajado desde Egipto hasta el monte Sinaí con un pueblo rebelde y que se quejaba, y la posibilidad de entrar en la Tierra Prometida debía haber sido atractiva. Pero ¿diría sí Moisés a la promesa a expensas de la presencia de Dios?

Miles de años después, Jesús también se encontró con un atajo en un desierto. Cuando Jesús estaba a punto de comenzar su ministerio público, Satanás le dio una oportunidad de rodear la dificultad que tenía por delante y pasar directamente a reclamar autoridad sobre las naciones. Lo único que Jesús tenía que hacer era adorarle. ¿Haría concesiones Jesús para obtener con facilidad lo que Dios daría mediante el sufrimiento?

El hecho de que Satanás probara esta táctica con el Hijo de Dios dice mucho sobre lo eficaz que él sabe que puede ser. Veremos esta historia de nuevo más adelante en nuestro estudio; el punto importante ahora es que Jesús no fue el único que soportó exitosamente la estratagema de Satanás. Moisés sopesó las opciones de permanecer en el desierto con Dios o entrar a la tierra sin Él, y escogió el desierto. ¿Por qué? Él sabía lo que se habría perdido.

Quiero que seas capaz de responder con un sincero sí a la pregunta: “¿es la presencia de Dios tu meta suprema?”. Pero para que tu respuesta sea algo más que un ejercicio intelectual, antes debes ser capaz de responder otra pregunta: ¿sabes lo que significa estar en la presencia de Dios?

Amigo, quiero que te enamores de la presencia de Dios como lo hizo Moisés. Quiero que poseas tal anhelo por tener intimidad con Él, que ningún atajo parezca que vale la pena. Ese tipo de pasión solamente llega de experimentar la presencia de Dios de primera mano.

Santiago nos dice: “Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes”. Acercarse significa que tomamos tiempo para orar, adorar

y leer la Palabra de Dios, no como tareas a completar, sino como un modo de buscar una relación con una Persona. Buscar a Dios ahora te posicionará para tomar la decisión correcta cuando llegues a una encrucijada.

Reflexiona

“Si me buscan de todo corazón, podrán encontrarme”
(Jeremías 29:13 NTV).

Aplica

En toda relación, las dos partes tienen algo que ofrecerse mutuamente, cosas como aliento, consejo y apoyo práctico. Pero las relaciones sanas no se tratan de lo que obtenemos de las personas; se tratan de las personas. A veces olvidamos esto en nuestra relación con Dios. Debido a que Dios es la fuente de todo lo que necesitamos, podemos llegar a estar tan centrados en pedirle cosas, que olvidamos realmente llegar a conocerlo a Él.

¡Dios quiere que le llevemos nuestras peticiones! Pero si tomas en serio el hacer de su presencia tu meta suprema, prueba esta semana a enfocar en Dios tu tiempo con Él. Medita en su carácter; aprende lo que le causa gozo a Él; elige una historia de la Escritura y reflexiona en lo que revela sobre quién es Él. Es mi oración que durante este tiempo, descubras cosas que te hagan enamorarte más profundamente de tu Creador.

SEMANA 4

Lee los capítulos 8-9.

Esta semana se corresponde con la sesión 4 de video.

1. No sería inusual para alguien pensar que su mente está puesta en conocer a Dios, solamente para descubrir que ha sido distraído por alguna otra cosa. ¿Cómo podría una persona comenzar a discernir en lo que está verdaderamente puesta su mente?
2. En muchas culturas modernas, las personas participan en la conducta extrema para parecerse, actuar o acercarse a celebridades o a personas muy conocidas que puede que nunca conozcan. Como contraste, Dios prometió que quienes lo buscan a Él lo hallarán. ¿Por qué crees que las personas a menudo se resisten a cambios en su estilo de vida que les ayudarían a conocer a Dios cuando están dispuestas a hacer cambios drásticos para conocer a otro ser humano?
3. ¿Puedes pensar en alguna manera de asegurarte de estar buscando la presencia de Dios, y no meramente buscando una buena atmósfera? Sugiere ideas para un entorno individual y también colectivo.
4. Es importante hablar de santidad en términos de relación, porque la santidad se trata en definitiva de conocer a Dios. Como un ejercicio en este principio, prueba a ver los Diez Mandamientos que se encuentran en Éxodo 20:1-17 desde un punto de vista relacional. ¿Qué nos dice acerca de Dios cada uno de esos mandamientos?
5. Aquí tenemos un reto imposible: intenta pensar en la santidad desde la perspectiva de Dios. (Imposible, sí, ¡pero inténtalo lo mejor que puedas!) Sabiendo lo que sabes sobre quién es Dios y lo que Él desea para nosotros, ¿por qué sería importante para su pueblo ser santo, tanto en posición como en conducta?

“Ahora hacen las cosas que llevan a la santidad...”

—Romanos 6:22 NTV

He esperado hasta este punto en nuestro estudio para examinar el tema de la santidad porque quiero estar seguro de que entiendes que no se trata de control, culpabilidad o adherencia a una norma creada por el hombre. Se trata de relación.

Supongamos que tuvieras un familiar al que quisieras mucho, pero que constantemente fuera irrespetuoso, destructivo y nada confiable. Aunque amas a esta persona, supongo que te resultaría difícil disfrutar de su compañía. Si él o ella no estuviera dispuesto a cambiar, tendrías que establecer algunos límites saludables en la relación. Esto probablemente incluiría la decisión de no estar cerca de él o ella diariamente.

Como hablamos la semana pasada, Dios es una Persona cuya presencia buscamos; pero Dios es también completamente santo. Puede que sea difícil o poco sano para nosotros estar cerca de la mala conducta, pero es realmente imposible para alguien morar en la presencia de Dios sin ser santo. ¡Por eso vivir en santidad es un asunto importante!

Vuelve a leer Hebreos 12:14: “Procuren santidad, sin la cual nadie verá al Señor”. La palabra traducida como procuren significa “hacer algo con esfuerzo intenso y con un propósito o meta definidos”.²⁵ Notemos los dos elementos de procurad: esfuerzo intenso y una meta definida. Nuestra meta, como hemos establecido, es estar en la presencia de Dios. Así que ahora volvamos nuestra atención al esfuerzo de procurar una vida santa.

La santidad no tiene nada que ver con el legalismo y las reglas religiosas sin vida. La búsqueda de la santidad, por lo tanto, requerirá que cada uno de nosotros sea dos cosas:

1. Un estudiante de la Palabra de Dios. Hay muchas cosas que el razonamiento humano o la sociedad llamaría buenas, pero que Dios no lo hace. De igual manera, algunas restricciones que suenan espirituales no están basadas en la Biblia y tan solo están impuestas

por la cultura o la tradición. La Escritura es nuestra norma. Debemos sumergirnos en ella para entender la definición de Dios de una vida santa.

2. Atento al Espíritu de Dios. Dios nunca te dirigirá a hacer cualquier cosa que sea contraria a su Palabra. Pero Él te conoce mejor que cualquier otra persona; Él conoce las áreas en las que eres especialmente vulnerable a la tentación, de modo que puede que te dé instrucciones específicas sobre cosas que Él quiere o no quiere que hagas.

¡Las pautas que recibas de estas dos fuentes te mantendrá en el camino!

Reflexiona

“Quitémonos todo peso que nos impida correr, especialmente el pecado que tan fácilmente nos hace tropezar. Y corramos con perseverancia la carrera que Dios nos ha puesto por delante” (Hebreos 12:1 NTV).

Aplica

Pablo le dijo a la iglesia corintia: “Imítenme a mí, como yo imito a Cristo” (1 Corintios 11:1 NVI). ¿Hay alguien en tu vida que obviamente conoce la Palabra de Dios y escucha a su Espíritu? Invita a esa persona a sentarse contigo para mantener una conversación en algún momento esta semana. Preguntas sobre su relación con Dios, y cómo ha crecido en su comprensión de la Biblia y en reconocer la voz de Dios. Sus perspectivas probablemente las obtuvo a lo largo de muchos años, ¡así que escucha bien!

SEMANA 5

Lee los capítulos 10-12.

Esta semana se corresponde con la sesión 5 de video.

1. Según la Biblia, la característica central tanto de Dios como de su Iglesia es la santidad. Hasta ahora, ¿cuál habrías dicho que es el atributo que define a Dios? ¿Y a la Iglesia? Lo que has aprendido esta semana, ¿desafía alguna de tus suposiciones o inspira nuevas perspectivas?
2. Una versión parcial del mensaje de la gracia reduce la gracia a algo que meramente cubre nuestros errores. Según el Nuevo Testamento, la gracia perdona nuestros pecados, y también nos empodera para caminar en santidad. Para algunos, el primer mensaje puede que suene más fácil. Explica por qué el mensaje del Nuevo Testamento sobre la gracia es de mejores noticias.
3. Lee Proverbios 27:6. Habla de este versículo en relación con la idea de que es mejor para nosotros no predicar o enseñar nada que suene negativo.
4. Solamente porque un mensaje sea beneficioso no significa que sea deseable. De hecho, los encuentros con la verdad con frecuencia causan inicialmente dolor o incomodidad, pero producen libertad y transformación duraderas. Da un ejemplo de una experiencia que sea beneficiosa, pero no deseable. ¿Qué ilumina tu ilustración acerca del modo en que deberíamos interactuar con la Palabra de Dios?
5. Cuando la gente habla de cambiar el mundo, con frecuencia piensa en cosas como legislación o movimientos sociales. ¿Qué hace que la santidad personal sea una potente fuerza para inspirar cambio en la sociedad?

“... sé fuerte por medio de la gracia que Dios te da en Cristo Jesús”.

—2 Timoteo 2:1 NTV

Hay una clara distinción entre los dos mensajes prevalecientes que escuchamos en la actualidad acerca de la gracia. Puede resumirse con una sencilla pregunta: ¿quieres sentirte bien o quieres ser bueno? (Y con ser bueno me refiero a ser de Dios).

No es que aceptar el mensaje de gracia del Nuevo Testamento significa que escogemos ser desgraciados. Por el contrario, Jesús describió su misión entre la humanidad de este modo: “mi propósito es darles una vida plena y abundante” (Juan 10:10 NTV). El gozo duradero siempre se encontrará en Cristo. Más bien, esto es cuestión de poner en consonancia nuestras prioridades con las del cielo. Dios nunca elevará nuestra comodidad por encima de nuestro bien. Pero ¿lo haremos nosotros?

El hecho es que podemos decidir qué mensaje de gracia queremos creer. Podemos leer la Escritura y decidir prestar atención solamente a las cosas que están en consonancia con nuestra manera de pensar. Podemos alejarnos de mensajes difíciles, y escuchar solamente a personas que nos dicen lo que queremos oír. Como nuestro hombre con sus dos médicos, podemos decidir según el diagnóstico que nos resulte más agradable.

Si escogemos ese camino, ¡nos sentiremos bien! Pero prestemos atención a las familiares palabras de Jesús: “¿Y qué beneficio obtienes si ganas el mundo entero, pero pierdes tu propia alma?” (Marcos 8:36 NTV). Por lo tanto, regresemos a nuestra pregunta: ¿quieres sentirte bien o quieres ser bueno?

Espero que estés comenzando a entender que el mensaje de la gracia como empoderadora supone unas asombrosas buenas noticias. Cuando creemos que la gracia solamente cubre nuestros

errores, nos quedamos atascados y tropezando por la vida, impedidos por el pecado habitual y plagados de temores y mentiras. Pero cuando recibimos gracia empoderadora, podemos vivir más como lo hizo Jesús: libres, confiados, compasivos, poderosos y benditos. La gracia de Dios no es un peso que nos aplasta. Como dice el apóstol Juan:

“Amar a Dios significa obedecer sus mandamientos, y sus mandamientos no son una carga difícil de llevar. Pues todo hijo de Dios vence a este mundo de maldad, y logramos esa victoria por medio de nuestra fe” (1 Juan 5:3, 4).

Si Dios realmente es bueno, y si realmente quiere lo mejor para nosotros, no tenemos que preguntarnos; ¡lo que Él manda es nuestro mejor camino! Y gracias al empoderamiento de su gracia que obra en nosotros, descubrimos que sus mandamientos no son una carga. ¡Eso es asombroso!

Reflexiona

“Mi gracia es todo lo que necesitas; mi poder actúa mejor en la debilidad” (2 Corintios 12:9 NTV).

Aplica

¿Estás listo para dejar lo que puede parecer más fácil o más cómodo a fin de disfrutar de la vida a la manera de Dios? Si es así, exprésalo a Dios en oración:

Padre, gracias por tu gracia empoderadora. Quiero recibirla no solo como perdón de mis pecados, sino también como tu poder que me permite hacer cosas que nunca podría hacer en mis propias fuerzas. Creo que tú eres bueno; por lo tanto, sé que cualquiera que sea tu mandamiento es por mi mejor interés.

¡Quiero darte gloria, Dios! Transfórmame para ser cada vez más como tú. En el nombre de Jesús, amén.

SEMANA 6

Lee los capítulos 13-16.

Esta semana se corresponde con la sesión 6 de video.

1. ¿Qué causa que las personas esperen menos de Dios de lo que Él puede hacer? Si te has encontrado con cualquiera de esos factores, ¿cómo los venciste?
2. Reflexiona en la ilustración del multimillonario y los tres dueños de negocios. ¿Qué crees que haría que la visión de la tercera empresaria fuera mucho mayor que las visiones de sus colegas? Imagina su actitud acerca del pasado y el futuro. Imagina el modo en que ella se preparó para la reunión con el inversor. ¿Qué habría hecho ella que tú también puedes hacer para elevar tus expectativas sobre el plan de Dios para tu vida?
3. Basándote en lo que has aprendido de este estudio, explica cómo alguien con una mentalidad terrenal enfocaría el discernimiento de modo diferente a como lo hará un hijo de Dios maduro. ¿Qué herramientas y marcos únicos ayudan al cristiano a discernir bien?
4. ¿Cómo cambia el temor del Señor la manera en que experimentamos dificultades? ¿Qué hacen y dicen las personas que temen al Señor cuando hay presión? ¿En qué tipo de conducta no participan?
5. Al llegar al final de este estudio, identifica lo que puedes llevarte y aplicar individualmente y como grupo. ¿Qué prácticas, principios y valores implementarás en tu vida diaria

a partir de ahora? ¿Cómo se verá eso? Haz que tus pasos de acción sean prácticos y concretos, ¡de modo que puedas avanzar con fuerza!

“La verdadera humildad y el temor del Señor conducen a riquezas, a honor y a una larga vida.”

—Proverbios 22:4 NTV

A lo largo de este estudio, hemos examinado algunos temas pesados: señorío, santidad y la verdadera naturaleza de la gracia, por nombrar algunos. Has respondido a preguntas desafiantes sobre tu perspectiva y la vida que has estado viviendo. Ahora quiero que cambies tu atención hacia adelante, a la vida que puedes vivir.

Lee Efesios 3:20 en la versión Traducción en Lenguaje Actual:

“Dios tiene poder para hacer mucho más de lo que le pedimos. ¡Ni siquiera podemos imaginar lo que Dios puede hacer para ayudarnos con su poder!”

Dios no escatimó gasto alguno para hacernos de Él. Nos compró al precio más alto posible cuando pagó nuestro rescate con la vida de su Hijo. No hay razón alguna para pensar que de repente Él va a volverse tacaño ahora.

Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para disfrutar de lo mejor de Él para nosotros: la verdad de su Palabra, la guía de su Espíritu, y el poder de su gracia. Sin embargo, como dice nuestro versículo de Efesios, Dios no nos fuerza a colaborar con su propósito; nos invita a usar la fe, el discernimiento y la humildad para descubrir una vida que ni siquiera podemos imaginar.

Por lo tanto, ¿qué te retiene? ¿Qué está limitando tu imaginación? ¿Qué te hace pedir pequeñas sumas cuando tienes a tu disposición

recursos ilimitados?

Es momento de que sueñes con Dios. ¿Dónde estás esperando demasiado poco y creyendo muy en pequeño? ¿Qué promesas temes aceptar? ¿Por qué? Permite que la bondad de Dios te inspire. Comienza a pedir cosas que apenas puedes creer que podrían hacerse realidad. ¡Él ha prometido darte aún más!

Reflexiona

“Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente ha imaginado lo que Dios tiene preparado para quienes lo aman” (1 Corintios 2:9 NTV).

Aplica

Hemos hablado sobre sueños y limitaciones; ahora seamos concretos. Dedicar algún tiempo esta semana a soñar en profundidad. Para comenzar, agarra un papel o su equivalente digital, y enumera las áreas principales de tu vida. Tu lista probablemente incluirá:

- Relación con Dios
- Otras relaciones
- Matrimonio y familia (actual o futuro)
- Finanzas
- Carrera
- Iglesia local y ministerio
- Dones o pasiones concretos

Bajo cada título, escribe tus expectativas para esa área. Esto debería ser un registro de tu modo de pensar acerca de tu vida en la intimidad de tu corazón y tu mente. ¿Qué esperas realmente de tu relación con Dios? ¿Cuál es el mejor futuro

que puedes prever para tus finanzas? ¿Y para tu familia?

Ahora, repasa la lista en oración. Pide al Espíritu Santo que revele su perspectiva y sus promesas. ¿Dónde está el temor restringiendo tu perspectiva? ¿Cómo han limitado tu imaginación heridas o desengaños en el pasado? ¿Qué crees que no le importa a Dios, y qué tiene que decir Él al respecto? Recuerda: tu visión determina tu capacidad. Dios ha quitado los límites de tu vida. ¡Es momento de que tú hagas lo mismo!

Notas

1. Lawrence O. Richards, *New International Encyclopedia of Bible Words* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1991), pp. 315–316.
2. Peter Stoner, *Science Speaks: Scientific Proof of the Accuracy of Prophecy and the Bible* (Chicago: Moody Press; edición en línea, 2005), Foreword, <http://sciencespeaks.dstoner.net>.
3. Ibid., capítulo 3.
4. Ibid.
5. Ibid.
6. Ibid.
7. Spiros Zodhiates Th.D., ed., *The Complete Word Study Dictionary: New Testament* (Chattanooga, TN: AMG Publishers, 1992), s.v. “polus”.
8. Timothy Keller, *The Timothy Keller Sermon Archive* (New York City: Redeemer Presbyterian Church, 2013). Consultado vía Logos Bible Software.
9. *The Complete Word Study Dictionary: New Testament*, s.v. “kosmos”.
10. Daily Mail Reporter, “Living together before marriage no longer increases chances of divorce”, *Daily Mail.com*, 22 de marzo de 2012, consultado en línea 26 de febrero de 2015, <http://www.dailymail.co.uk/news/article-2118719/Living-marriage-longer-increases-chances-divorce.html>.
11. Jason Koebler, “More People Than Ever Living Together Before Marriage”, *U.S. News & World Report*, 4 de abril de 2013, consultado en línea 26 de febrero de 2015, <http://www.usnews.com/news/articles/2013/04/04/more->

people-than-ever-living-together-before-marriage.

12. Lawrence O. Richards, *New International Encyclopedia of Bible Words* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1991), p. 639.
13. Charles Spurgeon, “Holiness Demanded” (sermón, Metropolitan Tabernacle, Londres; publicado el 22 de septiembre de 1904). Consultado vía Logos Bible Software.
14. Sondeo conducido por Messenger International. Ver: John Bevere, *Relentless: The Power You Need to Never Give Up* (Colorado Springs, CO: Water- Brook Press, 2011), pp. 26–27.
15. “The Stats on Internet Pornography”, Daily Infographic, consultado en línea 24 de enero de 2014, <http://dailyinfographic.com/the-stats-on-internet-pornography-infographic>.
16. “How Many Women are Addicted to Porn? 10 Stats that May Shock You”, Covenant Eyes, consultado en línea 27 de marzo de 2014, <http://www.covenanteyes.com/2013/08/30/women-addicted-to-porn-stats>.
17. Los tres párrafos previos están adaptados de: John y Lisa Bevere, *The Story of Marriage* (Palmer Lake, CO: Messenger International, 2014), pp. 181–182.
18. Covenant Eyes, *Pornography Statistics: 2014 Edition*, p. 20.
19. Jason Rovou, “‘Porn & Pancakes’ fights X-rated addictions”, CNN, 6 de abril de 2007, consultado en línea 9 de febrero de 2015, <http://edition.cnn.com/2007/US/04/04/porn.addiction/index.htm>
20. “Alcohol Facts and Statistics”, National Institute on Alcohol Abuse and Alcoholism, consultado en línea 9 de febrero de 2015, <http://www.niaaa.nih.gov/alcohol-health/overview-alcohol-consumption/alcohol-facts-and-statistics>.

21. Steven Reinberg, “Third of Americans Have Alcohol Problems at Some Point”, The Washington Post, 2 de julio de 2007, consultado en línea 9 de febrero de 2015, <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/07/02/AR2007070201237.html>.
22. “Alcohol Facts and Statistics”.
23. Ibid.
24. Una versión del material sobre la gracia que sigue fue incluida en el libro de John Bevere *Relentless: The Power You Need to Never Give Up* (WaterBrook Press, 2011). Esto está basado en un mensaje que compartía frecuentemente en su ministerio de predicación, y ha vuelto a redactar la esencia de la enseñanza aquí.
25. Johannes P. Louw y Eugene Albert Nida, *Greek-English Lexicon of the New Testament: Based on Semantic Domains* (New York: United Bible Societies, 1996), 662.

Additional Ebooks are Available at Your Favorite Online Retailer.

www.whitakerhouse.com